René Le Forestier

La franc-masonería ocultista en el siglo XVIII & la Orden de los Elegidos Cohen

VOLUMEN II

Organizacion - Historia - Rostros

EMINVES

Título: *La francmasonería ocultista en el Siglo XVIII*
Subtítulo: *& la Orden de los Elegidos Cohen - Volumen II - Organización - Historia - Rostros*
Autor: Rene le Forestier
© traducción Ernesto Milá
© EMInves
Edición original: Dorbon-Airé - París 1928.
Primera Edición - Junio 2025
email: eminves@gmail.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Indice

LIBRO III

ORGANIZACIÓN E HISTORIA DE LA ORDEN 9

CAPÍTULO I

El Rito Masónico: La Clase del Atrio 11

GRADOS AZULES..... 29

CLASE DEL ATRIO. 30

APRENDIZ ELEGIDO COHEN. 30

COMPAÑERO ELEGIDO COHEN..... 47

MAESTRO PARTICULAR. 50

CAPÍTULO II

El Rito Masónico: los Altos Grados Cohens 55

MAESTRO ELEGIDO COHEN. 55

GRANDES MAESTROS COENS
apodados GRANDES ARQUITECTOS 64

GRANDES ELEGIDOS DE ZOROBABEL
los llamados (*sic*) CABALLEROS DE ORIENTE..... 75

REAU-CROIX. 85

CAPÍTULO III

Masonería mística y masonería de adopción 87

CAPÍTULO IV

Martín de Pasqually y la Francesa Elegida Escocesa
(1760 - 1765) 111

CAPÍTULO V
El Tribunal Supremo y el reclutamiento entre 1766 y 1770 131

CAPÍTULO V
París y Lyon contra Burdeos 150

CAPÍTULO VII
El fin del reinado del Gran Soberano (1771-5 de mayo de 1772) 173

CAPÍTULO VIII
La agonía y la muerte de la Orden 190

CAPÍTULO IX
Leyendas y estadísticas 218

CAPÍTULO X
Perfiles de Émulos 237

René Le Forestier

La franc-masonería ocultista en el siglo XVIII & la Orden de los Elegidos Cohen

VOLUMEN II

LIBRO III

ORGANIZACIÓN E HISTORIA DE LA ORDEN

CAPÍTULO I
El rito masónico: La Clase del Atrio

Siguiendo el ejemplo de todas las agrupaciones ocultistas contemporáneas, la sociedad mística y secreta fundada por Pasqually adoptó desde su constitución la forma de un rito masónico.

La masonería, muy floreciente en aquella época, comprendía dos secciones distintas, pero íntimamente relacionadas: la masonería simbólica y la masonería escocesa[1]. La primera, importada de Inglaterra hacia 1730, se componía de tres grados: Aprendiz, Compañero y Maestro, que por el color de su cinta se denominaban comúnmente Grados Azules, y llamaban Logias a sus asambleas. Las Logias francesas observaban fielmente las costumbres de sus hermanas inglesas, profesaban como ellas un humanitarismo sentimental y tenían como programa oficial la educación social de los masones, enseñándoles a practicar entre ellos la igualdad y la fraternidad. La masonería escocesa, nacida en Francia unos quince años más tarde, cultivaba lo que se llamaba los Altos Grados, cuyos titulares se sentaban en Capítulos o Consejos, se adornaban con títulos ambiciosos y pretendían constituir una aristocracia llamada a gobernar las Logias Azules y poseedora de conocimientos desco-

1 Para más detalles sobre el origen probable, el carácter y los grados de los dos tipos de masonería, véase, del mismo autor, *L'Occultisme et la Franc-Maçonnerie Ecossaise*, 1ª parte.

nocidos para los masones ordinarios. Los grados escoceses, que proliferaron a partir de 1750, pero que en general no eran más que variantes de unos pocos tipos fundamentales, se distinguían por un ritual extremadamente desarrollado, iniciaciones dramáticas y ceremonias complicadas que se desarrollaban en decorados pintorescos o fastuosos.

La riqueza de la forma ocultaba mal la pobreza del fondo, y la suntuosidad del ceremonial solo era comparable a la indigencia intelectual de las instrucciones y los catecismos; la puesta en escena tenía como objetivo principal saciar la curiosidad ingenua o halagar la vanidad de los hermanos adinerados. La masonería escocesa no habría sido más que una fuente de entretenimiento infantil si el misterio que envolvía a toda la sociedad y la pretensión que ostentaba de remontarse a la más remota antigüedad no hubieran atraído a sus filas a candidatos que aspiraban a satisfacciones de un orden superior. La angustia metafísica atormentaba entonces a muchos espíritus que el debilitamiento de la fe tradicional dejaba sin apoyo y sin guía y que, por otra parte, no podían contentarse con la solución simplista que el materialismo utilitario daba a problemas que superaban el alcance de la inteligencia humana. Estas mentes inquietas creyeron que la masonería conocía la respuesta que buscaban en vano en los dogmas de las religiones positivas y en las teorías de los filósofos racionalistas; se convencieron de que la Palabra Perdida, de la que los masones alardeaban, era algo muy distinto de la igualdad y la fraternidad primitivas, y que el secreto masónico se refería bien a los elementos de las ciencias ocultas cultivadas en la antigüedad y conservadas a lo largo de los siglos por iniciados desconocidos para la multitud, bien a una revelación definitiva y completa que daba la clave del enigma del mundo.

Los creadores de los altos grados habían tenido en cuenta esta esperanza inconfesable y, para dar algún atractivo a sus producciones, habían introducido en los símbolos y en las instrucciones salidas de su ingenioso cerebro alusiones muy claras a la alquimia, la teúrgia y la teosofía.

Pero los ingredientes místicos extraídos al azar y sin discernimiento de obras antiguas, incorporadas arbitrariamente a homilías insípidas o a ceremonias sin significado inteligible, seguían excitando la sed que pretendían saciar. Siempre con la esperanza de encontrar en un grado superior al que habían alcanzado la revelación suprema que se les prometía, y cada vez más decepcionados, los peregrinos del ideal perseguían, de grado en grado, un objetivo siempre esquivo; habían contado con descubrir en las logias la «Verdadera Luz» y se encontraban ante un nuevo misterio: después de tantas búsquedas vanas, iniciaciones decepcionantes y dinero gastado en derechos de admisión y diplomas, seguían preguntándose qué significaba la Palabra Perdida y qué ocultaba el secreto masónico.

Sin embargo, la mayoría no perdía el ánimo; seguían creyendo que los símbolos masónicos eran un lenguaje secreto cuya interpretación exacta revelaría verdades primordiales y que la «verdadera» masonería impartía una enseñanza esotérica de incalculable valor. Este estado de ánimo, muy extendido entre los miembros de logias y capítulos, permite comprender cómo los impostores más famosos del siglo XVIII encontraron bajo la acacia al mayor número de sus engañados; pero también explica por qué los fundadores de sectas ocultistas copiaron, en la misma época, el vocabulario, las alegorías y las ceremonias de una sociedad secreta en la que sabían que podían reclutar fácilmente a sus tropas. Retomando el tema ya explotado por los redactores

de los grados escoceses, se presentaban como representantes de la pura tradición masónica desnaturalizada por la ignorancia o la astucia y prometían explicar de manera satisfactoria y convincente el significado profundo de los símbolos. Por lo tanto, conservaban cuidadosamente las líneas características de la decoración para no desorientar ni a los masones de las logias azules deseosos de ampliar sus conocimientos, ni a los masones escoceses que no estaban satisfechos con sus altos grados.

Este es el camino que siguió Pasqually. Dio a su sociedad el nombre de Orden que llevaba la de los francmasones. La Orden de los Elegidos Cohens se presentó al neófito como un sistema de masonería escocesa depositaria de la verdadera tradición secreta; tomó prestados de la Orden masónica sus símbolos y gran parte de su ritual, pero bajo este velo voluntariamente transparente se perfilaban, en los primeros grados, con el fin de poner a prueba las disposiciones de los reclutas[2], las doctrinas expuestas en la *Reintegración*, de la que sus cuadernos toman prestado su vocabulario místico, mientras que los grados superiores tienen como objetivo principal las Operaciones y sirven de noviciado a los adeptos elegidos que serán admitidos en el grado supremo y secreto, el grado de Réau-Croix.

* * *

La imitación de las fórmulas, los temas y los usos familiares de la masonería es flagrante en la correspondencia de

2 En una carta dirigida a los Elegidos Cohens de Lyon, Pasqually aconseja no admitir en los misterios de la Orden a los candidatos que no demuestren un verdadero celo, porque «es el único medio de impartir las ciencias sublimes que encierra nuestra Orden, ocultas bajo el velo de la masonería» (II, 161).

los Elegidos Cohens, en la *Reintegración* y en el ritual de las operaciones.

Los adeptos se adornan con títulos fastuosos puestos de moda por los grados escoceses: Caballeros Masones, Elegidos, Comendadores; llaman a sus grupos Oriente y Gran Oriente, o Tribunal Soberano a su comité directivo; los Réau-Croix se hacen llamar: Muy Alto, Muy Respetable y Muy Poderoso Maestro; Pasqually se autodenomina: Gran Soberano.

Pero, precisamente donde los préstamos son más evidentes, la imitación es más formal que sustancial y Pasqually adapta los temas y las fórmulas a las doctrinas místicas que dan a su sociedad su carácter original. Los Elegidos Cohens invocan en la Logia al Gran Arquitecto del Universo y ponen su nombre al principio de sus cartas, pero añadiéndole la palabra con que terminan las oraciones cristianas. Saint-Martin utiliza al final de una carta dirigida a Willermoz la fórmula masónica tradicional, pero la altera de manera significativa: «Os saludo, P. M. (Poderoso Maestro) por todos los números que os son conocidos»[3]. Las modificaciones son aún más profundas y características en las fórmulas iniciales. Una carta oficial de Pasqually comienza así:

«Del Gran Oriente de los Orientales de Burdeos al Gran Oriente de Lyon.

En nombre del Gran Arquitecto del Universo, amén + amén + amén +.

Alegría, paz y prosperidad.

3 II, 90. Los masones decían simplemente: «Por los números que conocéis». La adición de la palabra «todos» alude a las doctrinas aritmosóficas de la Orden.

Del Gran Oriente de los Orientales de los Caballeros Masones Elegidos Cohens del Universo, año masónico 3. 3. 3. 3. 5. 7. 9. 4. 4. 6. 601, del renacimiento de las virtudes 2448, del mundo 4.5, de la era hebrea 5727, de Cristo 1767, del último al primer cuarto de la quinta y sexta luna del año mencionado, el 19 de junio».

«A nuestro Muy Respetable y Muy Alto Maestro, nuestro Inspector General, Caballero, Conductor y Comendador en jefe de las columnas de Oriente y Occidente de nuestras Sublimes Órdenes, salud, Muy Respetable Maestro, bendito seas por siempre [aquí un círculo rodeado de cuatro cruces], Amén»[4].

Saint-Martin, en calidad de secretario, es menos prolijo, pero imita a su maestro en la medida en que se lo permite su rango inferior. Comienza con estas palabras la primera carta que escribe, por orden del Gran Soberano, a Willermoz:

«En el nombre de D. G. A. D. L. U. Amén.

Paz, alegría, salvación y bendición a quien me oye. Amén.

Del Gran Oriente de los Orientales de Burdeos, año M. 3. 3. 3. 3. 5. 7. 5. 7. 9, del mundo 4. 5., del renacimiento de las virtudes 2448, de la era hebrea 5731, del estilo vulgar 1771. El 4 de marzo.

T. P. M. (Muy Poderoso Maestro)» (III, 83).

---

4 II, 158-159. Los Masones estaban dispuestos en la Logia en dos «columnas» designadas con nombres tomados de los puntos cardinales. En lo que respecta a la lunación, la fórmula prescrita era: «Del último y primer cuarto de la luna cuando esta se encontraba en su último cuarto», y «del primer y segundo cuarto, cuando el primer cuarto había comenzado» (II, 162).

«El título», rigurosamente impuesto a todos los Hermanos que escriben al «Muy Alto, Muy Respetable y Muy Poderoso Gran Tribunal Soberano», se dirige: «Al Gran Oriente de los Orientales del T. S. de los Caballeros Masones Elegidos Cohens del Universo, elevado a la gloria del Eterno en la región septentrional bajo las muy altas y muy poderosas Constituciones de nuestro Muy Respetable, Muy Alto y Muy Poderoso Gran Soberano, que actualmente tiene su sede en el Gran Oriente de los Orientales. París», y termina la solicitud «saludándolo con todos los números misteriosos que solo nosotros conocemos» y «rogando al Eterno que mantenga al Tribunal Supremo bajo su santa protección, así como a todos los jefes que lo componen, por los siglos de los siglos. Amén, amén, amén»[5] (I 162-163).

La Reintegración se esfuerza por dar una base mística a dos de los grados escoceses más antiguos, muy conocidos y practicados bajo el nombre de Elegido de los Nueve y Elegido de los Quince. Relata que, cuando uno de los diez Menores Espirituales «elegidos» por Enoc[6] desertó y empujó a la rebelión a parte de sus propios discípulos, «solo quedaron nueve Justos en la tierra, a los que comunicó íntegramente su secreto» (I, 106-107). Más tarde, cuando Moisés, al bajar del Sinaí, encontró a los judíos adorando al becerro

5 Pasqually recomienda escribir la fórmula «Muy Alto, Muy Respetable», etc., a dos líneas de distancia de la dirección: «Al Gran Oriente», etc., y comenzar el texto de la solicitud a «cuatro dedos de distancia» de la primera fórmula.

6 En el vocabulario masónico, «Elegido» significaba simplemente «escogido»: el término constituía una distinción para el masón que lo ostentaba, pero no tenía el sentido místico que le atribuía Pasqually en su tratado.

de oro, hizo «su invocación al Creador para obtener de él la elección espiritual del número de los Vengadores Elegidos[7] de los ultrajes cometidos contra el Eterno. Se le ordenó que tomara quince hombres de la tribu de Leví. Los dividió en tres grupos de cinco hombres cada uno y les dijo: Que aquellos que aman al Creador tomen en sus manos el cuchillo plano que apoyan sobre su muslo izquierdo. Los quince Elegidos pusieron inmediatamente el cuchillo en su mano derecha[8]. Moisés los bendijo y dijo: Que el primer grupo, en el que están Simeón y Leví, marche desde el sol naciente hacia el poniente, el segundo desde el sol naciente hacia el mediodía y el tercero desde el sol naciente hacia el norte. Los tres grupos marcharán así y volverán tres veces por el campamento de Israel... y luego volverán a mí acompañados de Aarón» (I, 279-280). Con el pretexto de completar uno de los relatos del *Éxodo*[9] (XXXII, 26-28),

7 Los grados de Elegido tenían como tema principal el castigo de los asesinos de Hiram, perseguidos y ejecutados por masones celosos; se suponía que el receptor había «vengado al arquitecto del Templo de Salomón»; la contraseña era Nékam, que significaba «venganza».

8 El atributo distintivo de los grados de Elegido era una daga colgada de un cordón negro que los titulares llevaban al hombro derecho, de modo que la daga colgaba sobre su muslo izquierdo; la empuñaban durante las ceremonias de recepción, así como en la apertura y el cierre de la Logia. El cuchillo plano del que habla la *Reintegración* y que, según ella, «se apoyaba en el muslo izquierdo» de los israelitas, designaba muy claramente el arma que los Elegidos empuñaban en la Logia.

9 La *Biblia* solo decía que Moisés, habiendo llamado a los que estaban con el Señor, todos los hijos de Leví se reunieron alrededor del profeta y, por orden suya, pasaron y volvieron a pasar por el campamento, yendo y viniendo de una puerta a otra, matando a todos los idólatras que encontraban en su camino. Todos los

Pasqually incorporó en su versión esotérica de la *Biblia* los rasgos esenciales de los dos grados principales de los Elegidos; el más humilde de los masones escoceses no podía dejar de captar las alusiones a los números fatídicos, a la contraseña, a los puñales, a los «viajes» que el candidato realizaba a través de la Logia en tres direcciones sucesivas y al final de los cuales era llevado de vuelta ante el Venerable por el Hermano Introductor que había guiado sus pasos desde su entrada en la Logia.

Los tres golpes mortales que los tres compañeros rebeldes habían asestado a Hiram según la leyenda del grado de Maestro, el arma de los masones elegidos y los signos de reconocimiento de varios grados escoceses también se recordaban en la versión que el tratado daba del asesinato de Abel. Contaba que Adán y Abel fueron a visitar a Caín y a sus dos hermanas, y Caín abrazó a su hermano y «en ese abrazo le asestó tres golpes con un instrumento de madera en forma de puñal. El primer golpe le atravesó la garganta, el segundo le atravesó el corazón y el último le atravesó las entrañas» (I, 73).

Incluso el ritual de las Operaciones tomó prestados elementos de la masonería, pero también dotó a las costumbres de la gran sociedad secreta de un significado místico o un alcance teúrgico. El Elegido Cohen, al entrar en la Cámara de Operaciones, no debía llevar consigo ningún objeto metálico, «ni siquiera un alfiler», y debía llevar «zapatillas» en los pies (II, 83), al igual que el candidato masón en su recepción; la razón de estas prescripciones era que, según uno de los dogmas fundamentales de la magia, todo metal aleja a los espíritus y, por otra parte, los zapatos de-

demás detalles proporcionados por Pasqually se han extraído del ceremonial de los grados de los Elegidos.

bían poder quitarse rápidamente en el momento de las invocaciones. Las cintas con las que se adornaba el Operante eran «el cordón azul celeste alrededor del cuello» (cinta de los grados azules), el cordón «pasado de derecha a izquierda» (cordón de los grados de Venganza), la banda roja y la banda verde (colores de los grados escoceses); pero la banda roja, que ceñía el cuerpo por debajo del vientre, y la banda verde, que rodeaba el pecho, hacían «por su ubicación, alusión a las separaciones materiales animales y espirituales» (II, 84).

* * *

El cuidado que ponía Pasqually en no perder ninguna ocasión que le permitiera introducir los temas masónicos en el marco de su sistema teosófico le inspiró una de las ideas más extrañas de su tratado, a saber, la asimilación establecida por la *Reintegración* entre los descendientes de Noé, o Noaquitas, y los chinos, «porque la nación de los chinos y los japoneses (sic) descendió directamente de los hijos de Noé, es decir, de la primera descendencia de Sem, Cam y Jafet, que habitaron cada uno un ángulo de esta región de China de donde proceden todos los pueblos, es decir, también de los tres últimos de los siete varones que, junto con las tres mujeres, formaron la segunda descendencia de Noé» (I, 199).

El nombre de los noaquitas y su identificación con los masones se había popularizado en las logias gracias al *Libro de las Constituciones*, la biblia de la masonería inglesa; en su segunda edición, fechada en 1738 (la primera había aparecido en 1723), se contaba que Matusalén, junto con su hijo Lamet y su nieto Noé, se retiraron del mundo co-

rrupto y que estos tres justos habían conservado en toda su pureza la antigua religión, así como el Arte Real (de la masonería) hasta el diluvio; después de éste, los hijos de Noé, que habían sido instruidos por Matusalén, se convirtieron a su vez en los depositarios de la verdadera tradición religiosa y masónica, de modo que, cuando se establecieron en la llanura de Sennaar, vivieron allí como «verdaderos noaquitas», nombre que habían llevado inicialmente los masones, según ciertas tradiciones[10]. En otro lugar de la obra se imponía a los masones la obligación de observar fielmente «los tres artículos de Noé», fórmula que se dejaba sin explicar, pero que probablemente aludía a las tres virtudes cuya práctica recomendaban los reglamentos de los canteros: amor fraternal, ayuda mutua y lealtad recíproca[11]. Así, el primer capítulo de los «Deberes» en la edición de 1738 prescribía al masón que obedeciera la ley moral como «verdadero noaquita», y la adaptación francesa del libro inglés que De la Tierce publicó en 1742 con el título: *Histoire, Obligations el Slatuls de la Tres Venerable Confraternité des Francs-Masons*, llamaba noaquitas a los descendientes de Noé y los consideraba los antepasados de los masones[12].

La tercera edición del *Libro de las Constituciones*, redactada en 1756 por el pastor John Entik, que consideraba que la masonería se basaba en el cristianismo y había criticado las innovaciones de la edición anterior, suprimió los pasajes que hablaban de los noaquitas y de los tres artículos de Noé, que no serían retomados en las ediciones siguientes

10 Begemann: *Vorgeschichte und Anfänge der Freimaurerei in England II*, 174.

11 Begemann: *op. cit.*, 1I, 215-220.

12 *Allgemeines Handbuch der Freimaurerei*, 1901, art. Noah und Noachiden.

(1767 y 1784)[13], pero la palabra permaneció en la memoria de los masones franceses, que leían sobre todo la obra de La Tierce, y la prueba del prestigio que conservaba a sus ojos se encuentra en el hecho de que uno de los grados escoceses, creados probablemente hacia 1765, se publicaron en 1774 con el título: *Les plus secrets Mystères des Hauts Grades de la Franc-Maçonnerie dévoilés*, llevaba el nombre de Noaquita.

Pasqually se apoderó de la palabra con tanto más entusiasmo cuanto que los talmudistas hacían gran alarde de los «mandamientos de Noé»[14]. Aplicando uno de sus procedimientos de exégesis, la themurah o anagrama, transformó Noaquita, o más bien, siguiendo la grafía francesa: Noéchite, en chino[15]. Este juego de prestidigitación lingüística tenía dos ventajas: permitía hacer figurar a los chinos, cuya antigua civilización, creencias y calendario habían sido recientemente señalados a la atención del público por los relatos de los misioneros, entre los pueblos que habían deducido torpemente su cálculo del tiempo a

13 Begeman, II, 222.

14 Anderson, autor de las dos primeras ediciones del *Libro de las Constituciones*, pudo conocer esta tradición a través de una traducción al inglés de los *Targums*, publicada en Londres a principios del siglo XVIII y que parece haber inspirado algunos detalles del grado de Maestro. Pero, si bien tomó de los talmudistas la idea de los mandamientos de Noé, modificó su naturaleza y su número. El *Talmud* conocía siete, que eran: prohibición de profanar el nombre de Dios, de practicar la idolatría, de derramar sangre, de contraer uniones ilegítimas, de comer carne cortada de un animal vivo, de cometer hurtos; orden de guardar el camino del Señor y de hacer justicia y juicio (Vulliaud, *Kabbale*, I, p. 100).

15 Esta inversión parecía menos inverosímil en una época en la que «oi» se pronunciaba «wè».

partir del cómputo sagrado, y demostrar al mismo tiempo que los masones simbólicos, que se autodenominaban los verdaderos noaquitas o noéquitas, eran descendientes de un pueblo que había olvidado el verdadero culto divino. «Los chinos, dice *La Reintegración*, introdujeron en su cálculo temporal diario el cálculo espiritual de las operaciones del culto divino (división de los días de 24 horas en cuatro partes de 6 horas cada una)» (I, 201), pero luego «hicieron cuatro meses por cada uno de los que nosotros empleamos hoy para formar un año y comprendieron en su cálculo anual trece años por cada uno de nuestros años ordinarios»[16] (I, 205); luego, «al celebrar el culto solo una vez cada siete días, tenían años de siete semanas, cálculo que siguieron durante un siglo y medio de nuestro tiempo ordinario» (I, 207). Los descendientes de Cam, Jafet y Sem, que, como hemos visto anteriormente, «habitaron los tres ángulos de esta región de China», legaron, es cierto, «a todos los pueblos del mundo los conocimientos de la astronomía y las facultades de poder de los astros planetarios sobre la creación general y particular»[17], pero compusieron calendarios cuya diversidad demostraba que no conocían el año «misterioso»: los primeros tenían un año por estación, los segundos un año desde el equinoccio de marzo hasta el siguiente marzo, los terceros contaban dos equinoccios por dos años. Estos diferentes cálculos, utili-

16 En realidad, los misioneros informaban de que los chinos contaban 13 meses lunares en un año.

17 Idea inspirada tanto en los instrumentos astronómicos cuya presencia en Pekín habían señalado los jesuitas como en la antigüedad de la cronología china, antigüedad de la que el siglo XVIII no conocía otro ejemplo. Pasqually alude involuntariamente a los relatos de los misioneros cuando dice (p. 210): «Esto es lo que nos enseñan todos estos relatos».

zados también en su historia civil, persistieron hasta después de Nimrod y hasta la dispersión de estos pueblos (I, 209). Pasqually veía en «estas divisiones que los noequitas hicieron de sus días, sus meses y sus años» la razón por la que «se dicen más antiguos que Adán en 15 o 20 mil años y más antiguos que nosotros en 25.000 años» (I, 209). Estos errores provenían del olvido en el que había caído entre ellos el culto divino. En efecto, Sem, Cam y Jafet, «ocupados únicamente en establecer y cultivar la porción de tierra que les había tocado para proveer a sus necesidades y a las de su familia presente y futura, permanecieron durante un tiempo bastante largo sin meditar sobre las instrucciones espirituales que les había dado Noé. Todo su culto divino se limitaba a saber que existía un ser todopoderoso por encima de todas las cosas creadas y al que llamaban Abavin, que significa, en lengua noéita, Espíritu doblemente fuerte por el cual el Creador ha obrado todas las cosas; esto es lo que llamamos filosóficamente [esotéricamente]: la acción divina del Creador. Esta palabra, aunque noéita o china, es la misma que pronunciaban antiguamente los judíos y que conocían perfectamente por su lengua» (I, 192). Pero algunos judíos conservaron el recuerdo de las ceremonias del culto que exige el Eterno, mientras que los noequitas o chinos se quedaron definitivamente con una noción incompleta de la divinidad. Por otra parte, la debilidad de los tres hijos menores de la segunda descendencia de Noé, que descuidaron instruir a los pueblos, sus discípulos, sobre el significado místico del Diluvio, «manifestación de la justicia divina», « se hace sentir en sus descendientes noequitas o chinos, que viven con un miedo terrible a seres odiosos, que rinden culto a animales a los que prodigan los cuidados más supersticiosos con la idea de poder alejar los males

que creen que estos monstruos pueden causarles y a los que consideran dioses o demonios» (I, 210). Así, mientras que los noequitas de China practican la zoolatría más abyecta, los noequitas de Europa, es decir, los masones, solo ven en Dios al Gran Arquitecto del Universo, es decir, solo conocen la acción creadora del Eterno e ignoran los medios para entrar en comunicación con él mediante la Reconciliación.

* * *

La organización general de la Orden se inspiraba ostensiblemente en la de los ritos masónicos, pero solo la conocemos de forma muy imperfecta; los documentos publicados o señalados hasta la fecha solo proporcionan indicaciones incompletas y a veces contradictorias sobre los grados que componían el Rito de los Elegidos Cohens.

Parece que esta organización, inicialmente rudimentaria, fue reformada y completada entre finales de 1768 y 1771, pero aún no había adquirido una forma definitiva cuando Pasqually abandonó Francia para no volver jamás y dejó la dirección efectiva de la asociación.

La correspondencia demuestra que Pasqually redactó y distribuyó, en 1767 y a principios de 1768, unos grados que posteriormente fueron modificados, al menos en lo que respecta a los títulos. Así, en una carta enviada el 19 de junio de 1767 a Willermoz, cita a un «Maestro Elegido en el quinto receptáculo» y a un «Pequeño Elegido en un solo receptáculo», que dice haber conferido a cuatro masones de La Rochelle (II, 160), y menciona el 2 de mayo de 1768 a un «Comendador de Oriente», cuyo cuaderno debía estar completamente redactado, ya que ordena a Bacon que extraiga de él un conjuro (V, 229).

Pero posteriormente no se volvió a mencionar nada sobre estos grados y, durante el otoño de 1768, Pasqually se puso manos a la obra para construir un sistema masónico coherente y completo. En septiembre se dedicó activamente a redactar «todos nuestros grados, así como todas las ceremonias y catecismos» (II, 32-33). Dieciocho meses más tarde, la lista de grados estaba definida: Pasqually citaba, en relación con los ingresos de la Orden, los derechos exigidos para la concesión de ocho grados: Aprendiz, Compañero, Maestro Particular, Maestro Gran Elegido, Aprendiz (Cohen), Compañero (Cohen), Maestro Cohen y Maestro Gran Arquitecto[18] (II, 178). En 1771, el trabajo de redacción, que probablemente había sufrido largas interrupciones durante tres años, se reanudó con entusiasmo. En mayo, Willermoz ya había recibido «las invocaciones de algunos grados», «el ceremonial de las asambleas», «los Deberes» del grado que poseía y Saint-Martin le copió el de Gran Arquitecto (III, 91). El 20 de mayo, Saint-Martin le envió «el gran ceremonial del Gran Arquitecto, el cuadro del grado, las palabras [de paso] del grado»; le anunciaba, para el próximo correo, el envío del «ceremonial de la simple ordenación de G. A.[19] y, poco después, «el gran y el pequeño ceremonial [ceremonias de recepción y vestimentas habituales] de los tres grados azules, del Elegido y de los tres Cohens», ya que «solo quedaba copiarlos». En julio, enviaba a Lyon «el ceremonial

18 En otro lugar de la misma obra, Papus da una lista idéntica que afirma haber extraído de una carta fechada el 16 de junio de 1760; la fecha debe atribuirse a un error de impresión, ya que todas las cartas reproducidas o citadas por él se remontan, como muy pronto, a 1767.

19 Es decir: Gran Arquitecto; la lección del libro de Papus: G. R. es sin duda un error de impresión. La simple ordenación significa probablemente: recepción particular.

para la celebración de las asambleas: apertura, clausura, iluminaciones, consignas, etc., seguido de los tres grados azules, los grados de Elegido y los tres Cohens, y un catecismo de los tres grados azules con una explicación inicial de las diferentes preguntas de este catecismo» (III, 101).

Pero lo que ocurrió con los grados masónicos fue similar a lo que ocurrió con el ritual de las Operaciones. Pasqually embarcó hacia América sin haber completado su tarea. El 12 de octubre de 1773 anunciaba desde Puerto Príncipe que había «dado aquí todas las instrucciones de los diferentes grados de L. (Logias), desde la Clase del Atrio hasta la de Réau-Croix, y a continuación el repertorio general de nombres; números, en unión con los caracteres y jeroglíficos, los diferentes cuadros de Operaciones y las diferentes Invocaciones que deben seguir a los cuadros» (II, 195). Pero en aquella época la Sociedad ya comenzaba a disolverse. Por lo tanto, solo conoció una organización provisional[20] y Pasqually no logró dar a su sistema masónico una forma definitiva, ni codificar de manera completa sus prácticas teúrgicas.

Ni siquiera estamos seguros del número, la distribución y la designación habitual de los grados que efectivamente practicaban los Elegidos Cohens. Los escritores masónicos no se ponen de acuerdo en ninguno de estos puntos. Thory (XI, 245) ofrece la siguiente lista:

* Primera clase: Aprendiz, Compañero, Maestro, Gran Elegido.

20 Los títulos de los grados nunca se fijaron de manera invariable: el 4 de marzo de 1771, Saint-Martin hizo seguir su firma con la calificación de Comendador de Oriente (III, 83), mientras que esta designación no figura en ninguna de las nomenclaturas posteriores a 1768.

* Segunda clase: Aprendiz Cohen, Compañero Cohen, Maestro Cohen, Gran Arquitecto, Caballero Comendador, es decir, nueve grados.

Ragon (*Orthodoxie Maçonnique*, p. 149) reproduce la misma lista, pero clasifica al Aprendiz Cohens en la primera clase.

Bord (V, 245) sigue a Ragon, pero añade una tercera clase, la «clase secreta», compuesta por los Réau-Croix, adición justificada por una carta de Pasqually que cita esta clase como la más elevada de la Orden (II, 195). Así, esta habría estado compuesta por diez grados. Bord señala, además, con razón al parecer, que el Gran Arquitecto y el Caballero Comendador formaban los Elegidos Cohen propiamente dichos; estos dos grados habrían sido, por tanto, el noviciado de los Réau-Croix.

Papus reprodujo los catecismos de seis grados, titulados: Aprendiz Cohen Elegido, Compañero Cohen Elegido, Maestro Particular, Maestro Elegido, Grandes Maestros apodados Grandes Arquitectos, Grandes Elegidos de Zorobabel, llamados (sic) Caballeros de Oriente (II, 215-283). Si se tienen en cuenta los tres grados azules que debían precederles y el Réau-Croix que les seguía, se obtienen diez grados.

La documentación de Papus es, con mucho, la más fiable, ya que, aunque presenta lagunas y solo reproduce la parte dogmática de los grados citados, al menos se basa en textos. Ha proporcionado los elementos de la siguiente exposición, completada con la información proporcionada por Thory y Bord.

* * *

GRADOS AZULES.

Los cuadernos de los grados azules, es decir, Aprendiz, Compañero y Maestro simbólicos, imitados de los tres grados que componen toda la masonería primitiva, no han llegado hasta nosotros. Esta laguna es de poca importancia, ya que los sistemas masónicos, que sentaban todas sus bases en este fundamento común, no podían modificar profundamente unos grados cuyas líneas generales estaban consagradas por una larga tradición y eran conocidas por todos los masones. Todo lo que pudo hacer Pasqually fue introducir algunas vagas alusiones a las teorías que debían exponerse en los grados superiores[21]. La prueba de su insignificancia desde el punto de vista dogmático se encuentra en el desdén manifiesto con que fueron tratados. El 7 de julio de 1771, Saint-Martin, al enviárselos a Willermoz, le recordaba que tenía orden de conferirlos en una sola sesión (III, 101) y, como Willermoz solicitaba al mes siguiente instrucciones sobre la forma de proceder a esta iniciación masiva, Saint-Martin le respondió que podía, desde el principio, hacer la «batería de Maestro»[22] y conservar solo

21 Un fragmento de una carta de Saint-Martin demuestra que los catecismos de los tres grados azules contenían efectivamente alusiones a las doctrinas secretas de la Orden, pero presentadas de forma tan velada que Willermoz no sabía cómo explicarlas a los destinatarios. Saint-Martin prometía enviar próximamente una instrucción complementaria, pero señalaba que este comentario sería absolutamente superfluo cuando Willermoz tuviera en sus manos el texto completo de *La Reintegración* y, mientras tanto, remitía a su corresponsal a los «pocos conocimientos» que ya tenía del tratado (III, 101-102).

22 El número de golpes que daba en la puerta de la Logia el introductor del candidato y que repetía el martillo del Venerable era diferente en cada uno de los tres grados azules simbólicos.

lo que considerara esencial, para que la ceremonia no resultara demasiado larga. Pero señalaba que este procedimiento expeditivo ya no era adecuado cuando se trataba de los tres grados Cohens, para cuya concesión se dejaban incluso intervalos bastante largos entre cada uno de ellos, «según las disposiciones del caso» (III, 109). Por lo tanto, los grados azules solo se conferían a título informativo para los neófitos que aún no habían estado en la Logia y como recordatorio para aquellos de entre ellos que ya eran masones.

CLASE DEL ATRIO.

Los tres primeros grados superiores practicados por la Orden de los Elegidos Cohens, es decir, el Aprendiz Elegido Cohen, el Compañero Elegido Cohen y el Maestro Particular, se denominaban los «tres Pórticos del Templo» y constituían la «Clase del Atrio»[23] (II, 195 218; 246).

APRENDIZ ELEGIDO COHEN.

Este grado es, de todos los altos grados cohen, aquel sobre el que poseemos los datos más completos: Papus publicó el catecismo (215-229) y Thory el ritual (XI, 244-252) a partir de manuscritos que parecen auténticos[24].

Esta costumbre había sido adoptada por la Masonería Escocesa, en la que cada grado, o al menos cada familia de grados, tenía su batería particular

23 Le Forestier utiliza para palabra francesa "porche", que puede traducirse como atrio o pórtico. Hemos elegido la primera opción que tiene más tradición entre los sectores ocultistas [NdT].

24 El documento publicado por Thory puede, a primera vista,

Quien deseaba ser admitido debía tener 21 años cumplidos o solo 16 o 17 si era hijo de un Maestro, «con derecho a 5 años de gracia en su calidad de lobezno»[25]. Estaba

suscitar algunas dudas al respecto. Thory afirma, es cierto (p. 247, nota), haber tenido ante sus ojos un manuscrito del grado que perteneció a Savalette de Langes y sostiene no temer ningún desmentido por parte de los Elegidos Cohens que aún vivían en la época en que apareció su obra. Pero, si es cierto que el Régimen de los Filaletos, del que Savalette fue fundador, cabeza y legatario universal, recibió en 1781, a título de depósito, los archivos de la Orden de los Elegidos Cohens, que acababa de disolverse, estos fueron confiados, cuidadosamente sellados, al cuidado de los Filaletos, y Savalette nunca, diga lo que diga Thory, formó parte de la Orden. Por otra parte, el catecismo publicado por Papus alude a una ceremonia de recepción mucho más sencilla que la que describe la obra de Thory. Sin embargo, estas objeciones, por muy sólidas que parezcan, no son decisivas. El secreto que protegía los grados Cohens de la curiosidad de los demás masones fue violado en más de una ocasión; figuraban en los documentos dejados por Saint-Martin, muerto en 1803, y varios hermanos hicieron entonces copias de ellos; además, es probable que Savalette no tuviera escrúpulos, tras la desaparición de su Régimen, en tomar conocimiento de documentos que ya no tenían propietarios legítimos y que, en cualquier caso, debieron de incluirse en la subasta que se hizo de los documentos masónicos de Savalette en el momento de la Revolución. Por lo tanto, es muy posible que Thory tuviera en sus manos un cuaderno auténtico; lo que confirma esta tesis es que el espíritu y el estilo de los numerosos pasajes que reproduce textualmente llevan claramente la marca de Pasqually. En cuanto a las divergencias que se observan entre los dos documentos, el catecismo y el ritual, pueden deberse a una evolución del ritual primitivo por parte del propio Pasqually o de los Elegidos Cohens parisinos, que no se tuvo en cuenta al redactar el catecismo.

25 Las comillas señalan los pasajes que Thory dice haber copiado textualmente del manuscrito de Savalette. La Masonería Azul

obligado a presentarse en persona para solicitar su admisión. Una vez introducido en el vestíbulo llamado Parvis, se anunciaba en la puerta de la primera sala, llamada Atrio. Un vicario, acompañado de Tuileurs[26], lo hacía entrar en el Atrio y le preguntaba su nombre, su patria y sus opiniones religiosas. Si el candidato respondía satisfactoriamente, se le invitaba a arrodillarse y a prestar juramento: 1º de discreción; 2º de huir del libertinaje y de los lugares públicos; 3º de no frecuentar a mujeres de mala vida y de no cometer adulterio; 4º de permanecer fielmente apegado a los estatutos de la Orden. Una vez cumplidos estos trámites preliminares, se ordenaba al candidato que se retirara, ya que la recepción no tendría lugar hasta varios días después.

Esta ceremonia, dividida en dos actos llamados Primer y Segundo Punto, se celebraba en un local compuesto por cuatro salas: el Parvis[27], el Atrio, el Templo o Tribunal, en el que se reunían los miembros de la Logia, y la Cámara de

concedía el mismo privilegio al «lobezno». Este término, parece haber sido tomado de los canteros, entre los que designaba la cuña que se utilizaba para fijar en su yacimiento la «loba» o doble cruz de hierro, con la que se levantaba la piedra erguida para colocarla en su sitio; así, el hijo de un masón era elevado por la influencia paterna a la dignidad de miembro de la logia antes de alcanzar la edad legal. El término «lufton», empleado con el mismo significado por los masones ingleses, procedía probablemente del francés. Los dos términos, inglés y francés, no aparecen en los documentos masónicos hasta 1733.

26 El Vicario era una réplica del «Hermano Terrible», que en las logias francesas presentaba al candidato. Los Tuileurs ["tejedores" en traducción directa, NdT] impedían la entrada de los profanos en la logia; su nombre provenía del Tyler o Tiler, que en las logias inglesas desempeñaba la misma función.

27 En francés "parvis" suele traducirse como "plaza" o "plaza principal" [NdT].

Retiro[28], donde el candidato era «entregado a sus reflexiones».

La «alfombra» extendida en medio del Templo representaba, además de los emblemas masónicos tradicionales (compás, nivel, escuadra, tabla de trazar, sol y luna), seis circunferencias alrededor de las cuales se disponían treinta velas en candelabros. Cada logia de Cohens estaba además provista de los siguientes instrumentos: una máquina para imitar el trueno, otras tres para lanzar rayos, una terrina con carbones encendidos, un jarrón lleno de agua, un jarrón con tierra amasada, un paño rojo, un paño negro, un paño blanco, un lápiz negro, una escalera de caracol dividida en tres tramos de tres, cinco y siete peldaños, el último de los cuales tenía una trampilla y agujeros triangulares, una rama de palmera, otra de cedro, otra de olivo, otra de sauce, una varilla de acebo, otra de fresno, otra de avellano, un incensario y perfumes.

La apertura de los trabajos tenía lugar, como en las reuniones ordinarias, siguiendo un complicado ritual: ceremonias de entrada en el Templo; oraciones al Eterno; introducción solemne de los Hermanos de altos grados; exhortaciones dirigidas por el presidente del Templo, llamado Muy Poderoso Maestro, a los dos Vigilantes, sus subordinados; ceremonia de los puñales[29]; recordatorio de las

28 Equivalente a la "cámara de reflexión" de las logias masónicas en las que el aspirante a iniciarse como "aprendiz" redacta su "testamento filosófico" [NdT].

29 Thory no dice en qué consistía esta ceremonia, pero, dado que el puñal era un préstamo de los grados de Elegido, la «bendición» era probablemente la adaptación de uno de los actos rituales comunes a estos grados. El cuaderno del Perfecto Masón Elegido lo describe en estos términos: «Cuando se reúne la Logia, el Muy

contraseñas y de las instrucciones relativas a las fórmulas de apertura y cierre de los trabajos, así como a la forma de dar la contraseña a los Réau-Croix y a los grandes oficiales.

Una vez debidamente abierta la Logia, se abordaba el Primer Punto de la recepción. El neófito, recibido en el Atrio por el Muy Venerable Maestro, que mandaba en esa parte de la Logia, era inmediatamente encerrado en la Cámara de Retiro. Mientras permanecía allí entregado a sus reflexiones, los Hermanos procedían a los últimos preparativos: las ramas de palmera, cedro, sauce y olivo, los vasos que contenían el fuego, el agua y la tierra amasada se disponían alrededor de la circunferencia. Los que debían lanzar los rayos y los relámpagos ocupaban sus lugares, junto con el Conducteur en Chef[30] y el Vicario.

Una vez todo en orden, el Muy Venerable Maestro, acompañado de los Tuileurs, cruzaba el Parvis y entraba en la Cámara de Retiro. Interrogaba al candidato sobre los motivos de su solicitud y le preguntaba si estaba decidido a entrar en una sociedad «que solo tendía a la virtud y era enemiga de las vanidades de este mundo perecedero». Ante su respuesta afirmativa, el Muy Venerable Maestro decía a los Tuileurs: «Preparad a este hombre para que relate ante los ojos de los Hermanos que se encuentran en el Tribunal el espectáculo de lo que sucedió en el principio de los tiem-

---

Sabio se coloca al pie del altar y pasa el cordón negro (del que colgaba la daga) a todos los Hermanos, uno tras otro, observando que todos los Hermanos lo besen, a cada uno en particular, antes de pasarlo por el cuello. (*Les plus secrets Mystères des Hauts Grades de la Franc-Maçonnerie dévoilés*, 1774).

30 Este desempeñaba el papel reservado al «Maestro de Ceremonias» en las logias ordinarias. [Literalmente "conductor jefe" o "conductor principal". NdT].

pos en el centro del universo». A estas palabras, los Tuileurs lo despojaron de todos sus metales y lo desnudaron de tal manera que solo le quedó la camisa y un calzoncillo de franela blanca; le vendaron los ojos y lo acostaron sobre tres sábanas superpuestas, la blanca encima y la negra debajo; lo envolvieron cuidadosamente en estas sábanas, lo llevaban al Tribunal y lo acostaban boca arriba en el centro de los círculos, con la cabeza hacia el oeste, los pies hacia el este, las dos rodillas en el aire y los puños sobre los ojos; le apoyaban la cabeza sobre una piedra triangular. Se colocaba el vaso con fuego junto a su cabeza, el vaso con la tierra amasada cerca del corazón y el vaso lleno de agua en el lado opuesto.

Tras unos minutos de profundo silencio, se oían cuatro golpes de trueno. Entonces, el Muy Respetable Maestro, presidente de la sala del Atrio, y el Muy Venerable Maestro daban seis vueltas alrededor de los círculos, uno yendo de Oriente a Occidente por el Sur y el otro de Occidente a Oriente por el Norte. Se detenían ante el Muy Poderoso Maestro, «que les daba la bendición de Israel, si su progreso en la Orden les permitía recibirla [probablemente, si eran Réau-Croix], o simplemente les imponía las manos». «Durante estas vueltas, los relámpagos brillaban, los truenos retumbaban y los círculos eran inciensados». Tras unos instantes de calma, el trueno y los relámpagos se desataban de nuevo y «el Muy Poderoso Maestro, acompañado de sus acólitos sagrados, obró el milagro de la creación».

El Muy Respetable Maestro tocaba con su vara de acebo las rodillas del candidato, que inmediatamente las extendía. El Muy Venerable Maestro tocaba con su vara de fresno el corazón del candidato, luego su costado derecho y le hacía extender sucesivamente los dos brazos. Los dos oficiantes

retiraban sucesivamente la sábana negra y la sábana roja; el candidato, con los brazos extendidos y las piernas separadas, solo estaba cubierto por la sábana blanca. El Muy Venerable Maestro se postraba a sus pies, el Muy Respetable Maestro a su cabeza y este último decía en voz alta: «Gran Arquitecto del Universo, tú que has querido hacer al hombre a tu imagen y semejanza para someterle al gran mundo (macrocosmos), del que será víctima si no le colmas de tus gracias, no permitas que perezca la obra de tus manos; haz, por el contrario, que sus enemigos se sonrojen de vergüenza por la inutilidad de sus esfuerzos por obtener victorias sobre él. Que se haga, sin embargo, tu santa voluntad». El Muy Venerable Maestro respondía: «Amén». El candidato quedaba entonces completamente descubierto; el trueno retumbaba sin cesar; «el lugar de la asamblea representaba la imagen del caos». Poco a poco se restablecía la calma; se invitaba al candidato a levantarse y se le hacía realizar los «viajes», conduciéndole «de oeste a este y de norte a sur». Finalmente, se le colocaba en el centro de la alfombra, frente al Muy Poderoso Maestro, se le quitaba la venda y veía a los Hermanos «con la espada [puñal] en la mano».

El Gran Maestro le daba «la ordenación pronunciando palabras misteriosas» y presionando con el pulgar, el índice y el medio de la mano derecha, «lo que ofrecía la imagen de un triángulo, con los demás dedos doblados en la mano», sucesivamente sobre la frente, la parte del corazón, el lado derecho y la cabeza. El Muy Venerable Maestro conducía entonces al candidato «al centro de las circunferencias», le indicaba los signos de reconocimiento y le decía: «Estas cuatro ramas que se ofrecen a tus ojos te serán de gran utilidad si observas los mandamientos de aquel que te dio la vida; pero serás presa de todas las desgracias y estarás

sujeto a la muerte si los transgredes. Puedes disfrutar de todo lo que ves, pero no toques estas cuatro ramas». (Mostrando con su vara la rama de palmera) «Este es el símbolo de la sabiduría universal del Dios vivificante». (Mostrando la rama de cedro) «Este es el emblema del poder universal del Dios viviente». (Mostrando la rama de olivo) «Este es el emblema del poder del Dios de la vida». (Mostrando la rama de sauce) «Este es, por fin, el símbolo de la muerte eterna». «A continuación, le hacía fijar la mirada en la tierra amasada, en el agua y en el fuego, y le decía: Mira, hombre, lo que eres; yo te saqué de ahí; si no quieres volver a los abismos de la tierra de Egipto, observa fielmente las advertencias que se te han dado y no olvides nunca los compromisos que contraerás con la Orden».

Se dejaba solo al candidato en medio de los círculos, y entonces un Elegido Cohen, «que representaba a un genio maligno, atravesando los círculos», se acercaba a él y «trataba de demostrarle lo ridículas que eran las advertencias que se le habían dado». «Le animaba a acercarse a las ramas, a examinarlas, a trazar caracteres a su alrededor, prometiéndole que obtendría conocimientos valiosos, de los que derivaría un poder superior al de aquel que le había creado». «Esfuérzate —le decía— por conocer perfectamente lo que encierra el árbol vivificante, ya que es toda ciencia y todo poder[31]. Someterás todo a tu imperio y mandarás sobre todos los animales (seres), tanto visibles como invisibles».

El neófito se dejaba tentar, «es abrumado por los reproches y expulsado del Templo». En el atrio cayó en manos

31 *La Reintegración* veía en «el árbol de la vida» (interpretación cabalística del «árbol del bien y del mal», citado en el *Génesis*) el tipo de «Espíritu del Creador que el Menor atacó injustamente con sus aliados (los demonios)» (I, 24).

de tres Tuileurs, que representaban a los genios malvados; «le ataron los brazos con fuertes ataduras, le cargaron con un enorme fardo y le hicieron dar nueve vueltas a la sala cubriéndole de agua y barro; los relámpagos brillaban y los truenos estallaban». El primer acto había terminado.

Para poder pasar al segundo punto, se aprovechaba la ausencia del candidato para cambiar la decoración del templo y levantar la escalera de caracol «en medio de las seis circunferencias misteriosas».

El primer Tuileur acudía a informar al Muy Poderoso Maestro del arrepentimiento y la humillación del receptor e implorar su perdón. «Id, le respondían, que el hombre sea presentado ante mí». Arrancaban con dificultad al candidato de las manos de los genios malignos que se esforzaban en retenerlo. «Dejad en paz a este hombre —les decía el primer Tuileur, que representaba a un genio bueno—, retiraos y que ninguno de vosotros se acerque a él. El Muy Poderoso Maestro le ha perdonado. Retiraos cada uno a vuestra región; obedeced a quien os manda en nombre del Maestro».

El candidato era conducido, cargado de cadenas, a los pies del Muy Poderoso Maestro e imploraba su clemencia. «Ya has vuelto a la tierra de Egipto»[32], le decía el Muy Poderoso Maestro. «¿Cómo has podido olvidar las advertencias que te hicimos? Desgraciado, tu crimen te ha convertido en esclavo de la muerte, que ejercerá su imperio sobre ti y tu posteridad. Levántate, hombre, tu falta te es perdonada. Ahora te corresponde a ti trabajar para ganarte la vida eterna».

32 Esta expresión, ya encontrada anteriormente, designaba en el lenguaje metafórico de los talmudistas el estado de Israel, objeto de la ira del Eterno y abandonado por él; el cuaderno la retoma para indicar lo que la *Reintegración* llamaba «estado de privación».

Liberado de sus ataduras, el candidato era conducido por el Muy Respetable Maestro a la entrada de la escalera de caracol. Su guía le explicaba que los tres rellanos, a los que se accedía por tres, cinco y siete escalones, simbolizaban los tres castigos, «castigos del cuerpo, del alma y del espíritu», que sufriría «en la reintegración de su persona con su principio», y luego le hacía subir la escalera de espaldas. El candidato se detenía en el primer rellano para prestar juramento de su «obligación» (guardar el secreto de los misterios de los Elegidos Cohens); en el segundo juraba el segundo tercio (ser fiel a la religión católica, apostólica y romana, ayudar a sus Hermanos con sus consejos y su bolsa); en el tercero juraba el último tercio (no frecuentar nunca aquellas asambleas a los que asistían masones sin conocerlos); todos estos juramentos se prestaban de rodillas. Una vez levantado, el candidato era colocado sobre la trampilla del tercer escalón; «se le decía que el primer hombre que había nacido había hecho a Dios, después de su pecado, promesas similares a las que él acababa de hacer hacía solo un momento, pero que, al apoderarse de él el espíritu maligno, había vuelto a ser seducido y había atraído sobre sí el fuego del cielo por su conducta y, finalmente, había sido precipitado en los abismos de la tierra para ser entregado al fuego eterno». «En ese instante, se abría la trampilla bajo los pies del receptor, que desaparecía, cayendo en medio de las llamas» (que brotaban de los agujeros triangulares perforados en el tercer rellano) al pie de la escalera de caracol.

Esta prueba ponía fin a la iniciación del Aprendiz Elegido Cohen. Se le indicaba el signo del grado: «la mano derecha apoyada en ángulo recto sobre la parte del corazón y la mano izquierda en ángulo recto sobre (¿hacia?) la tierra», y otros siete signos «imitando las figuras de los siete plane-

tas»; finalmente, se le proclamaba miembro de la Orden y el Muy Poderoso Maestro le enviaba a ocupar su lugar «en el Septentrión» entre los Hermanos de su grado, después de hacerle recitar el catecismo.

Este catecismo se basaba en el del *Cuaderno del Aprendiz Simbólico* para el resumen que hacía el recitante de las circunstancias de su recepción, de lo que había visto cuando le quitaron la venda, de las horas simbólicas de apertura y cierre de los trabajos («mediodía pleno» y «medianoche plena»), por la tendencia moralizante («observar la perseverancia, la templanza y la caridad hacia todos sus Hermanos, huir de la calumnia, la pereza y la maledicencia), por el nombre de Gran Arquitecto del Universo dado a Dios con exclusión de cualquier otra denominación. Algunos pasajes del modelo se reproducían íntegramente:

P. ¿Cómo te encontrabas cuando le recibieron?

R. No estaba ni desnudo ni vestido[33], despojado de todo metal.

P. ¿Qué vio y qué oyó?

R. Nada que el espíritu humano pueda comprender.

P. ¿Por qué?

R. Porque estaba privado del uso de los sentidos...

P. ¿Cuáles son las condiciones de su recepción?

R. Una promesa auténtica y compromisos inviolables...

P. ¿Cuál es el tipo de trabajo [de los Aprendices]?

33 En el *Catecismo del Aprendiz Azul*, esta expresión aludía a la vestimenta del candidato que era introducido en la Logia con la camisa abierta, la rodilla derecha descubierta y zapatillas.

R. Levantar edificios espirituales sobre sus cimientos, según el plan que han recibido de su Maestro...

P. ¿Para qué sirve la escuadra en el Templo?

R. Para perfeccionar los trabajos de los Aprendices.

P. ¿Para qué sirve el compás?

R. Para dirigir y limitar a los Compañeros.

P. ¿Para qué sirve la tabla de trazar?

R. Sirve para decorar a los Maestros y designar la superioridad de sus trabajos.

P. ¿Cuáles son los instrumentos que utilizó el G. A. D. L. U. para la construcción del (gran) Templo?

R. Un triángulo, una plomada y una escuadra perfecta.

P. ¿Qué forma tiene vuestro Templo?

R. Un triángulo equilátero perfecto, tal y como se nos representa de norte a sur y de sur a oeste[34].

P. ¿Cuál es su altura?

R. Codadas sin número.

P. ¿Cuál es su profundidad?

R. Desde la superficie hasta el centro.

P. ¿Cuál es su longitud?

R. De este a oeste.

P. ¿Cuál es su anchura?

---

34 Aquí Pasqually modifica el texto tradicional, que daba al Templo alegórico (el universo) una forma cuadrada (porque el universo está limitado por los cuatro puntos cardinales), pero la ocasión era demasiado tentadora para aludir al concepto místico de la forma triangular de la tierra (véase Libro I, cap. II).

R. De norte a sur[35].

P. ¿Qué cubre este amplio edificio?

R. Un dosel salpicado de estrellas (…)

P. ¿Cuál es su altura [de las columnas]?

R. Dieciocho codos.

P. ¿Qué cubre su parte superior?

R. Un doble capitel adornado con granadas.

P. ¿Cuál es su circunferencia?

R. Doce codos (...)

P. ¿Qué edad tienes?

R. Tres años (...)

P. ¿Tienes joyas en tu Templo?

R. Sí, Muy Poderoso Maestro, hay tres, que son la escuadra, el compás y la tabla de trazar (…)

P. ¿Cuál es la cualidad de un Aprendiz?

R. Ser un hombre libre, igual a los reyes y a todos los hombres, cuando es virtuoso».

Pero, bajo el manto de estas similitudes formales, el catecismo del Aprendiz del Elegido Cohen acusa las teorías particulares de la Orden interpretando a su manera los símbolos masónicos que conserva y añadiendo otros emblemas.

Menciona, al igual que el *Libro de las Constituciones* de Anderson, los cinco órdenes de la arquitectura, pero los llama místicamente: el simple, el perfecto, el simbólico,

35 Pasqually, siguiendo ciegamente su modelo, olvida que ocho líneas más arriba ha suprimido uno de los puntos cardinales.

el justo y el apócrifo, que significan para él: el cuerpo del hombre, el cuerpo universal, el cuerpo general terrenal, el cuerpo inferior material y, por último, el Templo apócrifo, es decir, «lo convencional que los hombres se esfuerzan por establecer impunemente en el error» (falso culto divino). Se pregunta al Aprendiz, como lo hacía el catecismo inglés reproducido en *Masonry Dissected* de Prichard: «Has visto hoy a tu Maestro, ¿cómo iba vestido?», en lugar de hacerle responder: «De amarillo, con medias azules» (alusión al compás), le dicta: «Blanco, rojo y negro», especificando que estos tres colores simbolizan la belleza de la obra del Creador, la virtud y la sabiduría que debe practicar el receptor. Si se le quitaban al candidato todos los objetos metálicos que pudiera llevar consigo antes de introducirlo en la Logia, no era, como decía el *Catecismo Azul*, para enseñarle el desprecio por las riquezas que crean una desigualdad artificial entre los hombres, sino para «aludir a la formación de todos los cuerpos que el G. A. D. L. U. hizo construir en el Templo Universal sin ayuda de operaciones materiales».

El triángulo presente en las columnas de la Logia representa «las tres diferentes esencias espirituales que componen el cuerpo general, terrenal, celestial y particular». La batería del Aprendiz, que es «tres golpes lentos», alude a los tres principios que componen su Templo temporal (cuerpo), «es decir, el Mercurio, el Azufre y la Sal», aplicándose el primer principio a «la parte ósea», el segundo a «la parte fluida» y el tercero a «la parte pelicular» (carne y piel); la parte sólida corresponde a su vez al cuerpo general terrestre, la fluida a «la parte solar» (cielo de los planetas), la parte pelicular a «la parte septentrional» (cielo de los fijos). El atributo del Aprendiz, es decir, la plomada, indica que «todas las acciones y operaciones de los Aprendices deben

estar dirigidas por el principio de su emanación espiritual». El sol y la luna de la alfombra representan: el primero «la facultad del fuego elemental», el segundo «la influencia sobre la concepción y la vegetación»[36].

Por otra parte, la Orden sustituye en sus logias las dos columnas Jakin y Boaz, que la masonería había tomado prestadas de la descripción bíblica del Templo de Salomón, por las tres columnas simbólicas de las que hablaba, es cierto, la masonería francesa con los nombres de Fuerza, Sabiduría y Belleza, y que el catecismo llama, siguiendo su ejemplo: Sabiduría, Virtud (Virtus) y Belleza, pero les hace representar, en lugar de ideas abstractas, las tres sustancias que componen el mundo material, ya que dice alegóricamente que están vacías «para encerrar los poderosos instrumentos (las sustancias «espirituales») que el G.A.D.L.U. utilizó para la construcción de su Templo Universal». Sobre la alfombra de la Logia Cohen están dibujados los signos de Saturno, Venus, Júpiter, Marte y Mercurio, morada de los Espíritus Septenarios, la tiza, la terrina y el carbón empleados en las Operaciones y que son, provisionalmente, emblemas del celo, el fervor y la constancia, y, por último, las seis circunferencias cuyo significado místico nos enseñó el tratado de Pasqually y que el jefe de los Elegidos Cohen trazaba en sus cartas confidenciales para representar simbólicamente su Orden.

Las alusiones directas a las teorías y prácticas de la Sociedad no podían llamar la atención del neófito, pero debían servirle de hitos y señales indicadoras el día en que su instrucción fuera más completa. El catecismo le enseña que

36 Es curioso encontrar en el catecismo un eco de antiguas concepciones orientales sobre la acción fecundadora de la luna, eco que había pasado por alto *la Reintegración*.

el origen de la Orden «proviene del Creador y comienza desde los primeros tiempos bajo Adán y desde entonces hasta nuestros días», que ha podido perpetuarse hasta nosotros «por la pura misericordia del G. A., que por su Espíritu suscitó sujetos propios y adecuados para manifestar esta Orden entre los hombres para su mayor gloria y justicia», y reduce a ocho emisarios: Adán, Noé, Melquisedec, Abraham, Moisés, Salomón, Zorobabel y Cristo, es decir, a los principales de los Elegidos de los que hablaba *La Reintegración*, la larga lista de personajes históricos o míticos que la leyenda masónica narrada por el *Libro de las Constituciones* y por la *Historia de la Tercera* representaba como los sucesivos depositarios de los secretos del Arte Real. Se asegura al receptor que la Orden le hará «conocer perfectamente la existencia del G. A. D. L. U., el principio de la emanación espiritual del hombre y su correspondencia con su maestro»; se le recomiendan, como «los números más útiles que el Aprendiz Elegido debe utilizar en la Orden, el 3, el 2, el 5, el 6 y el 7»; se le indica, en términos deliberadamente velados, el objetivo último de la enseñanza cuyos principios fundamentales está recibiendo, es decir, las prácticas teúrgicas, diciéndole que «los primeros elementos de la Orden» son «el trazado, la operación y la palabra». El catecismo le hace responder a la pregunta formulada por el Muy Poderoso Maestro: «¿De qué servía esta Orden a los hombres de los primeros tiempos?», la respuesta significativa, si no para él, al menos para los lectores de *La reintegración*: «Les servía de base y fundamento espiritual para realizar el ceremonial del culto al Eterno y conservarlos así en la regularidad de sus primeros principios, virtudes y poderes espirituales divinos». Ni siquiera la cooperación amistosa deja de mencionarse de forma velada cuando el

receptor, al recitar el catecismo, declara: «Atraeré hacia mí la benevolencia de los jefes que unirán sus trabajos a los míos para hacerme alcanzar el disfrute perfecto de los derechos, frutos y prerrogativas de la Orden de los legítimos Elegidos Cohen espirituales.

Al dirigir estas palabras enigmáticas y llenas de promesas aún oscuras para él al nuevo aprendiz Cohen, la Orden pretendía transportarlo a un mundo de nociones, abrirle horizontes desconocidos para los grados azules y apenas sospechados por algunos grados escoceses; al mismo tiempo, presentaba estas ideas, vagamente esbozadas, pero sobre las que una iniciación progresiva debía arrojar una luz brillante, como la esencia del secreto masónico; presentaba el Sistema Cohen como el único representante de la «verdadera masonería».

Desarrollaba la ceremonia fúnebre de la recepción al grado de Maestro simbólico; tomaba prestada de los altos grados la búsqueda del impacto nervioso, el uso de una maquinaria de operaciones, la sucesión de «Apartamentos», la riqueza de un estado mayor con títulos imponentes, de la Rosa Cruz los «puntos» de la recepción, al Gran Arquitecto y al Caballero de Oriente o de la Espada los cambios de decorado, a los grados de Elegidos su puñal, pero renegaba de sus modelos después de haberlos saqueado; trataba a los Hermanos de todos los Sistemas y de todos los grados de «falsos masones», de «masones elegidos apócrifos». Considerando demasiado material para una sociedad «espiritual» el símbolo del Templo de Salomón, que la masonería francesa había puesto en primer plano como imagen del edificio social llegado a la perfección gracias al triunfo de los sentimientos altruistas, reprochaba a los miembros de las logias simbólicas el haber formado una orden masóni-

ca siguiendo el ejemplo de la construcción del Templo de Salomón, en el que encontraron algunos de nuestros emblemas, «cuya virtud, propiedad y perfección desconocen». Todo el final del catecismo estaba dedicado a recordar o revelar al receptor las contraseñas, los signos y los toques de los «masones apócrifos elegidos»: Aprendiz, Compañero, Maestro», y las contraseñas de seis altos grados: Maestro Elegido, Maestro Escocés, Maestro Arquitecto, Caballero de Oriente, Caballero del Sol y Comendador Rosa Cruz[37]. Se declaraba que «todos estos signos, gestos, palabras y representaciones de los masones apócrifos elegidos» no tenían «ninguna relación con los de los Cohen elegidos» y, para explicar la conformidad de ciertos emblemas, el catecismo acusaba a los masones de haberlos robado. A la Orden, «por haber penetrado poco [porque lo habían hecho] en la ciencia y en los profundos misterios de los Elegidos Cohen».

COMPAÑERO ELEGIDO COHEN.

La información proporcionada por Thory sobre los otros dos grados del Atrio es muy sucinta. Se limita a decir que, una vez que el Aprendiz ha sufrido los castigos del cuerpo, los del alma y del espíritu, son objeto de la doctrina de la iniciación a los grados de Compañero y Maestro Cohen, y añade: «No entraremos en detalles al respecto; las pruebas del iniciado son del mismo tipo y, al igual que en el primer grado, la escalera en forma de espiral desempeña un papel fundamental. Podemos incluso decir, y los Elegidos Cohens

37 Esta enumeración de los grados escoceses estaba bastante bien compuesta; incluía los tipos más comunes, de los que, por lo tanto, el Aprendiz tenía más posibilidades de oír hablar.

estarán de acuerdo, que estos dos últimos actos de la recepción son muy inferiores al primero, en el que los inventores parecen haber agotado todos sus recursos» (XI, 252).

La poca importancia que Thory concede a los dos grados superiores de la Clase del Atrio parece totalmente justificada por los documentos publicados por Papus. El catecismo del Compañero (II, 233-237) es tan vacío como lo era su homónimo en la Masonería azul, donde el Compañero era un grado deliberadamente sacrificado.

El presidente de la Logia del Compañero Elegido Cohen se llamaba Muy Venerable o Muy Respetable Maestro; el receptor viajaba de oeste a norte y de norte a sur, donde estaba su lugar reglamentario; su joya era el triángulo y ser ascendido a Compañero se llamaba: «pasar de la plomada al triángulo»; su signo consistía en «colocar la mano derecha en escuadra levantada sobre la parte del corazón»; su marcha era «en tres pasos triangulares»; su batería era de 5 golpes: 3 rápidos y 2 lentos.

El catecismo se presenta, en apariencia, como intérprete del misticismo específicamente cristiano propio de la familia de los grados escoceses, entre los que destaca el de Rosa Cruz, con su Cena Mística y sus emblemas: el pelícano que alimenta a sus polluelos con sus entrañas y la cruz coronada de rosas. Declara al compañero que la «prevaricación», cuya consecuencia y castigo es el estado actual del hombre, no es otra cosa que «el crimen contra la persona del inocente que aún pide venganza al Eterno por el derramamiento de su sangre», que es «una sangre superior a toda la de la naturaleza humana».

Pero, tras esta profesión de fe, que recuerda la cristología ambigua de la *Reintegración* por la aproximación estableci-

da entre la Pasión y el asesinato de Hiram, el catecismo se dedica a desarrollar, de forma muy fragmentaria y vaga, los conocimientos esotéricos del receptor, proporcionándole algunas ideas sobre la mística de los números y sobre la naturaleza y las consecuencias de la falta de Adán.

Enseña al nuevo compañero que el dos, «número de la confusión», está representado por las dos columnas erigidas en el pórtico y que significan «la acción por la del norte y la contracción [acción contraria] por la del sur»; que el quinario «explica [significa] la degradación del primer hombre elegido por el poder demoníaco»; que el senario «explica la emancipación» del candidato, es decir, «el origen de su emanación corporal representada por las seis circunferencias de su admisión en la Orden» (sic); que el septenario «explica su reconciliación» y que, en consecuencia, el Compañero trabaja para adquirir «la edad de la perfección, que es desde [partiendo del] número 5 [influencia demoníaca], pasando por el 6 [mundo material] hasta el 7 [reconciliación por medio de un Espíritu Septenario]».

Por otra parte, se advierte al Compañero que su trabajo «se limitará a conocer la virtud [poder] del Primer Hombre Elegido, su ambición, su caída y su castigo» y que, sobre todo, deberá adquirir «el conocimiento perfecto de la materia temporal», tarea que ya le ha sido indicada por la fórmula alegórica, según la cual « viaja por el triángulo material [mundo compuesto por las tres sustancias fundamentales] hasta la expiación perfecta de su prevaricación», y por el distintivo de su grado, el triángulo, «pues no tiene otro atributo en la Orden que el que le ha procurado su prevaricación». La falta por la que el compañero cumple su pena se reconoce «por su privación espiritual, representada por su prisión corporal»; por eso, su lugar en la logia es al

mediodía, «porque es el lugar que el G. A. D. L. U. ha destinado a los Compañeros de prevaricación que han tenido la desgracia de caer presa de las instrucciones y operaciones inicuas del demonio» y «la horrible morada de los primeros prevaricadores contra el culto al Creador».

Sin embargo, el catecismo hace brillar un rayo de esperanza en las tinieblas en las que se encuentra sumido el compañero. Si el receptor debe confesar «que no ha visto a su maestro»[38] porque no está «reconciliado» y no se le «permite [no está en condiciones] de nombrarlo hasta su perfecta reconciliación», se le hace vislumbrar el momento en que, habiendo «alcanzado la edad prometida»[39], será admitido a verlo y a conocer su nombre.

MAESTRO PARTICULAR.

La indigencia de este grado, cuyo catecismo reproducido por Papus (II, 241-246) indica someramente que el ritual de recepción, es particularmente llamativo cuando se compara con la riqueza del cuaderno del Maestro Simbólico, cuya ceremonia de iniciación, muy dramática, era de naturaleza tal que causaba una profunda impresión en el candidato. El Maestro Particular no figura evidentemente en la lista de grados Cohens más que para dar a la Clase del Atrio la organización trinitaria cuyo modelo había proporcionado la Masonería azul.

38 Adaptación mística de una pregunta planteada por el catecismo del Aprendiz Simbólico: «¿Has visto hoy a tu maestro? (es decir, el compás).

39 Esta expresión significaba en el estilo masónico el grado de iniciación alcanzado por un Hermano; aquí alude al grado que permite al adepto dedicarse a las Operaciones y obtener los Pases.

Los oficiales de la Logia de Maestro Particular eran un Venerable Maestro de Occidente y dos Vigilantes. El templo estaba iluminado por tres candelabros de tres brazos. La alfombra representaba las tres columnas, los seis círculos, las ramas de palmera, cedro, olivo y sauce de la alfombra del Aprendiz, a las que se añadían una «bola de tierra» [globo terráqueo], un «mar de bronce», una «urna en llamas», «figuras y caracteres» e «innumerables luces».

El candidato era introducido por un Maestro Particular; según una puesta en escena habitual en varios grados escoceses, se presentaba «como un malhechor que es conducido al suplicio, tristemente vestido, con una soga al cuello y descalzo». Su introductor lo hacía «viajar del oeste al norte, al sur y de allí al este con pasos temblorosos». El toque de reconocimiento que se le enseñaba era «el círculo entre la escuadra y el compás»[40].

Parte de la instrucción era de una insignificancia poco común desde el punto de vista intelectual y moral, o repetía lo que ya se le había dicho al aprendiz. El receptor aprendía, por ejemplo, que los Maestros Particulares viajan «con pasos temblorosos» para «aludir a que todo hombre es aquí abajo solo error y tinieblas»; que los atributos del Maestro Particular (el círculo, la escuadra y el compás), designaban: «el primero, los límites de las operaciones de los Maestros Particulares en la Orden; el segundo, la perfección de sus operaciones; el tercero, el camino y la conducta que debían seguir en todas sus acciones temporales y espirituales»;

40 Esta fórmula sibilina tal vez signifique que el Maestro, después de trazar el signo del Compañero (la escuadra), hacía describir un círculo con la mano del Hermano al que ponía a prueba y, al mismo tiempo, formaba un compás con las piernas separadas o con los pies unidos por los talones.

que los deberes especialmente impuestos por el grado eran practicar la caridad, dar ejemplo a los hermanos inferiores con una conducta perfectamente conforme a los principios de la Orden, evitar el estudio de las ciencias prohibidas por la ley divina [probable alusión a la brujería], huir de la «ignorancia crasa» y, por último, no abusar de la autoridad que confería el título de Maestro.

Volviendo sin motivo aparente a la interpretación simbólica del Árbol de la Vida, el catecismo repetía al Maestro lo que se había revelado anteriormente al Aprendiz, a saber, que la rama de palmera designaba «el poder del Dios vivo», la del cedro «el poder del Dios de la vida», la del olivo «el poder del Espíritu» y la del sauce «el poder de la muerte o la privación».

Sin embargo, algunas preguntas y respuestas se referían, de forma más o menos velada, a las doctrinas cosmológicas, antropológicas y pneumatológicas de la Orden. El Venerable Maestro designaba «el pensamiento del Creador», el primer Vigilante «su acción» y el segundo Vigilante «su operación». El receptor pasaba del triángulo [el mundo terrenal] a los círculos [el conjunto de la creación] y se le advertía que los «tres grados de la Clase del Atrio representaban el Templo general terrenal». El Maestro Particular trabajaba «en el conocimiento de la subdivisión de la materia terrenal temporal», es decir, en el «conocimiento de los tres principios espirituales que componen el cuerpo general terrenal, el celestial y los de los cuerpos particulares [organismos] permanentes en la superficie de la tierra». Los seis «círculos de expiación» recordaban «los seis pensamientos poderosos que el G. A. D. L. U. había empleado para la construcción de su Templo universal». La «bola de tierra» designaba «el origen de la forma corporal

del hombre»; el agua (representada por el Mar de Bronce) y el fuego (representado por la urna en llamas) recordaban los «dos elementos que la sostienen en todo su individuo»; las figuras y los caracteres simbolizaban «la virtud superior de los diferentes cuerpos [astros] superiores al del hombre» y el número de luces designaba «el número infinito de agentes espirituales que actúan en el Templo universal». El Novenario, «número esencial del Maestro Particular», representaba tres cosas: «la sujeción del Maestro Particular al trabajo de la materia como ser imperfecto en el Orden, la incertidumbre de sus operaciones espirituales temporales (porque aún no estaba completamente iniciado) y la reintegración de los principios de su individuo corporal». Las tres columnas del Templo designaban «tres tipos de ramas misteriosas de acacia[41]: la acacia franca, que representaba al Elegido Espiritual; la acacia injertada, que representaba a sus discípulos; y la acacia silvestre, que representaba a los profanos inmundos [incultos], errantes y vagabundos [presas del error], escandalosos entre los hombres justos [que con sus opiniones falsas provocaban la indignación de los iniciados]». Por último, los tres candelabros de tres brazos, que iluminaban el Templo, representaban «las tres clases diferentes de Espíritus que dirigen y accionan el Templo general terrenal».

El Compañero y el Maestro Cohens pretendían, al igual que el Aprendiz, despertar, mediante estos fragmentos dispersos de un sistema teosófico, la curiosidad de los neófitos, pero el objetivo último de la Orden, es decir, las prác-

41 Es bien conocida la importante función que desempeñaba en la simbología de las logias francesas la acacia, que, según una traducción errónea, provenía de la rama de casia plantada, según la leyenda inglesa del grado de Maestro, sobre la tumba de Hiram.

ticas teúrgicas, se mantenía cuidadosamente en la sombra. La Clase del Atrio constituía un noviciado; el interés más o menos vivo que sus miembros mostraran por las especulaciones místicas debía permitir distinguir a aquellos que estuvieran dispuestos a admitir las consecuencias que la Orden sacaba de ellas, es decir, los Menores Espirituales aptos para practicar el verdadero culto divino dedicándose a las Operaciones. Así lo expresaba, en términos cuidadosamente medidos, la conclusión del catecismo del Maestro Particular al decir: «El Atrio sirve para formar y perfeccionar a los obreros de la Orden para emplearlos en la reconstrucción del culto al Creador, tal y como fue representado por el del Templo de Salomón». Estas últimas palabras resumían el significado particular que la Orden de los Elegidos Cohens daba al símbolo fundamental de toda la masonería francesa.

CAPÍTULO II
El Rito Masónico: los Altos Grados Cohens

Por encima de la Clase del Atrio había cuatro Altos Grados que se denominaban: Maestro Elegido Cohen, Gran Maestro Cohen, Zorobabel y Réau-Croix.

MAESTRO ELEGIDO COHEN.

En este primer grado de los Altos Grados Cohen, del que solo conocemos el catecismo (II, 249-259), la puesta en escena masónica pasa a ser accesoria; no es más que un velo ligero bajo el que se traslucen las teorías de *La Reintegración*.

Los emblemas están tomados, en parte, del grado de Elegido: cordón negro, calavera coronada por tres dagas; el candelabro de nueve brazos que ilumina la Logia recuerda el grado de Elegido de los Nueve, el primero de los grados de esta familia; la alfombra representa, al igual que la del Maestro Escocés o Arquitecto, reproducida en 1746 por los *Francs-Maçons Ecrasés*, las dos columnas del Templo rotas con sus capiteles volcados. A estas figuras se añaden un compás y una escuadra unidos entre sí, dos triángulos también unidos, un «globo atravesado», cinco «receptáculos» [rectángulos equiláteros] trazados en línea recta, un globo

coronado por tres ramas de árbol, los símbolos químicos del plomo, el oro, el hierro y el cobre.

Las dos columnas rotas, que, en las logias escocesas aludían alegóricamente a la decadencia de la masonería, representan aquí el pecado del Primer Menor y sus nefastas consecuencias, es decir, «la degradación del poder de los dos seres corporales representados por las dos columnas del Atrio del Templo, una de las cuales, la del norte, representa el cuerpo masculino y la otra hacia el sur representa el cuerpo femenino»; los capiteles separados de las columnas «aluden al abandono y desapego que el Espíritu buen conductor (que guiaba al Menor por el buen camino) ha tenido hacia el hombre a causa de su prevaricación y le deja actuar indiferentemente en el error y las tinieblas sobre la superficie de la tierra».

La escuadra y el compás unidos «designan la íntima unión del alma con el Espíritu», los dos triángulos unidos designan el origen del cuerpo humano íntimamente ligado al cuerpo general terrestre, ya que ambos tienen forma triangular» [composición idéntica del microcosmos y del macrocosmos, formados ambos por tres elementos].

Los cuatro metales cuyos símbolos se ven en la alfombra representan: el plomo, «la condensación y la gravedad [peso] de la materia», el oro «la sublimidad de sus esencias espirituales», el hierro «la solidez de su virtud» [densidad e impenetrabilidad], el cobre «la maldición que el Creador puso sobre él [de la que ha sido golpeado durante toda su existencia] después de la prevaricación del Primer Hombre Elegido».

El candelabro de nueve brazos representa «los nueve agentes espirituales diferentes que operan e iluminan en las

tres regiones materiales temporales representadas por los tres elementos universales diferentes».

«El globo coronado por las tres ramas representa la satisfacción que sintieron las tres naciones diferentes de la tierra[42] tras su reconciliación, tal y como nos lo habían representado Abraham, Isaac y Jacob».

La ceremonia de iniciación, llamada «ordenación», se celebraba «en un Templo regularmente reunido por el pensamiento, la acción y la operación espiritual divina». Tomaba prestado de la recepción del Maestro Simbólico el acto ritual que extendía al receptor sobre la alfombra de la Logia, pero este recuerdo de una costumbre tradicional iba acompañado de detalles cuyo significado místico se destacaba en los comentarios del catecismo. El candidato, «vestido de forma decente, pero con el alma llena de temor»[43], era «colocado en tres circunferencias que formaban un receptáculo perfecto, apoyado en un doble triángulo equilátero y flanqueado por cuatro círculos de correspondencia de la operación». Recibía seis «marcas»: en la cabeza, en las dos manos, en los dos pies y «hacia el corazón»[44]. Una vez puesto de pie, fingía, siguiendo las órdenes de su instructor, darse tres puñaladas: una en la garganta, otra en el corazón y otra en el bajo vientre, y lanzaba una cuarta puñalada hacia la tierra. A continuación, recorría «una circunferen-

42 Recordemos que, según *La reintegración*, todos los pueblos de la tierra procedían de tres naciones primitivas.

43 Probable alusión a una prueba sobre la que el catecismo no da ninguna información.

44 A juzgar por un pasaje de una carta de Saint-Martin que parece referirse a esta ceremonia, el oficiante colocaba estas «marcas» o «emblemas de poder» dibujando en los lugares indicados la imagen de un triángulo, un receptáculo y una circunferencia (III, 117).

cia formada por 9 o por 27», es decir, describía un círculo dando 9 o 27 pasos «en forma de escuadra perfecta y con la espada [puñal] en la mano».

El catecismo le enseñaba el significado simbólico de las marcas y las puñaladas: la marca en la cabeza «significaba al cielo [indicaba a los Espíritus] que su tributo había satisfecho [que había pagado tributo] a la justicia del Creador por su reconciliación»; la de la mano izquierda «significaba el tributo que los habitantes del Mediodía [los demonios] aún pagan a la justicia divina»; la de la mano derecha « designaba el tributo que los habitantes de la región terrestre septentrional [menores caídos) han pagado por su afiliación espiritual»; la de los pies «designaba los sellos que el Creador puso sobre la materia en su estado de indiferencia para hacerla susceptible de retener impresiones a favor de los diferentes cuerpos que debían salir de ella según la voluntad del Creador»[45]; la de «la parte del corazón designaba el poder de los diferentes agentes espirituales que el Creador había marcado con su sello invisible para cooperar con las esencias espirituales de la primera materia[46] de donde

45 Esta frase, tomada casi textualmente de *La reintegración*, significa que la acción divina ha hecho que la materia amorfa, o caos, sea capaz de recibir la impronta de las ideas concebidas por la «intención» o el «pensamiento» divino, con el fin de hacer posible la «operación material temporal» [la creación].

46 Es la Materia Prima de los hermetistas. Pasqually sigue fielmente la tradición ocultista, considerando los elementos constitutivos de esta sustancia como «esencias», es decir, como los modos de una materia sublimada cuyas propiedades tienen su origen en la acción de Espíritus determinados. Estas esencias son para los cuerpos físicos y la materia fenoménica lo que el oro y el mercurio de los filósofos eran, según los alquimistas, en relación con el oro y el mercurio comunes.

emanaron todos los cuerpos materiales y temporales». Las cuatro puñaladas «significaban la renuncia que él [el candidato] hacía de toda clase de ciencia y de materia contraria a la ley divina y al orden permanente [brujería y alquimia] para Oriente, Mediodía, Norte y Occidente».

Si el cuaderno del Maestro Elegido Cohens se hubiera limitado a estas nociones dispersas y fragmentarias sobre la cosmogonía y la pneumatología, el catecúmeno no habría tenido la impresión de haber cruzado el Atrio, pero no eran más que aperitivos y el catecismo le hacía dar un paso hacia el santuario revelándole dos de las doctrinas esenciales de la Orden, a saber, su concepción del cristianismo esotérico, que daba como verdadera la interpretación del asesinato de Hiram, tema fundamental del grado de Maestro Simbólico, y su teoría sobre la facultad concedida al Menor Espiritual de llegar a identificarse con el Elegido Espiritual o Reconciliador.

Con más prudencia aún que *La Reintegración*, pero en términos que no debían dejar lugar a dudas a los candidatos capaces de cierta reflexión, la Instrucción asimilaba, bajo el nombre de Maestro Perfecto Elegido[47], al profeta Elías y a Jesucristo, evitando cuidadosamente nombrar a este último ni una sola vez. Si bien declaraba que el nombre del Maestro Perfecto Elegido era «Hrlij en hebreo o Héli en lengua vulgar, es decir: Receptáculo de la divinidad o dedicación de sus propias obras», todo lo que decía del profeta judío se aplicaba al Cristo histórico. La calavera coronada por tres dagas[48] «representa el pensamiento, la acción y la

47 «El Perfecto» era uno de los títulos otorgados a los primeros grados del Rito Escocés, que originalmente se llamaba «Masonería de Perfección»

48 En la leyenda del Mestre Simbólico, Hiram es asesinado por tres

operación de los enemigos de los Elegidos escogidos por el poder divino, tal y como bien lo representan las tres naciones que asestaron sus golpes a la persona del Maestro Perfecto, es decir, el hebreo, el galileo, y callaré la tercera»[49]. La Logia de los Maestros Elegidos Cohens se abre «a la novena hora de los tres últimos días en que el Reconciliador termina todas sus operaciones espirituales temporales en favor de los hombres de la tierra». Se cierra a la tercera hora del día «en alusión al retiro que los discípulos del Maestro Perfecto Elegido hicieron antes de la consumación de sus operaciones» (los tres días que separan la Crucifixión de la Ascensión).

La banda negra, en la que figuran los receptáculos, significa «la horrible morada de los hombres de materia, en la que el Maestro Perfecto Elegido operó la reconciliación de los profanos mortales»; los cinco receptáculos representan «las cuatro operaciones que el Elegido divino realizó en las cuatro regiones principales [los cuatro puntos cardinales que abarcan el universo] y la quinta, la que realizó en favor de sus discípulos para vergüenza de los demonios»

---

compañeros rebeldes.

49 Probablemente se trate de la romana (representada por Poncio Pilato y sus soldados), ya que más adelante se dice que «la otra nación vive en el norte». Es probable que el catecismo temiera, al nombrar al tercer verdugo de Cristo, parecer que atacaba la religión católica, apostólica y romana. En otro lugar, se toma la precaución de explicar que si los Maestros Elegidos Cohens viajan con la espada en la mano es para estar siempre preparados para luchar contra los enemigos de la religión cristiana, los del Rey y los de la Orden. Esta afirmación de la lealtad y la ortodoxia de los Elegidos Cohens, que aparecía así de improviso en medio de comentarios místicos, se adelantaba a los escrúpulos que podía despertar en algunos adeptos la enseñanza esotérica de la Orden.

[Transfiguración]. El «globo atravesado» simboliza «el dolor sensible que padeció toda la naturaleza por los golpes que fueron infligidos a la persona del Elegido amado del Creador»; la escuadra representa «la sublime perfección de su virtud [fuerza] y de su palabra poderosa [milagros realizados por Cristo] con la que reconcilió [manifestando el poder divino de manera sensible] la tierra con el hombre y el todo con el G. A. D. L. U.».

El Templo [la Logia Cohen] «representa el lugar consagrado a las operaciones [ceremonias rituales, trabajos místicos] de los Maestros Elegidos, tal y como el Maestro Perfecto lo designó él mismo a sus discípulos mediante sus operaciones realizadas en el Templo general terrenal» [la tierra]; los tres círculos de la alfombra «representan los tres dones que el Maestro Perfecto había dado a sus primeros discípulos, que son la admiración [visión de Cristo], el entendimiento [inteligencia de las parábolas evangélicas] y la contemplación» [vista de la Transfiguración]; el receptáculo en el que están inscritas las tres circunferencias concéntricas «designa el lugar destinado [predestinado] en el que se opera todo en favor de la humanidad y de la universalidad [universo], así como todo lo espiritual divino se operó en el cuerpo del Maestro Perfecto antes de su muerte».

Si el Maestro Elegido dice tener 3, 5, 6, 7, 4 y 8 años, es en primer lugar para «recordar las diferentes operaciones espirituales divinas que el Maestro Perfecto Elegido ha realizado hacia el Creador en favor de la naturaleza universal»[50], y en segundo lugar «para aludir al tiempo que le lle-

50 3 = acción sobre la materia, 5 = sobre los demonios, 6 = sobre la creación, 7 = sobre el cielo de los astros, 4 = restitución al Menor del poder cuaternario; 8 = reconciliación.

vó cumplir todos sus deberes como Hombre-Dios y divino entre los humanos»[51].

Por último, el catecismo enseña al candidato en qué forma los hombres conocen las «cuatro palabras poderosas» que el Maestro Perfecto Elegido o Reconciliador «recibió del G. A. D. L. U. en su destino» [cuando recibió de él su misión] y que «devolvió después de haberlas consagrado [de haberlas utilizado] para la manifestación de la gloria y la justicia divinas»; se pronuncian, en lenguaje humano, «Heli, Lama, Saba, Tanie».

Que el nuevo Maestro Elegido Cohen pudiera esperar elevarse, mediante un trabajo perseverante, en la jerarquía de los seres hasta las cimas donde se cernía el Maestro Perfecto Elegido, al que el catecismo llamaba Elías, pero cuya vida terrenal, muerte y actos místicos recordaban tan claramente los de Jesucristo, es lo que se desprendía del nombre secreto que llevaba y de los números que le eran «esenciales». «En efecto, supo que se llamaba místicamente «Roux» en lengua vulgar y «Réau» en hebreo, es decir: «Hombre-Dios de la tierra, elevado por encima de todo sentido espiritual temporal sobre el que se manifiestan la gloria y la justicia del Creador». Los números de su grado eran el 4, el 7 y el 8 porque «el Cuaternario alude al origen y al poder del Elegido, el Septenario a las poderosas facultades espirituales que recibió del Creador desde su emancipación y el Octonario al doble poder del Elegido amado por el Altísimo cuando vio operada [¿vino a operar?] la reconciliación de los hombres»; ahora bien, «todo Maestro Elegido puede procurarse una semejante pureza y virtud»; por lo tanto, la admisión al grado se calificaba como «entrada al círculo de

51 3 + 5 + 6 + 7 + 4 + 8 = 33, número de años que Jesucristo pasó en la tierra.

la reconciliación».

El adepto al que se le hace una revelación tan importante es a partir de ese momento un miembro activo de la sociedad mística. Debe más que nunca «alejarse [mantenerse alejado] de toda sociedad [masónica] clandestina que dé instrucciones apócrifas», «evitar todo lugar de profanación y prostitución de las cosas espirituales y de uno mismo», a fin de «no sustraerse nunca [mostrarse indigno] de la ordenación que ha recibido», y su primer deber es «una obediencia perfecta y humilde hacia los principales jefes de la Orden». También conoce «el régimen de vida en la Orden según lo ordenado por el Maestro Perfecto» [prohibiciones alimentarias] y debe «observarlo escrupulosamente».

Sin embargo, aunque se le indicaba el objetivo final, el camino que conducía a él, es decir, el medio para obtener la «reconciliación», le seguía siendo desconocido. Sabía que el Primer Hombre Elegido [Adán] había perdido «el augusto nombre de Réau porque la ambición decidida de elevar su poder por encima de aquel que le había constituido en virtud y autoridad sobre toda criatura le llevó a derogar [perder] su poder y, por este medio [en consecuencia], se convirtió en un hombre ordinario, en lugar del hombre invisible [inmaterial] que habría sido». Pero el Maestro Elegido Cohen ignoraba el medio de recuperar ese legado, de modo que el nombre de Réau que se le había concedido no era más que una promesa cuya realización no podía vislumbrar. Tenía que confesar que desconocía la verdadera pronunciación de las «cuatro palabras poderosas» del Maestro Perfecto Elegido y el catecismo no le revelaba ni la naturaleza ni el efecto de las Operaciones. Si bien se le decía acerca de los cuatro Círculos de Correspondencia que rodeaban las tres circunferencias donde había recibido

su ordenación, que « representaban a los habitantes espirituales de las cuatro regiones celestes diferentes que asistieron espiritualmente a todas las operaciones temporales espirituales que el Maestro realizó para recordar al hombre su primer principio de virtud, autoridad y poder espiritual temporal», no se le indicaba de qué manera esos Espíritus, al manifestarse al operador mediante los Pases, le anunciaban su reconciliación. Además, el catecismo le recordaba que aún era solo «Maestro Elegido Temporal», es decir, todavía prisionero de la materia.

GRANDES MAESTROS COENS apodados GRANDES ARQUITECTOS[52]

La importancia que los adeptos concedían a este grado queda demostrada por las frecuentes menciones que hacen de él en su correspondencia. Es cierto que, según una carta de Pasqually (II, 93), aquellos a quienes se les confería no eran más que «simples émulos», pero la propia palabra designaba a los discípulos destinados a recibir una iniciación completa, por lo que los titulares del grado eran llamados en la Orden «aprendices Réau-Croix» (II, 77). La enseñanza que se les impartía, el ceremonial de sus asambleas, las devociones y los ejercicios místicos que se les prescribían, constituían un entrenamiento teórico y práctico para las Operaciones propiamente dichas.

De las formas masónicas solo queda un recuerdo. Así lo indica ya el título del grado, que considera el nombre de Gran Arquitecto como un simple «apodo» dado al

52 Es el título mismo del catecismo publicado por Papus (II, 263-271).

Gran Maestro Cohen para vincularlo externamente a la jerarquía de los grados escoceses, en los que el título de Arquitecto había gozado de gran popularidad[53] y aún en 1772 seguía gozando de gran prestigio. El catecismo no menciona ninguna entrada solemne y dramática, ni ningún juramento aterrador, ni viajes complicados. La «recepción» masónica se sustituye por una verdadera «ordenación»; el candidato no es admitido en una asamblea formada por hermanos por los dignatarios de una logia, sino que es «ordenado y operado por el pensamiento y la voluntad del Eterno y por el poder, la palabra y la intención de sus diputados». Estos representantes de Dios son cinco: un «Gran Maestro» asistido por cuatro «Vigilantes», pero, a diferencia de las recepciones masónicas, en las que el presidente se contentaba con hacer actuar a los oficiales bajo sus órdenes, «el Gran Maestro», decía el secretario de Pasqually, «es el único que hace las aperturas, da las consignas, las palabras y las baterías en la Logia» y los demás oficiales «no son más que figuras de los sujetos espirituales [representantes de los Espíritus] que el Gran Maestro hace actuar a su antojo» (St-M. à Will. 12 de agosto de 1771; III, 107). Además, el candidato podía, como veremos pronto, ser ordenado en privado por el Gran Maestre.

53 La palabra expresaba muy adecuadamente el objetivo y las pretensiones de los primeros Maestros Escoceses, que parecen haber sido reformadores bien intencionados. Al calificarse de Arquitectos, se atribuían el papel de guías y jefes de los Masones Simbólicos, incapaces, si se abandonaban a su propio entendimiento, de construir el templo ideal de la sociedad humana. El término, pronto eclipsado por títulos más ambiciosos, no cayó sin embargo completamente en el olvido y numerosos grados escoceses lo conservaron hasta la Revolución.

El catecismo no habla de la alfombra, pero, si existía, solo debía representar los objetos cuya interpretación mística da la Instrucción: arca, tabernáculo, cubas, candelabro de siete brazos, tablas de la Ley, con exclusión de los emblemas propiamente masónicos, sobre los que guarda el más profundo silencio.

La mención del signo de reconocimiento, que formaba parte obligatoria de todos los catecismos masónicos, se considera insignificante; el catecismo del grado solo dice de este signo: «Se da si se ordena»[54].

La recepción al grado de Gran Arquitecto se hacía, en principio, en «ceremonia completa», es decir, en presencia de los titulares del grado, pero, mientras la Logia no disponía de personal suficiente, era una «ordenación pura y simple» cuyos únicos actores y espectadores eran el oficiante y el receptor (St-M. à Will. III, 107).

La «simple ordenación»[55] se realizaba en un único círculo iluminado por una vela colocada «entre las dos palabras que allí estaban trazadas». Esta vela se encendía con «fuego

54 Esta aparente indiferencia podía estar dictada por el temor a que el cuaderno cayera en manos de profanos o masones «apócrifos». La misma reserva se observa con respecto al ritual: a la pregunta: «¿Cuáles son las circunstancias de la recepción de un Gran Maestro Cohen?», el catecismo se limita a responder: «Se dan si el Gran Maestro lo exige». Todo lo relativo al ritual del grado debía transmitirse oralmente, por lo que el ceremonial de la ordenación solo nos es conocido a través de la correspondencia confidencial de los adeptos.

55 El ritual de la simple ordenación había sido redactado definitivamente por Pasqually en el primer semestre de 1771; Saint-Martin anunciaba el 20 de mayo desde Burdeos a Willermoz que le enviaría «muy pronto» a Lyon «el ceremonial de la simple ordenación de Gran Arquitecto» (III, 92).

nuevo». El candidato se situaba en el círculo, mirando hacia el este, con la cabeza gacha, ambas rodillas en tierra y las manos cruzadas sobre el pecho. El oficiante le dibujaba dos veces sobre la cabeza, es decir, sucesivamente con cada una de las manos, el triángulo «designado (dibujado sobre la alfombra) en el gran ceremonial». A continuación, le dibujaba en la frente otro triángulo, la placa triangular que llevaba el Gran Sacerdote de Israel; luego le imponía en la frente la mano derecha en ángulo recto mientras pronunciaba las oraciones y las palabras consagradas. El candidato se levantaba entonces, salía del círculo, se lavaba las manos y perfumaba los cuatro ángulos de la habitación, comenzando por el lado prescrito. Mientras tanto, el oficiante rezaba en voz baja y postrado en el ángulo este. El texto de esta oración, llamada «seguridad», era elegido por el oficiante: «debía recitarla según sus deseos y necesidades, o los de sus semejantes, y era el momento adecuado para pedir gracias» (St-M. a Will. III, 95-96; 107-108). El candidato, una vez dentro del círculo, retomaba su postura anterior y el oficiante pronunciaba la fórmula de ordenación: «Te ordeno y te instituyo Gran Arquitecto de la Orden», añadiendo «las palabras y oraciones que le corresponden». Por último, comunicaba al nuevo miembro los «signos, toques y pases», y le entregaba el cordón distintivo del grado. En cuanto a las «palabras y expresiones», que eran: «laïn, Iva, Moseph, Aaron, Ur, Betsaleal, Heibli, Laugaï, Harmon, Zezbaoth, Abigaï»[56], el oficiante no estaba obligado a comunicarlas todas

56 La ortografía particular de Pasqually y los posibles errores de los copistas y tipógrafos dificultan la identificación de estos nombres hebreos. Sin embargo, se puede reconocer a Sebaoth, así como a Moisés, Aarón, Ur y Betsalel, de los que se habla extensamente en *La reintegración*. Abigaï, Ialn e Iwa son quizás Abigaïl (= «cuyo padre es la exultación»), la columna del Templo: Iakin («él

y los Superiores se remitían a su prudencia para elegir las que considerara oportuno dar a conocer al recién ordenado[57]. El Gran Arquitecto recién recibido era presentado y reconocido como tal en la primera asamblea que seguía a su ordenación (St-M. à Will. III, 95-96; 108).

El «gran ceremonial del Gran Arquitecto» solo nos es conocido, y muy imperfectamente, por algunos datos dispersos en las cartas en las que Saint-Martin transmitía a Willermoz las instrucciones de Pasqually[58].

El Gran Maestro abría la Logia con la batería del grado, que en principio era de 101 golpes, pero se le permitía abreviarla «describiendo un cuadrado y un golpe en el centro»[59]. Consagraba las ceremonias recitando íntegramente el salmo *Quam dilecta*. A continuación, se colocaba de pie en el centro de la sala y exorcizaba los cuatro círculos di-

consolida») y Hava («la viva») o Eva.

57 Esta autorización es significativa. Demuestra: 1º que estos términos no eran simples signos de reconocimiento, sino «palabras de poder»; 2º que no todos los Grandes Arquitectos eran admitidos en el mismo grado de iniciación; la lista completa de palabras de poder probablemente solo se revelaba a aquellos que demostraban ser dignos de ser ascendidos a un grado superior. Los demás no pasaban de ese grado y solo conocían una parte de su arsenal místico.

58 Estas instrucciones complementarias, dirigidas a un adepto que tenía ante sus ojos el cuaderno del grado, son extremadamente vagas; la pérdida de este documento es tanto más lamentable cuanto que el ritual parece haber estado muy desarrollado, ya que su descripción ocupaba cinco grandes hojas y las «palabras del grado» llenaban una sexta hoja. (III, 91-92).

59 III, 108. Saint-Martin habla en la misma carta de una batería de 81 golpes «que no debe sufrir ningún cambio porque contiene un doble poder que no está al alcance del hombre», pero nada en el contexto indica a qué grado se refería.

bujados en las esquinas llamadas «ángulos», «conjurando y molestando vivamente al Maligno y conteniéndolo con unas palabras poderosas que pronunciaba en cada ángulo». Este acto era «arbitrario», es decir, que el texto se dejaba a la inspiración del oficiante y obtenía su gran fuerza de la intención «que daba virtud a las palabras pronunciadas» (III, 107).

Se suponía que el receptor había «consagrado ocho años en expiaciones para merecer su ordenación» y, en consecuencia, tenía la edad mística de ochenta años, es decir, el Octonario multiplicado por el Denario, «número misterioso» cuya virtud señala a menudo Pasqually. Era recibido «en medio de una luz resplandeciente», es decir, la Logia estaba iluminada por numerosas «estrellas» [velas] cuyo número y disposición desconocemos, ya que no ha llegado hasta nosotros el «cuadro» de la Logia del Gran Arquitecto, trazado por Pasqually en mayo de 1771 y enviado a Lyon ese mismo mes (111, 111). El candidato era «asistido por cuatro Grandes Vigilantes situados en el centro de los cuatro círculos de correspondencia del Templo Particular» [Logia] y que, en representación de «los cuatro jefes regionales celestiales», servían durante la ordenación «para alejar y disipar con sus fuegos espirituales [perfumes] todo tipo de seres imperfectos [demonios] que pudieran contaminarlo»[60].

Los actos rituales eran probablemente los mismos que los de la simple ordenación; el catecismo no dice nada al respecto y se limita a indicar que el candidato era «consagrado con nombres y palabras poderosas que aludían a las que el Creador dio a Moisés, su Gran Maestre Cohen,

60 Cuando la asamblea era pequeña, se permitía trazar solo tres círculos (St-M. a Will.; III, 112).

para hacerlas reversibles y consagrar a su semejante a las operaciones espirituales divinas». Entre estas «palabras de poder» figuraban los números místicos 3, 4, 6, 7 y 8, estando el Denario reservado al Poderoso Maestro.

El patrón del grado era Moisés, considerado el Elegido Espiritual y organizador del verdadero culto divino entre los hebreos, y la Instrucción se centraba principalmente en revelar el significado esotérico del mobiliario sagrado que él había consagrado al servicio del Eterno. El arca, que Moisés, cuyo nombre significa «salido de las aguas», mandó construir, se representaba como una repetición de la de Noé, o «salvado de las aguas», en la que «solo había tabernáculos materiales [Menores] para ser testigos de la justicia que se ejerció sobre los Hijos de Dios convertidos en Hijos de los Hombres por la alianza que habían hecho con las hijas de Caín». El arca de Noé profetizaba la que Moisés construyó para sacar a Israel de la justicia [dominación] de los demonios, para someterlo a la conducta y a la justicia del Eterno, «lo que nos es representado por los diferentes animales que fueron puestos en el arca y confirmado por las diferentes naciones que el arca de Moisés salvó de la ira del Creador, lo cual podemos considerar [lo que se nos representa] por los animales irracionales (que hacen) alusión a los idólatras y los animales racionales a los Hijos de Dios».

«Siendo el arca la verdadera figura del cuerpo general terrestre, por la misma razón el Tabernáculo es el que designa el lugar particular donde el Creador se comunicaba con su primera criatura sin confundirse con la tierra» [Es decir, sin haber tomado forma material, sino manifestándose a través de su «gloria» o Shejiná]. «Esto fue confirmado por Moisés cuando entraba en el Tabernáculo para comunicarse con el Eterno, recibir sus órdenes y manifestarlas para

mayor gloria de la divinidad». «Moisés siempre se mantenía delante del Tabernáculo cuando hablaba a Israel, para recibir toda la inteligencia necesaria para que Israel retuviera en su memoria lo que él quería comunicarle por orden del Eterno», ya que «el Tabernáculo era el lugar consagrado para ser el depósito de todas las virtudes y potestades divinas, espirituales, temporales, materiales y corporales». Este Tabernáculo tenía cuatro puertas «que aluden a la cuádruple esencia divina, a los cuatro poderes otorgados al hombre y a los cuatro poderes regionales celestiales o cuatro grandes jefes principales que dirigen el universo». «Siendo el Tabernáculo de Moisés una verdadera figura de nuestro Tabernáculo material [nuestro cuerpo], la figura de estas cuatro puertas se encuentra: en la cabeza, arquetipo del pensamiento, que corresponde a la puerta del Este; el poder del entendimiento dado al oído corresponde a la puerta del Norte; la contemplación dada a la vista corresponde a la puerta del Mediodía; la palabra dada a la fuerza de la operación [palabra que opera con una fuerza soberana] corresponde a la puerta del Oeste».

Hay cuatro tipos de tabernáculos en el gran templo universal: dos materiales, que son «el cuerpo particular del hombre y de la mujer», el tercero es el que Moisés construyó temporalmente, el cuarto «es el espiritual temporal, llamado Sol, que el G. A. D. L. U. destinó para contener en él los nombres y palabras sagradas de reacción temporal y espiritual, distinguido por la Sabiduría (astro cuya función es bien conocida por los iniciados), antorcha de la vida universal temporal».

El «candelabro de siete brazos de Moisés alude a los siete poderes celestes[61], a los siete dones espirituales [sacramen-

61 La exégesis moderna coincide completamente con Pasqually en

tos] y a las siete operaciones que el Eterno manifestó para la creación de este universo, lo cual fue representado por el candelabro de siete brazos que fue colocado en el templo de Salomón y perpetuado hasta nuestros días por el que subsiste entre los romanos».

Las cuatro grandes cubas colocadas «en los cuatro ángulos del Templo de Salomón» aluden «a los cuatro grandes jefes principales que dirigen el universo y también a los cuatro grandes sacerdotes temporales que han oficiado el culto divino entre los hombres, representados por los cuatro evangelistas que llevaron las diferentes operaciones espirituales a las cuatro partes del mundo». Los cuatro jefes principales fueron: «Rhéty bajo Adán, Enoch bajo la posteridad de Seth, Melquisedec bajo la posteridad de Abraham y Cristo en favor de todo ser creado». Los cuatro grandes sacerdotes «que oficiaban el culto divino entre los hombres son Zalmun entre los ismaelitas, Rharamoz[62] entre los egipcios, Aarón entre los israelitas y Pablo entre los cristianos»[63].

Los deberes y funciones de los Grandes Arquitectos, calificados como «Conductores del Arca Sagrada y Guardianes de las puertas del Tabernáculo», eran «trabajar en la purificación de los sentidos de la materia para hacerlos susceptibles de participar en las diferentes operaciones

este punto; admite que el aparato con siete lámparas representaba los siete planetas adorados desde tiempos inmemoriales por los caldeos.

62 Como se ha dicho anteriormente, y por las mismas razones, es imposible adivinar qué personajes históricos o míticos aparecen aquí bajo los nombres de Rhéty, Zalmun y Rharamoz.

63 Cabe señalar que la mención de Cristo, los evangelistas y San Pablo tiende a dar un matiz cristiano a los comentarios de este grado judaizante.

del Espíritu [observar rigurosamente el régimen ascético de los Elegidos Cohens], construir tabernáculos nuevos y reconstruir los antiguos [mostrar el camino a los Menores Espirituales o volverlos al buen camino], siguiendo el ejemplo de los antiguos Grandes Maestros, para disponerlos y hacerlos aptos para recibir en ellos las diferentes palabras de poder que gobiernan y accionan las diferentes acciones de todo ser creado [ponerlos en condiciones de mandar a los Espíritus para obtener Pases], pintar y trazar todos los emblemas de la Orden, cuando se ordene ofrecer perfumes [dibujar los círculos y las figuras en el suelo de la Logia antes de las reuniones y las ordenaciones], consagrar a sus semejantes a los círculos de los Maestros Cohens [colaborar en la recepción de los candidatos al grado inferior], aplicar la palabra de poder a las cuatro regiones celestes y a las tres terrestres y velar cuidadosamente por el ceremonial de las operaciones espirituales temporales» [cumplir con el oficio de Grandes Vigilantes durante las ordenaciones de su grado y garantizar la regularidad de los actos rituales].

Instructores de los Maestros Cohens y acólitos del jefe de la Logia durante las sesiones solemnes, los Grandes Arquitectos ejercen sus funciones de exorcistas en fechas fijas. «Ejercieron su virtud y poder (para alejar a los demonios) los miércoles y sábados de cada semana, todos los meses del año y en todas las circunstancias peligrosas en que el caso requiriera que realizaran sus trabajos e impusieran sus manos en escuadra sobre todas las cosas que fueran convenientes para sus operaciones» [exorcismo de objetos y seres mediante la imposición de las manos]. Pueden ser convocados a reuniones extraordinarias, ya que, «aunque el tiempo, los días, los meses y el año sean limitados, se abren las puertas del Templo Universal [Logia del Gran Arquitecto]

en todas las circunstancias peligrosas de este valle de lágrimas». Por último, «sirven a su Poderoso Maestro» de una manera muy especial «seis días para los dos equinoccios, doce días con los dos solsticios, catorce días para la perfecta operación de los dos equinoccios, catorce días para la de los dos solsticios».

Pero, si el Gran Arquitecto tiene, como los levitas, acceso al Templo, no se le permite entrar en el santuario; sabe expulsar a los espíritus perversos, pero ignora el arte de invocar a los espíritus buenos; el trabajo al que se dedica en los equinoccios y solsticios es una preparación para las Operaciones propiamente dichas; todavía no es, como dice expresamente Pasqually (11, 77), más que un «aprendiz Réau-Croix». Si tiene derecho a golpear las cuatro puertas del Tabernáculo, no tiene el poder de abrirlas todas como hacía Moisés cada vez que quería; solo puede abrir la del norte [recibir la enseñanza oral y secreta] y cerrar la del sur [defender contra los demonios a los seres y las cosas] «porque, según le dice la Instrucción, los Grandes Maestros Cohens de nuestra Orden no son aún más que seres temporales [prisioneros de la materia] y no podrán tener tal poder hasta que se hayan convertido, siguiendo el ejemplo de los primeros Sabios, en hombres espirituales», y esta transformación requiere un periodo de aprendizaje de siete años[64], necesario «para la perfecta operación de la reconciliación».

64 Este número tiene sin duda un significado místico, pero, tomado en su sentido ordinario, proporcionaba a los Superiores un excelente argumento para calmar la impaciencia de los Grandes Arquitectos que reclamaban una iniciación más completa, si se les consideraba aún, o para siempre, indignos de recibirla.

GRANDES ELEGIDOS DE ZOROBABEL los llamados (*sic*) CABALLEROS DE ORIENTE[65].

Este grado tiene una fisonomía bastante desconcertante: en lugar de aportar al receptor nuevas revelaciones sobre las doctrinas de la Orden, esboza un retroceso al retomar uno de los temas de esta misma Masonería que el grado anterior había abandonado casi por completo y, si bien interpreta místicamente la leyenda del Caballero de Oriente, ya no habla de las prácticas teúrgicas que eran la principal ocupación de los Grandes Arquitectos. El nuevo aspirante debía tener la sensación de estar pisando sobre sí mismo, en lugar de dar un paso adelante, como legítimamente podía esperar.

Esta repentina parada en el camino que conduce a la meta final puede explicarse por tres tipos de consideraciones. Después de tomar prestados de los grados masónicos de Elegidos y Arquitectos, sus títulos y algunos de sus emblemas, Pasqually no podía, so pena de parecer incompleto, ignorar un grado tan conocido y popular que todos los Sistemas de Altos Grados lo incluían regularmente en su jerarquía. En segundo lugar, el papel que Zorobabel, personaje principal del grado escocés, desempeñaba en los relatos bíblicos encajaba tan bien con el carácter de Elegido Espiritual que la *Reintegración* atribuía al héroe judío, la liberación de los hebreos cautivos en Babilonia, su regreso a Jerusalén, la reconstrucción del Templo y la restauración del culto divino proporcionaban un lienzo tan rico para los comentarios esotéricos, que Pasqually no pudo resistir la tentación de bordar algunos de esos arabescos alegóricos

65 Catecismo publicado por Papus t II, 275-283.

por los que sentía una predilección decidida. Por último, es posible que el jefe de la Orden considerara prudente hacer una tregua durante algún tiempo en los ejercicios prácticos y volver a las teorías fundamentales antes de proceder a la admisión definitiva al grado supremo de Réau-Croix. La espera impuesta a los discípulos era una última prueba que permitía elegir a aquellos a quienes se les permitiría levantar todos los velos.

Se suponía que el grado de Caballero de Oriente era tan perfectamente conocido por el candidato que el catecismo de los Grandes Elegidos alude a su leyenda sin más explicación que si se tratara de la *Ilíada* y la *Odisea*. Dado que muchos lectores actuales probablemente pueden ignorar una cuestión tan particular, tal vez no sea inútil dar una idea de la leyenda y de los rasgos distintivos de este grado caballeresco.

La primera edición del *Libro de las Constituciones* (1723) nombraba a Serubabel, llamado por los franceses Jérobabel o Zorobabel, «Gran Maestro de los Masones que reconstruyeron el segundo Templo sobre las ruinas del primero». En la segunda edición (1738), el jefe del Retorno se convirtió en el «Gran Maestro Provincial» del «Gran Maestro» Ciro, que le había adjuntado un «Gran Maestro Adjunto» en la persona del Sumo Sacerdote Josué (Begemann: *Vorgeschichie und Anfänge der Freimaurerei in England*. II, 181). La masonería escocesa se apropió de esta indicación para crear un grado que se convirtió en el prototipo de los grados llamados «caballerescos», porque convertían a la sociedad masónica en una orden de origen militar y medieval que confería nobleza a sus miembros, independientemente de su rango en la sociedad profana. La ceremonia de recepción del Caballero de la Espada o de Oriente si-

mulaba la lucha que el candidato, en representación de Zorobabel, había tenido que librar en el puente que cruzaba el río Starburzarnaï para abrir paso a la fuerza a los judíos que regresaban a Jerusalén tras el fin del cautiverio. Como recompensa por esta hazaña, el receptor era armado caballero en todas las formas; a continuación, era proclamado Caballero Masón en recuerdo del papel que supuestamente habían desempeñado los miembros del grado al proteger de los enemigos del pueblo elegido a los obreros ocupados en la reconstrucción del Templo; si llevaba la paleta en la mano izquierda, mientras que la derecha estaba armada con la espada, era, según la Instrucción, para recordar que había trabajado temporalmente con sus manos «para mantener la igualdad con los Hermanos». Ennoblecido por su ascenso, abandonaba el verde, color habitual de los grados superiores anteriores, por el rojo, «verdadero color escocés», y ocupaba un lugar en el «Tribunal de los Soberanos de las Logias» para «reinar sobre los obreros como Salomón, Hiram y Moabon».

De estas dos palabras típicas del grado masónico: Zorobabel y Caballero de Oriente, el cuaderno de los Grandes Elegidos solo se aferraba a la primera y, para dejar bien claro que rechazaba el carácter caballeresco tan marcado en el original, no se contentaba con suprimir toda puesta en escena guerrera, sino que hacía decir expresamente en su título que los Grandes Elegidos de Zorobabel eran «supuestos», es decir, solo para los masones no iniciados, Caballeros de Oriente. Mientras que en el grado escocés el jefe del Retorno, representado por el receptor, era únicamente un guerrero que había conducido a sus tropas a la victoria, en el grado Cohen, Zorobabel, manifestación del Elegido Espiritual, está personificado por el presidente de la asam-

blea y procede a la recepción; los dos Vigilantes, que allí representaban a los generales Nabuzaradán y Mitrídates, se llaman aquí Zoroal y Zoroael, nombres cuyo significado místico, aunque no muy claro, no es menos cierto.

El catecismo ponía primero de relieve el significado secreto de la leyenda del Caballero de Oriente. Inspirado por él, el receptor declaraba que «no le era desconocida la íntima alianza de Asiria con el resto desafortunado de Israel», que dicha alianza consistía en la libertad que Asiria había concedido a las tribus de Israel tras el fin de su cautiverio y que el rey había prestado todo tipo de ayuda a los hebreos a quienes acababa de liberar a pesar de todos los que se habían opuesto a ello. Decía estar informado de las circunstancias del paso por el puente del río Starburzarnaï, pero añadía que conocía el significado simbólico de la expedición de Zorobabel «por la íntima relación y la estrecha correspondencia que existe entre todas las operaciones espirituales y temporales de Zorobabel y las nuestras». Exponía que la alianza del rey de Asiria[66] con Zorobabel era, en sentido vulgar, «la libertad que Asiria concedió a las tribus de Israel tras el fin de su cautiverio», pero que, en sentido esotérico, hacía « alusión a la que el Eterno hará con todo ser creado después de la expiación del tiempo y su perfecta reconciliación»; esto es lo que representan alegóricamente «el pacto que Zorobabel [el Elegido Espiritual] hizo con Ciro [el Creador] y el fruto de sus operaciones, que determinó al rey a prestar todo tipo de ayuda a las tribus de Israel a las que acababa de dar la libertad [reconciliación], a pesar

66 La extraña confusión que hace Pasqually entre Mesopotamia y Asiria, entre los monarcas asirios y persas, ya se encuentra en la Instrucción del grado de Caballero de Oriente, que llama a Ciro «rey de los asirios».

de todos los que se habían opuesto a ello» [los demonios].

La leyenda masónica proporciona a Pasqually un pretexto para volver sobre dos temas ya explotados en los grados anteriores: las manifestaciones del Cristo metafísico y la espiritualización del motivo masónico de la construcción del Templo; a ello añade una de las teorías fundamentales de su sistema místico, es decir, la tesis según la cual el conocimiento y la práctica del verdadero culto divino fueron arrebatados a los hebreos y perpetuados por una tradición secreta de la que la Orden era la única depositaria.

Zorobabel es «el tipo de Cristo» y sus operaciones son «el tipo de toda redención». Decir que «el sabio y pacífico Zorobabel luchó y venció al pasar el temible puente del río Starburzarnaï» es decir que Cristo es vencedor de los demonios, ya que el nombre del río significa «paso de la confusión», pues equivale al número demoníaco 5, «tal y como nos lo representa el recuento de este nombre: s = 1, tar = 2, bu = 3, zar = 4, naï = 5»[67]. Por otra parte, si la tradición cuenta que Zorobabel destruyó los arcos del puente sin ayuda de herramientas metálicas y dejó intacto el séptimo[68], debemos entender que se trata de los seis pensamientos creadores cuya obra desaparecerá en el momento de la reintegración de todos los seres y todas las cosas en su principio primero, lo que constituye la redención, y que

67 Pasqually se habría sentido sin duda muy avergonzado si hubiera tenido que justificar este «recuento». En cualquier caso, sería inútil buscar la clave en el valor numérico de las letras hebreas, ya que la S francesa solo puede representarse con la Schin, que vale 21, o con la Samech, que vale 14.

68 Estos detalles no aparecen ni en la *Biblia* ni en la leyenda del grado escocés; Pasqually quizá los tomó prestados de una *Hagadá* talmúdica.

el séptimo arco que quedó intacto simboliza la existencia absoluta del Espíritu, sin el cual nada en todo el universo puede nacer o subsistir, de modo que todos los fenómenos sensibles no son más que apariencias nacidas de su imaginación y que se disiparán tan rápidamente como fueron concebidas[69].

Así como Zorobabel «tenía en su poder los medios puramente espirituales de destrucción material», del mismo modo el Templo de Salomón fue construido simbólicamente sin «el uso de herramientas de metal por los obreros desconocidos que tallaron las piedras en las canteras»[70], también el destinatario declara que no ha trabajado, ni material ni místicamente, en la reconstrucción de este edificio, porque «la reconstrucción de este templo no era más que la figura de la de nuestro templo material (Menor Espiritual) que el Espíritu debía reconstruir, no estando en poder del hombre realizar tal reconstrucción».

La tesis según la cual Moisés no había sido autorizado a dar a conocer a los hebreos la verdadera Ley se relaciona de manera totalmente artificial con la historia de Zorobabel.

---

69 Al menos eso es lo que parece significar, una vez traducido al francés, el pasaje en cuestión, que ofrece un ejemplo característico de la jerga en la que están escritos los catecismos. He aquí el texto: «El séptimo arco dejado en toda su perfección alude a la perfección de la existencia del Espíritu, que nada en todo el universo existe ni subsiste sino por él, y que todos los seres con forma en este universo no son (sic) más que seres aparentes que deben disiparse tan rápidamente como fueron concebidos en la imaginación del Espíritu, cuyo arco abandonado es la imagen de la existencia perfecta».

70 Los canteros, de los que los masones ingleses se decían sucesores, son presentados por el catecismo como los «tipos» de los espíritus motores de las esencias espirituales.

Había sido anunciada al final de la Instrucción del grado anterior, que preguntaba al receptor: «¿A qué aluden las tablas rotas de Moisés y las que bajó a los israelitas?». A lo que el nuevo Gran Maestro Elegido Cohen respondía: «Lo ignoro, ya que permanezco en el poder [pues la razón solo la conoce] el que está por encima de mí [el que posee un grado superior al mío]». El catecismo de los Grandes Elegidos daba la clave del problema.

El receptor declara que, «aunque es hijo de hebreos y fue elegido por Zorobabel» [elegido por Zorobabel], se llama místicamente Israel en recuerdo de la lucha que Jacob libró contra el Espíritu y en la que fue derrotado. Marcado en la pierna izquierda tras su derrota, vio cómo su nombre de Jacob era cambiado por el de Israel, «que significa fuerte contra Dios, habiendo pecado contra el Espíritu». «Este cambio de nombre profetizaba el cambio de la Ley divina que el Eterno haría salir de los hebreos para entregarla a los enemigos de Israel, entre los que aún reside. Este acontecimiento había sido predicho por Moisés cuando rompió las primeras tablas de la Ley divina que había recibido del Creador en favor de los hebreos». Moisés les dio a conocer una Ley divina, «pero no era exactamente como la primera que debía darles». Se reconoce la inferioridad de esta última por el hecho de que «el pensamiento y la mano del hombre no se habían ejercitado (no se habían manifestado en la redacción de los dogmas y las prácticas del culto) en la primera como se hizo en la segunda». La ruptura de las primeras tablas de la Ley indicaba «que Israel permanecería puramente [solo] bajo la ley ceremonial y convencional [culto judío celebrado en el Templo de Salomón] sin poder practicar el culto divino, ya que la verdadera Ley había escapado de sus manos». Del mismo modo, si «el velo

que Moisés puso sobre su rostro cuando dio la segunda ley a Israel alude al velo que el Espíritu toma cuando quiere comunicarse con quien lo reclama bajo un velo corporal [forma gloriosa del Espíritu que se manifiesta al Menor Espiritual]», también significa «que Israel solo recibió de Moisés una ley velada, porque el pueblo hebreo dudaba del poder del Eterno y del de su conductor», y «los hebreos errantes son el tipo del error de los hombres del mundo privados del culto a la divinidad y que son errantes espirituales como lo es Israel [desde la dispersión de los judíos] en lo temporal»; por lo que el destinatario declara no pertenecer «a las tribus de Judá y Benjamín y a la parte de la de Leví que fueron cautivas en Babilonia, perteneciendo [porque pertenece] a una tribu que siempre ha gozado de libertad, la de Efraín, la última de los hebreos y la primera de los elegidos»[71].

71 Esta declaración contradice totalmente la interpretación simbólica que el catecismo da en otra parte, como hemos visto, a la liberación de los judíos cautivos en Babilonia. En cuanto al significado místico del nombre de Ephralm, que no se menciona en la *Reintegración*, no se presta a ninguna explicación plausible. Otro pasaje particularmente oscuro es el siguiente: Pregunta: ¿Cuáles son las diferentes operaciones que Zorobabel realizó en favor de Israel durante su cautiverio? Respuesta: «Siete particulares y sesenta y seis anuales; las anuales consistían en recordar a los esclavos su primer crimen, su justo castigo, su expiación y su perfecta reconciliación, y las siete particulares advertían a los mismos esclavos de su futura libertad, de los diferentes períodos que habían pasado por Israel, los presentes y todos los que le esperaban en el futuro». Intentar encontrar un sentido aceptable a tales palabras sería, al parecer, caer en la trampa tendida por Pasqually; sin querer decir nada importante ni decisivo al destinatario, acumula nubes para ocultar la indigencia doctrinal del grado.

Los deberes de los Grandes Elegidos se indicaban de forma mucho más vaga que los de los Grandes Maestros Cohens; debían «combatir sus pasiones materiales para convertirlas en espirituales y vencer a los enemigos de la verdad y de la libertad, siguiendo el ejemplo de Zorobabel, que luchó y venció». El tipo de trabajo que realizaban se simbolizaba de forma bastante enigmática con «el agua, la tierra y el fuego», lo que parece aludir a operaciones de exorcismo consistentes en trazar figuras geométricas, purificaciones y quemar incienso. La época de estos trabajos era «cada siete meses, el séptimo día del primer cuarto de la luna, que es desde el séptimo día del primer cuarto de la luna de marzo hasta el séptimo día del primer cuarto de la luna de octubre, época en la que Israel recibió la segunda ley y salió de las ciudades de Egipto».

La iniciación concedida a los Grandes Elegidos no parece haber sido muy superior a la que habían recibido como Grandes Arquitectos. Sus «números de poder» son los del grado anterior: «tres, siete y ocho, que aluden al poder espiritual terrenal, al poder espiritual temporal y al poder espiritual divino doble». Es cierto que la edad mística de setenta y siete años que se les atribuye en el Templo (Logia) recuerda la que tenía Zorobabel cuando trajo de vuelta a los judíos a Jerusalén, ya que «tenía siete años cuando fue sometido al cautiverio que duró setenta años», y esos setenta y siete años «aluden al Espíritu doblemente poderoso que reina en este mundo inferior, representado por el doble carácter de la potencia septenaria y representado por la edad perfecta de Zorobabel y por su reinado espiritual». En virtud de este doble poder, los titulares del grado fueron consagrados por Zorobabel [el oficiante], «es decir, enemi-

go de la confusión»[72], con la asistencia de Zoroal (primer Vigilante) o «enemigo de la materia», y de Zoroaël (segundo Vigilante) o «protector de los Menores como amigo de la Sabiduría». Pero este doble poder no es el del Reconciliador, es decir, el Octonario, sino que es solo la iteración del Septenario, número de los Espíritus siderales. La ayuda de estos Espíritus, por muy poderosos que sean, no basta para proteger a los Mineros Espirituales de los ataques demoníacos; por lo tanto, los Grandes Elegidos deben reconocer que aún no han «reconstruido su Templo material» [recuperado la pureza mística que les permite comunicarse con lo divino] «por la fuerza de los oponentes que se opusieron a esta reconstrucción [fuerza] profetizada por la multitud de aquellos que se opusieron a nuestro paso del río y a nuestra libertad»[73].

Su «rango», apenas superior al de los Grandes Arquitectos, los convierte simplemente en «amigos de Dios, protectores de la virtud y maestros de la verdad», pero aún no los hace dignos de dedicarse a las Operaciones propiamente dichas. Esto es lo que el catecismo les obliga a confesar, en términos cuyo significado exacto, por otra parte, debía escapárseles. Les hace confesar que no saben qué instrumentos utilizó Zorobabel para romper los primeros arcos

72 El nombre hebreo Zerubabel significa realmente «dispersado en Babel».

73 Aquí, una vez más, Pasqually recurre a uno de esos prudentes subterfugios que ya le hemos visto emplear en varias ocasiones para protegerse de una posible acusación de herejía. El catecismo añade que «los oponentes de Asiria contra la libertad de Israel son el tipo de las operaciones inicuas de los hebreos cuando se opusieron a las del Redentor». Una alusión muy clara a las acusaciones formuladas por los sacerdotes y los escribas contra Jesucristo.

del puente [ceremonias de las Operaciones que ponen al hombre material en relación con los Espíritus], «ya que los liberados no tuvieron conocimiento alguno de ello» [los Menores Espirituales, incluso liberados del dominio de los demonios, no conocen por sí mismos el verdadero culto divino], ya que «su Templo material no había sido reconstruido» [su cuerpo no había sido purificado por el «régimen de vida»] y «aún no habían ofrecido holocaustos al Señor» [recibido la ordenación de los Réau-Croix].

* * *

REAU-CROIX.

No parece que el grado de Réau-Croix, que constituía un grado secreto y supremo de la iniciación, estuviera organizado según el modelo masónico. Ante el adepto, finalmente admitido en el santuario, la misteriosa Isis se despojaba completamente de los adornos prestados que la habían ocultado hasta entonces. Ahora sabía pronunciar la «Palabra Perdida» que los hijos de Hiram se esforzaban por recuperar; los emblemas de la masonería simbólica, las leyendas de los grados escoceses, todos esos símbolos, cuyo significado místico ahora conocía, ya no tenían interés para él. El hecho de que la ordenación de Réau-Croix solo pudiera tener lugar en el equinoccio la distinguía esencialmente de las recepciones masónicas que, incluso en los grados más altos, no tenían una fecha fija.

La circular enviada el 30 de abril de 1772 por Pasqually para anunciar la recepción de los «Émulos» Saint-Martin y de Sère al grado supremo está redactada en términos pura-

mente místicos. Dice, sin emplear ninguna de las fórmulas utilizadas por los masones, que después de haber «pasado y repasar nuestro escrutinio ordinario y extraordinario y en consecuencia de las órdenes que se nos han dado»[74], los candidatos han sido «recibidos y ordenados R. R. + +, admitidos en nuestras circunferencias [aquí dos círculos concéntricos] virtuosas[75] de los Réaux + + + +» y que se les se les «entregaron cuatro círculos [aquí cuatro círculos concéntricos] para que los utilizaran como convenga». Los «caracteres ordinarios» que autentifican la circular no recuerdan en absoluto los emblemas masónicos; tienen un aire familiar con los misteriosos dibujos que se ven en los pentáculos y amuletos de los cabalistas y ocultistas del Renacimiento (II, 57).

---

74 No se trata de una votación previa de los miembros de la Orden que ya poseen el grado, como se practicaba en las logias, sino de una prueba mística, ya que la ordenación solo se considera válida si el oficiante ha sido testigo de un Pase durante la ceremonia. Así lo indica claramente la fórmula: «en consecuencia de las órdenes que se nos han dado; el Gran Soberano solo podía recibir órdenes de la Cosa y por medio de un Espíritu que se manifestaba en forma gloriosa». Al no haber leído atentamente los documentos que reprodujo, Papus se imaginó erróneamente que los adeptos no podían obtener el grado de Réau-Croix «hasta después de haber tenido varias apariciones de Espíritus debidamente constatadas durante las grandes operaciones mágicas a las que se entregaban varias veces al año los miembros de la Orden» (II, 157). Esto es poner el carro delante de los bueyes, ya que la ordenación tenía precisamente por objeto convertir al adepto en un Maestro Muy Poderoso, es decir, conferirle la fuerza mística que le permitiría provocar más fácilmente manifestaciones sobrenaturales.

75 «Virtuosas» tiene aquí el sentido de «poderosas», al igual que el sustantivo «virtud», del que deriva el adjetivo, siempre empleado por Pasqually en su sentido etimológico latino (virtus).

CAPÍTULO III
Masonería mística y masonería de adopción

Aunque la Orden de los Elegidos Cohens es el tipo más completo del rito masónico ocultista, no constituye un fenómeno único, ya que eran numerosos los grados de tendencia mística y, por muy original que fuera por sus prácticas teúrgicas la sociedad fundada por Pasqually, no deja de presentar semejanzas secundarias, pero bastante llamativas, con algunos grados escoceses de esta categoría.

El más conocido y difundido de estos grados es el que se denominaba «Caballero de la Rosa Cruz». El nombre de Rosa Cruz, que despertó la curiosidad del público culto durante el primer tercio del siglo XVII y que aún hoy conserva su prestigio entre los masones aficionados a las tradiciones secretas[76], es un excelente ejemplo de la prodigiosa vitalidad de los términos enigmáticos que se prestan a todas las interpretaciones, pueden simbolizar todas las tendencias, espejos brillantes y vacíos que reflejan con igual complacencia las imágenes creadas por los juegos de la imaginación.

Según dos pequeñas obras publicadas en 1614 y 1615, la *Réforme Générale du Monde Entier* y la *Fama Fraternitatis Rosae Crucis*, los Rosacruces formaban una especie de co-

76 Véase, en particular, la reciente obra de Willemans: *Histoire des Rose-Croix,* París, 1925.

fradía cuya principal ocupación era curar gratuitamente a los enfermos. Pero, como se afirmaba al mismo tiempo que estos hombres caritativos poseían conocimientos secretos de la especie más sublime, pronto adquirieron la reputación de saber fabricar oro y la panacea y de ser astrólogos, cabalistas y teúrgos. El carácter y los objetivos de la Sociedad de los Rosacruces, cuya existencia se consideraba generalmente real, suscitaron ruidosas controversias. Defendida por ocultistas declarados, como el médico, químico y teósofo inglés Robert Fludd, la Sociedad fue atacada violentamente, en nombre de la religión, por los teólogos católicos, que tildaban a sus miembros de herejes, magos y cabalistas, y por los teólogos protestantes, que los sospechaban de estar vinculados con los jesuitas. En la polémica, que se desató entre 1615 y 1623, participaron, entre otros, en Francia, los jesuitas Garasse, Gautier y Robert, Gabriel Nauclé, médico de Luis XIII, el padre Mersenne y el abad Gassendi; en Alemania, el pastor Daniel Kramer, el médico y químico Libau y el ilustre astrónomo Kepler. Descartes, deseoso de formarse una opinión personal sobre la cuestión, trató, durante su estancia en Alemania entre 1619 y 1623, de entrar en contacto con los Rosacruces que, según se decía, existían al otro lado del Rin. A su regreso a Francia, declaró que no había averiguado nada seguro sobre ellos, pero sus investigaciones ya le habían valido la reputación de pertenecer a la cofradía rosacruz y, cuarenta y dos años después de su muerte, su acérrimo detractor Huet, obispo de Avranches, lo acusó en sus *Mémoires nouveaux pour servir l'histoire du Cartésianisme* (1692) de haberse hecho admitir en la Rosa Cruz en Suecia y de haber abandonado, a instancias de sus hermanos, la geometría para dedicarse exclusivamente a la química, la medicina y la cábala.

En el siglo XVIII, el nombre de Rosa Cruz se utilizaba comúnmente en Inglaterra para designar a los hermetistas y, cuando la masonería comenzó a dar que hablar, todos aquellos que se sentían intrigados por el secreto masónico y sospechaban que los masones cultivaban las ciencias ocultas, vieron en los miembros de las logias a discípulos o sucesores de los Hermanos de la Rosa Cruz. Un alquimista, autor de un tratado sobre la panacea, el *Long Livers* (1722), que dedicó a los masones, recordaba, al firmar su dedicatoria con el nombre ficticio de Eugène Philalète junior (el mismo seudónimo que había adoptado antes el adepto Thomas Vaughan cuando publicó en 1652 una traducción al inglés de la *Fama*), en la que incluía una cita del famoso álbum de alquimia conocido como *Liber Mutus*. En 1724, *The Secret History of the Free-Masons,* reimpreso en 1725, representaba a los Rosacruces y a los masones como miembros de la misma cofradía u Orden. Un artículo del *Daily Journal* del 5 de septiembre de 1730, reproducido por el *Daily News* del 24 de septiembre del mismo año, afirmaba que los masones intentaban convencer al público de que descendían de los rosacruces, aunque solo les habían tomado prestados sus signos de reconocimiento y sus emblemas.

En Francia, la masonería escocesa se había apropiado de este prestigioso nombre, pero le había dado otro significado. El grado de Caballero Rosa Cruz tenía un carácter religioso muy marcado y pretendía representar una especie de culto al cristianismo primitivo conservado por tradición secreta; todos los elementos del ritual, la decoración y el catecismo recordaban a Cristo, la Última Cena, la Pasión y la Resurrección.

Sobre un altar triangular, situado al este, había un tapiz que representaba las tres cruces del Calvario: las dos cruces

laterales estaban desnudas, la del medio llevaba una rosa, un paño colgante y el letrero con INRI. Debajo del Calvario había una tumba cuya lápida, desplazada, dejaba salir un sudario. Tres columnas, erigidas al mediodía, al oeste y al este de la logia, llevaban los nombres de las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. La palabra del grado era INRI, representada como la Palabra Perdida, y la edad convencional del receptor era treinta y tres años. El catecismo declaraba que el pelícano que alimentaba a sus polluelos con sus entrañas, cuya imagen figuraba en la joya del grado, era para los Rosacruces el símbolo del Salvador que había derramado su sangre para redimir a la raza humana. Al final de los trabajos, todos los hermanos se arrodillaban ante el tapiz que representaba el Calvario.

El cierre del Capítulo era seguido por el Tercer Punto de la Rosa Cruz o Cena Mística, durante la cual los Hermanos, de pie alrededor de una mesa cubierta con un mantel y sosteniendo en la mano una larga varilla, compartían un trozo de pan y se pasaban una copa llena de vino diciendo «Emmanuel» y respondiendo «Pax vobis». Cuando la copa estaba vacía, el presidente del Capítulo depositaba en ella un papel con la inscripción «Inri», lo encendía y, cuando solo quedaban cenizas, decía: «*Et consumatum est*», mientras los Hermanos, cruzando los brazos, se inclinaban flexionando las rodillas.

Es posible que los redactores del grado de Caballero Rosa-Cruz, de entre todas las soluciones propuestas durante más de ciento cincuenta años para esclarecer el enigma, hayan encontrado la más conforme a las intenciones del autor anónimo de la *Reforma General* y de la *Fama*. La crítica moderna tiende a ver en estos dos pequeños libros un ataque encubierto contra la Iglesia romana y un intento de

propaganda a favor de una religión puramente evangélica, libre de dogmas considerados adventicios y centrada sobre todo en la práctica de la caridad cristiana extendida a todos los hombres, cualquiera que fuera su credo.

En cualquier caso, el carácter confesional del Caballero Rosa-Cruz halagaba las inclinaciones secretas de muchos hermanos cuya religiosidad latente no podía contentarse con un humanitarismo puramente filosófico. Le valió tal éxito en las logias y capítulos que en el siglo XVIII no hubo ningún sistema masónico importante que no lo incluyera en su lista.

Su popularidad, y también su pretensión implícita de representar la tradición de un cristianismo esotérico, hizo que llamara la atención del Maestro de los Elegidos Cohens; por ello, Pasqually se apropió de dos préstamos evidentes: el nombre que dio al grado supremo de su sistema y el acto ritual que cerraba la ceremonia de recepción a dicho grado.

Si la *Reintegración* se esfuerza por justificar la denominación de Réau-Croix insistiendo en el significado místico del primer término, nunca intenta explicar la adición del segundo; su silencio sobre este punto es muy comprensible, ya que el conjunto es evidentemente una falsificación del nombre de Rosa Cruz. Pasqually especuló sobre el prestigio del que este último gozaba entre los Hermanos de todas las obediencias y quiso hacer creer a los Elegidos Cohens que gracias a él conocían la verdadera forma y el significado secreto de un título que los masones «apócrifos» habían desnaturalizado por ignorancia de la «verdadera masonería». Este propósito inconfesable se delata por el cuidado con que el Maestro emplea en su correspondencia, para designar a los titulares del grado más alto de su Orden, el

signo convencional R. +, que tenía comúnmente entre los masones el significado de Rosa Cruz[77].

En cuanto a la ceremonia en la que el oficiante hacía beber al nuevo Réau-Croix «el cáliz en ceremonia» y le daba a comer «el pan místico o cementario», es cierto que se trata de una imitación directa de la comunión eucarística, pero es dudoso que Pasqually se hubiera atrevido, por iniciativa propia, introducir en su grado de Réau-Croix una ceremonia que corría el riesgo de escandalizar a algunos de sus adeptos como una parodia sacrílega, si no hubiera sido alentado por el ejemplo que le daba el Tercer Punto de Rosa-Cruz[78].

* * *

Los grados de «Aprendiz, Compañero y Maestro Místico», que formaban un sistema embrionario pero coherente, presentan algunas curiosas coincidencias con los cuadros y ceremonias de los grados Cohens[79].

77 Papus cayó inocentemente en la trampa al traducir, en sus comentarios, como «Rosacruz» la abreviatura habitual que encontró en muchos lugares de los documentos publicados por él.

78 Una ceremonia de carácter similar también figuraba en el ritual de los grados de Pequeño Arquitecto o Aprendiz Escocés y de Compañero Escocés.

79 Los cuadernos de estos grados se reproducen íntegramente en su texto francés en las páginas 388-393, tomo II, del *Aligemeines Handbuch der Freimaurerei* (edición de 1865), según una edición privada que hizo para su colección particular el alemán Magon Bode, que desempeñó un papel importante en la Estricta Observancia Templaria y en la Orden de los Iluminados de Baviera. Bode, racionalista receloso y protestante intransigente, acusaba a los jesuitas de haber introducido en las logias los altos grados, y

Estos tres grados se basaban en la leyenda de la Bóveda Sagrada, narrada en el grado inglés del Arco Real y a la que aludían pasajeramente los catecismos de algunos Altos Grados franceses. La leyenda contaba que, durante la reconstrucción del Templo de Jerusalén por los judíos que regresaban del cautiverio, unos obreros descubrieron bajo los cimientos del primer edificio una bóveda o cripta en la que encontraron, además de unas tablillas en las que estaban inscritas las leyes divinas, un altar con una palabra desconocida grabada que era evidentemente el nombre inefable de Dios y en el que reconocieron la Palabra que se creía perdida. Este nombre misterioso, comunicado a Zorobabel y a los Ancianos, se había transmitido desde entonces por tradición oral y constituía el verdadero secreto masónico.

Relacionando el concepto mágico y cabalístico del Schemha-mephorasch y los nombres secretos de la divinidad y sus agentes con el papel de mago atribuido a Salomón, la Instrucción del Aprendiz Místico hablaba de «las siete bóvedas o arcos que servían de fundamento al Templo donde Salomón realizaba sus operaciones»[80]. La Instrucción del Maestro Místico contaba que el Gran Arquitecto

sobre todo los grados de tendencia ocultista, para inclinar a los hermanos hacia el catolicismo. Imprimió con una prensa manual todos los grados que le parecían adecuados para completar el dossier que estaba elaborando en apoyo de su tesis. Los que reunió bajo el título de «Masonería mística» parecen auténticos; lamentablemente, la edición clandestina no lleva fecha, por lo que es imposible saber si la Orden de los Elegidos Cohens imitó a la Masonería mística o viceversa; la primera hipótesis es la más verosímil, dado el cuidado con que los discípulos de Pasqually mantenían en secreto sus rituales.

80 Hemos visto en el capítulo anterior que el grado de los Grandes Elegidos de Zorobabel disertaba sobre el significado místico de los siete arcos del puente sobre el río Starbuzarnal.

del Universo, al ver que, tras el pecado de Adán, los hombres caminaban por el camino de la iniquidad, les había dado, cuatrocientos años antes del Diluvio, unas «convenciones» por medio del patriarca Enoc. El sello misterioso de esta alianza era el conocimiento de su nombre, que solo se reveló a los elegidos. Enoc grabó el nombre inefable en dos columnas, una de piedra y otra de ladrillo, que, siguiendo sus órdenes, fueron ocultadas en arcos subterráneos excavados en la cima de la montaña sobre la que se construyó posteriormente el Templo de Salomón[81]. Los maestros masones que trabajaban en los cimientos del Templo descubrieron la columna de piedra en la que estaba incrustada una lámina de oro triangular[82] en la que se leía el nombre secreto. Salomón había ordenado colocar esta columna en una bóveda sagrada excavada en los subterráneos del Templo; conocía todas las propiedades de una palabra que consideraba el sustento de su Templo, por lo que era el único poder que le

81 La leyenda de estas dos columnas se remontaba a las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo, según las cuales los hijos de Set habían inscrito en ellas «omnem disciplinam rerum coelestium» para salvarla de la destrucción que, según una predicción de Adán, debía aniquilar, primero con agua y luego con fuego, a la raza humana pervertida. Esta tradición, muy extendida en la Edad Media, que llamaba a los dos monumentos «columnas de Seth», se enriqueció con nuevos elementos gracias a la *Historia Scolaslica* de Petrus Comestor (siglo XII). Reapareció en los manuscritos que contenían la historia legendaria de la masonería, compuesta por clérigos entre los siglos XI y XIV para conferir más prestigio a los «deberes» o reglamentos impuestos a los masones profesionales. Las columnas de Seth eran consideradas por los masones ocultistas como los prototipos de las dos columnas Jakin y Boaz que figuraban en la simbología de las logias azules.

82 El sumo sacerdote hebreo se ataba una lámina similar en la frente cuando oficiaba solemnemente.

guiaba en sus operaciones. Los masones liberados del cautiverio, al llegar a Jerusalén, habían registrado las ruinas del Templo, descubierto el pedestal que había quedado intacto bajo la Bóveda Sagrada, borrado la palabra inscrita en la lámina de oro y se la habían comunicado al oído.

Por otra parte, la masonería mística consideraba a Hiram un ser sobrenatural, pariente cercano de los espíritus celestiales de los que hablaba la *Reintegración*. Lo representaban como «un poder superior» que Dios había enviado a Salomón «por medio del rey de Tiro». Bajo la guía de este guía celestial, Salomón, al abrir sucesivamente «los cuatro primeros círculos», aprendió, junto con «el arte de purificar los metales para enriquecer su Templo», la «relación del hombre con el Creador» y el medio de «conversar con él y saborear la dulce satisfacción de disfrutar de su poder». Cuando Salomón, «dejándose persuadir por la lujuria de abrir el círculo de las mujeres», había «invocado a la reina de Saba y a las setecientas concubinas que acudían a sus operaciones», Hiram lo abandonó y, «privado del poder que el Señor le había concedido», Salomón no pudo penetrar en el sexto y séptimo círculos del poder supremo.

La alfombra para los dos primeros grados representaba «cuatro cuartos de círculo trazados con tiza», dos al mediodía y dos al norte, y en medio de ellos había un candelabro con tres luces. Para la recepción del aprendiz había al oeste «una rama florida en una urna». En el tapiz del Compañero, en el centro de los cuartos de círculo, había un triángulo en el que estaba «escrito en hebreo el nombre del Gran Arquitecto». Para el grado de Maestro, el tapiz tenía un círculo; la parte del mediodía estaba trazada con «tierra» (ocre rojo), la del norte con carbón y la del este con

tiza[83]. Al este del círculo había un triángulo con el Tetragrámmata y delante del triángulo había una terrina llena de agua; al oeste del círculo se alzaba una escalera cuyos peldaños «estaban dispuestos en forma de espiral por tres, cinco y siete»[84]; al pie de los peldaños había un hornillo y fuego. El catecismo enseñaba que «los Maestros trabajan con tiza, carbón y la terrina».

El jefe de la Logia, llamado «Maestro de Oriente», iniciaba los trabajos de Aprendiz pronunciando una oración en la que pedía al «Arquitecto Supremo» que le concediera «como a otro Moisés» el poder necesario «para anunciar a los demás hombres que Tú has elegido la verdad de Tus convenciones», con el fin de «disfrutar de la recompensa que Tú has prometido a los hombres que no se apartarán de Tus preceptos». A continuación, pronunciaba una segunda oración solicitando la comunicación de la sabiduría de Salomón «como el don más precioso de Tu omnipotencia»: Luego pedía «la ayuda de los Espíritus que presiden los cuatro cuartos del círculo, dando tres golpes con el mazo en la cúspide de cada uno de ellos y pronunciando en voz alta los nombres de los Espíritus».

El catecismo enseñaba al nuevo aprendiz que «la masonería es el conocimiento de los pactos de Dios con los hombres», que estos convenios habían sido comunicados a Enoc y a Moisés y que el sello de estos convenios era «el nombre propio de la divinidad». También profesaba que las

83 Es notable que el catecismo del Maestre diga expresamente que estas tres materias representan respectivamente el rojo, el negro y el blanco, colores que se citan en el primer grado del Atrio entre los Elegidos Cohens.

84 Esta es exactamente la disposición de la escalera que subía el candidato al grado de Aprendiz Elegido Cohen.

columnas Jakin y Boaz eran «las figuras de los dos Espíritus que presiden las partes meridional y septentrional» o también de Caín y Abel, y que los cuatro Espíritus que mandan en los Cuartos de Círculo «nos representan que sin la ayuda de los ángeles tutelares no podríamos tener éxito en ninguna operación».

El Maestro de Oriente «invocaba a los cuatro Cuartos del Círculo por los nombres del Gran Arquitecto que se asignan a cada uno de ellos». Decía: «Oremos al Gran Arquitecto del Universo por los nombres que él mismo dio a Moisés en la zarza ardiente, ordenándole que los pronunciara cuando quisiera realizar algún prodigio», y, antes de cerrar la Logia, procedía a la purificación de los Cuartos de Círculo.

Para ser admitido en el grado de Maestro, el receptor «atravesaba el brasero, subía los escalones, entraba en el círculo y se postraba a los pies del triángulo, con la rodilla derecha en tierra». Al salir del círculo, atravesaba la terrina llena de agua.

Por último, y quizá este sea el rasgo más evidente de similitud, la masonería mística intentaba, al igual que la *Reintegración* y mediante los mismos procedimientos, conciliar los conceptos cristianos con las doctrinas pneumatológicas. El catecismo de los compañeros enseñaba que los espíritus que presidían los Cuartos de Círculo eran «los cuatro ángeles que acompañaron a Cristo en su pasión»; el de Maestro profesaba que el mundo había visto varias encarnaciones de Cristo, que se había manifestado «bajo la forma» de Enoc, Melquisedec, Aarón, Hiram, Zorobabel y el Mesías, y que aparecería por última vez para juzgar al universo.

* * *

En un punto extremadamente delicado y que preocupaba mucho a las logias hacia 1770, sobre el problema de la admisión de las mujeres, la Orden de los Elegidos Cohens, al igual que la sociedad secreta cuya organización copiaba, se vio obligada a tomar posición y, siguiendo el ejemplo de su modelo, adoptó una solución híbrida.

La cuestión no se había planteado en la masonería, estrechamente ligada a las tradiciones de la masonería profesional y fiel observadora de las costumbres anglosajonas. Los «Deberes» de las antiguas corporaciones de canteros prohibían a las mujeres la entrada en la Logia, es decir, en el taller cubierto donde trabajaban los compañeros, por temor a que su presencia perturbara la concordia y la disciplina o que su curiosidad e indiscreción naturales acabaran por descubrir y divulgar secretos profesionales celosamente guardados. A la masonería especulativa le resultó aún más fácil respetar esta costumbre, ya que el mismo ostracismo era la norma en las numerosas asociaciones inglesas, cuyos clubes son la forma más conocida. El *Libro de las Constituciones* clasificaba brutalmente a las mujeres entre los profanos excluidos de la iniciación; las ponía al mismo nivel que los esclavos, los libertinos y los idólatras, y una fórmula habitual en los catecismos designaba la Logia como el lugar de paz donde «nunca cantó el gallo (alusión a la negación de San Pedro) ni cacareó la gallina».

La medida podía ser muy sensata, al menos a los ojos de los misóginos convencidos, pero, tan pronto como la masonería cruzó el Canal de la Mancha, las interesadas no aceptaron una negativa tan injuriosa, ya que las costumbres que prevalecían en la Francia del siglo XVIII las ha-

bían acostumbrado a desempeñar un papel destacado en las relaciones sociales y a ejercer una influencia indiscutible en los asuntos privados, e incluso públicos. Las obras de teatro y los escritos contemporáneos demuestran que las mujeres francesas se esforzaron por desvelar el misterio que rodeaba las vestimentas masónicas y que, frustradas por no poder penetrar en ellas, sospechaban que los Hermanos se entregaban a los peores excesos. Esta acusación, por otra parte, absolutamente gratuita e injusta, proporcionaba a los adversarios de la masonería una de sus mejores armas, y los Hermanos no podían ocultar el daño que causaba a su asociación, ya sospechosa ante la autoridad real y condenada al anatema por las bulas papales. Sin embargo, intentaron en un primer momento permanecer fieles a la tradición inglesa y se esforzaron por destruir los prejuicios que la exclusión de las mujeres suscitaba contra ellos, protestando solemnemente por la pureza de sus relaciones en la Logia y justificando la medida con razones presentadas, ya fuera en verso o en prosa, con la cortesía galante habitual entonces en Francia, pero idénticas a las que invocaban los masones profesionales o especulativos.

La poesía titulada *Les Francs-Maçons, songe* (Los francmasones, sueño), que figura en todas las recopilaciones de canciones masónicas publicadas a partir de 1737, decía a las damas:

Bello sexo, sentimos por vosotras
respeto y estima;
pero también os tememos a todas,
y nuestro temor es legítimo.
……
Si el sexo está prohibido, que no se alarme,
No es un ultraje a su fidelidad;

Pero se teme que el amor, entrando con sus encantos,
Produzca el olvido de la fraternidad
Los nombres de hermano y amigo serían armas débiles
Para garantizar los corazones de la rivalidad».

El «Discurso (apócrifo) de un Gran Maestre», redactado en 1737 por el caballero de Ramsay y reproducido en numerosas obras masónicas o profanas, atribuía los excesos y el libertinaje, que se habían introducido poco a poco en los Misterios paganos, a la admisión de las mujeres en las asambleas nocturnas, y concluía: «Es para prevenir tales abusos que las mujeres están excluidas de nuestra Orden. No es que seamos tan injustos como para considerar al sexo femenino incapaz de guardar el secreto, sino porque su presencia podría alterar insensiblemente la pureza de nuestras máximas y de nuestros corazones».

Pero finalmente sucedió que algunos hermanos, animados por un celo menos austero o más confiados en la solidez de sus principios fraternos, encontraron insípidas las asambleas exclusivamente masculinas. Se acusaron «de haber sido tan injustos como para creer durante tanto tiempo que los placeres basados en todas las virtudes estaban por encima de las facultades del alma de las damas y no podían dejar de desagradar a un sexo que suponían que solo tenía en común la frivolidad. Pero, iluminados y demasiado castigados por el aislamiento y el aburrimiento que les había causado la ausencia de las damas, estaban convencidos de que el objetivo de su existencia era vivir con ellas y que no podían separarse de ellas sin volverse estúpidos o infelices»[85].

85 *Recueil Précieux de la Franc-Maçonnerie*: III, p. 6.

Estas dos causas convergentes: la curiosidad y las sospechas de las mujeres, y el arrepentimiento y el remordimiento de los hermanos de corazón sensible, dieron lugar a la creación de sociedades andróginas: Orden de los Mopses, de la Felicidad, de los Caballeros y Caballeras del Ancla, de los Caballeros y las Ninfas de la Rosa, de los Leñadores y Leñadoras, de la Perseverancia, de los Caballeros y Damas Filocoreitas, de las Compañeras de Penélope. Estas asociaciones tenían grados y ceremonias que imitaban los grados y rituales masónicos y proporcionaban a los hermanos procedentes de las logias la oportunidad de entregarse con hermanas pertenecientes a los círculos más aristocráticos a juegos amorosos que mezclaban el sentimentalismo igualitario y galante con el humanitarismo sentimental.

Pero estas sociedades, la mayoría de las cuales tuvieron una existencia efímera, no eran más que pálidas copias de la masonería y, hasta aproximadamente 1760, no tuvieron ninguna relación directa con ella. La curiosidad de las hermanas, al principio divertida por esta diversión, acabó por rechazar el cambio; la ofensiva femenina, desviada por un momento hacia objetivos simulados, volvió a atacar la posición principal y así nació la masonería de adopción. El autor de *Essai sur les mystères et le véritable objet de la Confrérie des Franc-Maçons* (1771) redactó su acta de nacimiento escribiendo: «Desde hace algún tiempo se ha iniciado por adopción a las mujeres en los misterios de la masonería, pero estos son diferentes de los de los hombres».

La masonería de adopción se desarrolló considerablemente a partir de 1772, es decir, en la misma época en que Pasqually elaboraba su Sistema. La doctrina enseñada por el nuevo Rito profesaba que la mujer había sido creada para ser la auxiliar del hombre en la conquista de la

felicidad mediante la práctica de las virtudes sociales, pero que, su curiosidad y la debilidad amorosa de su compañero habían causado la caída de la primera pareja y la desgracia de la humanidad, las masonas debían, con su fuerza moral, devolver la felicidad a la tierra. Tras un primer grado en el que la aprendiz se familiarizaba con el lenguaje de los emblemas y los símbolos, el segundo representaba la vida edénica y el pecado original, el tercero, la torre de Babel y la dispersión de los pueblos; el cuarto, en el que figuraban, como dignatarios de la Logia, Moisés, Aarón, sus mujeres y los hijos de Aarón, representaba las migraciones de los israelitas como símbolo del tiempo que el hombre y la mujer pasan en este mundo para prepararse para ser admitidos en un mundo superior; en el quinto se ponía a prueba la curiosidad de la receptora; en el séptimo, Noé, el arca y la paloma proporcionaban el tema de una enseñanza alegórica; en el octavo grado, que tenía un carácter religioso y católico muy marcado, la decoración representaba una capilla; la receptora del noveno grado interpretaba el papel de Judith en tres salas que representaban la ciudad de Betulia, el valle del mismo nombre y el campamento de los asirios; finalmente, la candidata al décimo grado personificaba a la reina de Saba y era recibida por Salomón en el consejo del rey sabio.

Basado en los sistemas masónicos, el Rito de Adopción pretendía impartir una enseñanza moral en los grados inferiores y, en los grados superiores, halagaba la vanidad de las Hermanas y su gusto por lo romántico; los títulos eran pomposos y pintorescos: Maestra Elegida, Maestra Perfecta, Sublime Escocesa, Soberana Ilustre Masón, Princesa de la Corona, Amazona Inglesa, Caballera de la Paloma, Caballera de la Beneficencia.

La masonería femenina no cesó hasta que fue reconocida y legalizada por el Gran Oriente de Francia y supo encontrar abogados elocuentes y bien relacionados en la corte. El Gran Orador del Gran Oriente exclamó en 1773, dirigiéndose al Gran Maestro: «Los sacerdotes de Isis y Osiris admitieron a sus mujeres e hijas en los misterios impenetrables y terribles de la iniciación. Los griegos tuvieron sus sibilas, los romanos sus vestales; en todos los órdenes de la vida civil, toda Europa ha producido heroínas; ¿por qué los masones de Francia, que son padres, esposos, hijos, hermanos, no las admitirían entre ellos?». Deslumbrado por tanta erudición y cediendo a las insistentes peticiones de ilustres hermanas apoyadas por influyentes hermanos, el Gran Oriente reconoció, mediante deliberación del 10 de junio de 1774, las logias de adopción.

Tres logias andróginas de París brillaron con gran esplendor hasta los albores de la Revolución. La Candeur, fundada por el marqués de Saisseval, la marquesa de Courtebonne y las condesas de Polignac y Choiseul-Gouffier, contaba en 1775 con cincuenta y un hermanos y treinta y una hermanas; ese mismo año celebró una Fiesta de Adopción a la que asistieron el Gran Maestro duque de Chartres, la duquesa de Borbón y la princesa de Lamballe; la lista de sus miembros, publicada en 1778, incluía los nombres de casi todas las damas de la corte y de las personalidades militares de la época. Las Nueve Hermanas y el Contrato Social eran también muy frecuentadas; la duquesa de Chartres era Gran Maestra de esta última y la señora Helvétius ostentaba el primer mallete en la primera. Las Grandes Maestras de la Masonería de Adopción fueron sucesivamente la duquesa de Borbón y la princesa de Lamballe. En provincia, especialmente en Burdeos, Annonay, Dieppe,

Besançon, Rennes, Rochefort y Toulouse, se crearon logias de adopción basadas en las logias masculinas.

Pero esta victoria feminista fue más aparente que real. Los hermanos habían abierto junto a sus «talleres» salones donde recibían con gran pompa a bellas visitantes; allí jugaban de vez en cuando con ellas a comedias de biombo que imitaban las ceremonias masónicas; las Hermanas Masonas escuchaban excelente música y edificantes homilías, cenaban, bailaban, se adornaban con cintas multicolores y emblemas delicadamente trabajados; hacían colectas para socorrer a los necesitados, dotar a las niñas pobres, criar a los huérfanos y liberar a los presos por deudas, recompensaban con medallas los actos de dedicación y otorgaban premios a la virtud, pero no cruzaban el umbral de la Logia masculina y en ningún lugar eran tratadas en pie de igualdad[86].

El Gran Oriente solo reconoció las Logias de Adopción bajo ciertas condiciones: cada una de ellas debía estar vinculada a una logia regular que la administrara y fuera su tutora responsable; toda reunión de adopción debía estar presidida obligatoriamente por el Venerable o su sustituto

86 A modo de ejemplo, este era el programa de la reunión de la Logia de las Nueve Hermanas, el 9 de marzo de 1779, en la sala del Cirque Royal, boulevard du Mont-Parnasse, para celebrar el nacimiento de Madame Royale

1. Logia a las 3 en punto (sesión puramente masónica a la que solo asistían los Hermanos).
2. A las 5:30, entrada de las damas para una sesión de adopción; recepción de una Hermana; lectura de diversos fragmentos de elocuencia y poesía.
3. Concierto interpretado por los virtuosos más famosos.
4. Banquete con música militar.
5. Baile.

legal y las «oficiales» solo podían secundar a los dignatarios masculinos; las hermanas debían ser sin excepción mujeres, viudas o parientes cercanas de masones. Las masonas no tenían derecho a veto sobre la admisión de nuevos miembros, independientemente de su sexo. La Candeur había decidido, el 19 de enero de 1776, «que no se admitirá a ningún Hermano o Hermana profano sin el consentimiento unánime de las Hermanas, que serán consultadas previamente», pero, aunque el Gran Oriente no se atrevió a contradecir a una logia tan frecuentada, mantuvo enérgicamente las prerrogativas masculinas frente a las logias andróginas de provincia y, cuando la Aimable Concorde de Rochefort pretendió someter a los candidatos al voto de las Hermanas antes de someterlos al de los Hermanos, disolvió la logia rebelde, que tuvo que revocar su decisión antes de ser reintegrada.

Las concesiones hechas por la masonería a las ambiciones de las mujeres le habían sido impuestas por el rango y la influencia de las solicitantes, pero la hostilidad de los hermanos fieles a la tradición masónica no había desaparecido. En sus *Recherches sur les initiations anciennes et modernes*, el abad Robin retomó en 1779 los argumentos ya esgrimidos cuarenta años antes: «La galantería francesa, decía, acostumbrará poco a poco a los masones a apartarse de las rigurosas leyes de su Orden y, demasiado ocupados en entretener a este sexo con fiestas brillantes, perderán de vista su verdadero objetivo, el secreto que unos y otros están obligados a observar, pone de manifiesto la diferencia que caracteriza a los dos sexos; es casi inaudito que unos lo violen y bastante raro que otros lo guarden escrupulosamente»[87].

87 Ese mismo año, un incidente que causó escándalo durante

Pasqually se oponía tanto como los masones a la admisión de las mujeres, aunque por otras razones. No temía su frivolidad, su indiscreción y las rivalidades amorosas que podía provocar su presencia en su «Templo», ya que el reducido número de adeptos y el periodo de formación que se les imponía permitían realizar una selección prudente, mientras que el fervor de su celo los protegía contra las seducciones de la carne. Los motivos de su repugnancia eran de orden metafísico: consideraba a las mujeres como seres inferiores desde el punto de vista místico, porque les negaba el poder de mandar a los espíritus, ya fuera para citar a los buenos o para rechazar a los malos. *La Reintegración* enseñaba (I, 69) que «la posteridad femenina de Adán no podía asistir al culto de una operación divina debido a las pocas virtudes y poderes divinos innatos en las mujeres y a su poca fuerza y firmeza para sostener tales operaciones»[88]. Por otra parte, al admitir a las mujeres en sus trabajos teúrgicos, los Elegidos Cohens corrían el riesgo de comprometer el éxito, ya que las hijas de Eva representaban la parte es-

la recepción de una joven en Les Neuf Soeurs obligó al Gran Oriente a tomar medidas contra el organizador de la ceremonia. La polémica suscitada por este asunto atrajo la atención de los profanos y de los Hermanos sobre los inconvenientes que presentaban estas reuniones mixtas. (Véase la naturaleza y las consecuencias del incidente en la monografía de L. Amiable: *La Loge des Neuf Soeurs*, págs. 102-128).

88 La inferioridad de la mujer desde el punto de vista teúrgico es, por otra parte, una tradición bíblica. En *Números* (XII) vemos a María, hermana de Moisés, afectada por la lepra por pretender recibir directamente las comunicaciones de Jehová, mientras que Aarón, que se había asociado a su reclamación, queda impune, aunque rechazado como ella. María solo se cura gracias a la intercesión de Moisés y tras haber sido expulsada del campamento durante siete días.

pecíficamente impura de la humanidad. Su madre, Houwa, había sido el fruto amargo de la primera falta del Hombre-Dios; él había cometido su segunda falta, castigada con la procreación de Caín el Reprobado, al ceder con ella y por ella a «la furiosa pasión de los sentidos de la materia». El acercamiento a la mujer, instrumento de placeres cuya acción disolvente alteraba la virtud espiritual de los Menores, estaba prohibido al flagelo de la Cruz durante la cuarentena que precedía a las Operaciones. El carácter demoníaco del sexo femenino era señalado por el catecismo del Maestro Elegido Cohen: a propósito de las dos columnas rotas, dibujadas en el tapiz, señalaba que, si la que representaba al hombre caído estaba en el Septentrión, región donde no penetra el calor de la irradiación divina, la que representaba a su compañera se encontraba en el Mediodía, morada de los demonios.

Pero en toda obra humana, los principios a priori y las concepciones filosóficas deben adaptarse a las necesidades prácticas. A pesar de sus teorías más claramente afirmadas y, sin duda, en contra de sus convicciones íntimas, Pasqually se vio obligado a ceder a las solicitudes de los adeptos a los que le interesaba complacer. Un artículo de los Estatutos de la Orden permitía admitir a las mujeres

A condición de que una «prueba directa y física de la Cosa misma», es decir, un Paso observado durante una Operación realizada con ese fin, justificara su iniciación (III, 147).

Pasqually no se apresuró a redactar el ritual de estas recepciones extraordinarias. Willermoz, deseoso de iniciar a su hermana, solicitó en junio de 1771 las instrucciones necesarias, Saint-Martin le respondió el 17 de julio: «He

comunicado al Maestro cuánto deseas la Instrucción para las mujeres; te ruega que no te impacientes por este asunto, que te dará su palabra, pero está tan poco dispuesto a este tipo de trabajos que aún no cree que deba emprenderlo» (III, 103). Ante una nueva reclamación de Willermoz, el secretario íntimo del Maestro respondió el 18 de enero de 1772: «Aún no puede enviarle la instrucción que le prometió X... para la admisión de las mujeres; acaba de retomar su tratado, que le ocupa por completo» (III, 110-111). En agosto de 1773, Saint-Martin pudo finalmente «felicitar de todo corazón» a la hermana de Willermoz «por su admisión en la Orden» (III, 120), pero, si bien el profundo respeto que los discípulos profesaban por la autoridad de su jefe permite suponer que sabían que podían contar con su autorización tácita, la correspondencia demuestra que Pasqually había fingido desinteresarse por esta iniciación femenina. Al no recibir las instrucciones tantas veces prometidas, Willermoz recurrió en mayo a los conocimientos de Saint-Martin. Este aprobaba en principio la iniciativa de Willermoz, ya que « el alma femenina procede de la misma fuente que la que reviste un cuerpo masculino y, al tener la misma obra que realizar, el mismo enemigo que combatir y los mismos frutos que esperar, debe, por consiguiente, disponer de las mismas armas»; pero, si bien esta propuesta le parecía defendible desde el punto de vista religioso, restringía singularmente su alcance desde el punto de vista teúrgico añadiendo unas líneas más abajo: «Como hay una diferencia en los privilegios que se conceden a los hombres, por ser los mayores, en su lugar yo solo emplearía para todas las mujeres palabras de simple poder cuaternario, para constituir su inferioridad con respecto al hombre, al que se reserva el doble poder» (Saint-M. a Will. 15 de mayo de

1773, III, 117). Así, aunque confesaba «no haber visto nunca ningún documento relativo a este asunto», aconsejaba, por iniciativa propia, pero probablemente como informador oficioso, proceder más o menos como para la recepción de los hombres al grado de Maestro Elegido Cohen. En consecuencia, «no veía ningún inconveniente» en que Willermoz encendiera el «fuego nuevo» y representara en las diferentes partes del cuerpo del receptor «los emblemas de poder, a saber, el triángulo, el receptáculo y la circunferencia»; en cuanto al trazado en el suelo, el intérprete habitual del pensamiento del Maestro dejaba al consultante libertad para dibujar un simple círculo o un círculo con un triángulo simple o doble, «según lo que quisiera representar en su recepción». Tal libertad demostraba la poca importancia que la dirección de la Orden concedía a la ceremonia; además, Saint-Martin, con el pretexto de evitar posibles escrúpulos de Willermoz sobre la validez de la ordenación prevista, señalaba que la iniciación concedida a la hermana del adepto era solo parcial y daba a entender que seguiría siéndolo durante mucho tiempo; «por otra parte —concluía—, no puede ser en los primeros pasos que se dan en la Orden donde haya que temer extensiones (irregularidades) de todo tipo; sin duda, habrá que esperar antes de tomar las últimas precauciones con su hermana y de que los errores que ella o usted puedan cometer con ella sean peligrosos» (III, 118).

No parece que hubiera sido necesario tomar estas últimas precauciones, ya que nada, al menos en los documentos actualmente conocidos, indica que la hermana de Willermoz, ni las otras dos mujeres que fueron admitidas en la Orden, mientras Pasqually estuvo al frente de la misma[89],

89 Una de ellas era la esposa del príncipe de Luzignan, cuya

superaran en ningún momento el grado de iniciación correspondiente al grado de Maestro Elegido Cohen.

incorporación inspiró un gran orgullo a Pasqually, y no hay duda de que la iniciación de la princesa fue una cortesía hacia el noble Émulo.

CAPÍTULO IV
Martín de Pasqually y la Francesa Elegida Escocesa (1760 - 1765)

La doctrina mística que dota a todos los cuerpos, celestes y terrestres, e incluso a los fenómenos naturales, de un alma a la que deben no solo su actividad, sino su propia existencia, definiría con gran exactitud las relaciones de causa y efecto que unían a Pasqually con la Sociedad de la que era jefe. Quizás nunca se haya emprendido una empresa que fuera tan exclusivamente obra de un solo hombre. El Gran Soberano de los Elegidos Cohens fue el único motor del organismo que había creado; era a la vez el cerebro que pensaba y enviaba órdenes a los centros nerviosos, y el corazón cuyos latidos lanzaban la sangre vivificante por las arterias. La Sociedad solo vivió realmente durante los pocos años en que él estuvo al frente. Tan pronto como se alejó, cayó en languidez y pronto se extinguió.

La historia de la Orden es, por tanto, inseparable de la de su fundador. Por desgracia, Pasqually fue, al igual que Saint-Germain y Cagliostro en Francia, Rosa, Johnson en Fuelen, Gugomos en Alemania y tantos otros aventureros del siglo XVIII, uno de esos personajes enigmáticos que surgían entonces de improviso en la escena mundial, la ocupaban durante algún tiempo y luego desaparecían bruscamente, sin que nunca se supiera exactamente de

dónde venían ni cuál había sido o cuál fue su carrera antes y después del breve período en el que atrajeron la atención pública.

Durante mucho tiempo reinó la mayor incertidumbre sobre la ortografía del nombre de nuestro héroe. Willermoz, uno de sus lugartenientes, lo llama a veces Pascualy, a veces Pasqualy; otro discípulo, el abad Fournié, lo llama Dom Martinets de Pasquallys; el barón de Gleichen, que recibió las confidencias de su secretario íntimo, escribe Pasqualis; Joseph de Maistre, que conoció a los Elegidos Cohens que se habían acercado al Maestro, habla, en sus *Soirées de Saint-Pétersbourg*, de Martino Pasquali; el barón de Turckheim duda entre Don Pascualy y Pascualis, el Estado del Gran Oriente lo llama Martinez de Pasqualli; Matter opta por Martinez de Pasquallis, Franck por Martines Pasqualis, Daruty por Dom Martinez Paschalis.

Su nacionalidad sigue siendo incierta. Según la *Biografía Michaud*, sus discípulos más íntimos no conocían su patria y, por su idioma, se supuso que era portugués y judío. Para Gleichen era «originalmente español, quizás de raza judía». J. de Maistre lo sitúa como italiano o español. Matter lo supone «portugués, de origen oriental y raza israelita, pero convertido al cristianismo como lo hicieron los gnósticos de los primeros siglos». Franck cree poder afirmar que, nacido en Grenoble en 1715, era hijo de un israelita portugués que, se desconoce en qué fecha y por qué motivo, se estableció en el Delfinado, y supone que el inmigrante, que permaneció, como muchos de sus correligionarios portugueses, fiel a su fe nacional, aunque profesando exteriormente el catolicismo, había criado a su hijo en un celoso aislamiento que no le permitió aprender la lengua de su nueva patria hasta una edad bastante avanzada, lo que explica la jerga en la

que están escritas sus cartas y su tratado. El autor anónimo de *Introduction aux Enseignements Secrets de Martinès de Pasqually* afirma que el teúrgo había nacido en Grenoble, en la parroquia de Notre-Dame (Saint-Hugues). G. Bord consultó los registros de las parroquias de Saint-Hugues, Saint-Laurent y Saint-Joseph de Grenoble sin encontrar rastro alguno de nuestro hombre, pero, sin embargo, tenía «todas las razones para creer» que había nacido en 1715 en los alrededores de esta ciudad, hijo de Jean-Pierre Pascalis, maestro escritor y profesor de latín, y de Madeleine d'Alençon, y que se llamaba simplemente Martin Pascalis.

Todo lo que permiten establecer los documentos publicados por Papus es que el fundador de los Elegidos Cohens firmaba sus cartas a veces como Don Martínez de Pasqually, a veces como Depasqually de la Tour, y que, en la partida de bautismo de su hijo, conservada en los archivos de la ciudad de Burdeos, se había dado los nombres de Don Martinets de Pasqually. En cuanto a su raza, aunque Willermoz aseguró a Turckheim que Pasqually no era judío, es difícil conformarse con esta afirmación. Sin poner en duda la buena fe del adepto lionés, cabe preguntarse si su protesta contra los «prejuicios» que se habían atribuido a su corresponsal no apuntaba más bien a la religión que a la raza de su antiguo maestro y si no buscaba, sobre todo, al tiempo que tranquilizaba a Turckheim, tranquilizarse a sí mismo sobre la ortodoxia de las doctrinas expuestas en el *Tratado de la Reintegración*. Por otra parte, el origen y la educación judíos de Pasqually parecen estar perentoriamente demostrados por su profundo conocimiento de las tradiciones de Israel y de las teorías de los rabinos místicos[90], por lo que la tesis de Franck parece extremadamente

90 Fue este carácter, muy acusado, como hemos visto, en todo el

verosímil. Se podría encontrar una confirmación más en el orgullo racial que empuja al autor del tratado a exaltar la eminente dignidad de los «verdaderos judíos». Obligado a reconocer que los descendientes de Abraham han sido «reemplazados por los llamados hijos de la gracia divina», añade en tono rencoroso y amenazador: «Pero estos nuevos hijos deben tener cuidado de no dormirse en la gracia que poseen en perjuicio del pueblo hebreo» (I, 118). El recuerdo de las grandezas pasadas y la esperanza en un triunfo final vibran en las proféticas palabras que Moisés dirige a su pueblo: «Sea como fuere, Israel nunca desespera de la misericordia del Eterno; recuerda siempre que fuiste el inmenso escenario de la primera manifestación de la gloria y la justicia divinas (teofanía y gobierno ejercido directamente por Jehová), que en ti tuvo su origen todo lo espiritual y que llegará un día en que la posteridad de Abraham, heredera de la obra del Señor, será devuelta a su primer estado de esplendor y será reintegrada con magnificencia en su situación privilegiada» (I, 367-368).

Este pasaje, en el que resuena un sincero entusiasmo, no alude, es cierto, a las largas esperanzas de los judíos en una resurrección política, ni siquiera al milenio durante el cual la raza elegida debía dominar la tierra antes de la destrucción del universo; la apoteosis que predice Moisés no tendrá lugar hasta el momento del Juicio Final, cuando, después de « haber entrado por segunda vez en esclavitud y servidumbre en la tierra de Egipto, para salir de ella solo al final de los tiempos» (I, 369), Israel verá «la manifestación de la gloria y la justicia del Altísimo para satisfacción de los

---

Tratado de la Reintegración, lo que hizo creer a Gleichen que sus discípulos habían heredado de él un gran número de manuscritos judaicos (VII, 150).

justos, para vergüenza de los demonios criminales y de los Menores culpables y no reconciliados» (I, 210). Pasqually no es, por tanto, un precursor del sionismo, ni un milenarista en el sentido estricto de la palabra, pero el orgullo y la esperanza inquebrantable que se respira en estas líneas delatan al hijo de un pueblo cuyo orgullo ancestral y cuya fe en la grandeza de su destino nunca han sido abatidos por las pruebas más duras.

Por último, el lenguaje de sus cartas, de su tratado y de sus cuadernos de grados es el de un extranjero que aprendió el francés bastante tarde y que seguía pensando en su lengua materna. Probablemente se trataba de una lengua meridional, tal vez el español, como parecen indicar barbarismos como «espécial, escrutin, espermatique»; en cualquier caso, nada delata la influencia de un dialecto germánico, lo que descarta la hipótesis de Mackensie, quien, en la *Masonic Cyclopedia* de 1877, presenta a Pasqually como un judío alemán.

Aunque los documentos que poseemos no revelan el origen de nuestro protagonista, sí revelan al menos algunos rasgos de su retrato moral. El carácter de Pasqually parece haber sido una mezcla bastante sabrosa de misticismo sincero y charlatanería. A veces se jactaba con tranquila impudicia. Cuando, por ejemplo, afirma «haber visto y saber por sí mismo» lo que relataban los viajeros sobre el temor que los demonios inspiraban a los chinos y sobre el culto que los celestiales rendían a los animales, es prudente acoger sus declaraciones con cierto escepticismo.

El tono que adopta para ganarse la confianza de sus lectores suena falso cuando protesta así su sinceridad: «Juzgarán ustedes si digo la verdad o si utilizo subterfugios y

sofismas para sorprender la buena fe del hombre del deseo. No es mi condición ni mi gusto. Desde mi infancia he aborrecido la mentira y el orgullo; los he abjurado para profesar únicamente la verdad de las cosas espirituales divinas y espirituales temporales» (I, 236).

Una anécdota, que relata ingenuamente Willermoz, muestra cómo Pasqually sabía imponerse a los entusiastas ingenuos que lo tomaban como guía. «Estando en París, cuenta a su amigo Turckheim, el antiguo jefe de los Elegidos Cohens de Lyon, el día que había elegido para conferirme mis últimos grados, me citó para recibirlos al día siguiente en Versalles; citó al mismo tiempo a algunos otros hermanos de grados inferiores y los colocó en las esquinas del apartamento, donde permanecieron hasta el final en silencio; él de pie en el centro y yo de rodillas delante de él, sin que nadie más pudiera oír nada de lo que pasaba entre él y yo. Antes de que terminara el ceremonial, me puso de repente los brazos sobre los hombros y me abrazó con fuerza, me inundó con sus lágrimas y sus suspiros. Muy sorprendido, levanté los ojos hacia él y distinguí en ellos todos los signos de una gran alegría. Quise preguntarle, pero me hizo señas para que guardara silencio. Una vez terminada la operación, quise darle las gracias por lo que acababa de hacer por mí y me sentí muy emocionado. «Soy yo —me dijo— quien le debe mucho más de lo que cree. Usted ha sido para mí la ocasión de la felicidad que siento. Hacía tiempo que había caído en desgracia ante Dios por algunas faltas que el mundo considera insignificantes y acabo de recibir la prueba, la señal segura de mi reconciliación. Se lo debo a usted, porque usted es la causa y la ocasión. Era infeliz; ahora soy muy feliz. Piense en mí de vez en cuando, nunca le olvidaré». Y, efectivamente, desde entonces he re-

cibido de él muchas muestras de amistad y gran confianza» (VI, 159-160).

Una escena así huele a artificio, pero quizá sería injusto para su autor ver en ella una mera comedia. Por teatral que fuera el gesto, el sentimiento que expresaba con evidente exageración podía ser sincero. Es muy posible que Pasqually fuera una especie de alucinado que vivía en un estado de excitación perpetua, pasando sin transición del abatimiento a la exaltación, proyectando, por un esfuerzo inconsciente de su voluntad, que siempre tendía al mismo objetivo, imágenes brillantes y fugaces en el pantalla de la realidad sensible, interpretando según sus deseos o sus temores las sensaciones más vagas, rodeado de fantasmas que suscitaba su imaginación febril durante las invocaciones y las operaciones nocturnas, precedidas de abstinencias y acompañadas de sahumerios y ceremonias mágicas.

Sin embargo, si estaba sinceramente convencido de la realidad de las doctrinas que profesaba, si creía verdaderamente haber verificado, por experiencia personal, la exactitud de sus postulados, la voluntad de poder y el espíritu de proselitismo, que caracterizan a los líderes de las sectas, le empujaban a exagerar la importancia de los resultados obtenidos y el alcance de las facultades sobrenaturales que se atribuía. Para asegurar su dominio sobre sus discípulos y avivar su celo, no desdeñaba recurrir a esos ardides piadosos que se creen justificados por la pureza de las intenciones y la grandeza del fin perseguido. Cuando persuadía a sus «émulos» de que seguía desde Burdeos los trabajos a los que se dedicaban en Lyon o en París, de que había curado a su mujer con sus exorcismos y de que era frecuentemente favorecido con manifestaciones e iluminaciones, tendía a realizar ante sus ojos el tipo ideal del Menor Espiritual, o

incluso del Elegido Espiritual, por el que se entregaba y que creía ser en parte; la imagen que creaba solo tenía una existencia ficticia, pero era la reproducción de un modelo del que se consideraba una copia imperfecta. Esta clase de mitómanos e ilusionistas semiconscientes, que no son simples impostores ni simuladores profesionales, está abundantemente representada entre los ocultistas, cuya fe inquebrantable en un principio irracional los hace indulgentes con los procedimientos destinados a demostrar victoriosamente su existencia y cuyo espíritu, siempre tendente hacia lo incognoscible, acaba por no distinguir claramente la ilusión de la realidad.

La piedra de toque que permite trazar, en este ámbito, una línea divisoria entre el charlatán vulgar y el adepto sincero, entre un Cagliostro o un Saint-Germain y un Pasqually, es el resultado que cada uno de ellos espera del empujón que da subrepticiamente a la balanza. El primero caza a los incautos de alto rango, lentos y generosos; busca el fasto, los éxitos ruidosos, la admiración de los curiosos; empresario tan avispado como ávido, pone en escena la obra que seguramente atraerá a un público numeroso; se dirige a la curiosidad ingenua, a la codicia de los hombres, a la coquetería de las mujeres, a las pasiones de todos; inventa la masonería egipcia, abre logias de adopción, predice el futuro, «regenera» «los diamantes y vende el elixir de la juventud». El segundo tiene un éxito menos rotundo y alimenta ambiciones más elevadas. Pasqually, como señala acertadamente Matter, se contentaba con «la sola felicidad de ser jefe de escuela y maestro de los grandes misterios» y «nadie puede reprocharle haber buscado bajo la máscara de su ciencia secreta, ni la fama ni la fortuna» (VIII, 9 y 32). De hecho, nunca traficó con sus conocimientos ocultos; en

su correspondencia con sus discípulos, la cuestión del dinero nunca ocupa un lugar destacado y, si bien, como veremos más adelante, en ocasiones dio lugar a controversias bastante amargas, hay que reconocer que las pretensiones de Pasqually eran de lo más razonables. Por otra parte, la escasa fortuna y el modesto rango social de la mayoría de los adeptos, la incomodidad contra la que el jefe de la Orden no dejó de luchar durante todo el período en que los documentos nos permiten convivir con él, el respeto que le profesó constantemente un espíritu tan noble como el de Saint-Martin, demuestran el verdadero desinterés de Pasqually. Su habilidad como hierofante y líder de secta fue a menudo menos escrupulosa de lo que cabría desear, pero no la puso al servicio de cálculos sórdidos; si tenía la mente confusa, una imaginación demasiado complaciente y un gusto desmesurado por la ficción, al menos sus manos permanecieron puras, sin mancharse de oro.

* * *

Las informaciones que dan los historiadores más recientes sobre la entrada en escena de Pasqually son muy dudosas. Matter afirma que «Dom Martínez iniciaba adeptos desde 1754 en varias ciudades de Francia, sobre todo en París, Burdeos, Lyon y otros lugares» (VIII, 9); la *Nouvelle Notice Historique* afirma que ese mismo año estableció en Montpellier el Capítulo de los Jueces Escoceses (IV, p. XII); Bord sostiene que compuso su Rito en la misma fecha y afilió a un gran número de adeptos en el sur de Francia, en particular en Aviñón, Marsella, Toulouse y Burdeos (V, 244). La concordancia de estas indicaciones no es prueba suficiente de su exactitud, ya que parece que han sido extraídas, al menos en lo que respecta a la fecha, de una fuen-

te muy sospechosa: la *Table Chronologique de l'Hisloire de la Franche-Maçonnerie*, de Thory, donde se puede leer, en el año 1754: «Martínez Paschalis compone el Rito de los Elegidos Cohens y lo introduce en algunas logias de Marsella, Toulouse y Burdeos» (X, vol. I, 68). Pero Thory estaba muy mal informado sobre todo lo relacionado con la historia de la Orden. Se equivoca al situar en 1768 la introducción del Rito en París (X, vol. I, 93), ya que el Tribunal Supremo se había instalado allí desde 1767, como lo demuestra la correspondencia de los adeptos; además, se contradice en el mismo párrafo cuando afirma que «este Régimen no se organizó hasta 1775» y comete un error aún mayor al hacer morir a Pasqually en Santo Domingo en 1779 tras «unos años de estancia en París» (X, vol. I, 94).

No es hasta 1760 cuando los documentos auténticos mencionan por primera vez la actividad masónica de Pasqually[91]. Se presentó en las «Logias de San Juan Reunidas» de Toulouse con el título de Escudero[92] y diciendo ser Ins-

91 Si tomáramos al pie de la letra una expresión empleada por Pasqually, nos veríamos obligados a remontar a 1755 el inicio de su propaganda en Burdeos; en septiembre de 1765, escribe a Willermoz (II, 169) que los dos De Aubenton eran sus discípulos desde hacía diez años; pero como los cita en relación con su próxima promoción al grado de Réau-Croix, que Willermoz aún no poseía, es probable que el Maestre exagere la duración del periodo de formación impuesto a los iniciados, con el fin de calmar la impaciencia de su discípulo lionés.

92 El autor (p. XVII) cree que el término designaba uno de los grados, llamados templarios, que servía de noviciado para el grado de Caballero del Templo, o Caballero Levita del Interior; es más probable que, al calificarse así, Pasqually pretendiera simplemente pertenecer a la clase social intermedia entre la nobleza y el pueblo llano.

pector General de la Logia de los Stuwards[93]. Los hermanos tolosanos acogieron sus declaraciones con cierto escepticismo; les parecía extraño que un hombre de aspecto tan modesto y corriente pudiera ocupar altos cargos en el Arte Real y se hubiera ganado el aprecio y la confianza que el Pretendiente le había otorgado. Ya habían sido víctimas de las mentiras difundidas por aventureros que, aprovechando que la logia tolosana «Los Fieles Escoceses» había recibido en 1747 una constitución de un tal sir Samuel Lockart, que haciéndose pasar por lugarteniente de Carlos Estuardo, se había presentado como delegado de una potencia jacobita y, con el pretexto de perfeccionar la instrucción de los Hermanos de Toulouse, les vendieron a precio de oro cartas y títulos fantásticos[94]. Las referencias que presentó Pasqua-

93 «Stuwards» probablemente significa «a Stewards»; así se llamaban en Inglaterra los hermanos encargados especialmente de organizar las fiestas solemnes de la Gran Logia de Londres; debido a la importancia de sus funciones, acabaron obteniendo el derecho a llevar una insignia especial y a constituir una logia particular que se consideraba superior a las logias ordinarias.

94 La fábula de un Rito de Altos Grados organizado y dirigido por los Estuardo exiliados para dominar toda la masonería y ponerla al servicio de sus intereses dinásticos, nació del nombre que se había dado a sí misma la masonería escocesa. Esta leyenda tuvo gran éxito, sobre todo en el último cuarto del siglo XVIII, entre los masones protestantes de Alemania, que acusaban a los jesuitas, partidarios de los Estuardo, de haber inventado los Altos Grados con fines políticos; pero la supuesta masonería jacobita había seducido desde el principio en Francia, y también en Alemania, la imaginación y la sensibilidad de los espíritus románticos, y numerosos impostores la habían utilizado para lucrarse. Por otra parte, es posible que un error lingüístico, similar a los que dieron origen en nuestro país al símbolo de la acacia y al título de gentilhombre conferido a los masones, contribuyera a acreditar la leyenda jacobita, ya que el nombre de los Estuardo se confundió

lly: una carta jeroglífica, es decir, indescifrable, y algunas cartas, parecieron insuficientes. Sin embargo, fue admitido para exponer sus teorías en la Logia Azul[95]. Resumió una especie de plan ideal de la masonería[96] en el que figuraban «la misteriosa construcción del antiguo y del nuevo Templo, los Caballeros Levitas, los Cohenim-Levyim y los Elegidos Cohens». Esta conferencia mística dejó indiferentes a los oyentes, pero su atención se despertó cuando Pasqually se ofreció a hacer demostraciones prácticas en presencia de una delegación. La Logia designó a tres Maestros, elegidos al azar, para seguir el experimento. Pasqually, al no haber logrado en una primera sesión las pruebas tangibles que había prometido, obtuvo permiso para repetir la prueba, pero el resultado fue nuevamente «deplorable, Martinès quedó cubierto de confusión», y los testigos hicieron un informe tan condenatorio en la Logia que se decidió por amplia mayoría la expulsión inmediata del desafortunado taumaturgo (IV, p. XVI-XX). Abandonó precipitadamente Toulouse dejando algunas notas pendientes, un olvido deliberado que lo perdió definitivamente en la mente de los miembros de las Logias de San Juan Reunidas (IV, p. XX).

---

con el de los Steward, de los que acabamos de hablar. La misma confusión habría hecho creer a los hermanos de Toulouse que Pasqually se hacía pasar por un emisario de los Estuardo.

95 IV censura (p. XIX) la imprudencia de Pasqually, que debería haber procedido a un reclutamiento individual antes de dirigirse a toda la Logia. La verdadera torpeza fue prometer manifestaciones. Instruido por la experiencia, Pasqually las reservó, cuando organizó su Rito, para el grado supremo.

96 «Un poco al estilo de Ramsay», dice IV. Según el resumen que ofrece, no se ve en qué se parece la exposición de Pasqually al famoso *Discurso* de Ramsay; al contrario, se reconocen, de forma velada y con otros nombres, los rasgos de *La Reintegración*.

Otro intento, que realizó en Foix poco después, tuvo más éxito. Fue recibido con honores por la logia «Josué», donde reclutó discípulos, entre otros el caballero de Grainville, teniente coronel, y el señor de Champoléon, capitán de granaderos, ambos miembros del regimiento acuartelado en esa pequeña ciudad. Ya fuera porque Pasqually tuvo más suerte en sus demostraciones o porque sus prosélitos lo creyeron a pies juntillas, logró fundar un Capítulo cuya Logia adoptó el título, cambiando su antiguo nombre por el de «Templo de los Escoceses Elegidos» (IV, p. XX. VI, 157-158). Pero Pasqually quería actuar en un escenario más amplio; a través de los masones de Foix, entró en contacto, en 1761, con los hermanos de Burdeos (IV, p. XXI).

* * *

La capital de la Guyena contaba entonces con dos importantes logias en activo: «La Francesa», fundada en 1740, y «La Amistad», seis años más joven (V, 409). Pasqually fue enviado a la primera, muy concurrida y que contaba entre sus miembros con varios consejeros del Parlamento. Con el apoyo de la recomendación del conde de Maillal d'Abzac, caballero de Saint-Louis, del marqués de Lescourt, capitán del Regimiento del Rey, y de dos comisarios de la Marina, presentó una solicitud de afiliación redactada en los siguientes términos:

«El abajo firmante suplica muy humildemente a la Muy Respetable Logia que le conceda el honor de afiliarlo y, en agradecimiento, expresará sus deseos al Gran Arquitecto del Universo por la prosperidad de los masones repartidos por toda la superficie de la tierra y de esta Respetable Logia. Martinès, Escudero» (IV, p. XXI-XXII).

La solicitud fue aceptada y Pasqually, que se había instalado en las afueras de Burdeos, pronto formó en el seno de la Logia su «Templo Particular», compuesto por discípulos entre los que se encontraban, además de sus padrinos, los dos hermanos De Aubenton, uno de ellos comisario general ordenador de la Marina y el otro «capitán de alto rango» y caballero de San Luis, de Caze, «gentilhombre», de Bobie, comisario de la Marina y «gentilhombre», de Jull Tafar, antiguo mayor de los Granaderos Reales y caballero de San Luis, los «señores» Morin y Lexcombart (IV, p. XXII).

La protección de esta pequeña falange pronto le resultó necesaria. Las Logias de San Juan Reunidas de Toulouse, al enterarse de que había sido admitido en la Francesa, creyeron que debían advertir a los Hermanos de Burdeos contra el hombre al que consideraban un impostor y un estafador. Una carta oficial, fechada el 26 de agosto de 1762, relataba las experiencias infructuosas de Pasqually y aconsejaba a la Logia Francesa que examinara cuidadosamente los títulos muy sospechosos de un Hermano que, simple obrero en carros en el mundo profano[97], se hacía llamar Gran Inspector de Masonería. Por último, la denuncia asestaba un último golpe a Pasqually al informar a los masones de Burdeos de que había dejado deudas en Toulouse.

El ataque no tuvo éxito. Los adeptos reclutados por el acusado defendieron a su «Poderoso Maestro». Además, la flecha disparada por la denuncia, no dio en el blanco. In-

97 Es imposible saber si esta afirmación, que no ha sido mencionada por ninguno de los biógrafos de Pasqually, se basaba únicamente en rumores infundados o si, por el contrario, el fundador de la Orden de los Elegidos Coëns, para subsistir durante sus viajes de propaganda, ejerció el oficio de carretero, siguiendo el ejemplo de San Pablo, que fabricaba tiendas.

formados por el propio Maestro de las penosas condiciones en las que había tenido que abandonar Toulouse, los discípulos pagaron los atrasos en los primeros meses de 1762. A instancias de estos, la Francesa se tomó muy mal el consejo caritativo de sus hermanos de Toulouse. Estos respondieron inmediatamente que los títulos del «Poderoso Maestro Martínez» eran perfectamente regulares, habiendo sido certificados de la manera más detallada por varios Hermanos de Aviñón, en particular por el Muy Ilustre Hermano Roubaux[98], que había dado «pruebas evidentes de sus poderes» [teúrgicos], que, por último, la francesa había saldado hacía más de seis meses, como era fácil de demostrar, la última de las deudas en cuestión y que el retraso en el pago de estas deudas no era imputable a la mala voluntad, sino al mal estado de los asuntos temporales del Hermano Martínez (IV, p. XXII).

Tras esta alerta, Pasqually pudo continuar durante dieciocho meses su propaganda con toda tranquilidad y, como la mayoría de sus «émulos» eran sus vecinos de campo (II, 166), tuvo ocasión de verlos fuera de sus atuendos y de instruirlos en particular. Su audiencia aumentó durante la mala temporada de los señores de Grainville y Champoléon, «que pasaban todo el invierno con él y se alojaban en su casa durante seis meses para trabajar a sus órdenes» (VI, 157).

98 Según este pasaje, parece que Pasqually pasó por Aviñón antes de presentarse en Toulouse; Aviñón se encontraba efectivamente en su camino, si venía de Grenoble. Por lo tanto, habría frecuentado una de las logias de la ciudad de los Papas y habría conocido allí a hermanos menos sospechosos que los de Toulouse, sin haber podido formar un establecimiento, ya que no se había establecido allí. En cuanto al hermano Roubaux, a pesar de su título masónico de «Muy Ilustre», es completamente desconocido en las enciclopedias y biografías masónicas.

Pero la influencia que Pasqually había adquirido sobre la Française acabó por suscitar una viva oposición en el mundo masónico bordelés, donde la resolución con la que la Logia había salido en su defensa en agosto de 1762 ya había dado lugar a suposiciones desagradables para este taller (IV, p. XXIII). La hostilidad de los masones racionalistas se manifestó de forma espectacular a principios de 1764, pocas semanas después de la reinstalación de la logia «La Inglesa» de Burdeos.

Esta logia era una de las más antiguas de Francia, ya que su fundación se remontaba a 1732. Había tenido unos comienzos difíciles y había quedado inactiva en dos ocasiones: del 30 de septiembre de 1733 al 29 de junio de 1735 y del 27 de septiembre del mismo año al 26 de febrero de 1737. A partir de esta última fecha, había tenido una brillante trayectoria. El intendente de Guyena, Boucher, le ordenó disolverse el 29 de agosto de 1742, pero ella protestó públicamente, se contentó con instalarse en otro local y no volvió a ser molestada. Entre 1740 y 1760, constituyó siete logias femeninas, una de ellas en Burdeos, dos en Brest, una en Limoges, una en Pons, una en Cognac y otra en Cayena.

Fundada por un grupo de comerciantes ingleses residentes en Burdeos y que trabajó en inglés hasta 1743[99], se mantuvo fiel a sus orígenes y conservó celosamente las tradiciones de la masonería, ciñéndose estrictamente a

99 En 1742, Désaguliers, nacido en La Rochelle, emigró a Inglaterra tras la revocación del Edicto de Nantes, convertido en Magister Artium de la Universidad de Oxford, Gran Maestro en 1719 y Gran Maestro Adjunto de 1722 a 1726 de la Gran Logia de Londres, había realizado una estancia bastante larga en Burdeos, donde se había dedicado a una activa propaganda a favor de la masonería.

los tres grados simbólicos y respetando los principios que habían inspirado a los fundadores de la sociedad secreta inglesa. Así, en 1749, comunicó a una logia de Toulouse que no volvería a recibir a sus visitantes si los hermanos tolosanos persistían en dispensar a los neófitos de prestar juramento sobre el Evangelio. Muy puritana, en 1745 había pronunciado la exclusión masónica contra todos los candidatos que pertenecieran de cerca o de lejos al teatro, incluso contra los músicos de orquesta[100], y en 1748 había propuesto a las demás logias de Burdeos que no admitieran en adelante «ningún comediante, funambulista o charlatán» (V, 407-408; Gould: *History of Freemasonry*, III, 98; Daruty: *Recherches*, 233).

La Inglesa, por motivos desconocidos, suspendió sus reuniones a partir del 13 de enero de 1761, pero las reanudó el 31 de enero de 1764. Quizás su despertar fue provocado por la indignación que causaban a sus miembros las tendencias de su hija, la Francesa, que le debía la vida en 1740, y también la complacencia con la que se dejaba dominar por un judío, o al menos por un hombre reputado como tal. En efecto, la Logia Inglesa, como por otra parte todas las logias inglesas y alemanas sin excepción, solo admitía en sus reuniones a cristianos, no solo de confesión, sino también de origen. En 1746 había proclamado esta exclusión en términos expresos y en 1747 se negó a admitir en

100 La masonería francesa prohibió durante todo el siglo XVIII la entrada a las logias a los comediantes; una circular del Gran Oriente justificaba en 1777 este ostracismo argumentando que «la condición de las personas destinadas a los teatros públicos las somete a los caprichos del público» y que la Orden no podría acudir en su ayuda si eran «injustamente humillados». Sin embargo, se hacía una excepción con los músicos y cantantes, cuyo talento se aprovechaba en ocasiones solemnes.

sus trabajos a un israelita de Ámsterdam calurosamente recomendado por una logia holandesa. En cualquier caso, apenas se reinstaló, se apresuró a declarar la guerra a la logia francesa, a la que puso en el índice en febrero[101].

La Francesa soportó intrépidamente la excomunión; permaneció fiel a su Poderoso Maestre y, completamente conquistada por sus doctrinas o, para hablar como un historiador místico, «habiendo completado su Templo», enarboló los colores de su jefe y, a finales de 1764, tomó el título de «Francesa Elegida Escocesa» (IV, p. XXIV), para indicar que pertenecía a un Capítulo secreto que practicaba los Altos Grados. Por último, para mostrar su completa independencia respecto a su Logia Madre, solicitó su inscripción en los registros de la Gran Logia de Francia, petición que le fue concedida el 1 de febrero de 1765 (V, 409).

La consagración oficial que había logrado obtener de la autoridad suprema de la masonería no desanimó a sus adversarios de Burdeos. Estos recibieron refuerzos en la persona de masones a los que el Capítulo de los Cohens había

101 Una *Histoire de la Loge Anglaise n.º 204* (este número recuerda el número de matrícula con el que la Logia fue inscrita en 1792 en los registros de la Gran Logia de Londres) del hermano Renou, que comunicó su manuscrito al Sr. A. Lantoine, cuenta que el 28 de febrero de 1764, el jefe de los Elegidos Cohens, Martinez Pasqualis, quiso, con la espada desnuda en la mano, entrar por la fuerza en el local de la Francesa Elegida Escocesa durante una reunión, y que esta Logia presentó una denuncia ante su Logia Madre, la Inglesa de Burdeos, que prohibió la «Loge du sieur Pasqualis». (Lantoine: *La Franc-Maçonnerie chez elle*, p. 212). Para demostrar lo absurdo de esta anécdota, basta con señalar que «la Logia del señor Pasqually» es precisamente la que presentó la denuncia contra él y que la Francesa no adoptó el calificativo de Escocesa hasta finales de 1764.

negado la admisión a sus misterios. Estos descontentos se asociaron con los miembros de la Inglesa para dirigir a la Gran Logia de Francia un memorándum en el que hacían referencia a la carta acusatoria de los Hermanos de Toulouse y solicitaban la anulación de la decisión que reconocía a la Francesa Elegida Escocesa. Pero la Gran Logia se negó a dar curso a la reclamación, en primer lugar porque solo había admitido a la Francesa como Logia Azul y sin tener en cuenta los Altos Grados que podía cultivar en Capítulo, y en segundo lugar porque los peticionarios no estaban en condiciones de invocar una autoridad que ellos mismos se negaban a reconocer, ya que la Logia Inglesa pretendía depender directa y exclusivamente de la Gran Logia de Londres, que, de hecho, al año siguiente le concedería la confirmación de sus constituciones[102]. El ataque supremo de la

102 La exposición que acabamos de leer sobre la petición de los masones bordeleses, sobre sus causas y sobre su resultado negativo, es la traducción racional de la siguiente versión del episodio dada por IV, p. XXIV y que, a juzgar por ciertas expresiones, parece haber sido tomada de una carta de Pasqually: «Malos compañeros, a quienes Martinés había creído necesario expulsar del Templo de los Francos Elegidos Escoceses, furiosos por no haber sido iniciados en los misterios que les había revelado la desafortunada carta de los francmasones de Toulouse... intrigaron a las logias bastardas de Burdeos... y lograron producir contra Martinés una bula en la que se apoyaban en las antiguas quejas de las logias San Juan Reunidas y en las supuestas injusticias de las que ellos mismos habían sido víctimas para pedir a la Gran Logia de Francia el cierre de la Francesa Elegida Escoces. Se equivocaban extrañamente, ya que, aunque esta logia trabajaba en calidad de taller simbólico bajo la obediencia de la Gran Logia de Francia, era evidente que la Gran Logia no acogería las quejas de personas que ya no dependían de su autoridad. Por lo tanto, su petición no tuvo ningún resultado». El término «bulla» es utilizado habitualmente por Pasqually para

inglesa había fracasado por completo y la francesa podía reclamar todas las prerrogativas de una Logia regular.

Tras fundar en una de las grandes ciudades del reino un establecimiento sólido e inscrito, al menos como Logia Azul, en las listas oficiales, lo que le permitía mantener correspondencia con todas las agrupaciones dependientes de la autoridad central, Pasqually podía pensar en ampliar su acción fundando un Rito particular capaz de ocupar un lugar entre los demás Sistemas Escoceses. Para comprender la táctica que adoptó, o más bien que le impusieron las circunstancias, y apreciar las posibilidades de éxito que presentaba la empresa, es necesario conocer la situación en que se encontraba en ese momento la masonería francesa.

---

designar un escrito oficial; «malos compañeros» también parece ser propio de su estilo.

CAPÍTULO V
El Tribunal Supremo y el reclutamiento entre 1766 y 1770

La historia de la masonería en Francia está dominada entre 1740 y 1766 por la lucha que la dirección central tuvo que librar contra las pretensiones de los Capítulos y Sistemas Escoceses.

La organización de la masonería francesa, copiada de la Freemasonry británica, situaba por encima de las logias (cada una de las cuales formaba una célula con existencia independiente), una autoridad suprema, llamada Gran Logia y presidida por un Gran Maestre asistido por Grandes Oficiales. El Gran Maestre era elegido por los miembros de la Gran Logia, compuesta a su vez por los Maestros de Logia o Venerables parisinos. En principio y por derecho, toda logia existente en el reino debía, para ser considerada regular, haber obtenido las constituciones de la Gran Logia, reconocido su jurisdicción y estar inscrita en sus listas.

La soberanía exclusiva de la Gran Logia se vio pronto amenazada por los Capítulos, que fueron constituidos en un primer momento por los Maestros Escoceses y que proliferaron posteriormente con la multiplicación de los Altos Grados. Al querer ejercer una vigilancia sobre la regularidad de los trabajos, la decencia de las vestimentas y el reclutamiento de los hermanos, que la complaciente debilidad de la Gran Logia hacía necesaria, los primeros Capí-

tulos Escoceses, compuestos por reformadores bien intencionados, se interpusieron resueltamente entre la dirección suprema y las logias. Los Capítulos de los Altos Grados, cuyos miembros se consideraban superiores a los masones simbólicos, tenían las mismas pretensiones.

La Gran Logia se esforzó por reaccionar contra este espíritu de insubordinación tan pronto como comenzó a manifestarse. Declaró la guerra a los Maestros Escoceses, cuya actividad se había hecho sentir en las logias hacia 1740, es decir, apenas dos años después de la elección del duque de Antin como primer Gran Maestro vitalicio de los masones franceses. Tras su muerte en 1742, la Gran Logia nombró en su lugar, por unanimidad de los dieciséis Venerables parisinos, el 11 de diciembre del mismo año, al conde de Clermont y tomó el título de Gran Logia Inglesa de Francia. Así dejaba claro que se negaba a reconocer el Rito Escocés y las Ordenanzas Generales que aprobó en esa ocasión y que eran, con pocas diferencias, una reproducción de los diecinueve primeros artículos de las Constituciones inglesas de 1723 y 1738, contenían un vigésimo y último artículo que decía: «Habiendo tenido conocimiento recientemente de que algunos Hermanos se presentan bajo el título de Maestros Escoceses y reclaman en algunas Logias derechos y privilegios de los que no existe rastro alguno en los archivos y usos de todas las Logias establecidas en la superficie del globo, la Gran Logia, con el fin de mantener la unión y la armonía que deben reinar entre todos los masones, ha decidido que todos estos Maestros Escoceses, a menos que sean Oficiales de la Gran Logia o de cualquier otra Logia particular, deben ser considerados por los Hermanos como iguales a los demás Aprendices o Compañeros, cuyo traje deberán llevar sin ningún signo distintivo» (V, 174-175).

La autoridad de la Gran Logia se vio amenazada aún más directamente cuando se formaron los «Regímenes», es decir, asociaciones particulares que conferían una serie de Altos Grados ya existentes, pero ligeramente modificados para formar un «Sistema» superficialmente homogéneo. Estos «Ritos» constituían dentro de la Sociedad castas que aspiraban a la hegemonía. Algunos de estos clanes fundaron potencias masónicas cismáticas, como la «Logia Madre Escocesa del Rito Filosófico» en París y la «Logia Madre Escocesa» de Marsella, que se proclamaban autónomas y se atribuían el derecho de constituir Logias Azules. Pero la mayoría adoptó una táctica aún más peligrosa, aunque en apariencia menos brutal. Sus jefes, pretendiendo desempeñar el papel de Superiores secretos de toda la masonería, dejaban a la Gran Logia la tarea de constituir y dirigir las logias azules; no trataban de enrolar oficialmente a ninguna de ellas en su sistema, pero se esforzaban por reclutar a muchos de sus miembros para constituir un partido lo suficientemente poderoso como para ejercer una influencia decisiva sobre el gobierno central. Si el «Supremo Consejo, Sublime Logia Madre Escocesa del Gran Globo Francés», fundado en París en 1752, parece haber tenido una existencia efímera, el «Capítulo de Clermont» que, por su título, se ponía bajo el patrocinio del Gran Maestre. A partir de 1754 comenzó a conferir altos grados y a reclutar a sus miembros entre la élite de la sociedad profana.

La Gran Logia, en la que los masones escoceses se habían infiltrado, tuvo que bajar su bandera. El 4 de julio de 1755 renunció a su predicado de inglesa, probablemente para responder a los deseos de algunos de sus miembros, muchos de los cuales pertenecían al Capítulo de Clermont y todos poseían algunos de los diferentes grados escoceses

(IV, p. XXVI), y reconoció a los Maestros Escoceses importantes privilegios. Los nuevos estatutos sancionados por ella establecían en el artículo 23 que los Maestros Escoceses tenían, al igual que los Venerables, y con exclusión de los Masones Simbólicos, el derecho a permanecer cubiertos y armados durante las reuniones y, en el artículo 42, les concedía la alta supervisión de los trabajos: solo ellos tenían derecho a señalar las irregularidades cometidas, a tomar la palabra sin ser invitados por el Venerable o su sustituto y solo tenían que rendir cuentas de sus faltas personales ante sus iguales en grado. Estos estatutos, que tenían fuerza de ley para todos los masones franceses regulares y estaban firmados por sesenta Maestros y Vigilantes de las logias parisinas, llevaban el «sello secreto» de los escoceses.

Es cierto que la Gran Logia no concedía existencia legal a los Altos Grados y, mediante su reglamento de 1756, que se refería claramente a los Capítulos Escoceses, decidió reconocer únicamente los tres grados de la Masonería de San Juan y estar compuesta exclusivamente por los Venerables inamovibles de las logias de París, presididas por el Gran Maestro y los Oficiales nombrados por él (V, 442), pero al conceder a los titulares de los grados escoceses derechos y privilegios especiales, sancionaba también sus pretensiones. Sistemas o regímenes rivales se disputaron la dirección de esta autoridad suprema, que se mostraba tan incapaz de resistir las ambiciones del escocismo. En 1756, el «Colegio de Valois», comité directivo de los «Caballeros de Oriente», que reclutaban a sus miembros entre las clases medias, constituyó en París una nueva potencia masónica: la «Soberana Gran Logia de los Caballeros Muy Libres de Oriente, Príncipes y Soberanos de la Masonería», cuyos estatutos decían en el artículo 7 que «así como los Maestros Escoce-

ses son los Grandes Soberanos de la Orden, los Caballeros de Oriente son los Soberanos y Príncipes nacidos de toda la Orden». Este poder entró inmediatamente en rivalidad con el Capítulo de Clermont y cada uno de los Sistemas trató de imponerse en la elección trienal de los Grandes Oficiales de la Gran Logia. La aristocracia de cuna y de dinero respondió en 1758 organizando un «Soberano Consejo de los Emperadores de Oriente y de Occidente», que era una evolución del Colegio de Clermont. El Consejo Soberano podía asegurarse ejercer una influencia preponderante sobre la Gran Logia a través de dos de sus miembros, uno de los cuales era al mismo tiempo Sustituto General del Gran Maestre y el otro su Sustituto Particular.

En 1761, la Gran Logia se dividió en dos bandos por las rivalidades entre los Caballeros de Oriente y los Emperadores de Oriente y Occidente, y cada uno de los dos partidos se esforzó por ocupar con sus partidarios los puestos de Grandes Oficiales y disponer de la mayoría en los Consejos de la Gran Logia. En 1762 se produjo una tregua: un acuerdo entre las dos facciones permitió que cada una de ellas estuviera representada entre los Grandes Oficiales elegidos el 4 de julio.

Sin embargo, el sistema de los Caballeros de Oriente se vio momentáneamente debilitado por las disensiones internas que provocaron la disolución del Colegio de Valois, sustituido por un «Consejo Soberano», y los emperadores de Oriente y Occidente reanudaron la lucha con un ardor que se vio recompensado con un éxito rotundo: en la renovación trienal del estado mayor de la Gran Logia, el 24 de junio de 1765, triunfaron sobre sus adversarios y obtuvieron casi todos los puestos por una mayoría aplastante. Los vencidos no aceptaron su derrota sin decir nada; pro-

testaron violentamente e incluso publicaron panfletos injuriosos a los que se respondió con expulsiones. Finalmente, se formó una coalición de moderados de ambos partidos dentro de la Gran Logia. Cansados de estas disputas, que hacían olvidar a los masones la fraternidad predicada por sus estatutos, buscaron la manera de ponerles fin. Al darse cuenta de que el escocismo era el verdadero responsable de estas luchas fratricidas, creyeron que podrían eliminar el efecto suprimiendo la causa y decidieron que la Gran Logia tomara, el 14 de agosto de 1766, un decreto que prohibía a las logias de su obediencia cultivar cualquier grado superior.

* * *

Esta decisión no tuvo ningún efecto práctico, ya que los Altos Grados habían encontrado entre los masones una clientela demasiado ansiosa para temer ser abandonada por ésta; así que la reprobación oficial no impedía a los Capítulos continuar sus reuniones fuera de las sesiones ordinarias de las logias. Pero el prestigio del que gozaba entre los provincianos todo lo que procedía de la capital del reino indujo a los hermanos de Burdeos a exagerar la importancia de la defensa decretada por la Gran Logia. Los miembros de la Francesa, objeto de la animadversión de la Inglesa, hostil por principio a todos los grados superiores a los tres simbólicos, sentían especialmente el peligro que suponía para ellos desobedecer las órdenes recibidas de París. Temían ver su logia borrada de la lista de talleres regulares, en la que acababa de ser inscrita a pesar de los esfuerzos de su rival; por lo tanto, sus jefes decidieron someterse, al menos provisionalmente, al decreto de la Gran Logia. El Templo (Cohen) fue cerrado (IV, p. XXV).

La Orden de los Elegidos Cohens se encontraba ahora sin base. Para darle un prestigio que le permitiera llevar una existencia independiente, era necesario constituir en la capital una autoridad masónica que pudiera reclamar los mismos privilegios que disfrutaban el Consejo Soberano de los Caballeros de Oriente o el de los Emperadores de Oriente y Occidente. Pasqually partió entonces hacia París a finales de 1766 con el fin de establecer allí una especie de Consejo Superior, que aparentemente dirigiría el Sistema, pero del que él seguiría siendo el inspirador y el jefe secreto. También quería explorar las logias parisinas e intentar reclutar miembros o encontrar protectores influyentes. Por último, tenía en mente un «asunto de mecánica», del que no sabemos nada concreto, salvo que no llegó a buen puerto (IV, p. XXVI). El éxito solo coronó en parte sus esfuerzos. Si bien tuvo la satisfacción de saber que la Gran Logia había comunicado el 2 de octubre el decreto del 14 de agosto (X, I, 88), su propaganda pronto se dio a conocer y provocó una violenta reacción. La Gran Logia «rechazó sus opiniones» y «expulsó a este sectario del seno de las logias de su constitución»[103]. Esta excomunión formal le quitaba a Pasqually toda esperanza de ejercer influencia alguna en el mundo masónico; sin embargo, no tuvo consecuencias graves debido a la desaparición de la Gran Logia en febrero de 1767, mientras Pasqually aún se encontraba en París.

El acontecimiento había sido provocado por un recrudecimiento de las hostilidades entre los Caballeros y los Emperadores. Estos, tras haber obtenido mediante sus in-

103 Sin duda, Thory (X, II, 362) se equivoca al fechar este decreto el 12 de diciembre de 1765, ya que cita como referencia los registros manuscritos de las deliberaciones de la Gran Logia que contienen el acta de la sesión del 16 de noviembre de 1766.

sistentes gestiones el reconocimiento tácito de los Altos Grados, habían decidido que la Gran Logia sometiera a las logias de su obediencia un proyecto de fusión con su Consejo. Esta propuesta suscitó inmediatamente las protestas vehementes de los Caballeros, de los cuales, los más ruidosos fueron expulsados de la Gran Logia. El 27 de diciembre de 1766, la solemne fiesta de San Juan de Invierno no pudo celebrarse a causa de estas disensiones. El 4 de febrero de 1767, los hermanos expulsados se presentaron a las puertas de la sala donde se reunía la Gran Logia; empujaron a los guardias, irrumpieron en el taller, pero fueron expulsados tras una violenta pelea cuyos autores fueron reprendidos públicamente por el Gran Maestre, el conde de Clermont, que se negó a tomar partido en la disputa. La autoridad pública se vio obligada a intervenir; tras algunos intentos de represión, las autoridades se habían resignado desde hacía unos treinta años a tolerar una sociedad secreta que, en definitiva, le parecía bastante inofensiva y de la que formaban parte tantas personas de calidad y hombres influyentes, pero el escándalo que causó el asunto del 4 de febrero le pareció intolerable al gobierno; al día siguiente, el teniente de policía Sartines ordenó la disolución de la Gran Logia y el 21 de febrero, un edicto real le prohibió formalmente reunirse en el futuro.

La prohibición no mencionaba ni las logias de París ni las de provincia y, según el *Almanaque de los Francs-Maçons* para el año 1768, estas «siguieron tan activas como antes» (Kloss: *op. cit.* I, 105.). La medida tomada por la autoridad real favoreció, en definitiva, las maquinaciones de los Sistemas Particulares al suprimir la única autoridad que, aunque debilitada, daba a la Masonería Azul una especie de cohesión e impedía que el más poderoso de ellos, el de

los Emperadores, se hiciera con la dirección general de la Sociedad. Por otra parte, el cuidado con el que las logias debían ocultar su existencia a partir de entonces, tras tal escándalo, facilitaba el trabajo clandestino de los masones ocultistas. De hecho, fue durante el periodo en que se suspendieron las reuniones de la Gran Logia, de 1767 a 1771, cuando se fundó en París el primero de esos Capítulos Rosacruces, cuyo rito tenía tendencias místicas muy acusadas.

Pasqually aprovechó estas circunstancias favorables; se puso en contacto con algunos masones distinguidos, entre los que se citan Bacon de la Chevalerie, Willermoz, Fauger d'Igneaucourt, de Luzignan, Henri de Loos, Rozé, los enroló en su orden y pudo así establecer en París, en el equinoccio de marzo de 1767, un Capítulo al frente del cual se encontraba un comité compuesto por Réau-Croix y cuyo título de Tribunal Soberano anunciaba con bastante claridad su función y sus pretensiones[104] (IV, p. XXVII).

Había entusiasmado a sus reclutas realizando ante ellos una Operación que, según él, «tuvo el mayor éxito posible» y, a instancias de estos, ascendió a tres de ellos al grado de Réau-Croix: Bacon de la Chevalerie, de Luzignan y Bonnichon, llamado du Guers[105] (V 227-231; II, 187). Satisfecho

104 La misma *Notice* afirma que Pasqually también aprovechó su estancia en París «para entablar numerosas relaciones en las logias de provincia gracias a los diputados que estas logias habían enviado a París a raíz del decreto del 14 de agosto». (p. XXVI). Quizás Pasqually conoció efectivamente a algunos mandatarios de las logias que visitó al regresar a Burdeos, pero es dudoso que estas relaciones fueran numerosas e importantes.

105 Que los neófitos parisinos estuvieran convencidos del éxito de la Operación, ya fuera directamente con sus propios ojos o, como es más probable, basándose en las declaraciones de su instructor, es lo que se desprende de la carta reproducida en II, 187, en la

de haber encontrado así en la capital a los prosélitos que afirmaba haber reclutado «con la intención de hacerse un escudo de hijos espirituales» (II, 187), lo que puede entenderse tanto en sentido literal como místico, nombró a Bacon, teniente coronel de infantería, antiguo Venerable de la Felicidad de Ruan y de la Logia Militar Saint-Jean de la Gloire, su Sustituto Universal en París y confirió el título de Inspector General para el Oriente de Lyon a J.-B. Willermoz, «fabricante de telas de seda y plata y comisionista en sedas», antiguo Venerable de la Parfaite Amitié de Lyon y fundador en esta ciudad de la Sagesse, logia no afiliada a la Gran Logia de Francia y secreta, de la que había presidido las reuniones de 1756 a 1761 (IV, p. XXVIII). Finalmente, fundó en Versalles un grupo de Elegidos Cohens, probablemente bajo la dirección de Rozé, quien le visitó al año siguiente en Burdeos junto con otros dos hermanos de Versalles (II, 169).

* * *

Pasqually abandonó París poco después de la constitución del Tribunal Supremo, prometiendo regresar en septiembre. Llegó a Burdeos en junio, tras visitar en su camino Amboise, Blois, Tours, Poitiers, La Rochelle, Rochefort, Saintes y Blaye, logias que él denomina «clandestinas», quizá porque no estaban afiliadas a la desaparecida Gran Logia, o bien porque albergaban capítulos secretos (II, 160). Aunque las paradas fueron numerosas, no parece que fueran muy fructíferas. Aunque se jacta de haber recibido «multitud de cortesías por parte de los masones de buena fe», que le habrían pedido que «los pusiera bajo la protec-

que Pasqually, tres años más tarde, recurre a sus recuerdos para demostrarles la realidad de sus doctrinas teúrgicas.

ción del Tribunal Soberano de los Elegidos Cohens de París» y le hubieran rogado que les concediera él mismo las constituciones o que se las hiciera entregar por el Tribunal Supremo, solo había reclutado miembros en la Logia de la Unión Perfecta de La Rochelle, que deseaba fervientemente obtener las constituciones para los «grados de perfección» y cuyo Venerable, Basset, y otros tres miembros recibieron de él los grados Cohens (II, 160-161; IV, p. XXVIII).

Nada más regresar a Burdeos, Pasqually, tranquilo por la anulación del decreto del 14 de agosto y confiado en los apoyos que se había granjeado en París, «reabrió su Templo» y, consolidando su situación en el mundo profano como había hecho en la sociedad masónica, se casó en septiembre con Marguerite-Angélique de Colas de Saint-Michel, hija de un antiguo comandante del regimiento de Foix (II, 24; IV, p. XXVIII; V, 247).

El año 1768 estuvo marcado por un acontecimiento feliz: el nacimiento de un hijo que su padre, tras bautizarlo, recibió el Gran Maestre Cohen «a la séptima hora del último horizonte solar, de conformidad con nuestras leyes, asistido por cuatro antiguos Cohens simples» (II, 27). Ese mismo año, también ocurrió una desgracia de la que Pasqually salió sin grandes daños, pero que le causó graves preocupaciones. Bonnichon, conocido como «du Guers», a quien había conocido en París el año anterior, era un hombre de moralidad muy dudosa que vivía de ingresos mal definidos. A pesar de las advertencias de Bacon y Willermoz, que habían tenido ocasión de juzgar al personaje y señalaban «su mala conducta y los numerosos excesos a los que se había entregado», Pasqually se había encaprichado con Bonnichon[106] (IV, p. XXVII). Recibido como Réau-Croix y

106 Si el tal du Guers era, como parece, el mismo hombre que

nombrado miembro del Tribunal Supremo, esta oveja negra pronto dio que hablar. Durante un viaje a Lyon, donde había recibido en el grado de Muy Respetable Maestro a los hermanos Épernon y Sellonf, se tomó tantas libertades con el ritual que Willermoz, indignado por tales profanaciones, las denunció a Pasqually. Este, al acusar al Inspector General del Oriente de Lyon, el 20 de junio de 1768, de recibir su informe, escribió: «No menos entristecido estoy por las horribles irregularidades que se han cometido durante el transcurso de estas diferentes recepciones por parte del Muy Poderoso Maestro du Guers, Réau-Croix; ignoro el motivo que le ha llevado a actuar de este modo». Pidió a Willermoz que comparara los cuadernos de grados traídos por du Guers con los originales que él mismo había entregado a Bacon de la Chevalerie (II, 165, 167), lo que parece indicar que desconfiaba de las modificaciones que du Guers podría haber introducido subrepticiamente en su trabajo.

Sin embargo, cuando du Guers llegó a Burdeos en agosto, recuperó todo su dominio sobre la mente del Gran Soberano. Pasqually lo recibió con los brazos abiertos, lo nombró secretario y confidente y, al ser elegido árbitro de las disputas que habían surgido entre los Réau-Croix de París y su colega, siempre le dio la razón a este último (II, 44). Aprovechándose de la ceguera del Maestro, el desaprensivo cometió numerosos abusos de confianza, vendiendo los grados a buen precio, procediendo, sin estar autorizado, a recepciones a cambio de dinero y dando instrucciones

---

Bonnichon, que en 1758 fue Orador y, en 1765, Venerable de la Logia l'Amitié de Lyon, desaparecida ese mismo año (V, 441), Willermoz pudo informar con conocimiento de causa a Pasqually sobre un hermano que había formado parte de la masonería lionesa.

de su propia invención, mientras trataba de desacreditar a Pasqually ante los discípulos de París, Lyon e incluso Burdeos, haciéndose pasar por el verdadero Gran Maestro de la Orden, teniendo el control de la dirección de París (II, 35; IV, p. XXIX). Sordo a las advertencias de los miembros del Tribunal Supremo, Pasqually siguió contando en septiembre con la ayuda de du Guers para redactar los rituales (II, 32).

Finalmente, en noviembre, Pasqually decidió abrir los ojos, según él, tras una intervención divina, ya que las Operaciones habían puesto claramente de manifiesto la indignidad de du Guers, que «se había retirado (de la Cámara de Operaciones) cubierto de vergüenza y confusión». Pasqually anunció en consecuencia a los Elegidos Cohens que «para evitar que du Guers se sirviera de su nombre y de sus instrucciones, lo había sacado de su casa y lo había dejado a merced del Gran Arquitecto del Universo». «Hay que rogarle, añadía, que tenga piedad de él, pero se ha hecho indigno de la confianza de los hombres» (II, 34-35).

Poco conmovido por esta clemencia, que por otra parte podría haber sido en parte efecto del temor que inspiraba un individuo sin escrúpulos, el infernal du Guers se puso de acuerdo con un tal Blanchet y algunos masones expulsados de la Gran Logia Francesa (IV, p. XXIX) para presentar una denuncia ante los jurados de Burdeos. Acusó a Pasqually de ser «un extranjero y un aventurero» y de haberlo difamado «en todas las buenas casas de la ciudad». Pasqually tuvo que presentar su defensa ante el señor d'Arche, el jurado encargado de informar sobre la denuncia. Pudo demostrar al magistrado, «con pruebas en la mano», que du Guers era «un estafador bajo el pretexto de la masonería» y le puso al corriente de «todas las bajeza, cobardías e impiedades de

ese embaucador». Los adeptos que du Guers, para responder a la defensa de Pasqually, había citado como testigos se negaron a prestarle su apoyo, por lo que los magistrados invitaron al demandante a desistir de su acción e incluso, según asegura Pasqually, llegaron a «reprimirlo cruelmente».

Sin embargo, du Guers no se dio por vencido. Iba por todas partes diciendo que derrotaría a Pasqually y llevaría su denuncia ante el fiscal general y los mariscales de Francia, ya que los jurados se negaban a hacerle justicia. Era poco probable que los magistrados reales accedieran a ocuparse de un asunto relacionado con una asociación ilegal y los mariscales de Francia, encargados de arbitrar los asuntos de honor entre personas de calidad, no tenían por qué conocer la denuncia por difamación del plebeyo Bonnichon; sin embargo, Pasqually consideró prudente hacer una nueva visita a d'Arche para describirle de nuevo el retrato de este «estafador y caballero andante». El jurado estimó que la disputa debía resolverse entre masones, ya que Bonnichon estaba acusado de «graves prevaricaciones en la Orden», y delegó a un representante del Ayuntamiento para que asistiera al juicio y le informara al respecto[107]. El tribunal constituido por la Française se reunió el 5 de enero de 1769 y condenó a du Guers a ser expulsado de la Orden de los Elegidos Cohens. La sentencia, sometida a d'Arche, fue aprobada por él y Pasqually se apresuró a enviar extractos a los adeptos y a dar a conocer

107 Al menos eso es lo que cuenta Pasqually: añade incluso que el Sr. d'Arche «intimó» a du Guers que lo había remitido a nuestro tribunal secreto» para ser juzgado, porque «no convenía crear un conflicto de jurisprudencia». En resumen, los jurados devolvieron a las partes a sus puestos, sin querer mezclarse en este asunto, y solo delegaron a un informador para conocer el resultado que los interesados le habían dado.

el texto a los masones de Burdeos y a las personas a las que du Guers había informado de sus supuestos agravios.

El proscrito jugó su última carta: fue a buscar al párroco de la parroquia de Pasqually y lo acusó de ser un apóstata y, con el pretexto de la masonería, fundador de una secta herética. Tal acusación podía tener consecuencias terribles. El pobre Pasqually se vio obligado a justificarse ante el eclesiástico presentando lo que él llama «sus certificados de catolicidad», es decir, sus extractos de bautismo y matrimonio y sus recibos de confesión, y demostrando que cumplía «los deberes exactos y esenciales de un cristiano celoso». Enloquecido por estos sucesivos fracasos, du Guers se presentó en casa de Pasqually un día en que este se encontraba en la casa de campo de uno de sus Émulos, el Sr. de Brulle, guardia del rey. Los poderosos maestros de Grainville y Balzac, a quienes el enloquecido declaró que mataría al Gran Soberano de un tiro de pistola cuando lograra encontrarlo, intentaron en vano calmarlo y tuvieron muchas dificultades en hacerle desistir. Habrían estado menos preocupados si hubieran sabido que el «ángel de la guarda» del Maestro había tomado precauciones para impedir los planes homicidas del miserable «estafador impostor» siguiéndolo «para ver cómo orinaba en la palangana» (II, 34-40). Por otra parte, los magistrados acabaron ordenando a du Guers que abandonara Burdeos; embarcó hacia Cayena y no se volvió a saber nada de él (IV, p. XXIX). Solo había permanecido cuatro meses con Pasqually (II, 36), pero habían sido muy intensos.

* * *

Mientras tanto, la Orden había hecho algunos progresos. Los poderosos maestros Grainville y Champoléon, oficiales del regimiento de Foix, presentaron a Pasqually a uno de sus jóvenes compañeros, al que pudieron recomendarle con toda confianza como «un hombre deseable por excelencia». Claude de Saint-Martin, entonces de veinticinco años, provisto de una comisión de teniente tras haber sido durante seis meses abogado del rey en el tribunal presidencial de Tours, llegaba de Lorient, donde había entrado en el servicio. Su decidida inclinación por el misticismo había llamado la atención de los dos Elegidos Cohens, que lo llevaron ante el Maestro, cuyas doctrinas dejarían una huella tan profunda en su mente y en las obras que escribiría más tarde. Para no perder nada de una enseñanza que le revelaba su verdadera vocación, Saint-Martin «siguió habitualmente los mismos pasos» que sus compañeros, «estableciéndose como pensionista de Pasqually durante todo el invierno que no dedicaba a su padre» (VI, 158).

El 13 de agosto de 1768, Pasqually esperaba a Grainville y Balzac, este último procedente de La Rochelle, que debían pasar unos días con él «para su instrucción y para recibir sus patentes constitutivas para levantar templos en los países por donde pasarían a finales de septiembre o principios de octubre» (II, 31).

En abril de 1769, Pasqually pudo anunciar a Willermoz la completa ruina de «Blanquet», el antiguo cómplice de du Guers. «Os diré —escribió a su lugarteniente de Lyon— que el señor Blanquet ha abandonado Burdeos con el gran talento que le conozco para no devolver nada a nadie. Le han obligado a vender su cargo. Se ha fugado con su ramera, según se dice, hacia París. La verdad es una sola, tarda en salir a la luz, pero siempre se demuestra tal y como es»

(II, 174). La huida de su enemigo le había alegrado tanto que cuatro meses más tarde aún hablaba de ello a otro corresponsal: «Le comunico que el señor Blanquet y otros jefes de la trifulca [la denuncia presentada en 1765 ante la Gran Logia] contra mí y la Orden acaban de fracasar [quebrar] y han abandonado este Oriente [Burdeos]. Blanquet debe regresar en breve a París con su concubina, la mujer Gauntemps. Y la verdad ha sido restablecida» (II, 174-175). La satisfacción que sentía no solo se debía al resentimiento; la derrota de sus antiguos adversarios había provocado un cambio en la opinión que los masones de Burdeos tenían de él y de su asociación, cuyas consecuencias no tardaron en hacerse notar. Podía anunciar que «esta conducta ha sacado a todas nuestras logias apócrifas (azules o que no tienen templo Cohen) del error» y, aunque se mostraba un poco demasiado optimista al añadir: «Las logias de aquí están haciendo movimientos para querer entrar en la nuestra, pero eso solo ocurrirá con mucha cautela y dificultad» (II, 174), no es menos cierto que un cierto número de hermanos hasta entonces hostiles a la Francesa Elegida Escocesa solicitaron ser admitidos; en noviembre, estos antiguos «antagonistas de la Orden» (IV, p. XXX), entre los que una nota de Willermoz cita a Duroy d'Hauterive, Calvimont, du Saignant de Serre, de Pitrail-Puységur, Carracioli e Isnard, fueron inscritos en las listas de los Elegidos Cohens (IV, p. XXX; II, 174-175).

A partir de 1770 (Pasqually vivía entonces en casa de Carvalho, un judío converso, en la casa Poiraud, cerca de la puerta de la Monnaie), la obra de Pasqually ya no sufrió más ataques externos. El 7 de abril escribía al Tribunal Supremo: «La Orden adquiere aquí un color brillante... El jueves pasado se propuso la entrada en el Templo (la ad-

misión en la Logia) de algunos hermanos que el señor du Guers había sobornado [sacado] de mi Templo. Declararon verbalmente al Hermano de la Borie y a otros émulos de mi Templo los horrores que el señor du Guers les había dicho de mí y los errores en los que los había sumido, así como las maldades que les había hecho y que ahora veían claramente que los había engañado y traicionado cruelmente y que era un desgraciado. Ordené [notifiqué] a mi Consejo que no estaba en mi poder concederles mi gracia y que era inútil pensar en ello. Que siguieran en su sentencia por tiempo inmemorial»[108].

En aquella época, según uno de sus cronistas oficiosos, la Orden contaba en Burdeos con un número bastante elevado de adeptos y tenía logias afiliadas en Montpellier, Aviñón, Foix, Libourne, La Rochelle, Eu, París, Lyon, Versalles, Metz, etc.[109]

---

108 Pasqually afirma que «las logias de Burdeos» habían «enviado a buscar constituciones a Dublín», porque «no habían podido obtener nada de él para su constitución» (II, 179-180 y IV, p. XXV) y añade que no había podido acceder a su petición porque «su propia bula» no le autorizaba a fundar dos establecimientos en la misma ciudad. Es posible que alguna logia bastarda de Burdeos intentara afiliarse a la Orden de los Elegidos Cohens y se dirigiera, no a Dublín, sino a algún capítulo que practicaba los grados llamados irlandeses, que durante un tiempo compitieron con los grados escoceses; pero es cierto que ninguna logia regular de Burdeos solicitó su incorporación a la Orden fundada por Pasqually; en cuanto a la «bula» cuyas disposiciones invocaba el Gran Soberano, hay motivos para creer que él mismo era su autor.

109 Hay que dejar la responsabilidad de esta enumeración a IV, p. XXX, que no da ninguna justificación. Aparte de las agrupaciones de París, Lyon, Versalles, Foix y La Rochelle, la correspondencia solo menciona, en esa época, la de Libourne, a la que se habían enviado las constituciones en febrero de 1769; estaba compuesta

entonces por seis hermanos, cinco de los cuales formaban parte de la Orden (II, 172 y 176).

CAPÍTULO V
París y Lyon contra Burdeos

Si bien el reclutamiento funcionaba de manera bastante satisfactoria, el éxito de la empresa se veía comprometido por la inercia de los grupos de París y Lyon, cuyos jefes acosaban al Gran Soberano con reclamaciones y quejas. El desacuerdo entre Pasqually y los Réau-Croix que componían el Tribunal Soberano surgió pocos meses después de su constitución. La causa de la disputa no era un conflicto de atribuciones; Pasqually había dejado al Tribunal la facultad de expedir constituciones de todo tipo y había prometido no hacerlo nunca él mismo «habiendo sido siempre víctima de su buen corazón y de su excesiva facilidad» (II, 160). Así, tras conferir dos grados a los Hermanos de la Unión Perfecta de La Rochelle, remitió al Tribunal Supremo a los nuevos iniciados que debían acudir a París para obtener las constituciones de su Templo (II, 161). En febrero de 1769, los Hermanos de Burdeos recibieron de París las patentes de constitución del Templo de Libourne y las transmitieron a los interesados, invitándoles a notificar oficialmente la apertura regular de su Templo al Tribunal Supremo (II, 172).

Pero estas funciones administrativas y honoríficas no bastaban para satisfacer el celo de los adeptos parisinos. Reprochaban al Maestro su lentitud en completar su instrucción, tanto en lo que se refería a sus trabajos místicos

como a la organización de la Orden: rituales y cuadernos de grados. Encontraron un aliado y un intérprete de sus quejas en Willermoz, cuyas dignidades masónicas y la consideración de que gozaba entre los hermanos lioneses le daban derecho a hablar alto.

Pasqually siempre había tenido cuidado de tratar con delicadeza a este importante adepto. En su entrevista en París en 1767, le había conferido verbalmente el título de «Gran Maestro del Gran Templo de Francia» (II, 17S), denominación que otorgaba a la Logia de los Elegidos Cohens que Willermoz quería fundar en Lyon una especie de supremacía sobre las demás logias del mismo sistema. El 19 de junio de 1767, nada más regresar a Burdeos, dirigió a Willermoz, a quien llamaba «Nuestro Muy Respetable y Muy Alto Maestro, Nuestro Inspector General Caballero, Conductor y Comendador en Jefe de las columnas de Oriente y Occidente de Nuestras Órdenes Sublimes», una larga carta, escrita para cumplir « las convenciones públicas y secretas acordadas con su Tribunal Soberano», en la que le relataba con detalle su viaje masónico de París a Burdeos (II, las-160), y la correspondencia continuó de forma muy regular.

En abril de 1768, tras solicitar Bacon la autorización para recibir a Willermoz en el grado de Réau-Croix, Pasqually le respondió al mes siguiente: «Nunca me negaría a que este Respetable Maestro fuera recompensado en todos los aspectos e incluso con satisfacción, nadie más que él lo merece más». Además, aunque reprochaba a Bacon haberse comprometido con una promesa difícil de cumplir porque «la operación estaba fuera de tiempo», no se podía «prometer ningún resultado a favor del candidato», Pasqually le dio las instrucciones necesarias y se comprometió a «hacer todo lo posible por abandonar sus asuntos domésticos

con el fin de disponerse a fortalecer a Bacon en su operación para recompensar el celo y los laboriosos trabajos del Respetable Maestro». Añadía: «Creo que es digno del éxito que le deseo en esta operación; no dependerá de mí que quede satisfecho»[110] (V, 227-230). Willermoz fue ordenado Réau-Croix en París por Bacon el 13 de mayo de 1768, por lo que la carta enviada a Lyon por Pasqually el 20 de junio siguiente estaba dirigida a: «A Nuestro Muy Alto, Muy Respetable y Muy Poderoso Maestro Willermoz, Inspector General nacido de la Orden Universal de los Caballeros Masones Elegidos Cohens del Universo, Juez Soberano de los siete poderosos Tribunales de justicia de las clases bajas y altas de Nuestras Órdenes, Comendador y Conductor en jefe de las columnas de Oriente y Occidente de Nuestra Gran Logia Madre de Francia, de las logias sufragantes y logias particulares que serán elevadas por él a la gloria del Eterno bajo las muy poderosas constituciones de Nuestros siete Templos, Respetable y Muy Poderoso Jefe de toda la Orden en su Gran Oriente de Lyon y en todo su departamento oriental»[111]. (IL 164).

Willermoz debió sentirse muy halagado por llevar títulos tan imponentes, pero unas instrucciones precisas le habrían venido mucho mejor. Los miembros del Tribunal

110 Las objeciones planteadas por Pasqually estaban justificadas por sus doctrinas astrológicas, ya que el equinoccio había pasado; pero las conjunciones astrales desfavorables no eran más que un pretexto; en realidad, Pasqually quería reservarse el monopolio de la ordenación al grado supremo; tal vez también preveía la alianza que Willermoz iba a contraer con los Réau-Croix parisinos; pero cedió para no disgustarlo.

111 El texto ha sido muy alterado por la negligencia y la incomprensión del copista; ha sido necesario corregir graves errores ortográficos y de puntuación y llenar lagunas evidentes.

Supremo, que no recibían ni cuadernos de grados ni enseñanza teúrgica, compartían su descontento. Pasqually había cometido el error de reclutar adeptos y fundar un rito masónico antes de haber fijado su ritual; su imprudente precipitación lo ponía, ante sus colaboradores más cercanos, en una situación muy delicada, ya que su error, que no podía confesarles so pena de perder todo su prestigio, solo podía repararse con un trabajo encarnizado y tras un tiempo bastante largo. Los Réau-Croix de París, irritados por un retraso que atribuían a la negligencia o a la mala voluntad de su Maestro, se encerraron en un silencio obstinado y mostraron poco celo por el reclutamiento. En mayo, Pasqually declaraba en una carta dirigida a Bacon que no «contaba mucho con la propagación de la Orden por la lentitud que veía» en el Sustituto Universal (V, 230). Bacon ya no respondía a las cartas procedentes de Burdeos y ni siquiera había acusado recibo en septiembre de los primeros grados y reglamentos generales para las ceremonias que le habían sido enviados el mes anterior, por lo que Pasqually amenazó con no realizar nuevos envíos mientras Bacon no diera señales de vida y se declaró decidido a no volver a escribirle, ya que parecía que las ocupaciones y la salud del Sustituto no le permitían mantener una correspondencia regular. Sin noticias de París, Pasqually se vio obligado a pedir a Willermoz que le informara de lo que hacía Bacon y de su disposición actual hacia la Orden y sus miembros (II, 170-171). Pero Willermoz también tenía quejas que presentar.

En septiembre de 1768 se quejaba de no haber recibido instrucciones que le permitieran organizar su «Gran Templo de Francia» (II, 169). Para apaciguarlo, Pasqually le comunicó inmediatamente que estaba trabajando con todas

sus fuerzas para «terminar todos nuestros grados, así como todas las ceremonias y catecismos, para enviarlos a París, a fin de que el Tribunal Supremo esté provisto [dotado] de todos los objetos que comprende [que necesita] para satisfacer a sus Grandes Templos [Capítulos Cohens], sus Logias así como todos sus miembros» (II, 32-33).

En la primavera de 1769, la situación seguía igual de tensa y por las mismas razones. Pasqually seguía haciendo grandes promesas sin cumplir ninguna; el 29 de abril se declaraba «totalmente dispuesto a fundar todo tipo de establecimientos, todos con ceremonias, leyes, instrucciones y explicaciones secretas, ya sea para los oficiales generales y particulares, tanto para la instrucción general y particular de los Hermanos, como para los discursos particulares de las recepciones de Aprendices, Compañeros y Maestros Particulares», lo que significaba que simplemente había reorganizado los grados simbólicos; por el contrario, confesaba que solo estaba redactando «las instrucciones de Aprendiz, Compañero y Maestro Cohens y otros grados» y, para excusar su retraso, acusaba a Bacon de retener las «órdenes de operaciones» que le había confiado durante su estancia en Burdeos; no había cumplido su promesa de devolverlas inmediatamente después de copiarlas y, a falta de estos importantes documentos, Pasqually se había visto obligado a suspender su Trabajo de Equinoccio (II, 172-173). El Gran Soberano añadía, para hacer sentir al Tribunal de París que podía prescindir de él, que «trabajaba para fundar el establecimiento de Burdeos con algunos presidentes y consejeros de nuestra Corte de Parlamento» (II, 274), pero estas ilustres conquistas, que por otra parte solo existían en proyecto, no impresionaron a los Elegidos Cohens de París. Por otra parte, Willermoz, visiblemente

poco halagado por el papel de informador que Pasqually quería hacerle desempeñar, se puso abiertamente del lado del Tribunal Soberano.

El exceso de celo de un Réau-Croix de Foix, o tal vez una maniobra demasiado hábil de Pasqually, encendió la mecha. Los miembros del Tribunal habían solicitado en varias ocasiones a su maestro que completara la instrucción de los Elegidos Cohens de París y Versalles, e incluso deseaban que se estableciera definitivamente con ellos (IV, p. XXXII). Pero la situación económica de Pasqually no le permitía llevar a cabo un proyecto tan atractivo en muchos aspectos. Ya en 1767 había tenido que renunciar a regresar a París a finales de año, como había manifestado su intención al despedirse de sus nuevos discípulos. De Grainville, escribiendo en febrero de 1769 a Willermoz, en nombre de Pasqually, para informarle de lo que debía hacer en el próximo equinoccio de marzo, añadía en una posdata: «Por mucho celo que tengamos cada uno de nosotros por el bien de la Orden, dudo que ninguno de nosotros pueda instruir a nadie. Por lo tanto, es absolutamente necesario que D. M. (dom Martinès) vaya a París y que allí, bajo la supervisión del T. S. (Tribunal Supremo), trabaje en un vínculo simbólico tal que satisfaga a todos y que, una vez terminado este trabajo, piense en la instrucción de los nuevos y antiguos Réau-Croix. Este traslado de D. M. y su esposa no puede realizarse sin anticipos por parte del T. S. Dom M. debe aquí unas 1200 libras que habrá que pagar antes de sacarlo, de lo contrario sus acreedores armarían jaleo y él se quedaría, en detrimento de la Orden (II, 43).

Esta propuesta, que los Muy Poderosos Maestros descontentos creyeron, y no sin cierta apariencia de razón, sugerida por el propio Pasqually, les daba ventaja sobre su

Maestro. El 16 de marzo, Bacon respondió que estaba dispuesto a contribuir por su parte a todos los gastos de desplazamiento del Gran Soberano, pero que el T. S. llevaba dos años esperando en vano el cumplimiento de promesas formales, que los Hermanos de París se quejaban con razón de verse descuidados y que algunos de ellos habían llegado incluso a manifestar dudas sobre la lealtad o la ciencia de su instructor. Bacon, que aseguraba haber garantizado en varias ocasiones la buena fe de Pasqually, consideraba poco prudente generar descontento constante en unos adeptos a los que solo se les podía reprochar su celo por aprender y de los que «se esperaban algunos sacrificios» (IV, p. XXXII).

Willermoz, que debía viajar a París en abril por asuntos suyos, quiso consultar verbalmente con Bacon y de Luzignan antes de tomar una decisión. Tras consultar con ellos (II, 173-174), escribió el 29 de abril una respuesta en la que exponía sin miramientos las quejas de los Réau-Croix de París y Lyon. No estaba muy satisfecho, escribía, haber recibido la prohibición de realizar ningún Trabajo de Equinoccio, aunque «como las razones que los llevaban a suspender a Pasqually le superaban», había acatado las órdenes del Maestro. Pero sobre otro tema, «sobre la necesidad de tomar medidas para que la Orden decidiera el destino de Pasqually en el futuro» y «sobre sus dificultades para saldar sus deudas», se sentía libre de hablar y aprovechó ampliamente esta facultad. «He encontrado —le dijo directamente a Pasqually— a los Poderosos Maestros de la Caballería y a de Luzignan muy poco dispuestos a hacer lo que el Maestro de Grainville pide en su nombre y extremadamente descontentos con su proceder hacia ellos y hacia la Orden. Para ponerme al corriente, me han comunicado

toda la correspondencia mantenida entre los Orientales de Burdeos y París desde mi viaje del año pasado; le confieso francamente, Poderoso Maestro, que no se puede leer con sangre fría; parece que ha buscado todos los medios posibles para humillar al Poderoso Maestro Sustituto, a quien usted mismo encargó especialmente los asuntos de la Orden».

Willermoz le recordaba entonces a Pasqually cómo se había dejado engañar por Du Guers y se burlaba sin piedad de la ceguera que le había llevado a preferir a este impostor antes que a Bacon. «Si no tuvieras otros medios para conocer a los hombres que los generales de la especie humana, ¿podrías siquiera comparar la conducta y los sentimientos del P. M. Substituto con los del señor Du Guers? Uno goza de la reputación más íntegra y merecida, y el otro ya se había ganado su resentimiento por los numerosos excesos en los que había incurrido y de los que usted estaba informado, ya sea por el Sr. Sustituto o por mí... Ha sido necesario que usted se convirtiera en víctima del señor Du Guers para abrir los ojos sobre él; confieso francamente lo que me causa gran consternación; me ha asegurado tantas veces que su ciencia le proporcionaba medios infalibles para conocer el corazón de los hombres que, al ver hasta qué punto se ha equivocado en esta ocasión, me veo reducido a dudar más que nunca de una ciencia que es demasiado sublime para que un hombre sensato pueda creer plenamente en ella basándose en otros testimonios que no sean los suyos propios». Ciertamente, Willermoz siempre estuvo dispuesto a seguir la carrera en la que le habían introducido las garantías de Pasqually, Grainville y Bacon sobre «la verdad de la Cosa», y, aunque había seguido con exactitud y de buena fe todo lo que se le había prescrito «sin ser más feliz»

[sin haber obtenido manifestaciones], no quería perder por precipitación el éxito que se había prometido, pero su confianza se vio sacudida por las palabras del propio Pasqually. ¿Acaso no había escrito este último un día que Du Guers le había decidido «a decir las cosas como son»? «Entonces no hemos llegado a la verdad, exclamaba Willermoz, ¿nos han engañado? ¡Juzguen ustedes mismos adónde nos llevan estas reflexiones!».

Así pues, Willermoz y sus colegas plantearon sus condiciones. «En la perplejidad en que nos sumen sus cartas, nos vemos en la necesidad de exigirles pruebas inequívocas de la veracidad de la Cosa, que nos permitan juzgar por nosotros mismos. Muéstrenos sinceramente el camino verdadero, prescriba los medios; sin duda, el más exacto será el acertado y la Orden se comprometerá a demostrarle su gratitud y a asumir compromisos firmes para el futuro. Lo que los señores de la Chevalerie y de Luzignan han hecho en el pasado responde de su buena voluntad para el futuro[112]; yo contribuiré gustosamente en la medida de mis posibilidades tan pronto como sepa a qué atenerse... En Lyon somos cinco iniciados a quienes desde hace más de un año prometo instrucciones sin haber recibido ninguna; tengo allí un número de sujetos muy convenientes y listos para la primera señal, pero a quienes me escandalizaría hacerles el más mínimo gasto sin estar yo mismo seguro de la verdad del fin al que aspiran; el Templo de Lyon puede, en muy poco tiempo, adquirir una consistencia real; a usted le corresponde sentar las bases, en ello encontrará usted su

112 El sentido general de la frase indica que esta «buena voluntad» no se limitaba al cumplimiento escrupuloso de las instrucciones, sino que ya se había traducido de manera tangible en el envío de dinero a Burdeos.

ventaja y nosotros la satisfacción que deseamos... Quiero poder anunciar en Lyon un objetivo verdadero y digno de gente honrada, y no hacer allí de charlatán. Los sentimientos de los señores de la Chevalerie y de Luzignan son los mismos; sobre esto nos hemos explicado, están disgustados con sus procedimientos... La Orden exige el cumplimiento de sus promesas, nada más justo».

Sin embargo, tras haber establecido claramente la posición respectiva del Maestro y de sus principales discípulos, Willermoz, que en el fondo solo quería que le convencieran, dejó que su cortesía y su dulzura naturales volvieran a imponerse y, al tiempo que solicitaba una pronta respuesta que le encontrase aún en París, donde daba su dirección: «en casa de Glavot, peluquero, rue Golet-des-Bourdonnois», concluía: «Me encantaría, antes de abandonar esta ciudad, ver que se llega a un acuerdo definitivo y se restablece la confianza» (II, 42-47).

Los documentos publicados hasta la fecha no nos permiten conocer el texto exacto de la respuesta que Pasqually dio a este requerimiento. Según la *Nouvelle Notice Historique*, dejó pasar lo peor de la tormenta y respondió que estaba dispuesto a comunicar las ceremonias e instrucciones tanto generales como particulares, pero que temía que no se estudiaran mejor que las que había dado anteriormente, porque le parecía que los Hermanos estaban más deseosos de avanzar en la Orden que decididos a trabajar en su instrucción. Sin embargo, envió varios cuadernos (IV, p. XXXIII). Tres meses más tarde, a principios de agosto, la cuestión seguía en el mismo punto: Pasqually se decía muy deseoso de cumplir el deseo de los miembros del Tribunal Supremo, pero anunciaba que aún se veía retenido por algún tiempo en Burdeos por su situación actual, sus asuntos

domésticos y el cobro de una pequeña herencia que le había dejado en esa ciudad uno de sus parientes, fallecido en las Islas (II, 41, probablemente se trataba de un pariente de su esposa, fallecido en las Antillas). En octubre o noviembre, intentó reavivar el celo de Willermoz anunciando la llegada de numerosos Hermanos a Burdeos y el «gran éxito» [teúrgico] del Sr. de Balzac (II, 174-175).

Parece que la calma con la que Pasqually respondió a los reproches, insinuaciones y requerimientos de los Réau-Croix rebeldes había causado impresión en estos. Además, desde su primer encuentro con él, habían concebido esperanzas demasiado grandes como para abandonarlas sin más. Esta obstinada espera les decidió a conceder un nuevo crédito moral a su Maestro. Una carta que Pasqually dirigió a Willermoz el 20 de enero de 1770 menciona un acuerdo reciente entre Burdeos y París que restringía las prerrogativas del «Muy Poderoso Maestro Suplente». Con el pretexto de que «sus importantes asuntos domésticos» le quitaban demasiado tiempo a Bacon para «ocuparse de todo lo que convenía a la Orden y para la satisfacción de sus miembros», se acordó que las constituciones dictadas por el Tribunal Supremo llevarían en adelante la firma de Pasqually, quien, a cambio, se comprometía a «expedir todas las ceremonias de recepción de los diferentes grados de la Orden, así como los diferentes catecismos y las explicaciones secretas de las preguntas y respuestas que figuran en dichos catecismos». «Por último, prometía el Gran Soberano, daré desde la A hasta la Z y todos estarán contentos» (II, 175). En lo que respecta a su corresponsal, Pasqually le aseguraba que, tan pronto como recibiera algunos fondos de las islas, de donde le correspondía una considerable herencia

que había tenido en esos países[113], no dudaría en instalarse en Lyon «para ponerse a trabajar con entusiasmo» (II, 48). Pero, como sus problemas económicos lo mantenían aún en Burdeos, instaba a Willermoz, «si realmente tenía la intención de levantar su Gran Templo»[114], a que, en su próximo viaje a París, obtuviera del Tribunal Supremo una constitución para su Templo de Lyon y, por su parte, prometía hacer copiar para él todos los cuadernos por el secretario general y particular que tenía desde hacía un año, el hermano Fournier, «buen burgués de Burdeos, muy inteligente y muy instruido», sobrino del prior de los Grandes Agustinos de París, que había «abandonado todo para seguir la Causa en todas las circunstancias». Pero Willermoz fue advertido de que este trabajo de copia llevaría al menos dos meses (II, 176).

Pasqually tenía claramente la sensación de haber vuelto a tomar las riendas de su gente y, para mantenerla a raya, alternaba los golpes de cencerro con los ánimos.

En la carta del 10 de enero, Pasqually animaba a Willermoz a tener paciencia en los términos más cordiales y se esforzaba por tratarlo aún mejor que a los demás Réau-Croix. «Le exhorto —le decía— a que se deje guiar por quien le es verdaderamente fiel, como usted mismo podrá juzgar por las cosas que le envío para prepararle para lo que debe saber. La gracia que le pido es que no hable de ello con alma

113 Se observa que esta herencia, calificada de «pequeña» en agosto de 1769, había aumentado considerablemente en pocos meses. A menudo se plantea la cuestión de cuándo Pasqually intenta engañar o se engaña a sí mismo deliberadamente

114 A principios de 1770, solo había seis Elegidos Cohens en Lyon, incluido Willermoz (IV, p. XXXIII); por lo tanto, el grupo no había reclutado a nadie desde 1769.

viviente, ya que aún no se lo he revelado a nadie, ni siquiera a ninguno de mis Réau-Croix... Si realmente la Cosa no fuera tal y como yo la aseguro y no se hubiera manifestado como lo ha hecho ante mí y ante tantas personas que han querido conocerla, no solo la habría abandonado yo mismo, sino que habría alejado en conciencia a todos aquellos que hubieran querido acercarse a ella de buena fe» (II, 104).

El 16 de febrero, llamó duramente a la modestia al Gran Maestro del Gran Templo de Francia, que probablemente había esgrimido su título de Réau-Croix para reclamar más luz. «Usted ha sido recibido por un hombre que no tenía ningún derecho ni poder al respecto, ya que el Maestro Sustituto Universal no tiene [ni] el derecho ni el poder de transmitir la facultad de nombrar a ningún Réau-Croix, ni de otorgar ningún grado supremo, salvo el de transmitir su poder para los grados de Aprendiz hasta Maestro Cohen y no más (II, 177)». Sin embargo, Willermoz anunció en marzo de 1770 que al mes siguiente iría a París, donde también debía acudir De Grainville, «para tomar disposiciones definitivas para el bien general de la Orden», y Pasqually le aseguró que deseaba ardientemente ese encuentro y le escribió: «Y que el Eterno bendiga a todos ustedes por este asunto. No dejaré de contribuir a ello con mi próximo trabajo, para que Él se digne favoreceros tanto espiritual como temporalmente y os mantenga por siempre en su séquito» (II, 100). Pero unas semanas más tarde, a mediados de abril, le recordaba que, de conformidad con el acuerdo alcanzado con Bacon, el Tribunal Supremo solo podía expedir las constituciones y que él, Pasqually, impartiría directamente a los interesados todas las ceremonias de los diferentes grados, «ya que el Tribunal Supremo no tenía ni el tiempo ni la salud adecuados para dedicarse por completo a ello» (II,

177). Por último, como Willermoz se había atrevido a quejarse del elevado precio de las patentes de constitución, los cuadernos de grados, las joyas y los accesorios, Pasqually le avergonzó por su tacañería cuando estaban en juego intereses tan espirituales. «Todos los Hermanos que tengo aquí han pagado, al igual que todos los Hermanos de vuestro Oriente, sus grados. No se quejan del dinero que deben dar por sus constituciones y por su mobiliario. No deben temer invertir su dinero en cosas tan útiles y ventajosas para el hombre del deseo».

Señalaba que, dado que el hermano secretario «no era extremadamente rico», era natural que, a cambio de un trabajo considerable: «extracto de todas las ceremonias de las recepciones de los diferentes grados, así como de los catecismos y diferentes explicaciones generales y secretas», se le obsequiara con unos honorarios, «para que no perdiera absolutamente su tiempo». Si, por otra parte, la indemnización que se le debía por los escritos del Gran Templo se había fijado en la elevada cifra de 86 libras, «era para no multiplicar los establecimientos debido a la dificultad de encontrar sujetos aptos para ser admitidos en la Orden». Además, Pasqually, apelando al espíritu comercial del industrial lionés, le demostró que sus propios intereses coincidían con los de la Orden, ya que tendría derecho a conferir hasta el grado de Gran Arquitecto, lo que le reportaría dieciséis luises de oro, siendo la tarifa de dos luises de oro por grado (II, 170 y 177-178). Para animarle a continuar con las operaciones, le hizo saber que el hermano Barbarin «veía y oía mucho» y que este adepto tan dotado iba a ser ascendido al grado de Gran Arquitecto. Por último, rogaba a Willermoz que le informara de las intenciones del Tribunal Supremo, si quería «seguir adelante» o «retroceder

a su estado de Réau-Croix»[115], tarea que consideraba más al alcance de Bacon y Luzignan, debido a la mala salud de uno y a las ocupaciones del otro, que la de «llevar adelante la Cosa» (II, 179).

Pasqually pronto se decidió sobre este último punto; ese mismo mes de abril recibió propuestas firmes por parte del Tribunal Supremo. No disponemos del texto, pero del resumen de la respuesta que dio Pasqually[116] (II, 180-191) se desprende que los Réau-Croix habían decidido, tras el pequeño congreso en el que participaron Willermoz y Grainville, «proporcionarle un bienestar temporal, ya fuera directamente a él, ya a su mujer y sus hijos, en relación con sus trabajos». A cambio, exigían que Pasqually se trasladara a París «para instruir perfecta y profundamente a los Réau-Croix», que se mostrara «totalmente de buena fe» hacia ellos, trayendo consigo «los documentos y las instrucciones secretas relativas a la Orden» y proporcionándoles los cuadernos que permitían abrir las logias del Sistema. Por último, le planteaban diversas preguntas, que Pasqually

115 Es decir, dedicarse a las Operaciones sin mezclarse más en la dirección de la Orden. Papus tradujo erróneamente el signo convencional «R» por «Rosacruz».

116 IV dice (p. XXXIV): «Este resumen se presenta de tal manera que no se puede saber si se trata de un borrador de Martinès o de un resumen tomado por Willermoz del documento original. Nos inclinamos por esta última hipótesis, porque el documento de Papus no menciona un gran número de hechos importantes. Es probable que Willermoz se contentara, en un viaje a París, con recopilar en el documento de los archivos del Tribunal Soberano todas las respuestas de Martines relativas a las propuestas hechas por los Réau-Croix». La suposición se justifica por la forma y, sobre todo, por el estilo que, aunque presenta giros y expresiones familiares a Pasqually, es mucho menos incorrecto que el que utiliza el jefe de los Elegidos Cohens en sus cartas y en su tratado.

no precisa en su respuesta, pero que parecen referirse a las Operaciones y al efecto que se podía esperar de ellas.

Pasqually se tomó su tiempo para responder a la oferta que había solicitado un año antes, pero su mensaje del 11 de julio de 1770 fue copioso. El Maestro señala que responde por pura bondad y condescendencia, ya que, como «los Réau-Croix no acompañaron sus solicitudes con una firma al pie, característica de sus nombres, con sus grados y dignidades en la Orden, el Maestro podía muy bien ignorar tales representaciones y solicitudes y tenía derecho a no responder a ellas, ya que el sello no era suficiente para obtenerlas, [y] quienes llevaron a cabo tal cosa infringieron las leyes de la Orden».

Tras disculparse por el retraso causado por la enfermedad de su suegra, que le obligó a suspender toda correspondencia, agradece a los Réau-Croix una propuesta «que demuestra su verdadero celo por la Causa»; protesta «que desearía encontrar un medio físico para abrir su corazón a sus Réau-Croix, para que puedan leer en él su sincero apego por ellos y su gratitud»; sin embargo, debe rechazar «ofertas temporales tan ventajosas», porque no cree haberlas merecido aún y porque, además, «no puede ni debe esperar ningún bien temporal y espiritual en este mundo terrenal que no provenga directamente del Eterno, a quien se ha entregado por completo, sintiéndose suficientemente recompensado y satisfecho con sus súbditos cuando tiene la suerte de devolver a un hombre a su primer principio de virtud espiritual, del que había tenido la desgracia de apartarse»; por último, «no quiere ser una carga para los Réau-Croix».

Desautoriza formalmente a Grainville, que se dejó llevar por su celo y, no solo no le consultó antes de escribir al

Tribunal Supremo, sino que además contravino sus consejos de prudencia y sus recomendaciones de «tratar con delicadeza tanto a sus superiores como a sus miembros». Grainville cometió, además, el error de querer influir en el propio Pasqually a través de su esposa, escribiéndole para «animarla a que convenciera a su marido de que aceptara las ofertas del Tribunal Supremo». Grainville debería haber conocido mejor la disposición de la señora de Pasqually, «que se opone firmemente a que su marido profese públicamente la Cosa[117], dadas las grandes molestias que ha sufrido por parte de los malos sujetos que han sido admitidos en ella». Al recibir esta torpe carta en ausencia de su marido, la señora de Pasqually la abrió y la leyó en voz alta en presencia de sus padres, «que son su apoyo y su consejo», y de algunas personas ajenas a la familia. Quemó la carta con rabia y estuvo a punto de quemar también en secreto «las cosas más esenciales para la Orden, que se encuentran en su (casa de) campo». Esta carta provocó una grave disputa entre el marido y la mujer; se reconciliaron gracias a la mediación de un tercero, pero Pasqually tuvo que prometer que no volvería a mantener correspondencia con Grainville. En resumen, si este último no se hubiera entrometido torpemente en este asunto, si se hubiera limitado a escribir directamente a Pasqually, como había hecho el Tribunal Supremo, Pasqually estaría ahora de camino a París, mientras que él «se ha visto obligado por su condición de esposo y padre de familia a privarse durante algún tiempo más de ver en persona a sus fieles súbditos, lo que hará tan pronto como le sea posible, siendo su único consuelo mientras

117 Cabe señalar que Pasqually utiliza indistintamente este término para designar tanto a la Orden de los Elegidos Cohens como a sus doctrinas teúrgicas y al poder sobrenatural al que se dirigían las Operaciones.

tanto verlos en su mente».

Por lo demás, la situación económica de Pasqually no es tan crítica como la pintó Grainville. Debía unas 3000 libras; ha pagado la mayor parte y solo le quedan 1000 libras, que espera poder pagar con algunas privaciones durante algún tiempo. Entonces podrá abandonar Burdeos sin temor a ninguna afrenta por parte de sus acreedores. Si regresa a Réau-Croix, quiere hacerlo por su cuenta. No pide nada mejor que ir a París; «incluso iría antes a pie que a caballo por la única satisfacción del Tribunal Supremo». Está dispuesto no solo a permanecer en la capital, sino incluso a trasladarse a otro lugar para instruir más particularmente a sus discípulos, pero ¿qué beneficio obtendrán estos de su presencia si no se esfuerzan por sí mismos para sacar provecho de sus enseñanzas?

Los Réau-Croix creían que, «dado que la Cosa venía directamente de él», solo tenían que «suplicarle, asustarle u ofrecerle un puente de oro para obtener su secreto», pero se equivocaban. «Su ciencia no es un secreto particular, sino el fruto de un largo y penoso trabajo mental y de la renuncia total a todo lo impuro. Todo lo que el Maestro puede hacer y decir en beneficio de sus Réau-Croix no proviene directamente de él, sino que es fruto de la constancia de su trabajo. La Cosa viene de arriba y no del Maestro. Él no es más que un agente de la Cosa». Pero debe recordar a los adeptos que «el que es elegido el primero entre ellos, no es elegido por ellos ni por su voluntad, sino por sus penosos trabajos, y su elección es su recompensa». Si ha tenido éxito ante ellos en una Operación en París es «porque ha sido guiado en ello por el jefe principal de la Cosa». Sin su ayuda, Pasqually «habría caído en medio de su asamblea cubierto de vergüenza y confusión», y esa ayuda le era tanto

más necesaria cuanto que se enfrentaba a sujetos muy mal preparados para «llevar a cabo [triunfar en] una operación física semejante». Pero no hay que contar con la repetición incondicional de una intervención que se produjo una vez de forma excepcional «para el triunfo de la verdad». Así pues, «dadas todas las penas y crueles fatigas que ha sufrido y sigue sufriendo por los trabajos que ha realizado en favor de algunos sujetos antes de tiempo, no quiere asumir absolutamente nada más en lo sucesivo y no emprenderá nada al respecto que no le sea encomendado y enseñado por alguien más fuerte que él» y «a tal efecto, se remite a lo que pueda saber que se puede obtener mediante algún trabajo concreto»[118].

Por lo tanto, depende de los Réau-Croix, y solo de ellos, obtener estas pruebas de su vocación. Deben mostrar más fervor en el futuro, «seguir exactamente el camino que él les ha prescrito en sus instrucciones». «Antes de mostrar tanta ambición con el pretexto de buscar instrucción», deben estudiar «las pocas ceremonias que él les ha enseñado». «Que observen con precisión todo lo que les prescriba para la conducta espiritual y temporal, ya sea en las diferentes oraciones de los días del año, los equinoccios, los solsticios y las abstinencias que deben observar durante su vida y en el curso de un trabajo». Para alcanzar la convicción perfecta, deben poner mucho de sí mismos, «ya que la Cosa es más para ellos que para el Maestro», cumplir exactamente los compromisos que han contraído libremente con el Gran Arquitecto del Universo, es decir, recibir con resignación e

118 Esta frase, en la que se aprecia claramente el estilo confuso de Pasqually, significa que el Maestro solo se ocupará de los Réau-Croix que hayan sido designados por la Cosa, es decir, que hayan sido testigos de manifestaciones durante sus trabajos rituales.

indiferencia el bien y el mal que al Eterno le plazca enviarles para la expiación de sus faltas, y renunciar totalmente a los bienes de este mundo.

Por el momento, no hay entre todos los Réau-Croix un solo sujeto al que el Maestro pueda «dar todo de buena fe» [sin temor ni reserva] sin «profanar la Cosa», ya que ninguno de ellos ha cumplido aún «el trabajo de siete años, realizado consecutivamente en los círculos del Maestro y en su persona», noviciado que es «de toda necesidad», así como «el régimen de vida temporal y espiritual» que Pasqually no comunicará al Tribunal Supremo hasta haber recibido la garantía de que todos los Réau-Croix lo seguirán al pie de la letra. Además, Pasqually no tiene derecho a deshacerse de las instrucciones secretas que los Réau-Croix reclaman con tanta presunción; «nunca ha transportado a diestra y siniestra tales efectos, a menos que abandone el reino en el que habita». Estos documentos solo le han sido confiados como un depósito que debe entregar a su sucesor; se limita a extraer de los originales lo que considera necesario para el asunto que lo merece. Al insistir en recibir los originales, los Réau-Croix ofenderían a su Maestro, ya que «una petición semejante le hace ver la poca confianza que el Tribunal Supremo tiene en él sobre lo que puede saber y decir acerca de la Cosa».

En cuanto a las Logias que el Tribunal Supremo tiene tanta prisa por fundar, Pasqually desaconseja toda precipitación. «No es prudente hacer muchos establecimientos, dada la gran dificultad de encontrar buenos sujetos dispuestos a cumplir todos los deberes que exige la Cosa»; si el Tribunal Supremo persiste en su intención, todo lo que Pasqually podrá hacer será proporcionar ceremonias de recepción, catecismos e instrucciones alegóricas y simbólicas,

ya que, suponiendo que se encuentre entre los titulares de los grados azules uno o dos sujetos capaces de estar «dispuestos al verdadero fin de la Cosa», esta ventaja se vería contrarrestada por la curiosidad de los demás Hermanos «que querrían ser instruidos en la verdad», lo que ni el Tribunal Supremo ni el Maestro podrían hacer. Por lo tanto, siguiendo el consejo de Pasqually, hay que limitarse a «hacer avanzar» al Tribunal Supremo y al Templo de Versalles.

Tras estas explicaciones, los Réau-Croix comprenderán que acusan injustamente a su Maestro de falta de buena fe hacia ellos, «ya que no puede ocultarse impunemente ante sus discípulos sin intentar ocultarse ante el Eterno», lo cual le es imposible. Todo lo que se puede reprochar, por el contrario, es «haber abusado de ellos al adelantarse a lo fijado; el escaso éxito que han obtenido proviene de su escaso uso y conocimiento de la Cosa». Por lo tanto, no le sorprende «que no hayan conservado la firmeza que esperaba de ellos cuando los dejó solos en París».

Si puede contar con su docilidad, algún día irá a reunirse con ellos y «se sacrificará por completo en todo lo que sea conveniente para su beneficio y su éxito». Mientras tanto, promete escribir en breve, a pesar del compromiso adquirido con su esposa, a De Grainville, «su querido G. V. (¿Gran Vicario?), haciendo siempre justicia a su celo por la Orden y a la amistad y el afecto que le profesa por el Maestro, de lo cual está plenamente convencido», y, para demostrar al Tribunal Supremo que está lejos de «querer abandonar la Orden y a sus miembros», le informa «que trabaja en las instrucciones escritas más que nunca y que actualmente se ocupa de una obra que no solo satisfará a los hombres justos, sino que será muy adecuada para sacar a los grandes malhechores de sus errores y conducirlos a la cima de la

felicidad». No escribe esta obra (el *Tratado de la Reintegración*) con un fin egoísta, «las cosas que sabe le bastan para sí mismo», sino pensando «en sus fieles súbditos, a los que no abandonará en toda su vida, siempre que quieran perseverar en la Causa y seguirle ciegamente», y, considerándolos como sus hijos, les pide que recen por el descanso del alma de su suegra, «tal y como ella había pedido antes de morir».

* * *

Los documentos publicados no conservan ningún eco de la impresión que causó en sus lectores este memorial. En cualquier caso, demuestra que Pasqually, marido sin autoridad y sin palabra, pero imperioso jefe de secta, no tenía intención de ceder ni un ápice ante sus discípulos y hay que reconocer que, al rechazar sus ofertas de subvención y sus exigencias con el tono de un regente que reprende a una clase indisciplinada y perezosa, se libraba con bastante habilidad de la delicada situación en la que le había colocado su solicitud encubierta de subsidios. Tenía razones para exigir una confianza «ciega» y negarse a comunicar sus «originales», ya que, como hemos visto anteriormente (Véase Libro III, cap. I), acababa de concebir un nuevo plan de organización de la Orden en lo que respecta a la denominación y el carácter de los grados, y necesitaba tiempo para ejecutarlo, así como para redactar su tratado. Por lo tanto, solo podía saciar a sus discípulos con promesas que reavivaban sus esperanzas, mientras que sus advertencias y su rigor frenaban su impaciencia y sus veleidades de rebelión.

Vemos que vuelve a utilizar la misma táctica el 16 de diciembre de 1770 en una carta dirigida directamente a

Willermoz; vuelve a hablar de *la Reintegración*, «esta obra inmensa realizada para el bien general de la Causa y de sus miembros», y decreta que no se llevará a cabo ninguna Operación [colectiva] mientras los miembros de la Orden en general «no estén en regla». La orden de prohibición, ya comunicada por el Maestro a los adeptos de Burdeos, que formaban «su círculo», a los Muy Poderosos Maestros de Foix y a algunos otros miembros de la Orden que vivían lejos, debía ser enviada sin demora a Lyon (II, 192).

En resumen, tras tres años de disputas, reclamaciones y promesas nunca cumplidas o cumplidas a medias, la Orden de los Elegidos Cohens aún no tenía rituales de Operaciones completamente establecidos, ni cuadernos de grados, ni libro de doctrina. Pasqually tenía fácil pretender que los adeptos no estaban en las condiciones mentales necesarias para aprovechar sus enseñanzas; en realidad, era admirable que aún no se hubieran desanimado por sus lentitudes y dilaciones, y el espectador imparcial no sabe qué es lo que más le sorprende: de la imprudencia de un anfitrión que, sin haber preparado la comida, invita a su mesa a viajeros hambrientos, o de la paciencia de unos comensales que la lectura de un menú apetitoso retiene tanto tiempo ante platos vacíos.

CAPÍTULO VII
El fin del reinado del Gran Soberano (1771-5 de mayo de 1772)

Pasqually acabó comprendiendo que sus discípulos estaban a punto de sumarse a la conclusión del soneto de Oronte[119]; durante el año 1771, realizó un esfuerzo desesperado por proporcionarles tanto una enseñanza teórica como rituales teúrgicos incorporados en un sistema masónico. Se dedicó a redactar su tratado dogmático, a confeccionar los cuadernos de grados y, mientras tanto, realizó giras apostólicas para reavivar el fuego sagrado entre los Émulos.

El principal objeto al que dedicó inicialmente sus cuidados fue el grado de Gran Arquitecto que, como ya hemos visto, era el primer grado de iniciación verdadera, ya que familiarizaba al Elegido Cohen con las prácticas de la Orden, le confería la ordenación y lo convertía en exorcista, acólito y catequista. Los «trabajos» no podían prescindir de estos auxiliares místicos.

El cuaderno ya estaba parcialmente redactado a finales de 1770 y, en diciembre, Pasqually autorizó a Willermoz

119 El "soneto de Oronte" es un poema que aparece en la comedia de Molière, "El Misántropo". Es un ejemplo de la poesía afectada y pomposa que Oronte, un personaje egocéntrico y pretencioso, cree que es de alta calidad. Alcestes, el misántropo, lo critica por su falta de sinceridad y profundidad, prefiriendo un poema que exprese emociones de manera más clara y sencilla. [NdT]

a hacer una copia del borrador que le había enviado y a enviárselo a Bacon; prometía completar posteriormente lo que aún faltaba, para que Willermoz pudiera completar pronto la instrucción de los adeptos promovidos a ese grado. Willermoz no tardó en solicitar información complementaria. En febrero de 1771 la reclamó por segunda vez, junto con instrucciones para el Trabajo de Equinoccio que estaba previsto para el mes siguiente (III, 84). El 15 de marzo se quejaba de «la languidez que sentía su Oriente», que provenía de la impotencia en que se encontraba su jefe para «recompensar el celo de sus Émulos»; insistía en obtener las aclaraciones necesarias «tanto para su instrucción particular como para el avance de sus hijos». Tenía dudas y escrúpulos sobre la naturaleza de las ceremonias que se le habían prescrito, sobre los trazos y jeroglíficos adecuados. Estaba especialmente atormentado e inquieto «por no haber tenido aún efectos sensibles» y atribuía la falta de manifestaciones, bien a una falta de virtualidad por su parte, bien más bien a «la invalidez de las ceremonias» (III, 86-89).

En ausencia del Maestro, que había partido hacia París en febrero, sus quejas fueron recibidas por un nuevo secretario íntimo. Claude de Saint-Martin había renunciado recientemente a su cargo de oficial y al grado de capitán, que acababa de obtener gracias a la protección del duque de Choiseul (VII, 154), para poder dedicarse por completo a la escuela de Pasqually. «Acabo de abandonar el servicio —escribió a Willermoz el 4 de marzo de 1771, al entablar correspondencia con él como representante del Maestro— para poder seguir mejor la carrera que usted sigue» (III, 86). Saint-Martin se vio aún más en apuros para satisfacer las reclamaciones del adepto de Lyon, ya que los archivos

estaban en el mayor desorden y Pasqually no le había dejado ninguna nota sobre el número de cuadernos ya enviados a Willermoz, sobre sus títulos y sobre los temas que en ellos se trataban. Saint-Martin suponía que Willermoz debía de haber recibido, a través de Grainville, los *Deberes del grado de Gran Arquitecto* y, directamente del Maestro, las *Instrucciones*, pero ignoraba si el Templo de Lyon poseía algo sobre el *Trabajo de las Asambleas* y se veía obligado a rogar a su corresponsal que le enviara la lista exacta de las invocaciones que había recibido e indicara cuidadosamente a qué grado correspondía cada una de ellas. Por último, instaba a Willermoz a que fuera a buscar al Maestro a París, ya que una conversación con él le sería más provechosa que la más larga correspondencia, y le aseguraba el celo de los copistas de Burdeos: «Trabajamos con ahínco para usted, M. E. M. [Muy Estimado Maestro], todos nos esforzamos por hacerle llegar los materiales necesarios para el avance y la instrucción de sus límites... Acabo de copiar para usted el grado de Gran Arquitecto. El Maestro va a trazar el esquema de la recepción, o del cuadro, y pondremos en una hoja aparte todas las palabras que tendrá que emplear en esta Operación, todo ello con referencias tan exactas como podamos.

Espero que este objeto sea lo suficientemente correcto como para satisfacer todas las preguntas que le había hecho anteriormente al Maestro; pondremos el mismo cuidado en redactar los demás objetos; nos dedicamos a ello con tanto celo como nuestro Maestro nos asegura cada día que no podemos hacer lo suficiente por usted; deseo de todo corazón que obtenga el éxito que se merece»[120] (III, 87-91).

120 St-M. à W. 25 de marzo y 5 de mayo 1771

El 20 de mayo, Saint-Martin envió a Lyon cinco hojas que contenían el *Gran Ceremonial del Gran Arquitecto* y una hoja con una oración o invocación para el trabajo diario, un cuadro que indicaba exactamente la ubicación de las velas, una lista de las palabras que debían emplearse para la recepción y la ordenación, con las referencias correspondientes, un repertorio de las palabras utilizadas en la *Invocación Diaria* y diversa información sobre el ceremonial y el trazado de dicha Invocación. Prometía enviar por correo la simple *Ordenación de Gran Arquitecto*, la traducción al francés de las *Invocaciones* en latín, lengua que Willermoz parece haber ignorado, una instrucción particular de Pasqually sobre la forma de proceder en las Invocaciones y anunciaba que a estos documentos les seguirían pronto el *Gran y el Pequeño Ceremonial de los tres Grados Azules*, los *Cuadernos del Elegido y de los tres Cohens*, que solo había que copiar. Por último, se comprometía a recordar al Maestro que no se olvidara de Willermoz (III, 92-93).

Todos estos documentos fueron enviados cuatro días más tarde. La carta que los acompañaba aportaba numerosas aclaraciones sobre los pasajes oscuros de los cuadernos, «una instrucción más exacta sobre el trabajo diario», el ritual de la simple ordenación del Gran Arquitecto y el texto de la conjuración del mediodía para los equinoccios. El Maestro le hizo decir a Willermoz que seguía trabajando en lo que le había prometido y que los primeros grados estaban muy avanzados[121] (III, 94-98).

Pero Willermoz, nada más recibir el paquete, planteó objeciones, ya que las nuevas instrucciones contradecían en algunos puntos las que Pasqually le había dado verbalmente en París. El Maestro, a quien Saint-Martin había

121 St-M. à W. 24 de mayo 1771.

consultado al respecto, se vio obligado a reconocer «que había cometido un error en la Instrucción de los diferentes trabajos que se acababan de enviar» a Willermoz. En consecuencia, envió unas instrucciones modificadas que «se ajustaban bastante a las observaciones» de Willermoz: El *Trabajo Diario* solo se realizaría una vez cada veinticuatro horas y en el momento que mejor conviniera a los adeptos; además, se aligeraba la *Invocación* y la *Conjuración*, que pasaban a ser la parte esencial de un *Trabajo de Tres Días*, reservado para el equinoccio. Antes de enviar a Willermoz la *Gran Invocación de Medianoche* exacta y las pequeñas Invocaciones particulares que había solicitado, se le aconsejó que se contentara para su *Trabajo de Equinoccio* con las instrucciones recibidas, y Saint-Martin se apresuró a «transmitirle la nueva resolución del Maestro, por temor a que, al estar la luna a punto de renovarse», hiciera un uso inapropiado de las *Grandes Invocaciones* cuyo texto tenía en su poder y «que no estaban destinadas al momento presente». Por otra parte, Burdeos prometía «enviar paquetes bastante considerables tan pronto como se terminara de copiar los catecismos y las instrucciones relativas» que Willermoz reclamaba con razón, ya que «sin ellos los grados le serían inútiles». Para excusar estos retrasos, Saint-Martin informaba a su corresponsal de que «el Maestro estaba un poco distraído tanto por sus asuntos personales como por la asiduidad que debía tener con el príncipe de Rohan, nuestro arzobispo, que lo colmaba de bondades»[122] (III, 98-101).

Los últimos envíos de Burdeos provocaron nuevas observaciones por parte del concienzudo Willermoz. El 18 de junio señalaba que había recibido en París, de manos de Grainville, para el *Trabajo de Tres Días*, una *Conjuración*

122 St-M. à W. 8 de junio 1771

y unas *Invocationes* que se le había recomendado utilizar con preferencia sobre todas las demás y a las que las que acababa de recibir se parecían muy poco. Pasqually había olvidado por completo este antiguo envío, pero, para no quedar en mal lugar, hizo decir a Willermoz que aún no estaba lo suficientemente avanzado para utilizar ese año el trabajo transmitido por Grainville y que debía reservarlo para más adelante (III, 102-103).

El 7 de julio, Saint-Martin ordenó a Willermoz que un comerciante de Burdeos, que debía partir para Lyon del 18 al 23 del mismo mes, se había encargado de un «paquete considerable», que le habían confiado con la indicación «papeles de negocios y familiares» y que contenía el ceremonial para la celebración de las Asambleas: «apertura, cierre, iluminaciones, consigna, etc.», los tres grados azules, el Elegido y los tres Cohens, y, además, un catecismo de los grados azules «con una explicación inicial de las diferentes cuestiones de este catecismo»; se avisó a Willermoz de que este comentario sería muy largo cuando el Maestro tuviera tiempo de darle el desarrollo previsto. En el mismo paquete se encontraba también el repertorio alfabético de nombres que había solicitado y los jeroglíficos de los Profetas y Apóstoles que debía guardar para el día en que se le indicara utilizarlos (III, 101-103). Es cierto que había lagunas en el repertorio de nombres y Pasqually no sabía cuándo tendría tiempo para completarlo, pero se le hizo notar a Willermoz que lo que había recibido era más que suficiente para lo que tenía que hacer y que los copistas de Burdeos también tenían trabajo «para los demás jefes» (III, 105).

Sin embargo, este flujo de documentos de todo tipo no lograba satisfacer la insaciable curiosidad de Willermoz ni disipar sus últimas dudas. Había recibido el grueso paquete

que el señor David se había llevado de Burdeos, pero seguía acosando a Pasqually con preguntas. El 1 de agosto solicitó información adicional para el trabajo que debía realizar en el equinoccio y deseaba conocer la opinión del Maestro sobre lo que debía hacer tras la retirada de un miembro del Templo de Lyon, el hermano Sellonf. El 3 de agosto solicitó aclaraciones sobre ocho puntos que le confundían para impartir los tres grados simbólicos, los tres grados Cohens y el Gran Arquitecto (Nota de W. III, 105). La proximidad del equinoccio de septiembre le atormentaba especialmente.

Cuando le preguntó, Saint-Martin confesó, el 12 de agosto de 1771, que no sabía nada de ese importante trabajo. Además, informó a Willermoz de que el Maestro, «muy ocupado en asuntos temporales», le había dado a entender que esta vez no habría *Trabajo de Equinoccio*. Añadió: «Me temo que este año no será según tus deseos». En cuanto a los cuadros, de los que Willermoz reclamaba un modelo para cada grado, Saint-Martin no poseía ninguno y solo los había visto en manos del Sustituto Universal (III, 107).

Los temores que las predicciones de Saint-Martin habían inspirado al ardiente Willermoz se vieron confirmados por el propio Pasqually. Habiendo recibido en París, donde se encontraba de paso, la carta de Willermoz, se decía desesperado por no poder ayudarle en su próximo trabajo; por lo tanto, le aconsejaba que lo suspendiera por el momento y le anunciaba, a modo de consuelo, que el Sr. y la Sra. de Luzignan «no trabajarían esta vez más que él» (II, 52). Para compensarle por su decepción y demostrarle que no se le había olvidado, Pasqually le escribió personalmente el 3 de noviembre para informarle de que «el Sr. (Maestro) de Saint-Martin seguía trabajando [copiando] para él» (II, 94).

* * *

Si la complacencia con la que Pasqually respondía, ya fuera directamente o por medio de Saint-Martin, a las incesantes preguntas de Willermoz, no siempre lograba aclarar los puntos que preocupaban a la tímida conciencia del adepto lionés, al menos demostraba la buena voluntad del Maestro, y Willermoz debía reconocer que los Hermanos de Burdeos no escatimaban ni sus vigilias ni su tinta para proporcionarle copias de los documentos secretos. Parece que apreció esta diligencia, ya que sus cartas ya no contenían los amargos reproches y las alusiones hirientes que se le habían escapado dos años antes, y la correspondencia revela la cordialidad de las relaciones que existían en 1771 entre el Gran Soberano y el jefe de los Elegidos Cohens de Lyon. El 8 de junio le anunciaron desde Burdeos que la señora de Pasqually «había aumentado su familia con un primogénito, para satisfacción general de todos los que la apreciaban, y que tanto ella como el recién nacido se encontraban perfectamente» (III, 100-101). Pasqually le enviaba desde París noticias de «Mademoiselle» (hermana de Willermoz), a quien había visitado y que le había hecho decir a su hermano «que aún no había recibido los salchichones» (II, 54). En mayo, Willermoz fue honrado con una misión de confianza para la que su competencia profesional le habilitaba especialmente: se le encargó que mandara confeccionar para la esposa del Maestro un vestido de brocado de Tours; la señora de Pasqually se remitía a la elección del mandatario «en cuanto al color, el diseño y el gusto de la tela» y en cuanto a la confección; a Willermoz solo se le indicó que era «marrón claro» (III, 98). Una posdata, añadida a una larga carta sobre los trabajos del grado de Gran Arquitecto, informaba a Willermoz, de puño y letra

de Saint-Martin, que el 12 de agosto la señora de Pasqually estaba muy satisfecha con la muestra de seda recibida de Lyon y rogaba que se enviara la pieza en la ocasión más favorable y menos costosa, indicando el precio (III, 110). El marido, por su parte, escribía a Willermoz: «En cuanto al vestido de Madame, envíeselo a su gusto con las piezas habituales; indíqueme el precio del vestido y a quién entregarle el dinero en Burdeos» (II, 53).

Discípulo celoso pero comerciante avispado, Willermoz estimó que, dado que Pasqually se encontraba entonces en París, la forma más rápida de pago era girar a su maestro y deudor una letra que este pagaría al corresponsal que el fabricante lionés tenía en la capital. El 20 de septiembre de 1771, entregó al Sr. Clairjon de Cramail una pieza de tafetán brocado, de fondo blanco satinado rosa, por un precio de 13 libras la vara, cuyo importe, que ascendía a 214 libras y 10 sueldos, debía pagarse a los señores Razurel, tío y sobrino, en París (II, 53). Desgraciadamente, la letra no fue cobrada, ya que el librado había partido entretanto hacia Burdeos, y Pasqually, «habiendo quedado un poco falto de dinero para arreglar sus asuntos temporales», tuvo que solicitar el 1 de noviembre un aplazamiento «hasta la próxima feria de Burdeos» (II, 55). La moratoria tuvo que prorrogarse más allá de ese plazo y parece, como veremos pronto, que Willermoz tuvo que dar por perdida la operación.

* * *

Pasqually hizo dos viajes a París durante ese año. Partió la primera vez en febrero, se alojó en Grands Augustins, en el Quai de la Vallée, y allí recibía sus cartas bajo la cobertura del P. Fournier; los adeptos de Burdeos pensaban que

abandonaría París hacia el 15 de abril, «ya que los asuntos que le llamaban allí tomaban un giro favorable», y esperaban volver a verlo antes de lo que habían pensado (II, 87). La correspondencia no indica la fecha exacta de su regreso; en cualquier caso, había regresado a Burdeos el 5 de mayo de 1771, día en que cambió de alojamiento y se instaló en la rue Judaïque (II, 91), en esa larga arteria por la que entran en la ciudad los viajeros que llegan del sur y donde vivían los descendientes de los judíos expulsados de España, Portugal y Navarra a finales del siglo XV.

Tenemos muy poca información sobre la actividad masónica de Pasqually durante esta primera estancia. La correspondencia solo menciona a un recluta, el abad Rozier, canónigo-conde de Lyon, del que Pasqually decía el 27 de abril, en una carta dirigida a Willermoz: «El abad Rozier debe de haberle escrito para ser admitido en su casa (en el Templo de Lyon) y en la mía (en la Orden). Responda en consecuencia. Es un hombre lleno de deseo. No se aparta de mi lado cuando puede localizarme; se queda conmigo hasta medianoche. Está empezando a convencerse de que aquí encontrará lo que lleva tanto tiempo buscando. Le estoy haciendo postular un poco para su admisión; sin embargo, acortaré sus penurias según lo que me escriba y según lo que yo le encuentre capaz» (II, 193).

La segunda estancia de Pasqually en París duró unos dos meses. Partió de Burdeos el 5 de agosto (II, 106) y regresó en octubre. Le acompañaba el Hermano De La Borie, a quien llamaba «mi segundo yo» (II, 53). Su dirección era esta vez: «Maître de Pasqually de la Tour, aux Trois Rois, rue Montorgueil, près de la Comédie Italienne» (II, 51). Según él, «asuntos de la mayor importancia temporal», que le retenían todo el mes de septiembre en la capital, eran la

causa principal de este viaje (II, 51). Ya no se trataba, como en 1766, de un «proyecto de mecánica», sino de un plan de muy otro alcance, pues debía ser «ventajoso para el público, el Estado y la nación más oprimida». Como Pasqually se limitó a esta fórmula sibilina, «no pudiendo escribir esta empresa, para no revelar el secreto que es el alma de los negocios», es imposible adivinar si había concebido un proyecto para restablecer el reino de Jerusalén o para ayudar a las colonias inglesas del Nuevo Mundo, cuyas protestas contra los impuestos recaudados por la metrópoli comenzaban a conmover a la opinión pública francesa, aún resentida por el Tratado de París y muy hostil hacia Inglaterra. Pasqually aseguraba, en cualquier caso, pero no estamos obligados a creerle, que su presencia en París era indispensable «para llevar a término su proyecto ante los ministros», que «todos sus memorandos habían sido entregados en las oficinas» y «que le hacían esperar el éxito». Envió un mensaje a Willermoz en el que le comunicaba su intención, en caso de éxito, de ir a Lyon para reunirse con él, ya que, «al ser la empresa ventajosa tanto para los empresarios como para el público», contaba con incluir a su corresponsal «en este asunto, al igual que había incluido a algunos de sus buenos amigos» (II, 51-52).

Como Pasqually regresó directamente a Burdeos, hay que suponer que el grandioso y misterioso proyecto fruto de su fértil imaginación quedó definitivamente enterrado en los archivos administrativos, suponiendo que estos se abrieran para él.

Pasqually no solo frecuentaba los ministerios; vio de nuevo al abad Rozier, a quien volvió a recomendar a Willermoz, y fue objeto de «muchas bondades» por parte del caballero d'Arc, a quien consideraba «un señor de gran cré-

dito en todos los sentidos, ya que era tío de nuestro rey a la manera de Bretaña» (II, 55). En agosto no vio al Réau-Croix y miembro del Tribunal Soberano de Luzignan, que se había marchado con Mme de Luzignan a «su campo», pero quedó con los nobles esposos para el mes de septiembre (II, 52); «completó la instrucción de los antiguos y nuevos Réau-Croix de este Oriente (París) e instaló definitivamente el Templo de Versalles» (IV, p. XXXVII).

También había visto en París a su primo Caignet[123], en cuya casa había constatado «un celo sorprendente». Así, nada más regresar a Burdeos, entregó a Caignet las patentes de constitución que le permitirían abrir un Templo en Puerto Príncipe, adonde se dirigiría en calidad de comisario general de la Marina (II, 193).

Pero, justo cuando el Gran Soberano podía regocijarse por las conquistas que su Orden iba a realizar en ultramar, el Templo de Lyon le causaba algunas preocupaciones. El abad Rozier, que se había convertido en subordinado de Willermoz, se quejaba de no haber sido ascendido según sus méritos y señalaba con amargura que la Orden había sido mucho más complaciente con una adepta, la señorita Chevrier, que había sido admitida en un grado superior al suyo. Willermoz, por su parte, estaba harto de las exorbitantes pretensiones del canónigo ocultista. El instructor y el neófito informaron simultáneamente a Pasqually de sus respectivas quejas. Este intervino personalmente para que Rozier tuviera una concepción más exacta de sus derechos,

123 Caignet de Lestère solo podía ser «primo» de Pasqually por afinidad. Probablemente era sobrino del mayor del regimiento de Foix, padre de Mme de Pasqually. Según el testimonio de Saint-Martin, un hermano de este Caignet había sido oficial en el mismo regimiento.

al tiempo que le animaba a perseverar en sus estudios. Le recordó que el ascenso de la señorita Chevrier al grado de Maestro Cohen era la recompensa «por un trabajo asiduo en este campo durante muchos años»; le instó a que se contentara por el momento con el de Compañero Elegido Cohen, asegurándole que «si no se cansaba de perseverar con confianza, la luz no se alejaría de él» (II, 194).

En enero, Pasqually se había vuelto a dedicar a la redacción de la *Reintegración*, que «lo ocupaba por completo» (III, 111). Estaba decidido a terminar esta obra capital, en la que llevaba trabajando casi un año (III, 84) y que solo estaba esbozada. Los «Réau-Croix du Régiment de Foix», es decir, el caballero de Grainville y el marqués de Champoléon, que seguían pasando el invierno con su maestro, le ayudaban en todo lo que podían «corrigiendo sus defectos de estilo y ortografía en cada hoja a medida que las escribía», una colaboración que el autor necesitaba sin duda y que solo debería haber sido más activa para aliviar al lector. Sin embargo, esto pesaba sobre el orgullo de Pasqually; «a menudo les discutía sobre ciertas palabras que ellos consideraban más francesas y las tachaba ante sus ojos por contrarias al sentido que él quería expresar» (VI, 157). Así pues, a pesar del celo de los correctores voluntarios, la obra de Pasqually conservó ese aroma exótico que a veces resulta un poco embriagador.

Los dos oficiales «se tomaban la molestia de copiar para Willermoz pequeños cuadernos que le enviaban, después de que Pasqually los hubiera aprobado» (VI, 157), por lo que Saint-Martin, ya en julio de 1771, aludía a los «pocos conocimientos» que el adepto lionés ya tenía del *Tratado* (III, 101). Pasqually había decidido que se entregaría una copia del manuscrito a los adeptos que pagaran una contri-

bución anual de cincuenta escudos, «tanto por el salario del Maestro como por el mantenimiento de un secretario encargado de hacer todas las copias». Sin embargo, «no queriendo imponer a nadie una tasa onerosa», «dejaba a cada uno su propio juez en este asunto» y «solo pedía a cada uno lo que pudiera dar» (III, 85). Pero estas copias solo debían comunicarse a discípulos probados por un largo periodo de formación; así, Pasqually hizo decir al presuntuoso abad Rozier, que en octubre de 1771 reclamaba el derecho a conocer los pequeños cuadernos ya recibidos por Willermoz, que «para el tratado aún era demasiado nuevo en nuestros misterios como para confiarle» (II, 194).

Willermoz había leído los pequeños cuadernos con la mayor atención, pero lamentaba no encontrar en ellos indicaciones sobre cómo debía comportarse «frente a los sujetos que deseaba traer a la Orden». Sobre este punto, Pasqually se defendió el 13 de enero de 1772 de darle normas de conducta, porque «podrían verse alteradas por la más mínima circunstancia»; le aconsejó que, en casos difíciles, se remitiera a la inspiración divina, que no le fallaría, y le recordó que «por eso Cristo prohibía con tanto cuidado a sus discípulos que prepararan nunca lo que tenían que decir, porque debían tener la confianza de que él siempre estaría con ellos y que, por lo tanto, no necesitarían nada» (II, 194-195).

En cambio, los documentos que le fueron enviados los días 18 y 27 de enero eran numerosos y variados: el texto de la pequeña *Invocación* que aún le faltaba, el cuadro, que en un principio debía tener cuatro círculos, pero «el Maestro había considerado oportuno poner solo tres para no sobrecargar demasiado a sus discípulos»[124], y que despejarían

124 Era solo un pretexto, ya que San Martín dice expresamente que

sus últimas dudas sobre el trazado, abundantes comentarios de Saint-Martin sobre la elección de los nombres que debían inscribirse o pronunciarse durante las invocaciones. Por último, se le comunicó el día (el 5 de marzo) en que debía comenzar los preparativos para el Trabajo de Equinoccio. Provisto de estas diversas instrucciones, Willermoz pudo por fin trabajar según todas las reglas, y Saint-Martin expresó la esperanza de que «el Eterno premiará la perseverancia de sus deseos y que disfrutará de las convicciones [manifestaciones] que al menos merecía por su confianza». Se esperaba con tanta firmeza, al menos oficialmente, que el éxito fuera total, que se invitó a Willermoz a observar con el mayor cuidado si «alguna de las figuras» [caracteres o jeroglíficos de patriarcas, profetas o apóstoles], o «cualquier otra», le fuera «devuelta» y se la enviara al Maestro, quien le daría el uso que considerara oportuno para el beneficio y la instrucción del operador (III, 110-114).

Sin embargo, Willermoz aún no estaba satisfecho. El 5 de febrero volvió a plantear cuatro preguntas relativas al lugar de las postraciones, al modo de consagración de los cuatro ángulos, a la posición de las velas y al ángulo desde el que debían contemplarse los Pasos. Además, rogaba a Pasqually que aplazara al 9 de marzo el comienzo de los trabajos, fijado para el día 5, debido a los «inconvenientes del carnaval», ya que no podía «prestarse a las celebraciones habituales en las familias sin perjudicar su preparación». Pasqually respondió a las preguntas relativas al ritual, pero se negó a retrasar el inicio de los trabajos, alegando que, habiéndose dado todas las órdenes y tomadas todas las disposiciones para el día 5, no podía modificarlas sin causar

---

este cuadro estaba tomado simplemente del del Gran Arquitecto comunicado el año anterior.

un trastorno considerable y sin exponer a los Réau-Croix lejanos, a los que no se podría avisar a tiempo, a perder la fecha fijada para las operaciones que debían realizarse de forma concertada.

En cuanto a los escrúpulos expresados por Willermoz, el Maestro pensó disiparlos revelándole que el trabajo prescrito para ese año, «al no ser aún de primera fuerza»[125], no exigía una preparación muy rigurosa. Por lo tanto, le aconsejaba que se entregara con toda tranquilidad de conciencia a los placeres familiares del carnaval, ya que «eso sería mejor para salvar la singularidad». Además, si los entretenimientos mundanos de los días de carnaval eran susceptibles de perturbar su recogimiento, Willermoz siempre tendría el recurso de «fingir alguna indisposición para dar color a su retiro o a su ayuno» y, al tiempo que le exhortaba a «observar exactamente lo que se le había enseñado», se remitía «a su prudencia para conciliar sus deberes con las complacencias mundanas de las que no podía prescindir en absoluto» (III, 114-115).Todos los esfuerzos del desafortunado Willermoz fueron en vano; una vez más, no obtuvo «recompensa alguna por sus trabajos» y Pasqually tuvo que enviarle el 24 de marzo palabras de consuelo y ánimo tras el fracaso de sus experimentos» (II,109). Saint-Martin y de Serre, que habían tenido más suerte[126] (VII, 157), o que el Espíritu había designado a elección de Pasqually,

125 Si esta afirmación no es una simple derrota destinada a calmar las angustias de Willermoz, podría confirmar la tesis de Matter, expuesta anteriormente, según la cual el objetivo último de las Operaciones era obtener una manifestación de Cristo o Reconciliador.

126 El hecho está demostrado en Saint-Martin. Más tarde mostró al barón de Gleichen «figuras jeroglíficas, escritas con trazos de fuego, que le aparecían mientras trabajaba».

fueron ordenados Réau-Croix el 17 de abril por el Maestro (II, 575). Esta recepción fue el último acto notable del Gran Soberano. El 30 de abril dictó a Saint-Martin una carta en la que anunciaba a Willermoz su próxima partida para Santo Domingo, donde tenía, según decía, dos «cuñados poderosamente ricos», de los que esperaba «considerable ayuda»; también quería «retirar de las manos de un hombre que se la retenía injustamente una donación de un gran bien que le habían hecho en ese país». Contaba con no estar ausente más de un año y «poder, a su regreso, dedicarse por completo a la Causa para su propia satisfacción y la de sus Émulos, después de haber puesto definitivamente un orden sólido en sus asuntos temporales y asegurado el destino de todos los suyos» (II, 58). Una posdata, que Pasqually había escrito él mismo, probablemente para añadirlo sin que lo supiera su secretario, trataba de tranquilizar a Willermoz sobre el pago del famoso vestido de seda, que podía parecerle comprometido por la partida de su deudor a un país tan lejano: «No se preocupe por las doscientas cuarenta libras que le debo por el vestido que tuvo la amabilidad de enviar a Madame; será el primero en recibir el pago a mi regreso, mi carta le servirá de fianza o garantía. De Pasqually de la Tour» (II, 59). El 5 de mayo de 1772, Pasqually embarcó en Burdeos con destino a Puerto Príncipe, de donde ya no volvería (II, 63).

CAPÍTULO VIII
La agonía y la muerte de la Orden

La partida del Gran Soberano supuso la sentencia de muerte de la Orden de los Elegidos Cohens. Su presencia era indispensable para mantener viva su obra. En vano se esforzó por mantener a sus discípulos en vilo mediante cartas y nuevas instrucciones. Privado de su alma, el cuerpo cayó en un letargo mortal.

Pasqually no había dejado ningún lugarteniente capaz de sustituirlo. Había destituido de sus funciones de Sustituto Universal a Bacon de la Chevalerie, que le había dado graves motivos de descontento, y lo había sustituido, unas semanas antes de su partida, por el Muy Poderoso Maestro de Serre[127] (IV, p. XXXVII), que no parece haber ejercido su proconsulado con mucha energía y autoridad.

Sin embargo, el Maestro se obstinaba en mantener el contacto con sus discípulos y en redactar nuevos cuadernos. Desde Santo Domingo enviaba a De Serre un legajo de papeles que contenía todas las instrucciones de los diferentes grados de la Logia, desde el grado del Atrio hasta la de Réau-Croix, los diferentes cuadros [esquemas] de Operaciones y las Invocaciones correspondientes a dichos

127 La fecha de este nombramiento no se indica en la *Nouvelle Notice Historique*, pero lógicamente no pudo tener lugar antes de la ordenación de Serre como Réau-Croix, es decir, antes de abril de 1772

cuadros, el repertorio general de nombres y números junto con los caracteres y jeroglíficos. El 12 de octubre de 1773, escribió a Willermoz una larga carta en la que afirmaba que la Orden prosperaba en Santo Domingo y contaba con «grandes sujetos» entre los miembros del Tribunal Supremo que Caignet había establecido para la colonia en Puerto Príncipe. Pasqually proclamaba que, aunque sus asuntos temporales le habían obligado a cruzar el mar, «nunca había perdido de vista la Causa» y se felicitaba de que el Eterno, «que conocía sus intenciones en lo temporal y en lo espiritual, protegía su persona y la conservaba en perfecto estado de salud». Esperaba haber terminado a finales de 1774 con su asunto sucesorio, aunque avanzaba muy lentamente «a pesar de la fuerza de las grandes protecciones», y volver entonces a Francia, «para vivir entre sus hijos espirituales y compensarles con creces por el tiempo perdido». Mientras tanto, y basándose en el informe que le había hecho el Sustituto Universal «sobre la exactitud de Willermoz en el cumplimiento escrupuloso de todos sus deberes en la Causa y hacia quienes le seguían», había decidido «no dejarle nada que desear para que pudiera alcanzar por sí mismo el objetivo que deseaba de la Causa que había abrazado». También anunciaba que había ordenado a De Serre que enviara lo antes posible a Lyon todas las instrucciones recibidas de Santo Domingo, para que Willermoz pudiera tomar conocimiento de ellas y comunicarlas a los fieles de su Gran Templo que considerara más dignos. Pasqually señalaba que «el repertorio general interpretaba el fruto obtenido de la Operación» y que, por lo tanto, «con todas estas piezas, los Réau-Croix podían interpretar sin su ayuda el fruto de sus trabajos»[128]. Por último, prometía enviar a

128 ste «repertorio general» probablemente contenía dibujos que

Willermoz una instrucción que acababa de redactar para la recepción de una dama de Santo Domingo y que también podría servir para la iniciación de Mme. Willermoz, «de quien se le había elogiado el deseo de alcanzar el objetivo de la Cosa».

Pero, si bien Pasqually hacía concesiones a los deseos de sus discípulos renunciando a una de sus principales prerrogativas y ocupándose por fin de la iniciación de las mujeres, no dejaba de mantener el tono del jefe que felicita, anima o castiga, y solo confía la llave del santuario al elegido de su elección. Hacía besar al hermano Orcel, «del que le aseguraban que sería una gran baza para la Cosa, lo que le halagaba de antemano por el éxito que podría tener en Lyon», pero ordenaba «suspender hasta nueva orden el reconocimiento del Muy Poderoso Maestro de Cressac, último Réau-Croix [recibido], por razones conocidas del Tribunal Soberano de Santo Domingo», y advertía a los Elegidos Cohens de Francia que, «por razones poderosas que él conoce», tenía la intención de dejar en depósito «todos sus originales» en manos de Caignet, con quien Willermoz tendría que ponerse en contacto (II, 59-61; 195-197).

El 3 de agosto de 1774, Pasqually anunciaba la partida del Hermano Timbale, que llevaba a los Réau-Croix franceses, en nombre del Tribunal Supremo de Puerto Príncipe, el nuevo Estatuto General, el catecismo del Comendador de

---

representaban las diferentes formas que podían adoptar las manifestaciones luminosas e indicaba al mismo tiempo a qué clase de espíritus correspondía cada una de estas formas. Provistos de este léxico ocultista, los adeptos a quienes se les comunicara podrían proceder con toda competencia a la interpretación de los Pasos, operación de suma importancia y de la que Pasqually se había reservado hasta entonces el monopolio.

Oriente[129], los estatutos para la admisión de mujeres y los cuadros relativos a la admisión en los tres primeros grados. Estos cuadernos debían ser enviados a Willermoz por Duroy d'Hauterive, que se encontraba entonces en Burdeos. Se preveía el envío de los *Estatutos Secretos* para una fecha posterior. Pasqually ordenó el nombramiento del Muy Poderoso Maestro Caignet de Lester para las funciones de Gran Maestro Réau-Croix con «derecho de costumbre» y con «ausencia y presencia» del Gran Soberano en Santo Domingo. Pasqually recomendaba a Willermoz que leyera atentamente el Estatuto General, certificado y sellado con el gran sello de la Orden, que lo siguiera al pie de la letra y que lo hiciera cumplir «a todos sus discípulos en todo su contenido» después de que todos los Hermanos de su Gran Logia hubieran estampado su firma «en las hojas que quedan del presente Estatuto»[130] (Il, 200-201).

La actividad desplegada por Pasqually no logró superar los obstáculos que la lejanía y la lentitud de las comunicaciones postales (II, 61; 63) oponían a su acción sobre el espíritu de sus discípulos. El dominio que había ejercido hasta su partida se basaba quizás menos en las esperanzas que despertaban sus doctrinas místicas que en una especie de magnetismo personal que ya no actuaba a distancia. En cuanto dejaron de sentir sobre sí la mirada vigilante del

129 La designación de este grado, si no nueva, es al menos inesperada. Hemos visto (L. III, cap. I) que Saint-Martin hacía seguir su firma con este título en 1771, pero que no figura en la lista de grados citados o publicados. Quizás Pasqually retomó una antigua denominación, atribuida originalmente al cuaderno titulado más tarde: *Grands Elus de Zorobabel.*

130 La carta escrita el 12 de octubre de 1773 no llegó a Lyon hasta el 29 de enero siguiente; la del 3 de agosto de 1774 no fue entregada a Willermoz hasta el 5 de noviembre

pastor, las ovejas comenzaron a dispersarse. El relajamiento de la disciplina se manifestó de dos maneras igualmente preocupantes para la vitalidad de la Orden: mediante innovaciones heterodoxas y en tendencias cismáticas.

Willermoz no esperó a que Pasqually, que finalmente se había resignado a componer en ultramar el ritual especial, para iniciar a su hermana. El superior del Gran Templo de Lyon no se había contentado, como creía el Maestro, con dar a la señorita Willermoz «instrucciones relativas a la Cosa, a la espera de que se le pudiera enviar lo necesario para su recepción y la orden para recibirla» (II, 196); sino que la había ordenado con toda autoridad privada y con ceremonias cuyos detalles él mismo había establecido el 16 de agosto de 1773 (II, 120), es decir, un año antes de que el cuaderno redactado a tal efecto por Pasqually saliera de Puerto Príncipe en el equipaje del hermano Timbale.

Al mismo tiempo, en otoño de 1773, el hermano Duroy d'Hauterive, recientemente ordenado Réau-Croix «por correspondencia», fingía considerar el ceremonial de los distintos grados como algo muy accesorio y, muy probablemente, trataba de hacer partícipes de su opinión a algunos miembros de la Orden (II, 196; IV, p. XLI). Informado de esta campaña, Pasqually se apresuró a levantar una protesta indignada contra el desdén que mostraba el nuevo Réau-Croix hacia el carácter sacramental de los rituales Cohen. «En cuanto a lo que pudo decir el Muy Poderoso Maestro Duroy, le instruyo en lo contrario. No basta con pensar como nosotros (creer en las manifestaciones sobrenaturales) para ser un Francés y Legítimo Mago y un Perfecto Caballero de los Templos Particulares y Generales, porque, entonces, sería Elegido o Gran Arquitecto quien quisiera, si tuviera en sus manos las instrucciones o explicaciones se-

cretas de estos grados. Instruidme sobre su forma de actuar con nuestros miembros y os exhorto a velar por que todos nuestros postulantes hayan recibido bien sus instrucciones en lo simbólico o que las reciban como Émulos, según lo que he ordenado a mi Tribunal Soberano de París. Por lo demás, haced la iniciación [conferidla] según mis propias instrucciones (y no según los principios de Duroy) y con el ceremonial que tendréis del poderoso Maestro Sustituto (de Serre).

De lo contrario, haréis miembros sin ninguno de los poderes de su grado y que no serán de ninguna utilidad para la Orden, aunque se les promueva después de tales profanaciones, y así no solo habréis perjudicado a la Orden, sino más gravemente a los sujetos deseosos de instruirse y progresar en el bien»[131].

Mientras que las libertades que se tomaban Willermoz y d'Hauterive con el ritual y la campaña llevada a cabo por este último contra el ceremonial atacaban las doctrinas teúrgicas en las que se inspiraba el «culto divino» practicado por los Elegidos Cohens, otras acciones amenazaban la independencia del sistema masónico autónomo que la Orden pretendía constituir. Al decidir que sus discípulos serían a la vez émulos y masones, Pasqually había considerado simplemente las ventajas que presentaba este doble carácter desde el punto de vista del reclutamiento; pero la moneda tenía su reverso, como pronto se vio obligado a constatar. Algunos adeptos, más ambiciosos que místicos, se vieron tentados a sacrificar lo espiritual por lo temporal

131 Citado por IV, p. XXXIX-XL según los Antiguos Archivos Villaréal, D. IX. Este hermano de Gaicheux parece haber sido, a juzgar por las recomendaciones que le hace Pasqually, el superior del Templo de Versalles.

y se preocuparon menos de entrar en comunicación con el más allá que de desempeñar un papel destacado en el mundo masónico, involucrando a su Orden en las luchas que libraban los diversos Regímenes para alcanzar la hegemonía.

Ya en 1770, Bacon de la Chevalerie se había comprometido en este peligroso camino. Había entrado en contacto con emisarios del Rito Alemán de la Estricta Observancia y, considerando que la Orden, de la que era el representante más cualificado en París como Sustituto Universal del Gran Soberano, encontraría en esta asociación, que comenzaba a reclutar miembros en las logias francesas, una ayuda preciosa que le permitiría competir con los demás sistemas masónicos, pensó en concluir por su cuenta un tratado de alianza entre los dos regímenes y poner así a Pasqually ante hechos consumados. El Maestro se enteró de las intenciones de su lugarteniente parisino y lo desautorizó a tiempo en una carta dirigida el 11 de julio al Tribunal Supremo; daba a entender que tenía conocimiento de ciertas faltas y declaraba contentarse por esta vez con lamentar a quienes faltaban así a los deberes de su cargo, pero, aunque procedía por alusiones, se expresaba en términos bastante claros para que el interesado lo entendiera; «es de los Réau-Croix que tratan de ocultarse ante el Maestro y de servirle en apariencia, no por ello deja de tener conocimiento de las prevaricaciones que se cometen; es necesario que ellos [los Réau-Croix] se decidan de buena fe a servir a un solo y legítimo Maestro, su condición de Réau-Croix no puede admitir ninguna división» (IV, p. XXXIX-XL). Bacon se lo había creído al principio, pero dos años más tarde se convenció de nuevas intrigas y Pasqually, para ponerles fin, decidió, en el momento en que se disponía a abandonar Francia, destituirlo y sustituirlo por de Serre.

Su ausencia dejaba el campo libre a las «intrigas fusionistas». Los Elegidos Cohens de Lyon retomaron las negociaciones iniciadas por Bacon y las llevaron a buen término. En 1773, bajo la presidencia de Willermoz, constituyeron un Gran Capítulo Provincial dependiente de la Estricta Observancia. Al año siguiente, este Gran Capítulo se transformó en el Directorio de la Provincia Templaria de Auvernia[132], que fue instalado oficialmente por un delegado del Rito Alemán, el barón de Weiler, y este Directorio, cuyo jefe era Willermoz con el título de *Cancellarius Provincialis*, prestó en marzo de 1774 acto de obediencia a la autoridad del duque Fernando de Brunswick, «*Magnus Superior Ordinis Strictae Observantiae*». El 2 de agosto, los Elegidos Cohens de Lyon confirmaron su cisma constituyendo, bajo el nombre de Caballeros Benefactores de la Ciudad Santa[133], una rama francesa de la masonería templaria alemana.

Willermoz se abstuvo de responder a las cartas del Gran Soberano (IV, p. LVI), pero un documento masónico que llegó a Puerto Príncipe reveló en parte a Pasqually la trai-

132 La Estricta Observancia, que pretendía resucitar, al menos simbólicamente, la Orden del Temple, se había fijado como tarea restaurar las antiguas provincias de esta orden religiosa y militar con sus divisiones administrativas: diócesis, bailías y prefecturas, sometidas a la autoridad de un Directorio Provincial. Las provincias eran: I, Aragón; II, Auvernia; III, Occitania (Languedoc); IV, Lyon; V, Borgoña (incluidas Lorena y Alsacia); VI, Gran Bretaña; VII, Baja Alemania (incluidas Polonia, Livonia y Curlandia); VIII, Alta Alemania (incluidas Italia y Sicilia); IX, Grecia y el Archipiélago. Las provincias I, VI y IX nunca fueron «pobladas». Las provincias II y IV se habían reunido en beneficio de los Hermanos de Lyon.

133 Fecha que figura en los diplomas expedidos a los Caballeros Benéficos de Lyon y citados en el catálogo de la librería Chacornac, octubre de 1921.

ción de sus antiguos Émulos. A principios de 1774, el sustituto universal Caignet, que, desde el punto de vista masónico, era Venerable de una Logia de Santo Domingo, recibió una circular de la Gran Logia Nacional de Francia, o Gran Oriente[134], en la que se solicitaban contribuciones voluntarias de los masones con el fin de construir un templo donde pudiera instalarse solemnemente el Serenísimo Gran Maestre, Felipe duque de Chartres[135]. Entre los firmantes figuraban Willermoz, Bacon, Gran Orador de la Gran Logia Nacional, el abad Rozier, presidente de la Cámara de las Provincias, como diputados de Lyon, Estrasburgo y Burdeos[136]. Si Pasqually aún no sabía nada de la connivencia de sus antiguos discípulos con los templarios alemanes, le inquietaba el papel destacado que desempeñaban en el nuevo organismo central de la masonería francesa. El 24 de abril escribió a Willermoz para expresarle su asombro por

134 La nueva Gran Logia de Francia, que se denominó Gran Oriente a partir del 26 de junio de 1773, se constituyó en 1771, tras introducir modificaciones bastante importantes en los estatutos generales de la masonería francesa; en particular, suprimió la inamovilidad de los Venerables parisinos, que pasaron a ser elegidos por los miembros de su logia, como ocurría desde hacía mucho tiempo con sus colegas de las logias provinciales, y concedió a estas últimas una representación regular en el organismo central. Eligió Gran Maestre vitalicio al duque de Chartres, el futuro Felipe I, reconocido también por la antigua Gran Logia de Francia. La lucha entre las dos autoridades rivales duró hasta la Revolución; se reanudó con la reapertura de las logias en 1796 y terminó en 1799 con la fusión de las dos Grandes Logias.

135 Esta circular databa de varios meses, ya que el duque de Chartres había sido instalado el 28 de octubre de 1773.

136 Es decir, como representantes de las provincias francesas de IIª, Vª y IIIª Provincias Templarias francesas, cuyos Directorios tenían su sede en Lyon, Estrasburgo y Burdeos, respectivamente.

la consternación que había causado esta circular «al Gran Soberano, al Sustituto Universal y a todos los miembros del Gran Tribunal Soberano de su Gran Oriente». Afectado, atribuyó a esta «mendicidad» en beneficio de «personas de tan alta consideración, cuya situación personal anuncia una riqueza y una opulencia infinitas», los motivos más viles: «algún tipo de juego sucio» y «un golpe de dinero que se quiere dar». Sospechaba que Bacon «estaba al frente de este nuevo establecimiento» y que el abad Rozier desempeñaba en la empresa un papel mucho más activo que el que confesaba. «La Orden, añadía Pasqually, entre nosotros no retiene a nadie de sus súbditos por la fuerza; al contrario, los deja como los ha recibido; siempre conservan su libertad». Y, para poner a Willermoz entre la espada y la pared, le rogaba que le explicara cómo era posible que su nombre figurara al pie de un circular al que los Elegidos Cohens de Santo Domingo se negaban a prestar la más mínima atención (II, 198-199).

La carta de Pasqually delataba cierto desánimo; haciendo una tregua por una vez en su optimismo de rigor, confesaba que la mayoría de las logias de Santo Domingo habían «caído por completo» y que, en la de Puerto Príncipe, solo quedaban «unos pocos sujetos que los estatutos generales y secretos excluyen a perpetuidad de la Cosa, marcados sobre todo con la letra B de nacimiento (por tener alguna deformidad física o moral congénita) y, entre otros, los bastardos y los mestizos» (II, 199). Pasqually sintió que el mal era irremediable cuando fue informado con exactitud por De Serre.

El 23 de julio escribía al hermano Mallet, de Versalles: «Ahora sé lo suficiente como para que la fiebre que me invade me deje poco descanso, enfermo como estoy por la

incertidumbre (por la poca confianza que se puede tener) en su espíritu y por el hecho de que no ven lo que hacen». Tampoco se hacía ilusiones sobre el valor del compromiso que contraerían los Émulos apostatas al estampar, como él les pedía, sus firmas al final de los *Estatutos Generales* llevados por el hermano Timbale, pero parece que sintió una amarga satisfacción al obligar a esos desertores a perjurarse: «No les comprometerá mucho —decía—, pero quiero que lo firmen todos» (IV, p. LVI).

Esta carta, fechada el 3 de agosto de 1774, no llegó a su destinatario, junto con el paquete que la acompañaba, hasta el 5 de noviembre, es decir, seis semanas después de la muerte de Pasqually. Se encontraba en muy mal estado cuando escribió estas últimas líneas: «Me encuentro, decía en una posdata, con fiebre en el momento de escribirles esta carta de aviso, provocada por dos clavos grandes, uno en el brazo izquierdo y otro en la pierna derecha. No escribo a nadie, ya que me es absolutamente imposible» (II, 62).

Murió el martes 20 de septiembre en Puerto Príncipe, tras nombrar al Muy Poderoso Maestro Caignet de Lestère como su sucesor[137].

* * *

Tras la muerte de Pasqually, la Orden entró en agonía. Si el 30 de julio de 1775, el Sustituto Universal de Serre, a petición del Maestro Corby, invitó a Saint-Martin a acudir

137 Nota de Willermoz, II, 63. Uno de los hijos de Pasqually, Jean-Anselme, fue educado en 1779 en el colegio de Lescar, cerca de Pau. Su viuda se volvió a casar ese mismo año con un señor de Olabarat (Nota de Willermoz, II, 64).

a Meaux para constituir allí un Templo Cohen[138] (III. 135), los Hermanos del Templo de La Rochelle abandonaron la Orden al año siguiente para volver a su antigua obediencia, es decir, bajo la autoridad de la Gran Logia de París, y su ejemplo fue pronto seguido por los Émulos de Libourne y Marsella (IV, p. LXVI). La logia más antigua del sistema, la Francesa Elegida Escocesa de Burdeos, olvidando la repugnancia que su fundador siempre había mostrado por la iniciación de las mujeres, se anexionó en 1775 una logia de adopción que, mezclando los entretenimientos mundanos con la política, el 5 de marzo organizó una gran fiesta seguida de un baile para celebrar el regreso de los miembros del Parlamento de Guyana, restablecidos en sus escaños tras la desgracia del canciller Maupeou; en 1776, el duque de Chartres, durante su gira triunfal por las logias del Midi, colocó, en presencia de 136 masones, la primera piedra de su nuevo local, favor que debía a los antiguos Elegidos Cohens, convertidos en jefes de los Directorios Templarios (V, 409).

En 1777, el ceremonial y las fórmulas teúrgicas enseñadas por Pasqually solo se utilizaban en algunos Templos Cohens al norte del Loira que permanecían bajo la administración del Tribunal Soberano de París y bajo la dirección de Caignet de Lestère (IV, p. LXV-LXVI).

Es cierto que no se habían roto todas las relaciones entre los antiguos grupos. En marzo de 1777 o 1778, los Hermanos de Burdeos enviaron a los de París nuevos documentos que probablemente les habían sido traídos por un barco procedente de Santo Domingo: Tres planos relativos

138 Quizás este establecimiento sea el origen del error cometido por Thory (X, tomo I, 93), quien cree que el Régimen de los Elegidos Cohens no se organizó en algunas logias hasta 1775.

a la instrucción contenida en los estatutos secretos, uno relativo a Moisés, otro a Josué y otro a Zorobabel», y decían que estaban copiando un cuarto. Saint-Martin copió los tres planos para Willermoz, mientras que d'Hauterive hizo lo mismo para Grainville (III, 148). El 24 de agosto de 1778, los Hermanos de París recibieron otro paquete que contenía «una instrucción en forma de estatutos sobre el ceremonial de los trabajos y sobre la preparación, invocaciones, conjuros sobre los nombres de los planetas y los días correspondientes, etc.», que d'Hauterive copió para Willermoz y Saint-Martin para Grainville (III, 153).

Pero parece que este legado de su difunto maestro solo tenía para ellos un interés retrospectivo y sentimental, como esas viejas cartas de amor que se descubren en el fondo de un cajón y que evocan el recuerdo de años pasados y entusiasmos apagados. Saint-Martin, que ya había hablado con bastante ligereza de los tres planos, que le «parecían bonitos, si basta para serlo la abundancia en adornos», decía del último envío, en el que reconocía «el estilo habitual de nuestro difunto maestro»: «No quiero disminuir su placer, si ha depositado muchas esperanzas en esta obra, pero tampoco quiero abusar demasiado de sus expectativas; contiene muchas cosas que ya conocíamos y pocas que ignorábamos». Todo lo que encontraba realmente nuevo eran «transposiciones de números en los artículos y algunas «repeticiones»; además, suponía que Caignet había dejado intencionadamente lagunas, quizá para completarlas en otro envío.

Concluía con el tono cortés, pero un poco frío, de un aficionado que recibe para su colección un objeto sin gran valor: «No hay que negar que es una excelente adquisición, sobre todo si algún día conseguimos lo que falta» (VI, 153).

La indiferencia que denotaban estas líneas dirigidas a Willermoz era indicio del cambio que se había producido en la disposición de Saint-Martin. El antiguo secretario íntimo de Pasqually se había alejado quizá más de la escuela de su primer maestro que el superior del Gran Templo de Lyon. Willermoz, jefe de un partido cismático desde el punto de vista masónico, seguía practicando las operaciones enseñadas por Pasqually y seguía esperando un éxito que, sin embargo, le era negado implacablemente por la Cosa. Saint-Martin, que se había mantenido al margen de la escisión, se disponía a reanudar la campaña iniciada cuatro años antes por d'Hauterive y a socavar silenciosamente las doctrinas que constituían el vínculo más sólido entre los miembros que permanecían fieles a la Orden de los Elegidos Cohens.

Tras abandonar repentinamente el servicio a la edad de veintiocho años, a pesar de las exhortaciones de sus padres, sus amigos y su protector, el duque de Richelieu, y tras enemistarse con su padre para «dedicarse a las obras de su ciencia mística y a la pobreza» (VII, 155), Saint-Martin fue, de 1771 a 1774, un discípulo entusiasta y sumiso de Pasqually. La huella que le dejaron sus lecciones fue tan profunda que dejó en su imaginación y en sus obras huellas indelebles, pero el dominio exclusivo que la enseñanza de Pasqually había ejercido sobre su mente se fue debilitando desde que, la ausencia del instructor y los avances de la madurez ayudaron a que el discípulo tomara conciencia más claramente de sus concepciones personales sobre la naturaleza de las relaciones que el hombre puede tener con la divinidad. A medida que Saint-Martin se liberaba de la influencia, al principio absoluta, de su iniciador, se alejaba cada vez más de la teúrgia o, por emplear sus propias expre-

siones, de la «vía exterior», para seguir preferentemente la «vía interna», es decir, para buscar entrar en comunicación directa con lo que él llamaba «el Centro», es decir, Dios mismo, «centro profundo que no produce ninguna forma física» (Carta de Saint-Martin a Kirchberger, 24 de abril de 1793). Ahora situaba por encima de los fenómenos sobrenaturales que afectaban al oído o a la vista lo que más tarde definió como «movimientos internos deliciosos» e «inteligencias muy dulces» y que constituye, para los místicos intuitivos, «la experiencia íntima». Ahora sentía que «sus inteligencias estaban un poco alejadas» de sus hermanos, a quienes reprochaba estar «iniciados por las formas», es decir, por ritos teúrgicos, mientras que el recogimiento, la oración y la meditación se habían convertido para él en los verdaderos medios para llegar al Centro mediante la iluminación solitaria e individual.

Sin embargo, el cambio que se produjo en las concepciones místicas de Saint-Martin no tomó la forma de una conversión radical, ni siquiera de una evolución definitiva. Se manifestó más bien como una oscilación perpetua de su espíritu entre dos polos opuestos: la necesidad de pruebas materiales, por un lado, y el desdén y el temor a los fenómenos sensibles de origen sobrenatural, por otro. La primera tendencia, común a todos los místicos del siglo XVIII, se satisfacía con los Pases; la segunda, que solo concedía valor a las relaciones espirituales del hombre con Dios, rechazaba la magia practicada por los Elegidos Cohens. Saint-Martin nunca pudo tomar partido definitivamente entre estos dos principios antagónicos. Nunca renegó formalmente de las doctrinas que le habían abierto el camino del misticismo, ni puso en duda la realidad y el valor de los resultados obtenidos por las Operaciones, ni el carácter permanente

del «sello» que había recibido por la ordenación de Réau-Croix.

Su correspondencia con Willermoz demuestra que, entre 1773 y 1778, nunca abandonó por completo las prácticas teúrgicas. Cuando, en agosto de 1773, está a punto de partir hacia Lyon, donde tiene intención de establecerse definitivamente, escribe a Willermoz: «Me encantaría poder reunirme con usted antes del próximo equinoccio, para unir mis trabajos a los suyos y poder apoyarnos mutuamente» (III, 120-121). Al anunciar su llegada para el 10 de septiembre, señala: «así tendremos tiempo para prepararnos para el trabajo» (III, 122), es decir, para observar la cuarentena preparatoria para el Trabajo de Equinoccio.

De 1774 a 1776 se dedica en Lyon, en compañía de d'Hauterive, a una serie de experimentos, casi ininterrumpidos durante esos tres años, cuyos informes, que el Sr. Matter ha tenido ante sus ojos, revelan, según este testigo particularmente competente, la búsqueda de «los más elevados descubrimientos pneumatológicos» (VIII, 61, 63, 85). Los éxitos obtenidos por su socio lo llenan de admiración. El 30 de julio de 1775 escribe desde París a Willermoz: «No me sorprende, muy querido maestro, que encuentre en d'Hauterive todo lo que esperaba; yo solo soy a su lado como la sombra de un cuadro para resaltar mejor la luz; es, sin duda, el tema más importante de la Orden y en el que más se puede ganar. Sé por mí mismo cuánto me sería útil y cuánto me castiga mi escapada a París, ya que me he privado de una ocasión favorable para ser alentado por el ejemplo de un hombre al que amo e iluminado por sus instrucciones» (III, 133-134). Si pone dificultades para inaugurar un Templo Cohen en Meaux es porque considera que «esta función estaría mucho mejor en manos de

d'Hauterive» (III, 135). Durante la misma estancia, se queja de no poder dedicarse a las invocaciones rituales y secretas prescritas, ya que su habitación de París estaba «orientada de tal manera que no podía hacer nada, ya que estaba a la vista de todos» (III, 134). Al año siguiente, cuando se enteró por boca del abad Fournie de los detalles de las manifestaciones de que este había sido favorecido, se sintió transportado por el entusiasmo. «Nuestro abad, escribe, es un elegido por su inteligencia[139]. En cuanto a los favores físicos, no sé si nuestro difunto Maestro los recibió jamás en tan gran número y de forma tan directa. Lo considero en un punto de elevación tal que todos los Réau-Croix de Francia, y tal vez el Soberano a la cabeza de ellos, no alcanzarían» (III, 143). Sin embargo, considera que los dones excepcionales del abad podrían desarrollarse aún más con una iniciación más completa en las Operaciones de la Orden; por eso escribió a Caignet para señalarle que era «un sujeto más digno que ningún otro de ser admitido en el trabajo», porque su vocación mística estaba demostrada por «una multitud de atracciones y hechos físicos», percibidos fuera de «su cuarentena» y obtenidos, no por un trabajo previo, sino por simples oraciones y el ardiente deseo de sacar de sí mismo algunas manchas»; por eso Saint-Martin ruega al sucesor de Pasqually que haga por el abad «todo lo que considere conveniente y todo lo que pueda» (III, 144).

El 23 de marzo de 1777, llama a los estatutos de la Orden «nuestros estatutos» y alaba su sabiduría; cuenta a su

139 Palabra tomada aquí en sentido místico, ya que Saint-Martin reconoce por otra parte que las facultades intelectuales del abad estaban muy poco desarrolladas, hasta el punto de que «en sus cartas, tres cuartas partes de las veces no se sabe lo que quiere decir» (III, 143).

corresponsal que ha pedido «en su último trabajo pruebas para Madame de la Croix», es decir, una señal que indicara que la candidatura de la marquesa, que solicitaba su admisión en la Orden, había sido aceptada por la Cosa. Al no obtenerla, declara: «Estoy decidido a no hacer nada por ella que la Cosa no haya dicho afirmativamente, ya sea a mí o a aquellos de mis Hermanos que tienen más poder que yo» (III, 147). Al año siguiente, estando en París en julio, promete a Willermoz «asistirle sin falta los días 6, 7 y 8» durante el Trabajo de Tres Días al que su amigo se va a entregar en Lyon (III, 151). En 1790, invocaba aún el parentesco místico que le unía todavía a los antiguos miembros de la Orden y declaraba que, si daba su dimisión como masón, no dejaría de estar «ligado a sus hermanos como Cohen y por la iniciación» (III, 207-208).

Pero si la búsqueda obstinada de lo sobrenatural, indisolublemente asociada en la mente de Saint-Martin a los recuerdos de su primera escuela, nunca dejó de obsesionar la imaginación del teósofo, los «movimientos deliciosos» y las «dulces inteligencias», efecto de la experiencia íntima y recompensa de la meditación ferviente, no reclamaban su parte, y con tanta más insistencia cuanto que Saint-Martin, al constatar que tenía menos potencial que d'Hauterive y Fourilié, inferioridad que atribuía a su «poca astralidad», se sentía, sin confesárselo quizá, un poco humillado en su amor propio de vidente. Para conciliar las dos tendencias contrarias que dividían su alma y rehabilitarse a sus propios ojos, llegó a considerar sobre todo los peligros que entrañaba el camino externo para el hombre del deseo, al exponerlo a los ataques de los espíritus perversos y a las artimañas que estos emplean para engañarlo sobre el origen de las manifestaciones de las que puede ser testigo, el juicio

sobre la naturaleza de los Pases percibidos por el operante, que se basa esencialmente en la exactitud de una interpretación siempre necesaria. Ahora bien, las reglas de esta interpretación le parecían a Saint-Martin menos seguras que las indicaciones infalibles dadas directamente a la conciencia por la vía interna[140].

La redacción y posterior publicación en 1775 de su primera obra, el tratado *Des Erreurs et de la Vérité*, hizo que Saint-Martin tomara conciencia de su valor como teósofo y le dio la seguridad y la confianza en sí mismo necesarias para desempeñar a su vez el papel de Maestro; entonces acarició el proyecto de reclutar, tanto entre los miembros de la Orden como fuera de la asociación, una clase superior de místicos intuitivos que no vieran en la teúrgia practicada por los Elegidos Cohens más que un modo inferior de comunicación con Dios, o una especie de noviciado que preparaba para la verdadera vida mística. Esta fue la misión a la que dedicó, de 1776 a 1778, lo mejor de sus fuerzas.

---

140 Años más tarde, encontraría una explicación a los Pases que los independizaba de toda magia ceremonial y de todo aparato teúrgico, atribuyéndolos a la acción de lo que él llamaba el «Verbo íntimo», es decir, un Mediador enviado al hombre del deseo por la Causa Primera. «Este Verbo íntimo —escribía a Kirchberger el 24 de abril de 1793— influye, acciona todas las potencias segundas, terceras, cuartas, etc., y les hace producir sus formas según los planes que tiene para nosotros; he aquí la única fuente de las manifestaciones. Pero este intermediario divino tampoco merece una confianza absoluta, sobre todo si llega a tomar la palabra: «Si el poder maligno puede imitarlo todo, el poder intermediario bueno habla a menudo como el poder supremo mismo. Esto es lo que se vio en el Sinaí, donde los simples Elohim hablaron al pueblo como si fueran el único Dios, el Dios celoso». (Correspondencia inédita, edición Schauer y Chuquet, p. 118).

En junio de 1776, se trasladó a Burdeos, donde fue huésped de la viuda de Pasqually, «rue Saintonge, cerca de la puerta Sainte-Eulalie» (III, 138). La tarea que se había impuesto le asustaba tanto como le atraía. El 9 de junio escribe a Willermoz que solo se propone pasar dos o tres semanas en Burdeos: «Creo, dice, que ese tiempo será suficiente para lo que puedo hacer, pues, en verdad, voy menos por confianza en mi crédito que por escrúpulos inseparables de la caridad». En otras palabras, el afecto que siente por sus hermanos de la Orden le obliga a intentar convertirlos a la verdadera doctrina mística, por difícil que sea la empresa, por lo que dirige esta urgente petición: «Por encima de todo, que ellos (los Hermanos de Lyon) me secunden con sus oraciones en la inmensa tarea que emprendo y en la que toda ayuda posible será bienvenida» (III, 137-138). Siempre fiel a las fórmulas de su escuela, ruega al Eterno que vele por Willermoz «por los siglos de los siglos». Un mes después, le decía: «Me encomiendo a su recuerdo y a sus oraciones por la nueva carrera que voy a emprender; pido también la ayuda de todos los suyos para mí, nunca es suficiente para sostenerse en empresas semejantes. — A.A.A.A.» (Las mayúsculas finales aparecen cuatro veces Amen; III, 145).

En ese momento se asoció con la vidente y exorcista Mme de la Croix, «que había llegado muy lejos, aunque sola» (sin haber pasado por la escuela de Pasqually), y con d'Hauterive, «aún en su primer ardor» (siempre tan partidario de las simplificaciones litúrgicas que había preconizado en 1773) para llevar a cabo su campaña. Los tres conspiradores acosan a los mismos «sujetos» y, si bien Saint-Martin reconoce que d'Hauterive y Mme de la Croix han rechazado, por haberlo «presionado» demasiado, a cierto general que Wi-

llermoz quería «adquirir», es por «cordial invitación» del mismo d'Hauterive que se dirigió a Toulouse para reunirse con el hermano Percin, a quien recomendó que no dijera ni una palabra de su llegada al hermano Marié y a «varios aspirantes de los que le había hablado, antes de que se reunieran» (III, 141).

En 1777, durante una estancia en Versalles, hizo propaganda entre los Elegidos Cohens de esa ciudad, donde la Orden contaba con sus discípulos más fieles (IV, p. XCVI).

En 1778, fue en Eu donde declaró a los Elegidos Cohens de Normandía que todas las ciencias enseñadas por Pasqually estaban llenas de incertidumbre y peligros porque conducían a operaciones que exigían disposiciones espirituales que los Émulos no siempre poseían, de modo que «lo que tenían los Elegidos Cohens era demasiado complicado y solo podía ser inútil y peligroso, ya que solo lo simple es seguro e indispensable» (IV, p. LXXXVIII-XCII).

Esta campaña, que el poderoso maestro Salzac, del Templo de Versalles, denunció con indignación el 3 de febrero de 1779 al jefe de la Orden, no parece haber tenido mucho éxito. Si Saint-Martin podía señalar con satisfacción que el hermano Frémicourt, del Templo de Eu, «se había retirado de la orden operativa por el poder de una acción benéfica que le había iluminado», fórmula modesta pero muy clara (IV, p. LXXXVIII), con sus sugerencias había suscitado en Versalles los «comentarios poco amables» de los hermanos Salzac y Mallet. Algunos otros Elegidos Cohens, que, instigados por él, habían renunciado a sus trabajos, no habían obtenido ningún resultado por la vía interna; cuando, desesperados, reanudaron sus operaciones teúrgicas, ya no obtuvieron «ninguno de los frutos que antes les alegraban»;

concluyeron de este fracaso que «su conducta había irritado a sus Mayores» y rompieron los lazos que antes los unían a los Espíritus. Ahora se arrepentían de la confianza depositada con demasiada ligereza en «un Hermano cuya virtud todos alababan, pero cuyas grandes ventajas intelectuales prevalecían demasiado sobre una justa estimación de sus necesidades [de pruebas sensibles] y sobre una equidad natural», y sospechaban que «las seductoras propuestas de este Muy Poderoso Maestro no eran más que una nueva maquinación de su enemigo [el demonio]» (IV, p. XCI, XCV).

Sin embargo, la predicación de un hermano que ostentaba el grado supremo de la Orden, antiguo confidente del Maestro, muy difundida en la sociedad más distinguida, de renombre como autor y dotado de una elocuencia a la vez cálida e insinuante, era de naturaleza tal que sembró la duda y el desánimo en el corazón de los discípulos que seguían fieles a las enseñanzas de Pasqually. La acción disolvente de su propaganda se vio reforzada por los planes de reforma que exponían al mismo tiempo Grainville y Champoléon. Si bien la correspondencia no arroja ninguna luz sobre la economía de los respectivos proyectos de los dos Réau-Croix de mayor rango, al menos nos revela que el primero, que ya en 1772 se confesaba a Saint-Martin «sus aflicciones» (III, 116), es decir, probablemente del escaso éxito de sus trabajos teúrgicos, había hecho, en una fecha indeterminada, un primer intento de reforma que no había encontrado adeptos, pero que en 1778 presentó a la votación de sus Hermanos un nuevo sistema místico cuyos «principios les invitaba a examinar» (III, 151).

El 19 de diciembre de 1778, Caignet de Lestère moría en Santo Domingo, tras transmitir su título y sus poderes

al Muy Poderoso Maestro Sebastián de Las Casas (IV, p. LXXXVI). El tercer Gran Soberano sería el último y solo reinó dos años.

Los éxitos obtenidos en el ámbito masónico por el sistema cismático de los Caballeros Benefactores acabaron por asestar el golpe mortal a la Orden de los Elegidos Cohens. El 13 de abril de 1776, el Directorio de Lyon, asociado a los otros dos Directorios Templarios de Estrasburgo y Burdeos, firmó un tratado de unión con el Gran Oriente y, en agosto de 1777, constituyó una comisión encargada de preparar la reunión en Lyon de un congreso de masones afiliados al Sistema de la Estricta Observancia Francesa. Esta asamblea, tras reunirse del 25 de noviembre al 27 de diciembre de 1778 bajo el significativo nombre de Convento Nacional de las Galias, organizó un rito templario, si no original, al menos claramente distinto del rito procedente del otro lado del Rin, y que se consideraba capaz de tratar de igual a igual con la Estricta Observancia alemana.

La importancia que adquirió el Rito, o Reforma, de Lyon, como se le llamaba comúnmente, colocó a los Elegidos Cohens en una situación muy falsa desde el punto de vista masónico. Todas las relaciones oficiales habían cesado desde 1774 entre los jefes de la Orden y los Hermanos de Lyon, y Las Casas, al tomar posesión de sus funciones, no consideró necesario restablecerlas (IV, p. LXXXVII); sin embargo, la ruptura nunca se había manifestado, por afectación de desdén por parte de la Orden, debido a motivos bastante complejos por parte de Willermoz y sus amigos, en los que el sentimiento, la convicción y el interés desempeñaban igualmente su papel.

Como místicos, los Caballeros Benefactores respetaban la memoria de su primer instructor; estaban orgullosos de haber

sido sus alumnos; habían conservado intacta la fe en el poder otorgado al hombre por la divinidad sobre los espíritus, en la posibilidad de comunicarse con el más allá[141] (III, 145). Por otra parte, el prestigio que les confería a los ojos de los Hermanos pertenecientes a otros Sistemas el conocimiento de las ciencias secretas, que se les atribuía comúnmente y que debían a su iniciación como Cohens, servía de trampolín a su ambición de masones deseosos de destacar en las logias y de andar a la par con los titulares de los grados más altos.

Pero esta confusión, tan favorable a los objetivos de los hermanos lioneses, acabó por parecer intolerable a los verdaderos Elegidos Cohens. Estos eran ante todo ocultistas a quienes las competiciones entre los diversos sistemas les dejaban indiferentes, absortos como estaban en sus experimentos pneumatológicos, pero que, como masones, pretendían constituir una aristocracia y permanecer independientes de regímenes cuyos principios les eran desconocidos o antipáticos, y de una autoridad central surgida de los votos de la plebe masónica. Les dolía ver cómo los confidentes más antiguos e íntimos del Maestro, los Réau-Croix como Willermoz, Saint-Martin, d'Hauterive, Grainville, Champoléon, minaban impunemente su obra mística y masónica sin que el jefe responsable pensara en poner fin a sus maquinaciones con sanciones severas o, al menos, con una reprimenda oficial.

Finalmente, decidieron dirigir una reprimenda al Gran Soberano con el fin de provocar su intervención. El 16 de

141 Willermoz, en particular, demostró el cariño que, incluso después de su cisma, seguía sintiendo por su antiguo maestro, ocupándose de su viuda. Al enterarse de que se encontraba en apuros, en julio de 1776 le envió una letra de cambio por valor de 216 libras, pagadera en Burdeos, y le rogó que cobrara el importe.

agosto de 1780, De Las Casas recibió una petición firmada por los ocho Orientales [Logias] que la Orden aún contaba en el reino y que, sin nombrarlos, apuntaba sobre todo a Saint-Martin y Willermoz. Se rogaba respetuosamente, pero con insistencia, al Gran Soberano que tomara medidas para salvaguardar «la paz y la dignidad» de los Elegidos Cohens que habían permanecido fieles a su Orden, «ya que algunos Hermanos, abusando de la consideración que siempre se les había mostrado, trataban de imponer sus opiniones particulares en los trabajos de los Templos y no temían inmiscuir a otras potencias (masónicas) en los asuntos de la Orden». Los peticionarios insistían particularmente en la necesidad de tomar posición en la política masónica como consecuencia de la falsa posición en la que los colocaban las intrigas de los Hermanos de Lyon (IV, p. CV)).

Para salvar del naufragio la embarcación a la deriva, se necesitaba un piloto experimentado y decidido. Pero Las Casas no tenía ni la energía ni la capacidad de decisión necesarias. Instado por la tripulación, sumida en el caos, a que actuara como capitán, perdió el valor antes incluso de intentar la más mínima maniobra para evitar los escollos que le señalaban. Viajaba por Italia cuando le llegó la súplica de sus súbditos; aprovechó su lejanía para hacer esperar bastante tiempo su respuesta; cuando se decidió a dar señales de vida, fue para anunciar que abandonaba la lucha en todos los frentes. Se negaba a lanzar la anatema contra los hermanos indisciplinados o desertores y, retomando la fórmula ya empleada por Pasqually en 1774, se contentó con declarar que los miembros de la Orden eran libres y señalar que serían suficientemente castigados por su deserción, «ya que solo podían trabajar con sus propios fondos y

por su cuenta y riesgo, sin grandes posibilidades de obtener ninguna verdad que no ocultara alguna trampa atroz». En cuanto a la Orden en sí, renunciaba a mantenerla como régimen masónico y, para que la abdicación fuera completa e irrevocable, ordenaba a sus subordinados que se despojaran de sus archivos, paladín de toda logia y tesoro particularmente preciado para los cenáculos ocultistas. En caso de que los Orientes Cohen quisieran volver a unirse de forma aislada a la masonería, les autorizaba, «si lo consideraban útil para su tranquilidad», a «ponerse en correspondencia», es decir, a afiliarse formalmente a otro régimen, «siempre que estos acuerdos no dieran lugar a nada compuesto», es decir: no provocaran ninguna fusión real que tuviera como condición y efecto la divulgación, en beneficio de masones no iniciados regularmente, de las teorías y prácticas secretas recibidas de Pasqually (IV, p. CVI-CVII).

Un solo punto de las últimas instrucciones del Gran Soberano dispuesto a abdicar, el nombre del Sistema designado para convertirse en fideicomisario de la Orden moribunda, delataba el rencor que había inspirado a los Elegidos Cohens la victoriosa competencia de los Caballeros Benefactores a su asociación. Savalette de Langes, en cuyas manos Las Casas invitaba a sus subordinados a depositar los paquetes sellados que contenían sus documentos, era presidente y conservador de los Archivos del Régimen de los Filaletos, asociación masónica de tendencias ocultistas, surgida en 1773 en la logia parisina Les Amis Réunis, que acababa de llevar a cabo una violenta campaña contra la Reforma de Lyon. Las negociaciones de Willermoz con la Estricta Observancia alemana habían suscitado un vivo movimiento de protesta por parte de numerosos masones franceses que, a pesar de su cosmopolitismo teórico,

sentían hablar en su interior la conciencia nacional, cuyo despertar, muy sensible tras los reveses y humillaciones de la guerra de los Siete Años, se había manifestado, entre otros síntomas, en el éxito de las obras patrióticas de Belloy [«*Siège de Calais*» (1765); «*Gaston et Bayard*» (1771)]. Los filaletos, aunque contaban entre sus filas con varios masones ocultistas y místicos de nacionalidad extranjera, se convirtieron en los ruidosos intérpretes de esta oposición, tal vez por convicción, en cualquier caso para utilizarla como arma contra los Caballeros Benefactores, que les disputaban la supremacía en los diversos consejos del Gran Oriente; habían reprochado duramente a sus rivales que reconocieran la soberanía de un príncipe alemán y que se hubieran sometido a una asociación del otro lado del Rin; se habían comportado como enemigos irreconciliables de los templarios franceses. Al confiarles los archivos de la Orden, los Elegidos Cohens infligían a sus antiguos hermanos en el ocultismo la afrenta más sangrienta.

Las instrucciones de Las Casas se ejecutaron a lo largo de 1781. Savalettes de Langes recibió dos paquetes distintos: uno que contenía la correspondencia, los planes mensuales, los catecismos y las ceremonias de los distintos grados en paquetes sellados, cada uno de su Oriente particular; el otro, los planes anuales, los cuadros y sus invocaciones, las explicaciones generales y secretas en sobres con el sello del Gran Soberano o del Sustituto Universal (IV, p. CVll).

La Orden de los Elegidos Cohens dejó de existir como Sistema o Rito Escocés y los adeptos que continuaron dedicándose a las Operaciones no fueron más que masones honorarios[142].

142 Es probable que grupos de Elegidos Cohens subsistieran, al menos durante algunos años, en diferentes lugares, pero los

documentos conocidos no hacen referencia alguna a ellos. La *Nouvelle Notice Historique* solo menciona en 1783 en Aviñón la existencia de un Templo Cohen, que el 23 de febrero admitió a cinco Caballeros Benefactores de Montpellier que regresaban a su antigua escuela (IV, p. CXXII) y, en 1784, una correspondencia del hermano Astier con los Elegidos Cohens de Labory y de la Martinière de Aviñón (IV, p. CXLII). Si d'Ossun fue, ese mismo año, invitado por los Filaletos, en calidad de sustituto de Las Casas, «Gran Soberano de los Elegidos Cohens», para asistir a la asamblea preparatoria de su Convento de París (IV, p. CXL), fue probablemente con la esperanza de obtener de él alguna información sobre los conocimientos secretos que se creía que poseía el difunto Rito masónico.

CAPÍTULO IX
Leyendas y estadísticas

La Orden de los Elegidos Cohens, que, según el Gran Oriente, fue, de todos los ritos masónicos, el que «conservó con mayor celo el secreto de sus misteriosas obras» (V, 246), ha estimulado mucho la imaginación de masones y profanos. Ha tejido en torno al nombre del Maestro y a la denominación con la que se conocía a sus discípulos una red de fábulas e hipótesis de las que se encuentran vestigios en las obras, escritas sin espíritu crítico, de los historiadores masónicos del siglo XIX.

Las leyendas difundidas sobre el propio Pasqually no tienen nada de original. Se resumen en la nota, llena de hechos falsos y fechas inexactas, que Daruty le dedicó (*Recherches sur le Rite Écossais*, 227-22S.) tras consultar las obras de Thory, Clavel, Jouaust, Bézuchet, Ragon y el Estado del Gran Oriente. El pasaje más notable es aquel en el que Pasqually viaja durante varios años por Oriente para visitar Egipto, Arabia y Palestina antes de venir a abrir su escuela en el sur de Francia. El autor de esta fábula no se ha esforzado mucho en inventar. Las mismas peregrinaciones habían sido atribuidas, a principios del siglo XVII, al presunto autor de la *Fama Fraternilatis Rosae Crucis*, «Valentin Andreae», al misterioso Christian Rosenkreutz, fundador de la Hermandad de la Rosa Cruz[143], quien, según su

143 Valentin Andreae, por su parte, se había inspirado en los autores

biógrafo, había recorrido Tierra Santa, Chipre, Damasco, Egipto y Marruecos para recibir las enseñanzas de los sabios que vivían en esos lejanos países.

Estos viajes de estudios se convirtieron en el siglo XVIII en el tema principal de los relatos difundidos por impostores que afirmaban unánimemente haber sido instruidos en Oriente, especialmente por los griegos y los árabes, en las ciencias secretas que convertían en su oficio y mercancía. El misterioso Lascaris, que recorrió Europa central entre 1701 y 1717, haciendo breves apariciones en diversos lugares para realizar transmutaciones y distribuir porciones de la piedra filosofal, se decía archimandrita de un convento de la isla de Mitilene y aseguraba haber sido educado en Constantinopla. Otro alquimista, Michel Sendivogius, enviado a Oriente por el emperador Rodolfo, afirmaba haber recibido allí de un patriarca griego la revelación de la Gran Obra. Cagliostro contaba, aún en 1786, al abogado Thilorier, que recogió las declaraciones de su cliente en el *Mémoire pour le Comte de Cagliostro*, que había pasado su primera infancia en Medina cerca de un muftí, había recibido las enseñanzas del sabio Althotas, había aprendido lenguas orientales y había visitado La Meca y Egipto, donde había sido iniciado en los misterios de las pirámides.

---

antiguos. Una tradición recogida por Diodoro de Sicilia, Plinio el Viejo, Diógenes Laercio y Clemente de Alejandría mencionaba las enseñanzas secretas que había recibido de los sacerdotes egipcios, caldeos y persas durante sus estancias en Egipto, en Babilonia y en Irán, el famoso Dioscórides, a quien los hermetistas consideraban uno de sus maestros más sabios y al que atribuían la autoría del tratado titulado *Physica et Mystica*, que contenía, además de recetas alquímicas, una parte mágica cuyos elementos principales eran de origen muy antiguo

El nombre de Cohens, cuyo significado etimológico desconocían los masones, poco familiarizados con el hebreo, despertó la sagacidad y la erudición de Alexandre Lenoir. Este ingenioso arquitecto intentó en su voluminosa obra *La Franche-Maçonnerie rendue à sa véritable origine* (1814) encontrar una explicación para cada una de las diferentes formas en que se escribía el término. No contento con derivar Cohens del nombre dado a los sacerdotes por los hebreos, deriva Choen de Choës, formado a partir de la raíz del verbo griego cheô, palabra que designaba al sacerdote que realizaba las libaciones, y Koen del verbo choeô (oír), término que indicaba al sacerdote que recibía la confesión de los iniciados y los absolvía de sus faltas. Como este último nombre lo llevaba el hierofante que presidía los Misterios de los dioses Cabiros en Samotracia, Lenoir, que pretendía «demostrar la antigüedad de la masonería libre mediante la explicación de los misterios antiguos y modernos», afirmaba que «la Orden de los Elegidos Cohens o Koens podía considerarse un tribunal en el que los iniciados debían confesar públicamente sus faltas o debilidades ante los Koës modernos u otros personajes que desempeñaban funciones similares, para obtener el perdón y merecer, mediante una conducta irreprochable, su reintegración en su inocencia primitiva».

Las últimas palabras de este pasaje demuestran que la doctrina esencial y algunos términos familiares para Pasqually habían sido divulgados en los círculos masónicos por discípulos indiscretos. Thory, aunque solo conocía las teorías y la historia de la Orden a través de los cuadernos de los grados que le habían sido comunicados, afirma intrépidamente que la Sociedad «había estado muy extendida en Alemania» y que «en casi todas las grandes ciudades se

encontraban sociedades que se designaban con el nombre de Logias de Cohen» (XI, 239). Resumía con bastante exactitud las doctrinas de la Orden en los siguientes términos: «La creación del hombre, su desobediencia, su castigo, los castigos corporales, del alma y del espíritu que sufre, forman el conjunto de la doctrina de iniciación en el Rito de los Elegidos Cohen. Su regeneración y su reintegración en su inocencia primitiva, así como en los derechos que perdió por el pecado original, son el objetivo que se propone» (XI, 242). Sin embargo, al atribuir a estos místicos el estudio y el conocimiento de todas las ciencias secretas, los confundía con los ocultistas de todas las tendencias. Según él, los Elegidos Cohen enseñaban que «el hombre, habiendo recuperado sus derechos primitivos y habiéndose acercado a su creador mediante su vida especulativa, está animado por el aliento divino. Se vuelve capaz de conocer los secretos más ocultos de la naturaleza; la alta química (alquimia), la cábala, la adivinación, las ciencias ontológicas no son para él más que ciencias comunes en las que puede instruirse fácilmente». Estos seres privilegiados forman la segunda clase de la Orden, en la que «se enseña a los iniciados, según sus gustos y su genio, la cábala y las ciencias ocultas en todas sus partes» (XI, 243).

Impresionado por el parecido que el candidato al grado de aprendiz Cohen, en el momento en que estaba tumbado boca arriba, con los brazos y las piernas separados, ofrecía con la figura del Microscomos, tal y como lo representaba la *Carte philosophique et mathémalique* copiada por Duchanteau en los mapas dibujados por los ocultistas de los siglos XVI y XVII, Thory añadía: «Los masones instruidos verán a primera vista que en estas iniciaciones los autores han puesto en práctica los sistemas desarrollados en la car-

ta de Tycho Brahe (*Calendarium naturale magicum*, 1582), en la del R. P. Sabatier (*Idealis Umbra Sapientiae generalis*, Parisiis, A. D. 1679) y en la de Duchanteau. Esta última, sobre todo, que no es más que una copia ampliada de las dos primeras, contiene en su totalidad los grandes misterios de los Elegidos Cohens, cuya cábala es uno de sus principales estudios. Siguiendo este plan, vemos que esta Orden debía reunir, no solo a todas las personas que tenían gusto por las ciencias sobrenaturales, sino también a todas aquellas que se destacaban por sus opiniones singulares en materia de teología mística, como los seguidores de Martinès Paschalis [Martínez de Pasqually], Swedenborg, etc». (XI, 243).

Para dar el último toque a este retrato fantasioso, Thory confundía a los discípulos de Pasqually con los enfermeros voluntarios y los misteriosos adeptos cuyas virtudes había alabado la *Fama*, lo que le permitía otorgarles un certificado de lealtad y filantropía: «Los Elegidos Cohens, concluía su nota, se han destacado a menudo por sus costumbres terapéuticas; entre ellos se contaban antiguamente, en Francia y en el extranjero, muchos sabios modestos cuyas lecciones tendían a inspirar el amor al príncipe, a la patria, a la justicia y a la humanidad» (XI, 243-244).

Aunque mejor informado, el barón de Gleichen solo da en sus *Memorias* una idea muy incompleta de las doctrinas de la Orden. Muy vinculado a Bacon de la Chevalerie, que más tarde se convirtió en amigo y discípulo de Saint-Martin, había provocado y recibido de estos dos adeptos confidencias que le habían dado algunas pistas sobre las Operaciones. Bacon, del que sabía que había sido «el ayudante de campo favorito» de Pasqually, le había mostrado algunos «tapices de las Operaciones mágicas»; Saint-Martin le había dejado ver dibujos que representaban figuras luminosas

aparecidas durante los Pases. Gleichen sabe que los tapetes tenían círculos y que, según la doctrina de la Orden, «el jefe, aunque ausente, ve todas las operaciones de sus discípulos cuando trabajan solos y los apoya», y que «las ceremonias se celebran especialmente en los equinoccios». Pero, confundiendo las Operaciones propiamente dichas con la ordenación del Gran Arquitecto, cree que los trabajos se practicaban generalmente en presencia del «Gran Maestro», al que se reservaba un gran círculo representado en el centro de la alfombra, mientras que los asistentes se colocaban en dos o tres círculos pequeños; finalmente, el verdadero objetivo de lo que él llama «los trabajos mágicos» de los Elegidos Cohens se le escapó; en efecto, se imagina que tienen «por objeto sobre todo combatir a los demonios y sus satélites, constantemente ocupados en difundir males físicos y espirituales por toda la naturaleza mediante su magia negra», y que son esencialmente «combates» contra los demonios. No vio en las Operaciones más que actos de magia antidemoníaca y no sospechó de sus fines teúrgicos (VII, 151-152).

* * *

Los errores que durante mucho tiempo han circulado sobre las teorías místicas y la importancia numérica de los Elegidos Cohens provienen sobre todo de la doble confusión que se estableció en la mente de los contemporáneos, por un lado entre Pasqually y Saint-Martin, debido a la similitud entre el nombre del maestro y el apellido de su famoso discípulo[144], y, por otra, entre la actividad masóni-

144 Cuando los periódicos anunciaron en 1803 la muerte de Saint-Martin, lo confundieron con Pasqually, fallecido treinta años antes (IV p. CLXXXI).

ca de Willermoz y el apostolado escrito y oral del Filósofo Desconocido, cuya primera y brillante manifestación fue la publicación del tratado *Des Erreurs et de la Vérité*.

Los entusiastas lectores de esta obra, que quizá admiraban a su autor tanto más cuanto menos lo comprendían, fueron comúnmente designados con el nombre de martinistas, y Sébastien Mercier señalaba en su *Tableau de Paris* (1783) esta «nueva secta que se ha precipitado en un mundo nuevo que solo ella percibe». Como en aquella época todas las sectas místicas se organizaban en sociedades secretas afiliadas a la masonería, y además la Reforma de Lyon (Caballeros Benefactores de la Ciudad Santa), puesta en escena por Willermoz, cuyas estrechas relaciones con los Elegidos Cohen eran bien conocidas, había causado mucho revuelo, los masones y los profanos imaginaron que Willermoz no era más que el *alter ego* de Saint-Martin y que la escuela mística de la que este último se había constituido jefe había tomado la forma de un Sistema, Rito u Orden Martinista. Una obra masónica, publicada en 1796, se titulaba *Chevaliers Bienfaisants ou Martinistes* (Caballeros Benefactores o Martinistas); otra, compuesto por extractos del tratado que Saint-Martin había publicado con el título *L'Homme de Désir*, afirmaba que los martinistas habían entrado en escena hacia 1775 y se habían unido, en 1778, en el Convento de Lyon, con la Estricta Observancia Francesa[145].

La concepción errónea que englobaba bajo el nombre de martinistas tanto a los adeptos reclutados e ins-

145 Wolfstieg: *Bibliographie der freimaurerischen Literatur*, n.º 33.593 y n.º 43.099. Esta bibliografía, publicada en 1912, recoge en su índice, bajo la rúbrica «Martinistas», todos los documentos relativos a los Caballeros Benefactores.

truidos por Pasqually como a los discípulos aislados de Saint-Martin se encuentra también en las *Memorias* de Gleichen. Aunque reconocía que la ciencia de Pasqually era «mucho menos teórica que la de sus apóstoles», ya que «practicaba abiertamente la magia, mientras que ellos la ocultaban y defendían cuidadosamente», decía sin embargo: «Martínez Pasqualis fue el fundador de la Orden Mística de los Martinistas, llamada así por la consideración que Saint-Martín, uno de los siete maestros que su jefe había designado para propagar su doctrina después de él[146], había obtenido por encima de sus colegas por sus méritos personales y por su famoso libro *Des Erreurs et de la Vérité*» (VII, 151-152).

La leyenda que veía en San Martín al creador, o al menos al reformador, de una sociedad secreta se estableció con tanta solidez que se encuentra en todos los escritores masónicos del siglo XIX.

Thory, aludiendo claramente a los tratados místicos de Saint-Martin, supone que «de esta escuela (de Pasqually y Swedenborg) salieron muchas obras filosóficas, a menudo más ingeniosas que sólidas». Incluso encontró, en su imaginación o en documentos apócrifos, la organización de esta sociedad fantasma; sabe que «los grados de instrucción de su reforma [de Saint-Martin] eran diez, divididos en dos partes o Templos, el primero de los cuales comprendía los tres grados simbólicos, los de Antiguo Maestro, Elegido, Gran Arquitecto y Maestro del Secreto, y el segundo los grados superiores de Príncipe de Jerusalén, Caballero de Palestina y Kadosch o Hombre Santo» (XI, 24A).

146 Gleichen alude probablemente a los principales Réau-Croix, de los que le había hablado Bacon, es decir, Willermoz, Saint-Martin, Luzignan, Champoléon, Grainville, d'Hauterive y de Serre.

Ragon atribuye al teósofo la paternidad del «Escocés Rectificado de Saint-Martin», rito compuesto por siete grados y practicado en Alemania, que había tomado como héroe epónimo al caritativo soldado romano, convertido en obispo de Tours en el siglo V (*Orthodoxie maçonnique*, p. 168).

Daruty, refiriéndose a Findel, Clavel, Bézuchet, al Estado del Gran Oriente y a los *Documents Maçonniques* de François Fabre (1866), cuenta la siguiente historia: «Es sobre todo a San Martín a quien se debe la introducción en las logias de Francia de la doctrina del martinismo. Tras su iniciación por Pasqually en 1769, viajó primero durante algunos años, visitando Inglaterra, Alemania, Suiza e Italia[147], donde predicó la doctrina de su maestro; luego, prefiriendo los caminos íntimos y secretos a las obras violentas de la teúrgia preconizadas por Pasqually, se estableció en Lyon, donde, entregado por completo a sus nuevas ideas, se dedicó a propagarlas y a organizar su régimen; pronto se separó de su maestro e instituyó un nuevo rito cuyo centro principal se estableció en Lyon, en la Logia de los Caballeros Benefactores, y que pronto adquirió una gran influencia en Francia y Alemania. A las absurdidades cabalísticas del martinismo [aquí la palabra designa el cuerpo de doctrinas que era el evangelio de los Elegidos Cohen propiamente dichos] añade las fantasías del iluminismo, cuyas primeras nociones extrajo del sueco Swedenborg y del alemán

147 En la correspondencia de Saint-Martin se menciona una excursión a Turín en 1774, otra a Roma en 1787 y una breve estancia en Londres ese mismo año, pero no hay rastro de viajes a Suiza y Alemania, y las cartas escritas desde Italia e Inglaterra demuestran que Saint-Martin se ocupaba allí de otras cosas muy distintas a la propaganda de sus teorías o las de su antiguo maestro. (III, 123-127; 196; 201)

Boehme, de quien tradujo varias obras» (Daruty, *op. cit.*, 229-230).

J. de Maistre, que fue, de todos los masones no iniciados regularmente en las doctrinas de la secta, el que mejor las conoció y juzgó, también se dejó engañar por el nombre de martinistas. En relación con Willermoz, de quien era colega en la Estricta Observancia Templaria, había frecuentado asiduamente a algunos de los Elegidos Cohen de Lyon, que habían intentado afiliarlo a su sociedad y le habían instruido en su objetivo y su credo. «Su dogma fundamental, -dice en la XI Entrevista de las *Veladas de San Petersburgo*, el conde, por boca del autor- es que el cristianismo, tal y como lo conocemos hoy en día, no es más que una verdadera logia azul hecha para el vulgo, pero que depende del hombre elevarse de grado en grado hasta alcanzar los conocimientos sublimes»... «Los conocimientos sobrenaturales son el gran objetivo de sus esperanzas; no dudan de que sea posible al hombre ponerse en comunicación con el mundo espiritual, tener trato con los espíritus y descubrir así los misterios más raros. Su costumbre invariable es dar nombres extraordinarios a las cosas más conocidas con nombres consagrados; así, un hombre para ellos es un menor y su nacimiento, emancipación. El pecado original se llama crimen primitivo[148]; los actos del poder divino o de sus agentes se llaman bendiciones y los castigos infligidos a los culpables, pedimentos... Hace más de treinta

148 Este término no aparece ni en *La reintegración* ni en la correspondencia de los adeptos, pero caracteriza muy bien el crimen o «prevaricación» de Adán, que tuvo como consecuencia la formación de la envoltura material del Menor; por lo tanto, es posible que fuera empleado por los Elegidos Cohen, de quienes J. de Maistre había recibido sus informaciones.

años[149], en una gran ciudad de Francia [Lyon], tuve ocasión de convencerme de que una cierta clase de estos iluminados tenía grados superiores desconocidos para los iniciados admitidos en sus asambleas ordinarias [alusión a los grados azules y de la Clase del Atrio], que incluso tenían un culto y sacerdotes a los que llamaban con el nombre hebreo de Cohen»... «Estos hombres, entre los que tenía amigos, a menudo me edificaron, a menudo también me divirtieron y a menudo también... pero no quiero recordar ciertas cosas. Por el contrario, trato de ver solo los aspectos favorables»[150].

Sin embargo, lo que elogia y lo que critica se refiere mucho menos a los verdaderos Elegidos Cohen que a los que seguían «al más instruido y elegante de los teósofos modernos, cuyas obras fueron el código de los martinistas»[151]. J. de Maistre atribuye a los partidarios de este «error seductor», que «en todo lo que decían solo era cierto el catecismo cubierto de palabras extrañas», la influencia más útil que

149 Es decir, antes de 1776, ya que las *Veladas*, publicadas en 1821, fueron escritas en 1806

150 Ya se percibe en la Vª Entrevista un eco muy claro de la *Reintegración* cuando De Maistre emite la idea de que se trata en esta vida de recuperar los derechos perdidos desde la caída, que estos dones de la gracia son el disfrute de la presencia divina (visión extática), el comercio con los espíritus superiores (manifestaciones sobrenaturales) o incluso el dominio sobre la materia (alquimia y acción sobre los fenómenos naturales), y sobre todo cuando afirma que la ley que establece que la voluntad humana solo puede actuar materialmente de forma inmediata sobre el cuerpo que anima es puramente accidental y relativa a nuestro estado de ignorancia y corrupción.

151 De este pasaje se desprende que los Elegidos Cohen, de quienes De Maistre había recabado confidencias, no le habían revelado la existencia del tratado escrito por Pasqually.

ejercieron en los países cismáticos, e incluso en las regiones católicas, en una época en la que triunfaba la irreligión, porque «este sistema se opone a la incredulidad general y es cristiano hasta en sus ciencias[152]; acostumbra a los hombres a los dogmas y a las ideas espirituales; los preserva del «nadaísmo protestante» y «mantiene la fibra religiosa del hombre en toda su frescura». Este juicio, que justifican y confirman numerosos testimonios contemporáneos[153], se refiere mucho más a los resultados de la enseñanza mística impartida por Saint-Martin que a la acción, bastante limitada, ejercida directamente por Pasqually en los círculos masónicos. Por otra parte, cuando Maistre reprocha a los martinistas que convierten al sacerdote en un taumaturgo y un cabalista, se refiere claramente a los discípulos del Gran Soberano, pero cuando los acusa de considerar a los sacerdotes católicos «como oficiales que han perdido la consigna», la acusación alcanza directamente a Saint-Martin. Como muchos místicos de educación y fe católicas, Saint-Martin era muy anticlerical en el sentido estricto de la palabra. Cuando Willermoz, que pensaba reclutarlo, le preguntó por el abad de Crillon, Saint-Martin respondió:

152 Esta frase demuestra que De Maistre conocía sobre todo el martinismo al estilo del Filósofo Desconocido y lo ignoraba todo sobre el ritual mágico de las Operaciones y las teorías astrológicas de Pasqually.

153 Gleichen escribe en sus *Memorias*: «Muchos creyeron que esta obra, *Des Erreurs et de la Vérité*, sólo había sido escrita para devolver al mundo a las ideas religiosas mediante el señuelo de lo maravilloso. Es cierto que produjo este efecto en varias personas y en mí mismo» (VII, 156). Los racionalistas alemanes, como Nicolaï y Bode, acusaban a Saint-Martin de ser un emisario de los jesuitas y un agente de Roma, y descubrían en el tratado *Des Erreurs et de la Vérité* una historia alegórica de la Orden fundada por Ignacio de Loyola.

«La sotana de dicho señor siempre será un espantajo para mí y creo que deberíamos tratar a los sacerdotes como a las mujeres»[154] (III, 147). En su *Carta sobre la Revolución*, se regocija por el «derrocamiento de la antigua Iglesia», por la desaparición de ese clero «que solo ha buscado establecer su propio reinado hablando de ese Dios cuya existencia a menudo ni siquiera sabía defender», que ha «cubierto la tierra de templos materiales de los que se ha convertido en el principal ídolo» y cuyos representantes son «acaparadores de los sustentos del alma». Su *Ecce Homo* reprocha a los sacerdotes católicos haber perdido «el poder de conocer los misterios del reino de Dios y el de curar las enfermedades» y no poseer ya más que los de «celebrar la Cena del Señor y perdonar los pecados». Declara en un pasaje de sus *Obras póstumas* (I, 307): «Son los sacerdotes los que han engendrado a los filósofos y los filósofos los que engendran la nada y la muerte».

Si son realmente los discípulos de su propia escuela a quienes se refiere Saint-Martin cuando relata en una nota de su *Portrait*, con un aire de indiferencia que disimula mal una vanidad agradablemente halagada: «La emperatriz Catalina II consideró oportuno componer dos comedias contra los martinistas, a quienes había tomado aversión» (VIII, 137), son, en cambio, los Elegidos Cohen, los Caballeros Benefactores y los lectores apasionados de *Erreurs et de la Vérité* y del *Tableau Naturel*, agrupados desordenadamente bajo la bandera martinista, a quienes las *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme* (1796-1799) del abate Barruel calificaban de descendientes de los albigenses maniqueos y revolucionarios y que defendía J.-J. Mounier en su obra *De*

154 Hemos visto que la Orden solo admitía a las mujeres con muchas dificultades y no les permitía superar los grados inferiores.

l'influence attribuée aux Philosophes, aux Francs-Maçons et aux Illuminés sur la Révolution de France (1801), citando entre los adeptos que había conocido personalmente a: Amar, «uno de los martinistas más entusiastas, que seguía con gran asiduidad las prácticas de la Iglesia romana»; Milanès de Lyon, «miembro de la Asamblea Nacional, víctima del asedio de Lyon», y Prunelle de Lière, miembro de la Convención.

Esta denominación, que se convirtió en el nombre genérico de todos los aficionados al misticismo y lo maravilloso, cuyo número era considerable en la clase culta de todos los países de Europa a finales del siglo XVIII, permitió a los historiadores de la masonería contar entre los discípulos de Pasqually a numerosos hermanos sospechosos de tendencias ocultistas. Así, Thory afirma con tono perentorio: «Todo el mundo sabe que Saint-Martin, el barón de Holbach [D'Holbach era un hermetista practicante], Duchanteau y muchos otros eran miembros de esta Orden» (XI, 243) y que Daruty cita «entre los discípulos más fervientes de Pasqually», y al mismo nivel que Saint-Martin, Bacon, d'Hauterive, de Grainville y el abate Fournié, «el famoso pintor Van Loo, D'Holbach, Duchanteau, el conde de Lerney y Saint-Amand»[155].

155 *Op. cit.*, 228. Bord se basó en esta lista para citar a varios «discípulos de Pasqually»; se limitó a sustituir al pintor Van Loo por el hermetista Henri de Loos (V, 248-249). Supone que Saint-Amand es el mismo personaje que Boudon de Saint-Amand (1748-1831), naturalista, arqueólogo, literato y agrónomo. Señala los diferentes nombres con los que se conoce al masón al que Daruty llama conde de Lerney: Gabriel de Bernège, Berney, Lernay; podría haber añadido que también se encuentra escrito Lernais y Lernet. Bord señala que fue mayor al servicio del rey de Cerdeña e introdujo en 1758 en la Logia Aux trois Globes

* * *

El lector que no se contenta con afirmaciones que no están respaldadas por ninguna prueba material o moral tiene derecho a mostrarse escéptico ante asimilaciones gratuitas que tienden a engrosar arbitrariamente las filas de los Elegidos Cohens, pero actualmente es imposible oponerse a estas hipótesis con los resultados de una investigación llevada a cabo seriamente.

El obstáculo insuperable es la insuficiencia de la documentación. No es que hayan desaparecido los testimonios escritos. Los archivos privados conservan las actas del Tribunal Supremo, los cuadernos de grados, los registros administrativos, la correspondencia y los archivos de todos los Templos Cohen de Francia y Santo Domingo, salvo dos; pero este fondo no se ha hecho público hasta ahora y el autor de la *Nouvelle Notice Historique* solo ha podido tomar prestados algunos fragmentos[156].

---

de Berlín los altos grados del Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente (declaración confirmada por el *Handbuch der Freitnaurerei*, que añade que Gabriel, marqués de Lamais, había llegado en 1757 a Berlín como prisionero de guerra francés), pero lo confunde con el conde de Bernez, Eques a Turri Aurea en la Estricta Observancia Alemana, que fue abanderado del Gran Priorato de Italia y no, como cree Bord, Gran Maestre Provincial de la VIII Provincia Templaria. Este último pudo haber formado parte de los Caballeros Benefactores.

156 IV da la siguiente información sobre la historia de este depósito: A la muerte de Savalette de Langes, acaecida durante el periodo revolucionario, los archivos de los filaletos, que, como hemos visto, conservaban los documentos de la Orden, fueron vendidos en subasta y adquiridos a gastos compartidos por dos filaletos, Astier y Tessin, y dos Elegidos Cohen, Fourcault y de Pontcarré. Estos tomaron los documentos procedentes de su Orden y los

Por otra parte, la correspondencia de Pasqually, Saint-Martin y Willermoz, extraída de los archivos del Templo de Lyon, que cayó en manos de Papus y que este publicó en parte, solo ofrece indicaciones poco claras sobre el tema que nos ocupa. A menudo es difícil decidir, a partir del contexto, si algunos nombres citados se refieren a miembros efectivos de la Orden, postulantes, posibles reclutas o simplemente masones con los que los firmantes solo tenían relaciones como místicos. La duda se impone especialmente cuando Saint-Martin habla en las cartas que dirigió a Willermoz después de 1781 de hermanos que parece haber conocido en su mayoría a través de su corresponsal y que pudieron figurar en las listas de los Caballeros Benefactores sin haber sido nunca inscritos en las de los Elegidos Cohen[157].

Por último, si bien los nombres, desconocidos en los documentos lioneses publicados por Papus, pero citados por la *Nouvelle Notice Historique*, parecen proceder en su ma-

entregaron en 1809 al Muy Poderoso Maestro Destigny, que había regresado de Santo Domingo tras la pérdida de la isla por parte de Francia. El nuevo depositario enriqueció el fondo con los archivos del Templo de Puerto Príncipe, ya que los del Templo de Léogane habían sido destruidos por un incendio. En 1812, el Muy Poderoso Maestro de Ossun, a su regreso de Italia, devolvió los documentos del Templo de Aviñón, que había puesto a salvo con la ayuda del Hermano de Bonnefoy durante los disturbios de 1793. Destigny conservó estos archivos hasta 1868, fecha en la que los confió al Hermano Villaréal, en cuyo poder aún se encontraban en 1900 (IV, p. CLXIX CLXXI).

157 Es el caso, en particular, de los Hermanos de Barbarin (III, 188), Court de Gébelin (III, 156, 157, 160), Juliénas (III, 187, 193), Le Doyen (III, 190), de Monspey (III, 160), O'Brenau (III, 190), Pagamini (III, 176), de Ribas (III 166, 171), de Tiemann (III, 157-158), de Virieu (III, 159).

yoría de fuentes fiables, algunos de ellos, para los que no se dan referencias, pueden parecer sospechosos con razón[158].

Por lo tanto, por el momento, hay que limitarse a señalar que el número de Elegidos Cohen probables, indicado por los documentos conocidos hasta la fecha, asciende a un centenar, incluidas tres Hermanas[159], que el de los Réau-Croix promovidos durante la vida de Pasqually fue de una docena[160] y que la Orden, que en 1770 contaba con

158 Por ejemplo, los de Amar y Prunelle de Lière, que parecen haber sido tomados de la obra de J.-J. Mounier, y el de Espréménil, para el que no se proporciona ninguna justificación.

159 La contribución de II y III es de 54 nombres, más cinco hermanos anónimos del Templo de Libourne; IV aporta 35; las hermanas eran: la Sra. de Luzignan, la Srta. de Chevrier y la Srta. Willermoz.

160 Los primeros fueron los «Réau-Croix» de Foix: de Grainville y de Champoléon; Bacon, de Luzignan y de Guers fueron ordenados en marzo de 1767; Willermoz lo fue en mayo o junio de 1768, y de Balzac en octubre o noviembre de 1769. Saint-Martin fue ascendido a Réau-Croix el 17 de abril de 1773, al mismo tiempo que du Saignant de Serre, subcomandante de artillería del castillo de Burdeos, nombrado el año anterior sustituto universal en sustitución de Bacon, destituido de sus funciones. Caignet de Lestère, a quien Pasqually llama Muy Poderoso Maestro en octubre de 1773 (II, 60) y que le sucedió, debió ser ordenado en Santo Domingo; en la misma época lo fueron en Francia de Cressac, cuyo «reconocimiento D (inscripción en el control oficial) fue suspendido por orden de Pasqually (II, 197) y Duroy d'Hauterive ordenó por correspondencia D (II, 196). Los dos hermanos de Aubenton, que, según una carta de Pasqually, se preparaban en septiembre de 1768 «para ser admitidos en su grado de Réau-Croix en este equinoccio» (II, 169), probablemente no fueron aceptados por la Cosa, ya que no se les menciona entre los Réau-Croix que participaron en el Trabajo de Equinoccio de marzo de 1772, que solo eran seis: Pasqually, Willermoz, de Luzignan, de Grainville, de Champoléon y de Balzac (III, 115). Los únicos

logias afiliadas en Aviñón, Burdeos, Eu, Foix, La Rochelle, Libourne, Lyon, Metz, Montpellier y Versalles[161], es decir, incluyendo el Tribunal Supremo de París, once templos en Francia, solo contaba con ocho en el momento de su desaparición como rito masónico[162].

Estos datos son evidentemente poco precisos, sobre todo en lo que se refiere al número de adeptos, pero no hay que exagerar la gravedad de las lagunas que presenta la documentación de que disponemos actualmente. En lo esencial, es decir, en las doctrinas, las prácticas teúrgicas y las principales ceremonias de los Elegidos Cohen, el *Tratado de la Reintegración* y las cartas dirigidas por Pasqually y Saint-Martin a Willermoz, nos han proporcionado suficiente información. El conocimiento íntegro de los archivos que hasta ahora han permanecido inaccesibles permitiría quizá esclarecer algunos pequeños problemas: la economía de la Cena Mística que ponía fin a la ordenación del Réau-Croix, el ritual de la recepción en los distintos grados[163]; nos permitiría echar un vistazo a la vida íntima de los Tem-

Réau-Croix que, según nuestro conocimiento, fueron ordenados después de la muerte de Pasqually son: de Las Casas, tercer Gran Soberano, Caignet, hermano del Segundo Gran Soberano, antiguo compañero de Saint-Martin en el Regimiento de Foix, que, según este último, era Réau-Croix en 1778 (III, 148), Destigny y d'Ossun (IV, p. CLXXI).

161 Los de Versalles y Eu parecen, a juzgar por ciertas citas de IV, haber albergado a adeptos muy celosos.

162 Según IV (p. CLXXII), la Orden no contó en su época de mayor prosperidad que trece Templos, once de ellos en Francia y dos en Santo Domingo.

163 Una reproducción de los «cuadros» o esquemas utilizados para las operaciones y en las reuniones de los diferentes grados facilitaría en particular la comprensión de varios detalles que siguen siendo oscuros y de algunos pasajes de la correspondencia.

plos y elaborar la lista de sus ministros y fieles, pero se trata de cuestiones de interés secundario y, en definitiva, es bastante indiferente saber en cuántas decenas pudo superar el número total la cifra indicada anteriormente[164].

La importancia de la Orden desde el punto de vista de la historia de las costumbres a finales del siglo XVIII, la influencia que ejerció sobre los místicos contemporáneos, no se mide solo por el número y el alcance de sus conquistas. También se manifiestan en las reacciones que provocaron entre sus discípulos sus enseñanzas doctrinales y los ejercicios que les prescribía. Sobre este punto, que nos queda por tratar para completar nuestra tarea, los documentos publicados proporcionan información valiosa.

164 En cualquier caso, no parece que la diferencia fuera muy considerable. Para que fuera del doble, el número medio de afiliados de cada uno de los 13 templos habría tenido que ser de 15, una estimación probablemente exagerada.

CAPÍTULO X
Perfiles de Émulos

Los miembros de la Orden, o los candidatos a afiliarse, que, aparte de Saint-Martin y Willermoz, conocemos más allá de sus nombres, representan los tipos más diversos de místicos y sacerdotes visionarios, eclesiásticos que buscan en los altos grados masónicos una nueva revelación, místicos que practican el éxtasis, masones de carrera convertidos temporalmente a la teúrgia, de la que esperan obtener honor y provecho en la gran asociación secreta en la que desean desempeñar un papel destacado, exorcistas titulados que practican la magia antidemoníaca en su salón, hombres de letras de éxito seducidos por las doctrinas pneumatológicas de Pasqually.

* * *

El abate Fournié es, de todos estos personajes, el que recibió la huella más profunda y duradera. «Ya se considere su vida, escribe Matter, ya se examinen sus teorías, lo encuentro, después de Saint-Martin, careciendo de su genio, el hombre más notable de la escuela, y merece indiscutiblemente, no el primer lugar en los anales de una obra que hasta ahora apenas lo ha mencionado[165], sino la mitad del

165 Matter no sabía que se hablaba a menudo de Fournié en la correspondencia de Saint-Martin y Willermoz. Nos cuenta que Fournié llevó en mayo de 1771 a Burdeos las instrucciones

primero. Sin él, no se entiende ni la escuela ni su fundador» (VIII, 49). Saint-Martin fue, en efecto, el discípulo de espíritu original y vigoroso que reelaboró y, en definitiva, deformó, imprimiéndole su marca, la doctrina del Maestro, como Platón hizo con la filosofía de Sócrates, y conoceríamos muy mal los principios de Pasqually si, privados de la *Reintegración*, nos viéramos reducidos a buscarlos en las obras del Filósofo Desconocido. Fournié, por el contrario, es el catecúmeno de alma sencilla y espíritu dócil que admite sin reservas y sin vuelta atrás los postulados de su instructor y no se limita a convertirlos en objeto de especulación, sino que los vive y verifica con su experiencia personal. Por ello merece la mitad del primer puesto que le concede Matter; es el producto más puro de la institución mística fundada por Pasqually.

En un tratado, mezclado con confesiones personales, que publicó en 1801 en Londres, donde se había refugiado durante la Revolución, y que tituló *Lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos*, reconoce con conmovedora sinceridad y modestia que su cultura intelectual era rudimentaria y expone las dudas que atenazaban su necesidad

---

redactadas en latín cuya traducción reclamaba Willermoz (III, 93); el mensajero venía probablemente de Lyon, que Matter supone que era su diócesis. Al mes siguiente, el abad colaboró en el trabajo de copia en el que se dedicaban los adeptos de Burdeos; en cambio, le daban un golpe en el hombro, animándole «a causa de la cuestión de su tonsura», o había «contratiempos» (III, 100). Finalmente, tonsurado en julio, en agosto fue encargado por Saint-Martin de dar a Willermoz la dirección de Pasqually en París, encargo que le brindó a Fournié la oportunidad de agradecer a Willermoz el interés que mostraba por sus asuntos, es decir, por el beneficio que aún le faltaba para estar completamente tranquilo (III, 190-110)

de fe. Nunca había leído «otros libros más que las *Sagradas Escrituras*, la *Imitación de Nuestro Divino Maestro Jesucristo* y el pequeño libro de oraciones en uso entre los católicos bajo el título de *Petit Paroissien*» (VIII, 40). Saint-Martin, a quien «nuestro querido abate» inspiraba «una simpatía tierna y ligeramente burlona», y que decía de él: «Es un ángel por la pureza de su corazón, y por la caridad» (III, 143), nos revela que, como candidato a un beneficio, Fournie, en agosto de 1771, «sudaba sangre y agua tras su latín», del que «no sabía una palabra», y se esforzaba desesperadamente por adquirir un conocimiento suficiente «para no exponer el honor de su sotana» (III, 110).

Este humilde sacerdote había sido contagiado por el escepticismo reinante en la época. Después de «pasar su juventud de manera tranquila y oscura según el mundo», se sintió invadido por «el ardiente deseo de que la vida futura fuera una realidad y que todo lo que oía decir sobre Dios, Jesucristo y sus apóstoles fuera también realidad» (VIII, 40-41). En otras palabras, su fe exigía pruebas tangibles que respaldaran lo que le enseñaba la Iglesia y, como no encontraba personalmente esas pruebas, «no oía como respuesta interior más que estas ideas desoladoras: no hay Dios, no hay otra vida, solo hay muerte y nada» (VIII, 42). Llevaba dieciocho meses sufriendo esta tortura moral cuando conoció a Pasqually, quien le dijo: «Deberías venir a vernos, somos buena gente. Abrirás un libro[166], mirarás la primera página, en el centro y al final, leerás solo unas pocas palabras y sabrás todo lo que contiene. Ves a todo tipo de gente caminando por la calle; pues bien, esa gente no sabe por qué camina, pero tú lo sabrás» (VIII, 41).

166 Probablemente se trataba de uno de esos cuadernos que formaban el conjunto de la *Réintégration*.

Esta bonhomía y estas promesas le parecieron sospechosas al excelente abad. Se preguntó si no se había topado con un «brujo o con el diablo en persona». Pero esta última suposición tuvo el efecto de tranquilizarlo, lo que parecería extraño si no supiéramos que lo que Fournie buscaba ante todo era una prueba material de la realidad de los dogmas profesados por su catecismo. Se dijo que «si este hombre (al que había visto con sus propios ojos) era el diablo, entonces Dios era real» (ya que la antítesis implica la tesis) y que, «como solo deseaba ir hacia Dios», «recorrería tanto camino hacia Dios como el diablo creyera que le hacía recorrer hacia él» (VIII, 41). Tranquilizado por la idea de que la pureza de sus intenciones frustraría las artimañas del demonio, si Pasqually era realmente su emisario o su encarnación, Fournié fue a buscar al Maestro, «que lo admitió entre sus seguidores».

Su noviciado fue penoso. Aunque la enseñanza moral impartida por Pasqually le parecía exactamente conforme a la «que parece que Jesucristo daba en el *Evangelio* a los que le seguían»[167], a veces se preguntaba si su instructor era «verdadero o falso, bueno o malo, ángel de luz o demonio». Atormentado por nuevas crisis de fe, «clamaba aún más ardientemente a Dios y sin cesar, casi sin dormir y leyendo las *Escrituras* con gran atención, sin buscar nunca entenderlas por sí mismo»[168]. De vez en cuando recibía «algunas luces y rayos de inteligencia desde lo alto, pero todo desa-

167 La expresión «parece», no indica que Fournié haya puesto nunca en duda la autenticidad de los relatos evangélicos. La torpeza habitual de su estilo traiciona aquí su pensamiento; quiere decir: «que Jesucristo, tal y como se desprende del Evangelio, daba, etc».

168 Es decir, sin recurrir al razonamiento para encontrar una interpretación que el lector esperaba de una iluminación sobrenatural.

parecía con la velocidad de un relámpago». También tenía, aunque raramente, visiones, sin sentirse más satisfecho, ya que, aunque «se cumplían pocos días después tal y como las había visto», sospechaba que Pasqually «tenía algún secreto para hacerle ver» esas premoniciones (VIII, 41-43).

Finalmente, tras cinco años de «fatigosas incertidumbres mezcladas con grandes agitaciones», recibió en 1776 la recompensa tan ansiada, proporcional a la duración y sinceridad de sus esfuerzos por alcanzar la Cosa. Esta extraordinaria concesión se pagó, por otra parte, con una «tracción» más violenta que todo lo que las enseñanzas de Pasqually podían dar a entender. Fournié fue «golpeado ligeramente [rápidamente] por una mano que le atravesó el cuerpo». Esta prueba fue tan terrible que el abate, al escribir veinticinco años más tarde el relato de sus visiones, declaró: «Darían de buen grado todo el universo, todos sus placeres y toda su gloria, con la seguridad de disfrutarlos durante una vida de miles de millones de años, para evitar ser golpeado así solo una vez más» (VIII, 44). Este «golpe» tan doloroso, que anunciaba la presencia de la Cosa, fue seguido de una serie de manifestaciones que el vidente relata en estos términos: «Un día, mientras estaba postrado en mi habitación, gritando a Dios que me ayudara, oí de repente la voz del señor de Pasqually, mi director, que llevaba más de dos años muerto y que hablaba claramente fuera de mi habitación, cuya puerta estaba cerrada, al igual que la ventana y las contraventanas. Miré hacia donde provenía la voz, es decir, hacia un gran jardín contiguo a la casa, y enseguida vi con mis propios ojos al Sr. de Pasqually, que comenzó a hablarme, y con él a mi padre y a mi madre, que también estaban ambos muertos. Vi en mi habitación al señor de Pasqually con mi padre y mi madre hablándome y

yo hablándoles, como se hablan normalmente los hombres entre sí. Además, estaba una de mis hermanas, que también llevaba veinte años muerta, y finalmente otro ser que no era de la especie humana. Añado a lo que ya he dicho sobre la primera visión que tuve del señor de Pasqually, mi director, de mi padre y de mi madre, que no solo los vi una vez de la manera que he relatado, ni solo una semana, ni un mes, ni un año, sino que, desde ese primer momento, los he visto durante años enteros y constantemente, yendo y viniendo con ellos, en casa, fuera, de noche, de día, solo y en compañía, así como con otro ser que no es del género humano, hablándonos todos mutuamente y como se hablan los hombres entre sí».

«Pocos días después de esta primera visión, vi claramente pasar ante mí y cerca de mí a nuestro divino Maestro Jesucristo, crucificado en el madero de la cruz. Luego, al cabo de unos días, este divino Maestro se me apareció de nuevo y vino a mí en el estado en que se encontraba cuando salió vivo del sepulcro donde habían enterrado su cuerpo muerto. Finalmente, tras un intervalo de pocos días, nuestro divino Maestro Jesucristo se me apareció por tercera vez, glorioso y triunfante sobre el mundo de Satanás y sus pompas, caminando delante de mí con la bienaventurada Virgen María, su madre, y seguido de diferentes personas» (VIII, 43-45).

Fournié declaraba en su tratado que no podía ni debía confiar a la imprenta nada de lo que había sucedido, dicho y pasado en sus visiones, y Matter relata, según la información proporcionada por el amigo de uno de los corresponsales más queridos de Saint-Martin[169], que el abate renun-

169 Matter llama a este corresponsal Sr. de V. Se trata quizá del coronel conde de Virieu, miembro de la Estricta Observancia en

ció a publicar la segunda parte de su obra porque «contenía cosas que no se pueden publicar» (VIII, 47-48). Pero había hecho confidencias a sus Hermanos que Saint-Martin relata en una carta dirigida a Willermoz. «Su muerte le fue representada según todas las reglas; aquellos [los Espíritus] que no le abandonaron durante varias semanas le prepararon para ella. Todo el ceremonial fúnebre se llevó a cabo ante sus ojos, de tal manera que durante veinticuatro horas creyó estar realmente en el otro mundo y nunca, según dijo, había conocido una felicidad semejante. Fue ordenado durante siete horas seguidas por numerosos agentes espirituales, muchos de los cuales habían tenido vínculos muy fuertes con él durante su vida corporal, como el Maestro, su padre y su madre, etc. Después de sufrir otras pruebas de todo tipo que no cabrían en una carta, fue condenado a todas las observancias de la Iglesia sin excepción; incluso se le prescribió asistir a misa todos los días a las seis de la mañana y, además, no beber vino; tanto es así que el otro día fue reprendido de buena manera por haber comido ensalada, sin darse cuenta de que llevaba vinagre, que proviene del vino… Aunque hoy está mucho más tranquilo, no hay día en que no se le dirija como a un niño en todas sus acciones. La orden de asistir a misa a las seis de la mañana es lo que le impide salir del país[170], ya que, al no tener coche propio, no podría disponer de su tiempo en los caminos para cumplir las órdenes que ha recibido. Por último, se necesitarían libros para contener todo lo que ha visto, oído y sentido durante las últimas seis semanas» (III, 143-145).

---

la provincia de Auvernia, que estaba muy vinculado a Willermoz.

170 El abate había sido anunciado y esperado desde hacía mucho tiempo en Toulouse.

Estos extraordinarios favores de la Cosa dieron a Fournié la seguridad necesaria para escribir una obra apocalíptica siguiendo el modelo proporcionado por la *Reintegración*. Fue inmediatamente después de haber sido favorecido con estas visiones o apariciones de Nuestro divino Maestro Jesucristo en sus tres diferentes estados cuando redactó su tratado «con una rapidez extraordinaria». Esta obra contiene largos discursos de Adán, Lucifer, ángeles, cálculos y combinaciones de números místicos. La aritmosofía es todo lo que Fournié retuvo de la Cábala, de la que el *Tratado* de Pasqually reproducía tantos ecos más o menos atenuados. Lo que más le llamó la atención de las teorías de su maestro, y en lo que insiste con predilección, es la identidad entre el hombre del deseo y Jesucristo, y la seguridad de que el iniciado, testigo de las manifestaciones, disfrutará de una felicidad eterna. «Puesto que —dice— este Hombre, Jesucristo, nació de Dios Hombre-Dios, por haber hecho la voluntad de Dios, debemos concluir que, si hacemos la voluntad de Dios, naceremos igualmente de Dios y entraremos en la unión eterna con Dios»... «Si hacemos perseverantemente la voluntad de Dios, recibiendo desde entonces insensiblemente toda la porción de su Espíritu infinito que él nos da originalmente para ser uno como él es uno, nos vaciaremos de todo el espíritu de Satanás, nos haremos uno como Dios y seremos consumidos en la unidad eterna de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y por consiguiente consumidos en el gozo de las delicias eternas y divinas» (VIII, 37).

* * *

El Réau-Croix Duroy d'Hauterive era un discípulo menos dócil a las enseñanzas del Maestro, pero no por ello

menos favorecido con «comunicaciones» muy superiores en claridad y evidencia a las que los émulos buscaban obtener mediante las Operaciones.

Hemos visto que en 1773 intentó llevar a los miembros de la Orden a modificar el ritual de los grados Cohens; parece que la reforma que preconizaba consistía sobre todo en eliminar todo lo que Pasqually había tomado prestado de los emblemas y leyendas masónicas, ya que llegó a declarar a Saint-Martin que «no podía considerar como hermanos a todos aquellos que se aferraban a la masonería» (III, 196). El tiempo no había apagado su fervor reformador y, nueve años después de levantar por primera vez la bandera de la rebelión, seguía esforzándose por fundar una asociación de teúrgos que aplicaran su propio método (III. 159).

No sabemos exactamente cuál era la naturaleza de las Operaciones que recomendaba, pero es seguro que tenían una gran analogía con las que practicaban los discípulos fieles a las instrucciones de Pasqually, ya que Saint-Martin, que en aquella época (1782) se inclinaba cada vez más hacia la vía interna, aseguraba que no se dejaría «gobernar» por d'Hauterive, «sabiendo, decía, por experiencia que el fin al que dirige la barca es mixto (magia ceremonial), mientras que el mío es simple como la verdad (iluminación interior)» (III, 160).

Saint-Martin estaba entonces muy mal dispuesto hacia su antiguo colega, a quien reprochaba su proselitismo indiscreto, acusándolo de «mantener una tienda de ciencia para todo el mundo» (VII, 158); pero, en la época en que el espíritu del futuro Filósofo Desconocido estaba bajo la influencia dominante del Maestro, Saint-Martin se había sentido seducido por la virtualidad que Hauterive demos-

traba en las operaciones teúrgicas. Fue en gran parte para trabajar con él que el teósofo se trasladó a Lyon en 1773 (III, 110) y los adeptos se dedicaron allí a experimentos que duraron tres años, de 1774 a 1776, sin que se observaran interrupciones apreciables en las actas que se conservan. Redactadas por Saint-Martin de forma muy lacónica, estas actas arrojan una luz extremadamente vaga sobre los trabajos de los dos teúrgos y sobre los resultados obtenidos[171] (VIII, 61, 85), pero dos cartas intercambiadas en 1792 por Kirchberger y Saint-Martin nos permiten conocer al menos lo que decía Hauterive y la alta opinión, aunque expresada con reserva, que tenía su colaborador. «La escuela por la que pasó durante su juventud, escribía Kirchberger, me recuerda una conversación que mantuve hace dos años con una persona que venía de Inglaterra y que tenía relaciones con un francés residente en este país, el Sr. d'Hauterive. Este Sr. d'Hauterive, según me dijeron, gozaba del conocimiento físico de la Causa activa e inteligente [el Cristo metafísico o Verbo]; lo había alcanzado tras varias operaciones preparatorias y durante los equinoccios, mediante una especie de desorganización [palabra puesta de moda con el

171 Las notas de Saint-Martin son tan enigmáticas que Matter se pregunta si no se trataba de experiencias mesmerianas. La hipótesis es muy arriesgada. El propio Matter reconoce que en aquella época el mesmerismo «se encontraba todavía en la fase de los fluidos terapéuticos y el magnetismo animal»; afirma que la doctrina de Mesmer comenzaba entonces a transformarse y que desde 1773 se imponía la mano, pero admite que, si bien ya se buscaba la clarividencia, esta limitaba sus pretensiones a la visión del estado físico de los enfermos. Añadamos que es difícil admitir que Saint-Martin, a pesar de todo el entusiasmo que le inspiraron en 1775 las manifestaciones observadas por d'Hauterive (III, 135), pudiera consentir en practicar el magnetismo, hacia el cual siempre mostró la más viva repugnancia.

mesmerismo; designaba una especie de estado cataléptico], en la que veía su propio cuerpo inmóvil, como separado de su alma, pero que esta desorganización era peligrosa, debido a las visiones que entonces tienen más poder sobre el alma separada de su envoltura, que servía de escudo contra sus acciones». Kirchberger se mostraba curioso por saber si las operaciones de d'Hauterive eran conformes a las enseñanzas de Pasqually (Correspondencia inédita de Saint-Martin con Kirchberger, Vª carta, p. 19).

«Su pregunta sobre el Sr. d'Hauterive, respondió Saint-Martin, me obliga a decirle que hay algo exagerado en los relatos que le han hecho. Él no se despoja de su envoltura corporal; todos los que, como él, han disfrutado en mayor o menor medida de los favores que le han relatado, tampoco han salido de ella. No es menos cierto que, si los hechos del Sr. d'Hauterive son de orden secundario [manifestaciones luminosas], no son más que figurativos en relación con la gran obra interior de la que hablamos, y si son de clase superior [Visión de Cristo], son la gran obra misma» (Correspondencia inédita, etc. X carta, p. 37).

* * *

Junto a estos dos discípulos que permanecieron fieles, el primero íntegramente y el segundo en lo esencial, en la escuela de Pasqually, Bacon de la Chevalerie, Sustituto Universal, representa el tipo del masón ambicioso e intrigante, que entró en la Orden de los Elegidos Cohens por curiosidad, pero menos preocupado por ejercer el poder cuaternario sobre los espíritus que por adquirir autoridad sobre los hermanos de otros sistemas y desempeñar uno de los primeros papeles en el mundo masónico.

Bacon era oficial de carrera: mosquetero negro. A los quince años, había sido teniente en el regimiento de infantería de Custine, capitán de dragones, teniente coronel de infantería en Santo Domingo. Estaba jubilado como coronel cuando conoció a Pasqually en 1767. Luego volvió al servicio, ya que lo encontramos brigadier de infantería en 1780 y, en 1789, fue elegido capitán general de las tropas patrióticas de Santo Domingo con el grado de teniente general. Su hoja de servicios menciona varias acciones destacadas durante la Guerra de los Siete Años, en la que recibió tres heridas (Bord le dedicó una nota muy detallada, pero que contiene datos a veces inconciliables, V, 328-337).

Su carrera masónica tuvo un brillante comienzo. A los treinta y un años era Venerable de la Logia Felicidad de Ruan, constituida en su favor por una potencia masónica desconocida (V, 471); a los treinta y tres años presidía la Logia Militar San-Juan de la Gloria, con sede en Lyon en aquella época. Fueron estos títulos, garantes de su experiencia masónica, los que le valieron ser elegido por Pasqually para presidir el Tribunal Supremo.

Bacon parece haberse entregado inicialmente con conciencia a las labores de los Elegidos Cohen. Pero pronto se desanimó, ya fuera porque tenía menos perseverancia que su compatriota, el lionés Willermoz, o porque las angustias sufridas durante una Operación le habían inspirado temor por los peligros que presentaba la teúrgia. Willermoz, aludiendo en una carta dirigida en 1780 al duque Fernando de Brunswick a las relaciones que Bacon había mantenido en el pasado con la Orden de los Elegidos Cohen, decía del antiguo Sustituto Universal «que había recibido desde hacía mucho tiempo conocimientos distinguidos, pero que se habían desvanecido por haberlos descuidado mucho, aun-

que no le convenía reconocerlo» (V, 336). Su destitución en 1772, por merecida que fuera, había despertado en él un profundo resentimiento, del que Gleichen recogió algunos ecos. Cuando se le preguntó por los Elegidos Cohen, Bacon hizo todo lo posible por desviar a su interlocutor de esa doctrina que, según afirmaba, le había hecho muy infeliz. «Había sido excomulgado para siempre por un pecado sin remisión y no dejaba de difamar a Pasqually y a sus sucesores. Describía al primero como un hombre lleno de vicios y virtudes, que se permitía todo, a pesar de su severidad con los demás, que tomaba dinero de sus discípulos, los estafaba en el juego y luego daba su dinero al primero que pasaba, a veces a un transeúnte que no conocía; a quienes le expresaban su asombro, les decía: «Actúo como la Providencia, no me pidáis más» (VII 152).

Al no encontrar en la Orden de los Elegidos Cohen lo que buscaba, sobre todo, es decir, un medio para satisfacer sus ambiciones masónicas, cambió de estrategia. Colaboró activamente en la fundación del Gran Oriente en 1773 y ese mismo año intercedió para restablecer la paz entre dos logias en guerra, la Logia San-Alejandro y la de los Amigos Reunidos. Miembro de esta última, que era la ciudadela del Régimen de los Filaletos, afiliado al mismo tiempo a la Estricta Observancia Templaria, donde alcanzó el grado superior de Gran Profeso con el nombre de *Eques ab Apro*, maniobró hábilmente entre los dos sistemas rivales y, al final, hizo el juego a los filaletos. De 1773 a 1782, fue uno de los miembros más activos del Gran Oriente. El 8 de marzo de 1773 fue uno de los tres diputados enviados al duque de Chartres y al duque de Luxemburgo para informarles oficialmente de que su elección como Gran Maestre y Gran Maestre Suplente de la Gran Logia de Francia, que había

sido llevada a cabo por los Venerables parisinos y ratificada por los delegados de las logias de provincia. A propuesta suya, el Gran Oriente decidió el 27 de octubre de 1773 que los artesanos, sirvientes y gente de servicio solo podrían ser admitidos como Hermanos Servidores y que los términos «actas y plenos» serían sustituidos por las expresiones masónicas «tablas de trazar y bocetos». El 27 de diciembre de 1773 fue designado para formar parte de la comisión de tres miembros encargada de establecer la lista de Altos Grados. El 26 de enero de 1774 fue presidente de la Cámara de París y diputado de la Gran Logia Provincial de Lyon, de las logias Perfecta Amistad, Verdaderos Amigos Reunidos, Sabiduría y Perfecta Union. El 2 de abril contribuyó a la fundación de la Logia Militar El Candor, de la que fue Gran Orador y luego Gran Capellán. En 1776, fue diputado ante el Gran Oriente por la Logia Perfecta Amistad y de la Logia Francesa de Burdeos, de la Concorde de Colmar, de la Gran Logia Provincial de Lyon, de la Augusta Felicidad de Nancy y del Directorio Escocés de Estrasburgo. Gran Orador del Gran Oriente, el 31 de marzo, en virtud de los poderes que le conferían los masones templarios de Lyon y Burdeos, propuso, junto con Willermoz, un tratado de unión con los Directorios de Lyon, Burdeos y Estrasburgo, tratado que fue ratificado por el Gran Oriente el 13 de abril. El 6 de enero, provocó la misma unión con el Directorio de Septimania con sede en Montpellier. De 1777 a 1782, redactó los Estados Anuales del Gran Oriente y representó ininterrumpidamente a los Beneficencia de Lyon (X, t. I, 107, 108, 110; t. II, 93, 207, 208, 212, 214).

No contento con los cargos y honores que ostentaba, Bacon se distinguió como un ferviente partidario de la masonería de adopción, lo que le valió otros títulos y dignidades.

El Gran Orador del Gran Oriente, cuya erudita argumentación en favor de las Hermanas que querían continuar la tradición de las sacerdotisas de Isis y Osiris, de las Sibilas y de las Vestales, hemos citado anteriormente (L. III, Th. III), no era otro que el antiguo Sustituto Universal. Una vez reconocida la adopción por el Gran Oriente, participó en estos entretenimientos andróginos; durante la inauguración de la Logia de Adopción anexa a la Candor, las coplas cantadas por el conde y la condesa de Béthisy durante la recepción de la condesa de Rochechouart habían sido rimadas por Bacon.

Una disputa pasajera con el Gran Oriente lo mantuvo alejado de 1782 a 1784, pero reapareció al año siguiente y representó hasta la Revolución la logia Beneficencia de Grenoble, la Urbanidad de Montpellier, la Logia de San-Juan de Saint-Quentin, los Bravos Masones de Saarbruck, la Perfecta Unión y la Buena Amistad de la Martinica. Finalmente, fue invitado, en calidad de representante de la Estricta Observancia, a los dos Conventos convocados en 1785 y 1787 por el Régimen de los Filaletos.

El paso de Bacon de la Caballería a la Orden de los Elegidos Cohens no fue más que un episodio de su larga y brillante carrera masónica. Por un desafortunado encuentro, Pasqually había tomado como segundo al hombre menos apto para convertirse en un verdadero Émulo.

* * *

El abate Rozier, canónigo-conde de Lyon, se situaba a medio camino entre los místicos puros, como Fournié y d'Hauterive, y los masones ambiciosos, del tipo de Bacon. Al igual que este último, buscaba los honores y se mezclaba

en las intrigas y negociaciones de las autoridades masónicas rivales, pero al mismo tiempo era un ocultista convencido y celoso.

Antiguo Venerable de la Perfecta Amistad de Lyon, cuyas reuniones presidió entre 1744 y 1753, y luego durante el año 1761 (V, 437), fue uno de los hermanos emprendedores y diplomáticos que contribuyeron a la fundación del Gran Oriente (X, t. II, 373) y, convertido en presidente de la Cámara Provincial, redactó y presentó a la Gran Logia, en 1773, un proyecto para el establecimiento de Grandes Logias Provinciales en las principales regiones del reino (X, t. II, 107). Pero sus ocupaciones masónicas no le impidieron estudiar con ahínco las ciencias secretas. Se asoció a las especulaciones aritmosóficas a las que se dedicaba Saint-Martin en 1775 en Luxemburgo, en casa de la duquesa de Borbón, y compuso con él un cuadrado mágico[172] que establecía «el número de los elementos, sus relaciones con los seres perversos (es decir, el número místico que es la razón de las relaciones existentes entre los elementos y los seres perversos) y las de los poderes divinos y espirituales con el círculo universal» (*De números*, por L.-C. de Saint-Martin, París, 1913, p. 56.).

Los compañeros de este ardiente místico no tardaron en considerar las circunstancias de su muerte como una prueba de las comunicaciones que mantenía con el mundo espiritual y como el efecto de una intervención sobrenatural. «Te informaré —escribió Saint-Martin a Kirchberger— de

172 Así se llamaban los cuadros de números, combinaciones inventadas, o al menos traídas a Occidente, por los cabalistas. Los números, dispuestos en columnas y líneas simétricas, se elegían de tal manera que su suma, realizada en vertical, en horizontal o incluso en diagonal, daba siempre el mismo número.

que el abate Rozier ha perecido en el último asedio de Lyon. Una noche, se ofreció a Dios en sacrificio, resignándose a permanecer solo en la tierra si era necesario, pero pidiendo que lo retiraran de allí si no podía ser útil en nada. Luego se acostó. Durante la noche, mientras dormía, una bomba cayó sobre su cama y lo partió por la mitad» (VIII, 378).

* * *

Probablemente, la marquesa de la Croix nunca estuvo inscrita en los registros de la Orden, ya que el Gran Soberano Caignet se negó en marzo de 1777 a admitirla en la iniciación (III, 146). Pero Matter señala que formó parte de los discípulos que Pasqually reclutó durante su estancia en París (VIII, 34); Saint-Martin consideraba que «había llegado muy lejos a pesar de estar sola» (III, 142), que tenía un alma «penetrada por un verdadero deseo» (III, 139.1) y asegura que tenía «manifestaciones sensibles» (VIII, 60); por último, lo que Gleichen relata sobre ella demuestra que compartía las creencias de los Elegidos Cohen en pneumatología. Por lo tanto, es probable que la negativa a aceptar su candidatura estuviera motivada únicamente por la repugnancia que, por razones místicas, inspiraba el sexo femenino a los ocultistas con los que, por otra parte, ella estaba tan bien predestinada a entenderse. Su retrato puede figurar en nuestra galería, como esos cuadros que los museos exponen en la sala dedicada a las obras de un pintor famoso, porque, aunque no son de su mano, pertenecen a su escuela.

La marquesa había tenido una juventud poco edificante. Nacida de Jarente, sobrina del prelado del mismo nombre que fue obispo de Orleans y fue objeto de beneficios en la

época de la Pompadour, se había casado con el marqués de la Croix, oficial general al servicio del rey de España. Pronto se cansó de vivir al otro lado de los Pirineos junto a su marido, y residió durante algunos años en Aviñón, donde el vicelegado, el cardenal Aquaviva, perdidamente enamorado de ella y muy perezoso por naturaleza, la dejaba gobernar el Condado. A la muerte del cardenal, se resignó a reunirse con el marqués, entonces virrey en Galicia, pero al morir este, regresó a Francia en la más absoluta indigencia. Una grave enfermedad que la sorprendió de paso por Lyon y la lectura del libro *Errores y Verdad* la hicieron pasar de la incredulidad absoluta al misticismo más ferviente y comenzó a tener visiones (VII, 166). Como atribuía al tratado de Saint-Martin el mérito principal de su conversión, frecuentó asiduamente a su autor y fue en parte en su casa donde el teósofo compuso su *Tableau Naturel*.

La señora de la Croix mostró una gran disposición para las especulaciones místicas; por ejemplo, aplicaba a la divinidad la noción del Cuaternario, que había encontrado en el libro de Saint-Martin, y profesaba que el Padre había engendrado primero al Hijo, luego el Hijo al Espíritu Santo y que este último había engendrado finalmente a Melquisedec, tesis que combinaba la doctrina emanacionista de los gnósticos con la herejía del siglo XI, que veía en Melquisedec al verdadero Mesías, superior incluso a Jesucristo. Pero su gran afición era la práctica de la magia antidemoníaca. Creía, al igual que un exorcista alemán, el P. Gassner, cuyas curaciones causaban gran revuelo en aquella época, que el diablo era el autor de casi todas las enfermedades, porque estas tenían en general su origen en algún pecado que había sometido al organismo afectado a las influencias nocivas del demonio. Operaba mediante oraciones y la imposición

de sus manos rociadas con agua bendita y ungidas con una crema santa (VII, 167).

Las enfermedades más diversas eran susceptibles de este tratamiento mágico; Gleichen afirma haber sido testigo de varias curaciones de dolores de cabeza o de muelas, cólicos, «dolores reumáticos» (VII, 172). Pero el método era especialmente eficaz para aliviar a los obsesionados, es decir, a los enfermos que, «por prácticas de falsa magia, tenían al diablo sobre ellos y a su alrededor», y a los poseídos, cuyo caso era mucho más grave, porque el demonio había penetrado en su cuerpo y se había instalado allí de forma permanente. Como esta amable terapeuta era muy conocida en la alta sociedad y ponía sus talentos al servicio de todos aquellos que se lo pedían, tenía una clientela numerosa y distinguida: obsesionados como el conde de Schomberg, ateo y amigo de D'Holbach, «que casi cada semana veía la figura de tres ancianas levantarse de los pies de su cama e inclinarse hacia él haciéndole gestos espantosos», o como Tiemann, un ocultista muy vinculado a Saint-Martin, que «veía en cada lugar que miraba fijamente durante unos minutos una cabeza cuyos rasgos y ojos estaban tan animados que le parecían vivos»; los poseídos, víctimas de una «encarnación diabólica», como el duque de Richelieu, el marqués de Montbarrey, el marqués, la marquesa y el caballero de Cossé, un cónsul de Francia en Salé, «que frecuentaba la casa de los enciclopedistas» (VII, 169). La marquesa también se mezclaba, mágicamente, en la política. Como buena monárquica, se opuso con todas sus fuerzas a la campaña antidinástica que llevaba a cabo el partido orleanista. «Una hazaña de la que se jactaba especialmente era haber destruido un talismán de lapislázuli que el duque de Orleans había recibido en Inglaterra del famoso Falk Scheck, primer

rabino de los judíos». Este talismán, que debía conducir al príncipe al trono, fue roto sobre su pecho, por virtud de las oraciones de la marquesa, «en ese momento memorable en que ella se desmayó en medio de la Asamblea Nacional» (VIII, 34).

Los demonios que perseguían a Mme de la Croix, a veces se vengaban cruelmente. «A menudo, procesiones enteras de penitentes con grandes túnicas de color rosa o capuchinos muy malolientes, vestidos de azul celeste, u otros personajes eclesiásticos ridículamente ataviados llegaban a su casa por la noche y atravesaban su cama; los capuchinos le ofrecían besos y los penitentes flagelaban su cama». Sin embargo, a veces las apariciones eran muy agradables de contemplar: «A veces le ofrecían un baile en el que veía los trajes más curiosos y las modas de todos los siglos; otras veces eran magníficos fuegos artificiales, pirámides de diamantes y joyas, soberbias iluminaciones o palacios encantados que le mostraban» (VII, 173). Un diablillo, al que ella había liberado de un poseído, se le presentó de la manera más graciosa. «Cuando el mal espíritu salió del cuerpo que ocupaba, le ordené que se nos apareciera en forma de una pequeña pagoda china. Nos hizo el favor de adoptar una forma realmente encantadora; estaba vestido con colores fuego y oro; su rostro era muy bonito; movía las manitas con mucha gracia y se escondió bajo esa cortina de tafetán verde que veis ahí, con la que se envolvió y desde donde le hacía todo tipo de muecas a su antiguo huésped; pero éste, habiendo sin duda cometido nuevas faltas, quedó obsesionado, pues, al regresar una noche a su casa, encontró la pequeña pagoda sobre su escritorio y yo me vi obligada a ir a su casa para sacarla de su habitación» (VIII, 168).

* * *

Jacques Cazotte, conocido como autor de un cuento fantástico y galante, *Le Diable amoureux*, fue uno de esos émulos de los que no se sabe si pertenecían a la Orden o si solo formaban parte del grupo cismático de los adeptos de Lyon. Matter lo cita entre los discípulos parisinos de Pasqually (VIII, 34). Una obra de Boehme, que le fue enviada por Saint-Martin con la siguiente dedicatoria: «Para el señor Cazotte, en Versalles» (Vulliaud, *Kabbale*, II, 273), permite suponer que el destinatario estaba afiliado al Muy Ferviente Templo de los Hermanos de Versalles. Daruty afirma, por otra parte, que Cazotte había sido iniciado en Lyon (Op. cit., 228.) y Gérard de Nerval[173] lo vincula a «la escuela de Lyon». El propio Cazotte declaró, durante su comparecencia ante el Tribunal Revolucionario, que la secta a la que había pertenecido era la de los martinistas[174]. Este término, cuyo significado ambiguo conocemos, no resuelve el problema; es posible, además, que Cazotte utilizara una denominación muy conocida del público para mantener en secreto el nombre real del rito al que pertenecía, ya fuera el

173 Nota sobre Cazotte colocada al principio de una reimpresión de *Diable Amoureux*, con ilustraciones de Ed. de Beaumont, París, 1845. Daruty y, en parte, Matter se inspiraron en esta nota. Contiene muchas fábulas sobre los masones ocultistas, a los que denomina Iluminados. Afirma, por ejemplo, que Martínez había cubierto Francia de logias masónicas según su rito y que, para la Escuela de Lyon (Caballeros Benefactores), «el secreto del dominio de los espíritus estaba contenido en la Triple Coacción del Infierno, conjuro muy poderoso utilizado por los cabalistas de la Edad Media».

174 Proceso de Jacques Cazotte, folleto anónimo publicado por Hedde, palacio del Tribunal, pasaje del Perron, analizado en Fabre: *Documents Maçonniques*, París, 1866 (p. 50-56).

de los Elegidos Cohen o el de los Caballeros Bienhechores. Sin duda se abstuvo de decir nada que pudiera delatar a sus antiguos compañeros, a los que reconocía valientemente como amigos, aunque, según su propia declaración, diversas causas le habían llevado a dimitir después de haber permanecido tres años como miembro de la asociación. A este deseo de discreción hay que atribuir otra de sus respuestas, manifiestamente falsa, según la cual sus iniciadores ya no se encontraban en Francia, sino que estaban continuamente de viaje para celebrar recepciones. Sea como fuere, las circunstancias que llevaron a su iniciación serían bastante curiosas, si hay que creer a las memorias de la época.

Cazotte, pensionado como antiguo funcionario de Les-Lisses-le-Vent, disfrutaba de una honrada posición económica tras haber heredado la fortuna de un hermano mayor, lo que le permitió dedicarse a su afición por las letras. Deseoso de dotar a sus obras de un atractivo fantástico, imitó en un primer momento las antiguas baladas populares y los poemas caballerescos italianos. En una canción titulada *La Veillée de la Bonne Femme*, hacía volver por la noche a un castillo en ruinas a los fantasmas de dos condenados: una castellana adúltera y el monje que la había seducido. Las *Prouesses inimitables d'Olivier, marquis d'Edesse*, publicadas primero como canción y luego en forma de largo poema en prosa, narraban las maravillosas aventuras de un paje perseguido por la venganza del señor al que había deshonrado a su hija y que había partido a luchar en Tierra Santa. Animado por la favorable acogida que habían tenido estas dos obras, Cazotte buscó una nueva fuente de inspiración en *La demonomanía* de Bodin, en *El mundo encantado* de Bekker y, probablemente, también en uno de los numero-

sos tratados sobre brujería publicados en el siglo XV[175]. De ellos extrajo un delicioso cuento, *El diablo enamorado*, que salvó su nombre del olvido.

Se trata de un tema galante cuyo encanto se ve realzado por condimentos diabólicos. Un joven oficial español, Álvaro, evoca a Belzebú en las ruinas de Portici; el demonio aparece bajo la forma de un camello, luego de un perro blanco y, finalmente, de una encantadora joven que se convierte en la compañera del brujo diletante. Todo el interés de la historia se centra en la lucha que se libra en la mente de Álvaro entre el amor, a la vez sentimental y sensual, que le inspira aquella a la que ha llamado Biondetta, y sus escrúpulos o dudas sobre la naturaleza de ese ser misterioso, del que no sabe si se trata de un espíritu elemental, una sílfide o un secuaz del infierno. Finalmente, la aparición diabólica se desvanece y la aventura termina de la mejor manera posible[176].

175 Las obras de Bodin y Bekker son citadas por Cazotte al final de su relato. La primera tuvo cinco ediciones entre 1580 y 1604. La segunda, publicada en 1681, trataba de los efectos que los hombres son capaces de producir mediante la comunicación y su virtud. En cuanto al tratado contemporáneo, Cazotte hace una discreta alusión en una nota en la que dice: «Esta pequeña obra se inspiró en la lectura de un pasaje de un autor infinitamente respetable, en el que se habla de las artimañas que puede emplear el demonio cuando quiere complacer y seducir». Este autor aludido puede ser el dominico Costadeau, el abad Jean Pierquin, el doctor en medicina Saint, André. Pierre le Lorrain, abad de Valmont, o incluso el consejero del Parlamento Legendre, marqués de Saint-Aubin, quienes, entre 1717 y 1752, entretuvieron al público con todo tipo de brujerías, obsesiones o posesiones demoníacas.

176 En una primera edición de la novela, Álvaro, superando su pasión, se da cuenta de que está «obsesionado» y, con una orden enérgica, obliga al diablo a desaparecer. En una segunda versión, el joven

Según una tradición transmitida por Gérard de Nerval, esta novela habría atraído la atención de los «Iluminados» (los Elegidos Cohen o los Caballeros Benéficos) sobre Cazotte, quienes se tomaron en serio lo que no era más que un juego de la imaginación. Poco después de la publicación de *El diablo enamorado* (aparecida en 1772), recibió la visita de un «personaje misterioso, de porte grave, con los rasgos demacrados por el estudio y cuya imponente estatura estaba envuelta en un manto marrón». Como el desconocido, sin decir una palabra, dibujaba «signos extraños, como los que utilizan los iniciados para reconocerse entre sí», Cazotte tuvo que confesarle que no entendía nada de aquella pantomima y que ni siquiera era masón. El visitante le declaró entonces que, tras leer «esas evocaciones en las ruinas, esos misterios de la cábala, ese poder oculto de un hombre sobre los espíritus del aire, esas teorías tan sorprendentes sobre el poder de los números (Biondetta hablaba efectivamente a Álvaro «de la ciencia secreta de los números que rige el universo, pero para enseñarle una combinación infalible que le haría ganar en los juegos de azar») sobre la voluntad (el iniciador de Álvaro le decía: «En el fondo, hemos nacido para dominarlos» [a los espíritus], y le recomendaba que no saliera del círculo de conjuración hasta que «todo se le sometiera»), sobre las fatalidades de la existencia», había creído que el autor era «uno de los nuestros y de los más altos grados» y que se había presentado en su casa con la intención de reprocharle haber traicionado los secretos de la secta. Al encontrar en Cazotte a un profano que había descubierto por intuición

---

sucumbe a la tentación y queda «poseído», pero solo expía su caída con una noche de pesadillas y recupera junto a su madre la paz del corazón y el perdón por su falta.

parte de las doctrinas ocultas, el desconocido propuso al literato instruirlo completamente, demostrarle en particular que la ciencia de los adeptos no tenía nada que ver con la brujería y «hacerle penetrar más en los misterios de este mundo de los espíritus que nos presionan por todas partes». Cazotte aceptó la oferta y fue admitido en la sociedad secreta a la que pertenecía su reclutador (G. de Nerval, *op. cit*., p. XX-XXIV).

G. de Nerval señala que todos los biógrafos de Cazotte coinciden en señalar la repentina evolución que se produjo entonces en sus ideas (Ibíd., p. XXII), pero «no parece haber participado en los trabajos colectivos de los iluminados martinistas y solo se basó en sus ideas para establecer una regla de conducta particular y personal» (Ibíd., p. LII). «Cazotte, constata Matter por su parte, se convierte en cristiano sincero bajo la dirección de Pasqually e incluso se detiene ahí, el *Evangelio* le basta. Es cierto que Cazotte no es un martinezista característico en sus publicaciones, pero siempre es espiritualista y lo es gracias a su maestro, cuya enseñanza difunde desde su punto de vista hasta en los *Contes Arabes*» (VIII, 58-59). Lo que hay que retener de estos dos juicios concordantes es que Cazotte fue llevado de vuelta al espiritualismo y a la religión de su infancia por las doctrinas martinistas y que no fue un Elegido Cohen practicante, pero es exagerado decir que se ciñó a los dogmas de la Iglesia. Bajo la influencia de los conceptos pneumatológicos que le enseñaron sus iniciadores, se convirtió y siguió siendo toda su vida, en teoría y en la práctica, un auténtico teúrgo.

Dos de los postulados fundamentales de la teosofía martinista le llamaron especialmente la atención: la distinción primordial que hay que establecer entre los espíritus per-

versos y los espíritus divinos y el poder otorgado al hombre sobre ambas clases de espíritus.

La heroína de *El diablo enamorado* no era, como muy bien señala G. de Nerval, más que uno de esos duendes que se describen en el artículo «Íncubos y súcubos» de *El mundo encantado* de Bekker, y «el papel un tanto oscuro que el autor hace desempeñar en definitiva a la encantadora Biondetta bastaría para indicar que en aquella época aún no estaba iniciado en los misterios de los cabalistas o de los iluminados, que siempre han distinguido cuidadosamente a los espíritus elementales —silfos, gnomos, ondinas y salamandras— de los negros secuaces de Belcebú» (G. de Nerval, *op. cit*., pp. XIX-XX.) o, para emplear los términos de la *Reintegración*, los espíritus ternarios de los espíritus prevaricadores. Por el contrario, en su relato *El caballero*, que forma parte de los *Contes árabes*, escritos tras su iniciación[177], los genios luminosos [espíritus del Supraceleste y del Celeste], sometidos a Salomón, libran feroces combates contra los seguidores de Eblis [Iblis] y en esta lucha las conjuraciones y los talismanes desempeñan un papel importante (Ibíd., p. XXVIII), como en las Operaciones de los Elegidos Cohen.

Por otra parte, Cazotte está profundamente imbuido por la idea fundamental de la *Reintegración*, es decir, por el papel eminente del hombre aquí abajo y la lucha que debe librar contra los demonios. «El bien y el mal en la tierra, es-

177 Estos cuentos, compuestos con la ayuda de don Chavis, un monje árabe, forman cuatro volúmenes del *Cabinet des Fées* y constituyen una continuación de *Las mil y una noches*. No se trata solo de un pastiche ingenioso, sino de una obra original y seria, escrita por un hombre profundamente imbuido del espíritu y las creencias de Oriente. (Ibid., p. II).

cribía a un confidente, siempre han sido obra del hombre, a quien este globo ha sido abandonado por las leyes eternas. Dios no hace nada sin nosotros, que somos los reyes de la tierra; nos corresponde a nosotros provocar el momento prescrito por sus decretos. No permitamos que nuestro enemigo, que sin nosotros no puede hacer nada, siga haciéndolo todo a través de nosotros» (G. de Nerval, *op. cit.*, p. LXII y LXIV).

Por otra parte, parece que Cazotte estudió cuidadosamente los escritos dogmáticos de los Elegidos Cohen, ya que emplea las expresiones favoritas de Pasqually cuando escribe: «Ataré en la tierra lo que me parezca oportuno atar para la mayor gloria de Dios y la necesidad de sus criaturas» (*Ibid.*, p. LX.XII). Pero nada indica que participara en las prácticas propias de la Orden, ni que buscara las mismas manifestaciones. Las operaciones a las que se dedicaba eran, ante todo, exorcismos. Su naturaleza y los resultados que esperaba obtener se indican en las notas en las que consignó detalladamente un sueño que tuvo en 1791 «en la noche del sábado al domingo anterior a San Juan». Tras entrar en un «caos», encuentra en una habitación aislada a una joven que «está en visión con un espíritu»; hace la señal de la cruz en la frente de la joven y ordena al espíritu que se muestre. Entonces ve «una figura de entre catorce y quince años, puntiaguda, fea, con atuendos estúpidos, la boca y la actitud de un granuja»; la ata y la figura grita por las ligaduras. Aparece otra mujer, igualmente poseída, a la que le presta el mismo servicio. Los dos espíritus «dejan sus efectos, se enfrentan a él y se muestran insolentes» cuando aparece un hombre vestido de guardián que les pone dos pequeñas esposas. Cazotte pone a los dos prisioneros «bajo el poder de Jesucristo». Atacado por un hombre corpulento

en el momento en que, al darse cuenta de que sus dos zapatos estaban desatados, se disponía a levantarse, pone la mano sobre la frente de su agresor y lo ata en nombre de la Santísima Trinidad y de Jesucristo, con el apoyo «lo puso de Jesucristo» (G. de Nerval, op. cit., p. LXIX. LXX).

La clarividencia que había desarrollado Cazotte al iniciarse en las doctrinas pneumatológicas no solo le permitía detectar a los espíritus malignos, sino que también le revelaba la presencia constante de seres espirituales que un espiritista actual, que hubiera leído *La reintegración*, llamaría Menores desencarnados. «Todos vivimos —escribía a su amigo Ponteau— entre los espíritus de nuestros padres; el mundo invisible nos rodea por todas partes... allí hay constantemente amigos de nuestros pensamientos que se acercan familiarmente a nosotros... Cada una de nuestras ideas, buenas o malas, pone en movimiento algún espíritu que les corresponde, como cada uno de los movimientos de nuestro cuerpo sacude la columna de aire que nos sostiene. Todo está lleno, todo está vivo en este mundo donde, desde el pecado, los velos oscurecen la materia. Y yo los he levantado, como el viento levanta a veces densas nieblas. A veces, la confusión de los seres es tal a mis ojos que no siempre distingo en un primer momento a los que viven en su carne de los que se han despojado de sus apariencias groseras... Hay almas que han permanecido tan materiales, que su forma les ha resultado tan querida, tan adherida, que se han llevado al otro mundo una especie de opacidad. Estas se parecen durante mucho tiempo a los vivos... Esta mañana, durante la oración, la habitación estaba tan llena de vivos y muertos que ya no podía distinguir entre la vida y la muerte; era una extraña confusión y, sin embargo, un espectáculo magnífico» (Ibíd., p. LVI-LVII).

Este estado alucinatorio le resultaba a veces penoso (G. de Nerval, *op. cit*., p. LVI), por lo que, en ocasiones, se quejaba de una facultad que le había sido otorgada por «una iniciación que no había buscado y que a menudo lamentaba». Además, como fiel discípulo de Pasqually, consideraba que la comunicación con el más allá exponía al peligro de ser engañado por espíritus malignos. Después de consignar en sus notas íntimas un sueño profético, añadía: «Desconfiando de este sueño, como de tantos otros por los que puedo sospechar que Satanás quiere llenarme de orgullo, continué mis oraciones a Dios por intercesión de la Santísima Virgen y sin descanso, para obtener de Él que me revelara su voluntad sobre mí»[178] (Ibid., p. LXXIII). Escribió también a Ponteau: «No estás iniciado; alégrate por ello. Recuerda esta frase: *Et scientia eorum perdet eos*. El conocimiento de las cosas ocultas es un mar tempestuoso desde el que no se divisa la orilla» (*Ibid.*, p. LXIV.).

Cuando el giro que tomaron los acontecimientos políticos en 1791 se volvió amenazador para la autoridad real, Cazotte, ferviente monárquico legitimista, entró en la lucha utilizando, en beneficio de Luis XVI, el poder sobrenatural que se atribuía. Lamentaba el espíritu revolucionario que se había apoderado de varios de sus antiguos hermanos. «He recibido —escribía a su confidente habitual— dos cartas de íntimos conocidos que tenía entre mis hermanos martinistas; son demagogos como Bret[179], gente de renombre,

178 El recurso a la intercesión de la Virgen es, en todas las confidencias de Cazotte, la única manifestación de su ortodoxia católica. El rasgo es, es cierto, tanto más llamativo cuanto que Pasqually nunca menciona, ni en La reintegración, ni en su correspondencia mística, a la madre de Cristo.

179 Probablemente se trata de Antoine Bret, escritor y dramaturgo (1717-1792), que había cultivado uno de los géneros favoritos de

gente honrada hasta ahora; el demonio se ha apoderado de ellos» (G. de Nerval, *op. cit*., p. LXIII). «Si yo, a quien la gracia divina ha sacado de la trampa, no estoy libre de peligro, juzgad el riesgo de los que se quedan» (*Ibíd*., p. LXVI). Creía que la hostilidad cada vez mayor de la opinión pública hacia la monarquía tradicional tenía como causa oculta las operaciones mágicas de la profetisa Broussole, que obtenía comunicaciones de las Potencias Rebeldes a favor de los jacobinos, y de la marquesa de Urfé, «la decana de las Medeas francesas, cuyo salón estaba repleto de empíricos y de gente que galopaba tras las ciencias ocultas», a quienes acusaba particularmente de haber educado y dispuesto para el mal al ministro Duchâtelet (G. de Nerval, *op. cit*., p. LXVII). A estas maquinaciones diabólicas oponía su acción mística. «Te lo advertí —le decía a Ponteau—, que éramos ocho en total en Francia, absolutamente desconocidos entre nosotros, que elevábamos sin cesar, como Moisés, los ojos, la voz y los brazos hacia el cielo, para decidir una lucha en la que están en juego los propios elementos» (Ibíd., p. LXII). «No temáis a La Fayette; está ligado (mágicamente) como sus cómplices. Está, como su camarilla, entregado a los espíritus del terror y la confusión. No dejemos, sin embargo, de levantar los brazos hacia el cielo; pensemos en la actitud del profeta mientras Israel luchaba» (*Ibíd*., pp. LXIV-LXV).

La casa en la que vivía Cazotte con su familia en Pierry, en las cercanías de Epernay, era un pequeño lugar de armas desde donde partían contraataques contra los enemigos sobrenaturales o corporales de la realeza. La marquesa de la Croix había venido a vivir con su cole-

---

Cazotte al publicar en 1772 *Fábulas orientales*.

ga en ciencias secretas. «Formaba parte de la familia y ejercía una influencia debida a la relación de sus ideas y convicciones con las de Cazotte, al que unían esos lazos intelectuales que la doctrina consideraba una especie de anticipación de la vida futura». El «matrimonio místico» que habían contraído los dos adeptos entristecía un poco a la esposa legítima, pero los tres hijos, una niña y dos niños, compartían sinceramente las ideas de su padre y de su vieja amiga (G. de Nerval, *op. cit*., p. LXVII). Cuando, tras la fuga de Varennes, la familia real se vio directamente amenazada, Cazotte envió a París a su hijo Scévole para que formara parte del cuerpo de voluntarios que sustituyó a la Guardia Constitucional, disuelta desde el 31 de mayo de 1792, y participó en la defensa de las Tullerías durante la jornada del 10 de agosto. Pero el joven también tuvo que emplear otras armas además de la espada para garantizar la seguridad del soberano y los suyos. Cuando huyó, al partir, Mme de la Croix se unió a Cazotte para darle lo que ellos llamaban sus «poderes místicos». Hizo tres signos misteriosos en la frente, los labios y el corazón del joven, acompañados de una invocación secreta, y consagró así a quien ella llamaba «el hijo de su inteligencia» (*Ibíd*., pp. LVII-LVIII).

Después de la fiesta de aniversario de la Federación, Scévole informó a su padre de cómo había cumplido sus órdenes: «Querido papá, el 14 de julio ha pasado, el rey ha regresado a casa sano y salvo. He cumplido lo mejor que he podido la misión que me encomendaste... El viernes me acerqué a la mesa sagrada y, al salir de la iglesia, me dirigí a la patria, donde di, en las cuatro direcciones, las órdenes necesarias para poner todo el Campo de Marte bajo la protección de los ángeles del Señor. Gané

el coche contra el que estaba apoyado cuando el rey subió... El Campo de Marte estaba cubierto de hombres. Si yo fuera digno de que se cumplieran mis órdenes y mis oraciones, habría una furia de perversos atados. A la vuelta, todos gritaban: «¡Viva el rey!» al pasar» (*Ibíd*., pp. LVIII-LIX).

Por desgracia para él, Cazotte no se limitó a lanzar o hacer lanzar órdenes contra los malos espíritus y a atar a los enemigos del rey. De acuerdo con su principio de que «el hombre debe actuar aquí abajo, ya que es el lugar de su acción, y que el bien y el mal solo pueden ser hechos por él» (G. de Nerval, *op. cit*., p, LXV), había aconsejado a Luis XVI en un memorándum que mostrara más decisión y energía, en particular «dirigirse rápidamente con veinticinco guardias, a caballo como él, al lugar de la agitación». Después del 10 de agosto, trazó un plan para hacer evadir al rey y ofreció su casa como etapa de la fuga hacia Metz. Por último, redactó para su suegro, secretario del Consejo de Martinica, instrucciones sobre los medios para resistir a los seis mil republicanos enviados para tomar la colonia. Estos comprometedores escritos, dirigidos a Ponteau, que era secretario de la lista civil, fueron descubiertos entre los papeles de Laporte, intendente de este servicio, incautados en las Tullerías. Cazotte, detenido a finales de agosto de 1792, se encontraba en la Abadía en el momento de las masacres de septiembre. Las súplicas de su hija, encarcelada con él, conmovieron a los asesinos y fue puesto en libertad. Pero, al negarse a esconderse, fue detenido de nuevo el 11 de septiembre y condenado a muerte por el Tribunal Revolucionario. Fue guillotinado el 25 de septiembre a las 7 de la tarde, después de decir en voz alta, en el mo-

mento en que los verdugos se apoderaban de él: «Muero como he vivido, fiel a Dios y a mi rey».

Su condición de iluminado fue recordada durante la proclamación del veredicto, en términos que, según un testigo, «dejaron estupefacto al público por su carácter extraño, misterioso e inusitado». El presidente del tribunal, llamado Lavau, estaba «iniciado, como Cazotte, en las obras y doctrinas del martinismo». Cuando tuvo que anunciar a su hermano la sentencia que lo enviaba al patíbulo, le dirigió un pequeño discurso, lleno de sensibilidad y énfasis, al estilo de la época, que terminaba con esta frase, bastante notable si realmente fue pronunciada y transmitida con exactitud: «Fuiste hombre, cristiano, filósofo, iniciado; sabe morir como hombre; sabe morir como cristiano; es todo lo que tu país puede esperar aún de ti»[180].

180 Solo relatamos esta anécdota a modo de curiosidad. De hecho, parece tan poco auténtica como la famosa profecía de Cazotte, inventada a posteriori por La Harpe, ya que enuncia hechos y fechas manifiestamente falsos: el Tribunal Revolucionario celebró su primera sesión el 6 de abril de 1793; por lo tanto, Cazotte solo pudo comparecer en septiembre de 1792 ante el Tribunal Penal, instituido el 17 de agosto anterior por la Legislativa, que en ocho días solo dictó tres condenas a muerte y cuya indulgencia pareció irrisoria. Para que hubiera sido condenado por el Tribunal Revolucionario, habría que leer 25 de septiembre de 1793, es decir, que habría vivido en París un año sin ser molestado, mientras que el relato presenta su segunda detención como si hubiera tenido lugar pocos días después de su salida de la Abadía. Esta anécdota muy sospechosa ha dado lugar a conjeturas muy arriesgadas; se ha deducido que los Illuminati martinistas habían desempeñado un papel secreto pero decisivo en la preparación y el estallido de la Revolución. G. de Nerval se hace defensor de esta tesis en la página LX de su nota sobre Cazotte. El autor del

FIN DEL PRIMER LIBRO III

presente estudio no puede tratar aquí la controvertida cuestión de la influencia atribuida a la masonería, en su conjunto, sobre los acontecimientos revolucionarios; debe limitarse a remitir al lector a una obra anterior en la que concluye negativamente y a señalar un libro reciente (*La franc-maçonnerie française et la préparation de la Révolution*, de G. Martin), que sostiene la opinión contraria. En cualquier caso, la participación de los masones ocultistas, en particular de los Elegidos Cohen y de los Caballeros Bienechores, en el derrocamiento del antiguo régimen aún está por demostrar; algunos de ellos pudieron convertirse en ardientes revolucionarios, como los citados anteriormente por J.-J. Mounier, pero el espíritu que animaba a ambas asociaciones era totalmente indiferente a las cuestiones políticas o sociales.

SUMARIO TOTAL DE LA OBRA

LIBRO I
DOCTRINAS Y PRÁCTICAS DE LOS ELEGIDOS COHENS

ADVERTENCIA

Capítulo I. — La «Reintegración»: Cosmología y antropología.

Oscuridad del Tratado. — Versión esotérica del Génesis y del Éxodo. — Cosmología pneumatológica. — Rebelión de los Espíritus y creación del mundo material. — Emanación del Menor Espiritual. — Jerarquía de los Espíritus. — Falta del Hombre-Dios y sus consecuencias. — Reconciliación de Adán. — Nuevas faltas. — Descendientes de Caín y descendientes de Set. — Los Menores Elegidos

Capítulo II.— La «Reintegración»: Tipología, aritmosofía, geometría esotérica.

Interpretación simbólica de los relatos bíblicos: Arca de la Alianza, Sinaí, Paso del Mar Rojo, Tabernáculo. — Significado de los «tipos»: Creador, Espíritu Mayor, Abraham e Ismael, Jacob y Esaú, Menor Elegido; actos «típicos».

Significado místico de los doce primeros números. — Descomposición de los números. — Suma y multiplicación de los signos numéricos.

Figuras místicas: cuadro del universo antes de la caída de Adán. — Los tres círculos. — Los cuatro círculos. — El triángulo. — El triángulo punteado. — El tema fundamental del tratado. — Los dogmas y el ritual

Capítulo III. — Las «Operaciones».

Inacabado del ritual. — La invocación diaria. — La invocación de los tres días. — Traje del operante. — Trazado de la cámara de operación.— Postraciones e inciensos. — El trabajo del equinoccio: «exconjuraciones». — Trazado, círculos de correspondencia, jeroglíficos. — Virtud mística: regla de vida; ordenación; cooperación simpática. — Influencia astral. — Gracia divina. — Objetivo de las Operaciones; clave del sistema teosófico de los Elegidos Cohens

Capítulo IV. — Naturaleza y significado de los «pases».

La «Cosa». — Naturaleza de las Pasadas. — Su interpretación. — Las dos formas «gloriosas». — Los Elegidos Espirituales. — Reconciliación y reintegración. — Reconciliadores. — Sellos. — Importancia doctrinal de las Pasadas. — Vía interna y vía externa. — Los grados del conocimiento místico: éxtasis y manifestaciones.

Capítulo V. — Las Operaciones y el Culto divino.

Esbozo de una historia religiosa. — Identidad de las Operaciones y del verdadero culto divino. — Revelación y tradición del verdadero culto por Abel, Seth, Enoc, la segunda posteridad de Noé, Jacob, Moisés, Salomón. — Ceremonial de los Elegidos Cohens observado por los Patriarcas y los Profetas. — Sentido místico de las postraciones y los holocaustos. — Huellas en la Biblia de cooperación simpática y «tracción».

«Año misterioso» y «días espirituales». — Cálculo del tiempo enseñado a los diferentes pueblos por los «maestros espirituales». — Incertidumbre del cómputo secreto de los Elegidos Cohens.

Doctrinas astrológicas: jerarquía de los círculos planetarios; eje central y cuerpo solar; cometas; influencia favorable o nefasta de los planetas según las conjunciones; espíritus planetarios buenos y malos; importancia de los equinoccios y las fases de la luna.

LIBRO II
ELEGIDOS COHENS Y TRADICIÓN OCULTISTA

Capítulo I. — El esoterismo judío, desde sus orígenes hasta el siglo XVIII.

Pasqually, «gran cabalista». — Comentarios de la Biblia justificados por una tradición secreta y por la iluminación. — Tanaim y Amoraim. — Los dos Talmuds. Halajá y Hagadá. — Influencias caldeas y persas. — La gnosis judía y sus mediadores. — Obra del Carro y Obra de la Creación. — Gematría, Notarikón, Thémurah, Zeruph. — Filón y la interpretación simbólica. — El Sepher Jeshira. — La Cábala y sus principales temas. — El Zohar

Capítulo II. — Las fuentes de la reintegración: la Biblia y el Talmud.

Significado del título de Cohens. — Distinción fundamental entre los hebreos y los judíos. — Pasqually y el hebreo. — Motivos tomados de la Biblia: el «el»; régimen de los adeptos; inspiración profética; «el hombre de deseo»; la «forma gloriosa»; la «tracción»; el cómputo sagrado; fórmulas bíblicas; ritual de las Operaciones; traje del Operante; los holocaustos; las neomenias; proscripción de los cojos; significado del número 40; la sangre como fuente de la vida orgánica; «bautismo de sangre»; milenarismo.

Temas talmúdicos: tradición oral y secreta; interpretación mística de los nombres propios y geográficos; exégesis alegórica de los relatos bíblicos; elementos hagádicos de la *Reintegración*; pa-

pel eminente de Seth, Enoc y Elías; principio bueno y malo; supremacía del hombre sobre los ángeles; velas de representación

Capítulo III. — Las fuentes de la Reintegración: la Cábala y las tradiciones orientales.

Temas cabalísticos: Denario y Sephiroth; Dominación y Malkuth; Adam Kadmon; Anima Mundi; composición ternaria de los seres; Espíritu Mayor y Metatrón; el Reconciliador de los cabalistas; poder cuaternario que se convierte en octonario; posteridad espiritual de Adán; papel de la luna y Libra; mística de los números 3, 4 y 6.

Astrología y demonología caldeas. — Física jónica: Heráclito; fuego central creador y destructor; Libros Sibilinos. — Cosmología, antropología y escatología mazdeístas. — Concordancia con el maniqueísmo, el sabeísmo y el mitraísmo. — Importancia secundaria de estas concordancias. — La aritmética pitagórica. — Los neopitagóricos del siglo I al siglo IX. — La aritmosofía en la Edad Media. — Los humanistas: Nicolás de Cusa, Reuchlin, Georgio de Venecia, C. Agrippa, G. Bruno, Van Helmont. — La aritmosofía convertida en ciencia secreta en el siglo XVI. — Su influencia en los símbolos masónicos. Originalidad relativa de la aritmosofía de la Reintegración: concepción teosófica del Uno, del Diez y del Cuatro. — La díada platónica. — El senario y el septenario cabalísticos. — El quinarario judío. — El octonario egipcio. — Concepción original del ternario y el nonario. — Combinaciones aritméticas de los pitagóricos y sus discípulos. — Indigencia de la geometría mística de Pasqually en comparación con la de los pitagóricos y los neopitagóricos. — El círculo y el triángulo

Capítulo IV. — La magia de los Elegidos Cohens.

Cábala práctica. — Magia judía del siglo XVI al XV. — El Schemha-mephorasch y los «nombres espirituales». — La «Palabra». — Los jeroglíficos de la Cámara de Operación. — El «Escudo de David». — El Libro del Ángel Rasiel. — El IV Libro de la

Filosofía Oculta de C. Agrippa. — Las suelas de corcho. — El «fuego nuevo».

Pasqually, mago. — Sus conocimientos trascendentales y sus poderes sobrenaturales: acción mística; segunda vista; conocimientos biológicos; dones de interpretación; ciencia astrológica; curación por exorcismo.

Los caracteres de la magia de los Elegidos Cohens: horror a la brujería; reprobación de la astrología, la adivinación vulgar, la alquimia. — Magia religiosa.

Capítulo V. — Cristianismo esotérico.

La «catolicidad» de Pasqually. — Aparente insuficiencia de la documentación sobre la cristología de la *Reintegración*. — Oscuridad de sus declaraciones sobre esta cuestión. — Decorado cristiano. — Sentido genérico del «tipo». — Confusión deliberada entre Jesucristo y el Cristo trascendente. — Las sucesivas manifestaciones del Reconciliador. — Los diez Menores Elegidos y Jesucristo. — El Primer Adán y Cristo. — El Hombre-Dios de la tierra. — Sentido esotérico dado a los dogmas cristianos y a los relatos evangélicos. — Triple significado del descenso de Cristo a los infiernos. — Inversión de los procedimientos de la apologética cristiana.

Capítulo VI. — Gnosticismo y misticismo racionalista.

Rasgos gnósticos: emanación; causa de la formación del mundo; antagonismo entre el principio bueno y el malo; las tres clases de hombres; «sello» o «carácter»; reencarnaciones del Salvador; teorías idénticas en Heraclón, Marción, los barbelo-gnósticos, los setianos y los arcontitas; astrología, exégesis alegórica y aritmosofía. — Gnosticismo cabalístico. — Emanación y creación. — Irrealidad de la materia. — Eternidad de los espíritus. — Refutación del gnosticismo antibíblico. — Argumentos a favor del libre albedrío de los espíritus y del Menor. — Huellas de docetismo, montanismo y maniqueísmo. — Dios-Hombre de la

religión y de la magia.

Razones del atractivo que ejerce la Orden sobre los místicos cristianos: «visión de Cristo»; identidad del Menor Espiritual y del Reconciliador; concepción místico-racionalista del milagro.

Necesidad de pruebas que experimentaban los místicos en el siglo XVIII. — Partido que sacan los taumaturgos. — Lavater y Pasqually. — Los Elegidos Cohens y el espíritu de la época

LIBRO III
ORGANIZACIÓN E HISTORIA DE LA ORDEN

Capítulo I.— El rito masónico: la clase del atrio.

Francmasonería simbólica y francmasonería escocesa. — Tendencias ocultistas de los grados escoceses. — El rito escocés de los Elegidos Cohens.

Imitación y adaptación de los motivos masónicos: títulos, fórmulas; Elegido de los Nueve y Elegido de los Quince; grado de Maestro y signos de reconocimiento; traje del Operante; los Noachitas o Chinos.

Historia de los grados. — Organización provisional del rito. — Los grados azules.

Clase del Atrio: Aprendiz Elegido Cohen: ceremonia de recepción y catecismo; Compañero Elegido Cohen; Maestro Particular. — Papel iniciático de los grados del Porche.

Capítulo II.-— El Rito masónico: los Altos Grados Cohen.

Maestro Elegido Cohen: cristianismo esotérico; Helio, encarnación de Cristo; identidad del Menor Espiritual y del Reconciliador.

Grandes Maestros Cohens: Desaparición de los emblemas masónicos; la «simple ordenación»; «Palabras de Poder»; el «gran ceremonial»; Círculos de Correspondencia; Moisés, patrón del

grado; significado simbólico del mobiliario del Templo de Jerusalén; funciones de los Grandes Maestros Cohens: exorcistas, acólitos y catequistas.

Grandes Elegidos de Zorobabel: interrupción de la iniciación y aparente retorno a la masonería escocesa; el personaje de Zorobabel y el grado caballeresco del Caballero de Oriente o de la Espada; interpretación mística del grado escocés: Zorobabel y Cristo; espiritualización del símbolo del segundo Templo; teoría de la transmisión secreta del verdadero culto divino arrebatado a los hebreos; trabajos de los Grandes Elegidos.

El Réau-Croix: abandono casi completo de las formas masónicas; términos y emblemas ocultistas de la circular que anunciaba oficialmente la ordenación de un Réau-Croix

Capítulo III. — Masonería mística y masonería de adopción

Concordancias entre los rituales Cohen y los grados escoceses místicos. — El Caballero de la Rosa Cruz: origen e interpretaciones diversas del título; carácter específicamente cristiano del grado; el Tercer Punto de la Rosa Cruz; confusión premeditada entre el título de Réau-Croix y el de Rosa Cruz; la Cena mística y la comunión del Réau-Croix.

La «masonería mística»: leyenda del Arco Real; Hiram, emisario divino; cuartos de círculo; escalera de tres peldaños; espíritus invocados; encarnaciones sucesivas de Cristo.

La «masonería de adopción»: su razón de ser y sus características particulares. — Repugnancia de Pasqually a admitir a las mujeres, sus motivos; autorización condicional otorgada por los Estatutos de la Orden; la iniciación de Mne Willermoz; las tres Elegidas Cohens

Capítulo IV. Martinês de Pasqually y la Francesa Elegida Escocesa (1760-1765).

Nacionalidad incierta de Pasqually; argumentos a favor de su ascendencia judía. — Su retrato moral. Inicios desafortunados

en Toulouse. — Éxito en Foix. — Afiliación a la Francesa de Burdeos. — Reacción de los masones racionalistas de Burdeos contra la propaganda ocultista. — Declaración de guerra de la inglesa de Burdeos. — Reconocimiento de la Francesa Elegida Escocesa por la Gran Logia de Francia

Capítulo V. — El Tribunal Supremo y el reclutamiento de 1766-1770.

Lucha de la Gran Logia contra los Capítulos y Ritos Escoceses. — Rivalidad entre los Caballeros de Oriente y los Emperadores de Oriente y Occidente. — Decreto de la Gran Logia prohibiendo los Altos Grados (14 de agosto de 1766)

Primer viaje de Pasqually a París; condena dictada contra él por la Gran Logia; disolución de la Gran Logia el 21 de febrero de 1767 en virtud de un edicto real; fundación y composición del Tribunal Supremo; apertura del Templo de Versalles. — Visitas de Pasqually a las logias que encontró en su camino de regreso. — Asunto Bonnichon-Du Guers. — Progresos de la Orden. — Conversión de los «antagonistas» de Burdeos. — Lista de logias afiliadas

Capítulo VI. — París y Lyon contra Burdeos.

Recriminaciones del Tribunal Supremo. — J. B. Willermoz: su importante situación en la Orden; su recepción en el grado supremo; sus decepciones. — La falsa maniobra de Grainville. — Requisitoria de Willermoz. — Memoria justificativa y réplica de Pasqually. — Propuestas condicionales del Tribunal Supremo y réplica del Maestro. — Victoria provisional obtenida gracias a la tenacidad de Pasqually

Capítulo VII — El fin del reinado del Gran Soberano (1771-5 de mayo de 1772).

Redacción apresurada de los cuadernos de grados. — Envíos frecuentes de documentos a Lyon. — Quejas continuas de Willermoz. — El vestido de seda de la Sra. Pasqually.

Segunda estancia de Pasqually en París (febrero a mayo de 1771); reclutamiento del abate Rozier. — Tercera estancia (agosto a octubre de 1771); misterioso y grandioso proyecto de Pasqually; instalación definitiva del Templo de Versalles. — Desacuerdos entre Rozier y Willermoz.

Redacción de la *Reintegración*; extractos comunicados a Willermoz. — Nuevos envíos de documentos a Lyon. — La Operación Equinoccio de marzo de 1772.

Partida de Pasqually hacia Santo Domingo (5 de mayo de 1772).

Capítulo VIII. — La agonía y la muerte de la Orden.

Esfuerzos de Pasqually por mantener el contacto con sus discípulos. — Campaña cismática de d'Hauterive. — Intrigas fusionistas de Bacon retomadas por Willermoz. — Negociaciones de los Elegidos Cohens de Lyon con la Estricta Observancia alemana. — Los Caballeros Benefactores de la Ciudad Santa. — Desánimo de Pasqually. — Su muerte (20 de septiembre de 1774).

Deserción general al sur del Loira. — Enfriamiento del celo entre los principales discípulos del Maestro. — La evolución mística de Saint-Martin; sus oscilaciones entre la «vía externa» y la «vía interna»; su propaganda disidente entre los Elegidos Cohens de Eu y Versalles. — Planes de reforma de Grainville y Champoléon.

El Convento de las Galias. — Desorientación de los Elegidos Cohens ortodoxos. — Petición de los ocho Orientales al Gran Soberano de Las Casas (16 de agosto de 1780). — Abdicación masónica del Gran Soberano. — Depósito de los documentos de los Templos en los archivos del Régimen de los Filaletos (1781). — Desaparición de la Orden

Capítulo IX. — Leyendas y estadísticas.

Viajes de Pasqually a Oriente. — Interpretaciones dadas a la palabra «Cohen». — Doctrinas falsamente atribuidas a la Orden

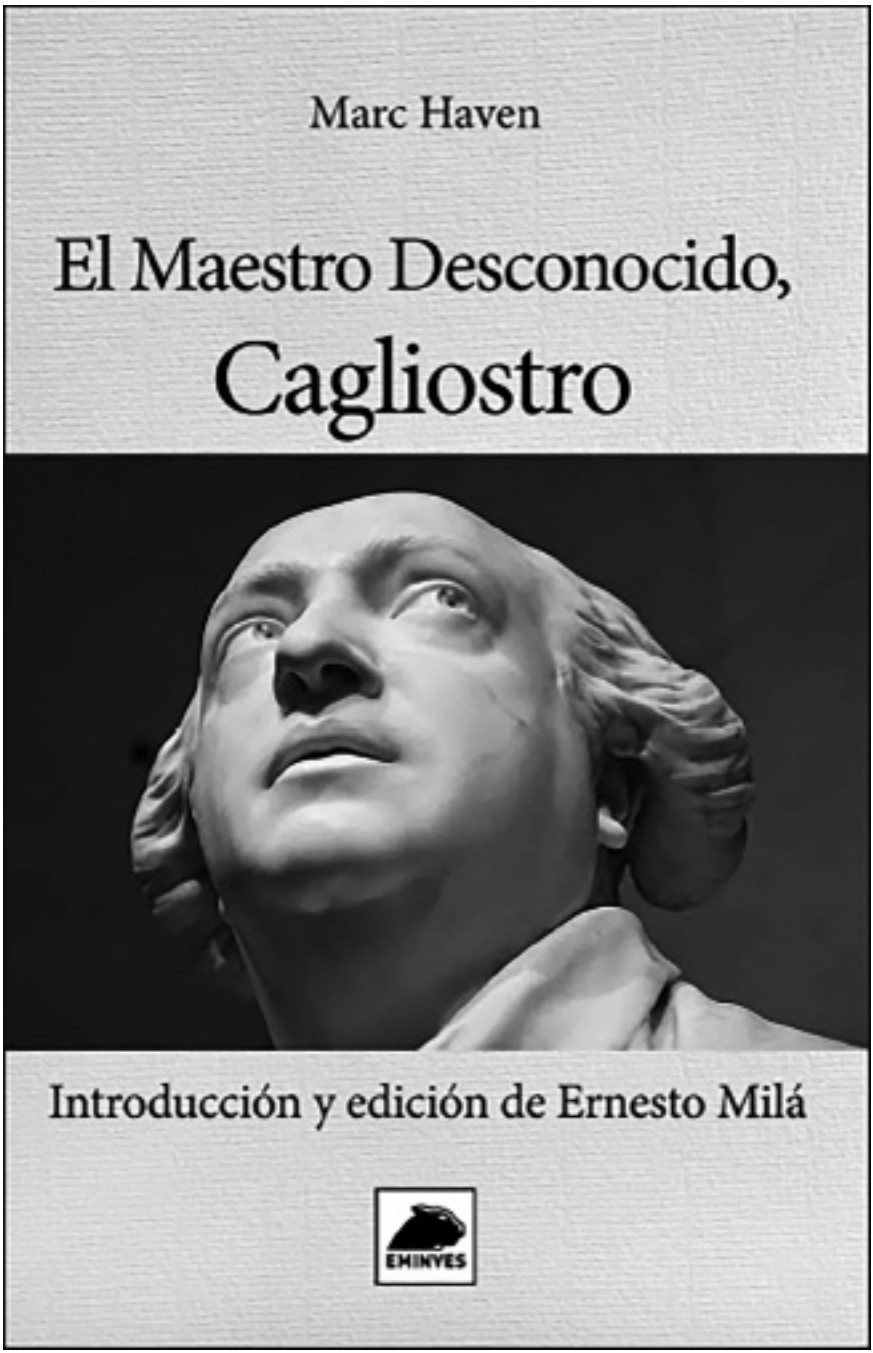
por Thory y Gleichen.

Los martinistas: confusión entre la Orden de los Elegidos Cohens, los Caballeros Benefactores y los lectores de San Martín. — Juicio en parte erróneo de J. de Maistre.— Los martinistas según Barruel, J.-J. Mounier y Thory.

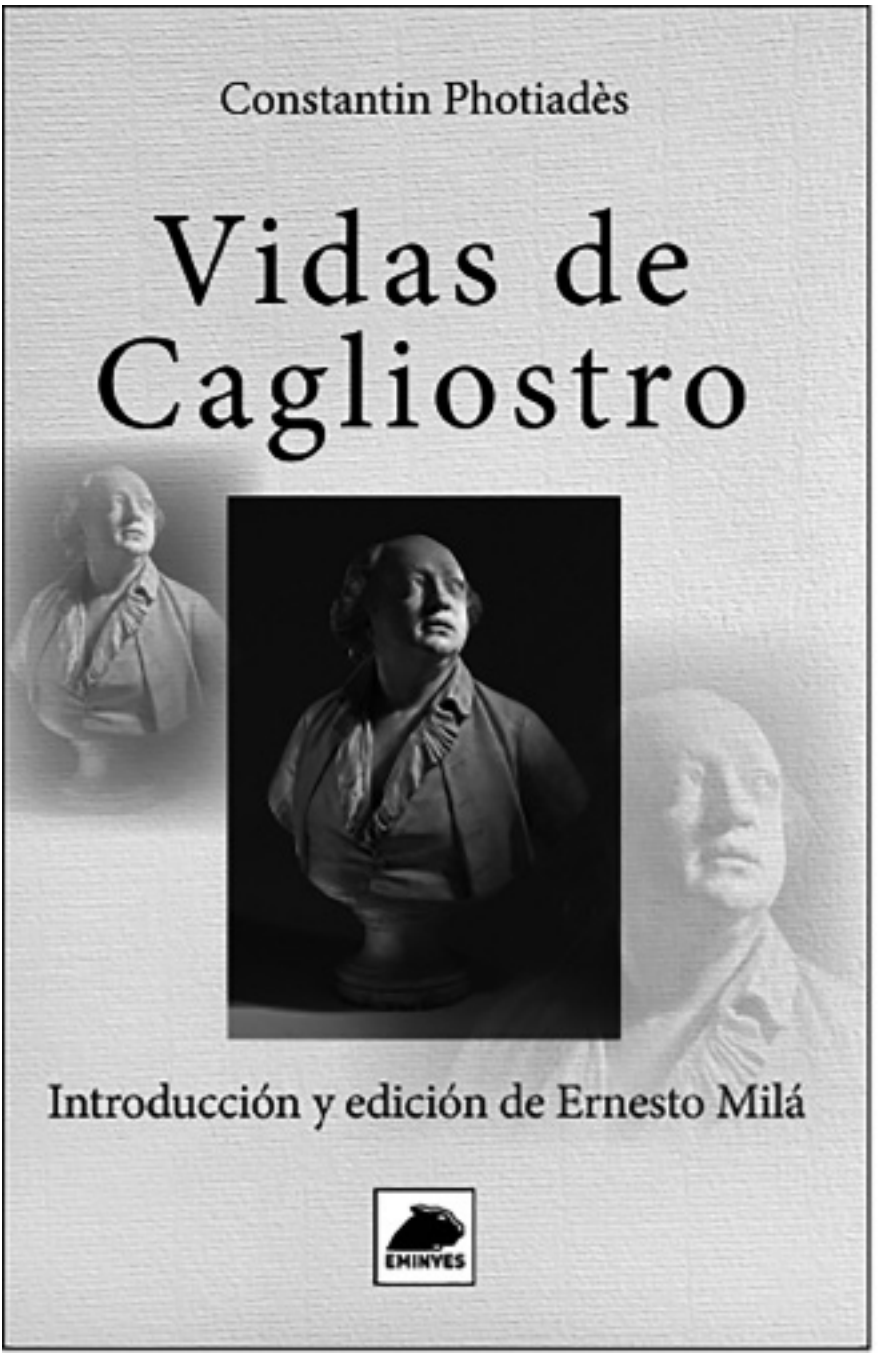
Efectivo real de la Orden: incertidumbre y lagunas en la documentación; cifra aproximada de adeptos, Réau-Croix y Templarios. — Interés secundario de la cuestión

Capítulo X. — Perfiles de émulos.

El abate Fournié: sus dudas, sus visiones y su tratado. — Los éxtasis de Duroy d'Hauterive. — Bacon de la Chevalerie: su carrera militar y masónica; diletantismo de su ocultismo. — El canónigo Rozier: su doble carácter de masón ambicioso y ocultista convencido; su muerte sacrificial. — La marquesa de la Croix: su juventud disoluta y su conversión; sus curaciones de obsesionados y poseídos: sus relaciones con los espíritus. — Jacques Cazotte: su condición de martinista; consecuencias de la publicación de *El diablo enamorado*: influencia de las teorías de los Elegidos Cohens; sus prácticas exorcistas; su «clarividencia»; sus operaciones mágicas en favor de Luis XVI; su matrimonio místico con Mme de la Croix; el discurso del presidente del Tribunal Revolucionario.



Pedidos en Amazon - o en eminves@gmail.com



Pedidos en Amazon - o en eminves@gmail.com

ARTURO REGHINI

Escritos sobre masonería, hermetismo y simbolismo

Recuperando la Tradición Occidental

EMINVES

Pedidos en Amazon - o en eminves@gmail.com